

# PATRICIA CORNWELL

UN AMBIENTE EXTRAÑO



de



www.303000MX.COM

# LELIBROS

Libro proporcionado por el equipo

## **Le Libros**

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Kay Scarpetta viaja a Dublín para ofrecer unas conferencias en la Facultad de Medicina del Trinity College, pero el propósito real de la forense es investigar una serie de homicidios ocurridos en Irlanda diez años atrás. Éstos presentan algunas similitudes con el caso del Carnicero, que ha infundido el pánico en los habitantes de Virginia, y Scarpetta intenta establecer hasta qué punto los asesinatos cometidos a ambos lados del Atlántico presentan características comunes. A su vuelta a Estados Unidos todo se precipita: el torso de una mujer aparece en un vertedero de basura con los miembros amputados. El arma ha sido una sierra de carnicero, como en los casos irlandeses, pero la forma de amputar los miembros no responde al mismo patrón...

**L**≡**LIBROS**

Patricia Cornwell

**Un ambiente extraño**

**Kay Scarpetta 08**

*Para Esther Newberg*  
*Clarividencia, nada de miedo*

Entonces vino uno de los siete ángeles que  
tenía las siete copas llenas de las siete últimas  
plagas...

**APOCALIPSIS 21,9**

Caía la noche fría y limpia sobre Dublín, y el viento gemía fuera de mi habitación como si un millón de gaitas estuvieran tocando en el aire. Unas ráfagas sacudieron las viejas ventanas, como espíritus que pasaran precipitadamente, mientras cambiaba una vez más las almohadas de posición. Acabé por tumbarme boca arriba sobre un lío de sábanas irlandesas, pero el sueño apenas me había rozado. Acudieron de nuevo a mi mente imágenes del día, vi cadáveres sin cabeza ni extremidades y me incorporé sudando.

Encendí las lámparas, y de pronto apareció en torno a mí el hotel Shelbourne con la acogedora calidez de sus viejas maderas nobles y sus telas de color rojo oscuro. Mientras me ponía un albornoz, mis ojos se posaron sobre el teléfono que había junto a la cama en la que sólo había dormido a ráfagas. Eran casi las dos de la madrugada. En Richmond, Virginia, sería cinco horas menos, y Pete Marino, jefe de Homicidios de la comisaría de policía de la ciudad, estaría levantado. A menos que hubiera salido a la calle, probablemente estaría viendo la televisión, fumando y comiendo algo perjudicial para su salud.

Marqué su número y él cogió el auricular como si se encontrara justo al lado del teléfono.

—Caramelos o broma.

A juzgar por su tono de voz, debía de estar a punto de emborracharse.

—Te has adelantado un poco —dije, arrepintiéndome de haber llamado—. Faltan un par de semanas para Halloween.

—Doctora... —Hizo una pausa, sorprendido—. ¿Eres tú? ¿Ya estás en Richmond?

—Sigo en Dublín. ¿Qué es todo ese jaleo?

—Nada, unos cuantos tíos con la cara tan fea que no necesitamos máscara. Todos los días es Halloween... ¡Oye, Bubba está tirándose un farol! —gritó.

—Tú siempre pensando que todo el mundo se está tirando un farol —replicó bruscamente una voz—. Eso te pasa porque llevas demasiado tiempo trabajando de detective.

—Pero ¿qué estás diciendo? Pete no es capaz de detectar ni su olor a sudor.

Mientras continuaban los comentarios burlones de borracho, se oyeron al fondo unas risas estridentes.

—Estaros jugando al póquer —me explicó Pete—. ¿Qué hora es ahí?

—Será mejor que no te lo diga —respondí—. Tengo unas noticias inquietantes que darte, pero me parece que éste no es el momento oportuno para hablar del tema.

—No, no. Espera, que voy a llevarme el teléfono de aquí. ¡Mierda! Este jodido cable siempre acaba retorciéndose. —Oí unos pasos fuertes y el ruido de una silla al ser arrastrada—. A ver, Doc, ¿qué leches pasa?

—Me he pasado casi todo el día hablando de los casos del vertedero de basuras con la forense del estado. Pete, cada vez tengo más sospechas de que la serie de desmembramientos de Irlanda es obra del mismo individuo que estamos buscando en Virginia.

Pete levantó la voz.

—¡Eh, vosotros, a ver si calláis un poco!

Mientras cambiaba el edredón de posición debajo de mí, oí que Pete se alejaba aún más de sus amigos. Me bebí los últimos tragos de Black Bush que quedaban en el vaso que me había llevado a la cama y proseguí:

—La doctora Foley trabajó en los cinco casos de Dublín. Los he repasado todos. Son torsos. Las columnas han sido cortadas horizontalmente por la cara posterior de la quinta vértebra cervical. Tienen las piernas y los brazos amputados por las articulaciones, lo cual es poco habitual, como ya he indicado antes. Las víctimas son de razas diversas y tienen una edad estimada de entre los dieciocho y los treinta y cinco años. Están todas sin identificar y registradas como homicidios por medios no especificados. En ningún caso se han encontrado la cabeza ni las extremidades, y los restos han aparecido siempre en vertederos de basura de propiedad privada.

—¡Joder, cómo me suena todo eso! —exclamó él.

—Hay otros detalles, pero es cierto, las semejanzas son enormes.

—Entonces es posible que el chiflado que estamos buscando se encuentre ahora en Estados Unidos —dijo Pete—. Después de todo, me parece que ha sido una verdadera suerte que hayas ido allí.

Ésa no había sido su opinión al principio, desde luego. En realidad no había sido la de nadie. Yo era la forense jefe del estado de Virginia y, cuando el Real Colegio de Cirujanos me había invitado a dar una serie de conferencias en la Facultad de Medicina de Trinity College, no había querido dejar pasar la oportunidad de investigar los crímenes de Dublín. Pete lo había considerado una pérdida de tiempo, y el FBI había dado por supuesto que la investigación tendría un valor meramente estadístico.

Las dudas eran comprensibles. Los homicidios de Irlanda habían sido

cometidos hacía más de diez años y, al igual que en los casos de Virginia, apenas había pistas que investigar. No teníamos ni huellas digitales ni denticiones ni configuraciones de senos ni testigos para hacer identificaciones; carecíamos de muestras biológicas de las personas desaparecidas para compararlas con el ADN de las víctimas; y desconocíamos el método que se había utilizado para causar las muertes. Por consiguiente, resultaba muy difícil decir gran cosa acerca del asesino, salvo que, en mi opinión, era un experto con la sierra de carnicero y posiblemente utilizaba una en su profesión o la había utilizado en el pasado.

—Que nosotros sepamos, el último caso en Irlanda ocurrió hace diez años —estaba diciéndole a Pete por teléfono—. Durante los dos últimos, hemos tenido cuatro en Virginia.

—¿Entonces tú crees que se ha pasado ocho años sin hacer nada? —preguntó él—. ¿Por qué? ¿Habría estado en la cárcel por algún otro crimen?

—No lo sé. A lo mejor ha estado cometiendo asesinatos en otra parte y no se han relacionado los casos —respondí mientras el viento hacía ruidos sobrenaturales.

—Se han cometido asesinatos en cadena en Sudáfrica —pensó Pete torpemente en voz alta—, en Florencia, en Alemania, en Rusia y en Australia. Joder, ahora que lo pienso, se han cometido asesinatos en todo el mundo. ¡Eh! —exclamó, poniendo la mano sobre el teléfono—. ¡A ver si fumáis de lo vuestro, cojones! ¿Qué os pensáis que es esto? ¿Un centro de asistencia social?

Se oyó al fondo un alboroto de voces; alguien había puesto un disco de Randy Travis.

—Parece que os estáis divirtiendo —comenté con sequedad—. El año que viene no me invites, por favor.

—Son una pandilla de animales —farfulló—. No me preguntes por qué lo hago. Siempre que vienen acaban con todo el alcohol de la casa, de la mía quiero decir. Además hacen trampas con las cartas.

—En estos casos la manera de actuar es muy característica.

Había cambiado mi tono de voz para hablar en serio.

—Vale —dijo él—. Entonces, si ese tío comenzó en Dublín, quizá deberíamos buscar a un irlandés. Creo que sería mejor que volvieras a casa cuanto antes. —Eructó—. Me parece que vamos a tener que ir a Quantico y ponernos a trabajar. ¿Ya se lo has contado a Benton?

Benton Wesley era el jefe de la Unidad de Asesinos Múltiples y Secuestros de Menores del FBI o UAMSM, para la que Pete y yo trabajábamos de asesores.

—No he tenido ocasión de contárselo todavía —respondí indecisa—. ¿Por qué no le avisas tú? Volveré a casa en cuanto pueda.

—Si es mañana, mejor.

—No he acabado la serie de conferencias —le indiqué.

—Te pasarías la vida dando conferencias en cualquier lugar del mundo —

comentó. Me di cuenta de que iba a empezar a meterse conmigo.

—Exportamos nuestra violencia a otros países —le expliqué—. Lo menos que podemos hacer es enseñarles lo que sabemos, lo que hemos aprendido durante todos los años que llevamos trabajando en estos crímenes...

—Tú no te encuentras en el país de los elfos por las conferencias, Doc —dijo él, interrumpiéndome mientras abría otro paquete de tabaco—. Ésa no es la razón, y tú lo sabes.

—Pete... —le advertí—. No me hagas esto.

Pero él insistió.

—Desde que Benton se divorció, has ido encontrando razones para escaquearte y largarte de la ciudad. Y ahora no quieres volver a casa, se te nota en la forma de hablar; no quieres ser mano, echar un vistazo a las cartas que tienes y probar suerte. Bueno, pues permíteme que te diga una cosa: llega un momento en que tienes que apostar o retirarte de la partida...

—Comprendido —dije, poniendo fin amablemente a su bienintencionado discurso de borrachín—. No trasnoches, Pete.

El juzgado de instrucción se encontraba en el número 3 de la calle Store, delante de la aduana y de la estación central de autobuses, cerca de los muelles y del río Liffey. Era un edificio de ladrillo pequeño y viejo, y la callejuela que conducía a la parte trasera estaba cerrada con una pesada verja negra sobre la que habían pintado DEPÓSITO DE CADÁVERES con letras grandes de color blanco. Tras subir por una escalera de estilo georgiano, llamé al timbre y aguardé en medio de la niebla.

Hacía frío aquel martes por la mañana, y los árboles empezaban a cobrar aspecto otoñal. Me picaban los ojos, tenía la cabeza embotada y estaba intranquila por lo que me había dicho Pete antes de que me entraran ganas de colgarle.

—Hola. —El administrador me dejó pasar alegremente—. ¿Qué tal estamos esta mañana, doctora Scarpetta?

Se llamaba Jimmy Shaw; era muy joven, de origen irlandés, y tenía el pelo tan rojo como una pancha y los ojos azules como el cielo.

—He estado mejor —confesé.

—Bueno, acabo de poner agua a calentar para preparar té —dijo, y nos internamos por un pasillo estrecho y escasamente iluminado que conducía a su despacho—. Me da la impresión de que le vendría bien una taza.

—Me vendría estupendamente, Jimmy —respondí.

—En cuanto a la doctora, debe de estar a punto de acabar una investigación. —Cuando entramos en su desordenado cuarto, echó un vistazo al reloj y añadió—: Saldrá dentro de nada.

Su escritorio estaba dominado por el libro de investigaciones del juez de instrucción, que era grande y estaba encuadernado en cuero grueso y negro;

Jimmy había estado leyendo una biografía de Steve McQueen y comiendo tostadas antes de que yo llegara. En cualquier momento me pondría una taza de té al alcance de la mano sin preguntarme cómo lo quería, pues ya lo sabía.

—¿Unas tostadas con mermelada? —preguntó, como hacía todas las mañanas.

—He desayunado en el hotel, gracias —respondí como siempre mientras él se sentaba detrás de su escritorio.

—A mí eso nunca me impide volver a desayunar. —Sonrió y se puso las gafas—. Bien, entonces repasaré rápidamente su programa. Hoy tiene una conferencia a las once y luego otra a la una; las dos son en la universidad, en el antiguo edificio de patología. Calculo que asistirán unos setenta y cinco estudiantes a cada una. Tal vez más, no lo sé. Es usted muy popular aquí, doctora Scarpetta —me comentó de buen humor—. Aunque puede que la razón se deba simplemente a lo exótica que nos resulta la violencia americana.

—Eso es como decir que una plaga es exótica —dije.

—Bueno, nos sentimos fascinados por las cosas que usted ve.

—Eso me incomoda —dije en tono cordial pero amenazador—. No se dejen fascinar demasiado.

En ese momento sonó el teléfono, que Jimmy cogió rápidamente con la impaciencia de quien recibe demasiadas llamadas. Tras escuchar un momento, dijo con brusquedad:

—Vale, vale... Bueno, ahora mismo no podemos hacer un pedido de ese tipo. Tendré que volverle a llamar en otra ocasión.

Cuando colgó el auricular, me dijo con tono de queja:

—Llevo años detrás de unos ordenadores. Joder, no hay manera de conseguir dinero cuando tienes que depender de los socialistas.

—Nunca habrá dinero suficiente. Los muertos no votan.

—Ésa es la jodida verdad. Bueno, ¿cuál es el tema de hoy? —quiso saber.

—Homicidios por causas sexuales —respondí—. En concreto, el papel que puede desempeñar el ADN.

—Esos desmembramientos en los que está interesada... —Bebió un trago de té—. ¿Cree que son por motivos sexuales? Quiero decir, ¿podría el sexo ser una motivación para quien los haya cometido?

Sus ojos reflejaban un vivo interés.

—Desde luego es un factor —respondí.

—Pero ¿cómo puede saberlo si no ha sido identificada ninguna de las víctimas? Podría tratarse de alguien que mata simplemente para divertirse. Como su Hijo de Sam, pongamos por caso.

—En lo que hizo el Hijo de Sam había un factor sexual —puntalicé, buscando con la mirada a mi amiga la forense—. ¿Sabes cuánto puedes tardar todavía? Tengo un poco de prisa.

Shaw volvió a echar un vistazo al reloj.

—Vaya a ver. A lo mejor ha ido directamente al depósito de cadáveres. Estamos esperando un caso, un varón joven, un presunto suicidio.

—Voy a ver si la encuentro.

Me levanté. A un lado del pasillo, junto a la entrada, se encontraba la sala del juez de instrucción, que era donde se llevaban a cabo ante el jurado las investigaciones de las muertes por causas no naturales. Éstas englobaban los accidentes de tráfico y laborales, los homicidios y los suicidios. Las sesiones se celebraban a puerta cerrada, pues la prensa irlandesa no estaba autorizada a publicar muchos detalles. Entré discretamente en una habitación fría y sin adornos, con bancos barnizados y paredes desnudas, donde había varios hombres guardando documentos en maletines.

—Estoy buscando a la forense —dije.

—Se ha marchado hará unos veinte minutos. Creo que tenía un examen —me respondió uno de ellos.

Abandoné el edificio por la puerta trasera. Tras cruzar un pequeño aparcamiento, me encaminé hacia el depósito de cadáveres, del que en aquel momento salía un anciano. Parecía desorientado y miraba a su alrededor, aturdido y dando traspies. Durante un momento clavó la mirada en mí, como si yo pudiera proporcionarle una respuesta. Me dio lástima; el asunto que le hubiera llevado a aquel lugar no podía ser agradable. Le vi dirigirse apresuradamente hacia la verja, y de pronto apareció detrás de él la doctora Margaret Foley, con expresión desolada y sus canosos cabellos despeinados.

—¡Dios mío! —Había estado a punto de chocar conmigo—. Vuelvo la espalda un momento y desaparece.

El hombre abrió la verja de par en par y se alejó precipitadamente. La doctora cruzó el aparcamiento a paso ligero para cerrarla y echarle el pestillo. Al volver junto a mí, casi sin aliento, estuvo a punto de perder el equilibrio con un bache que había en la acera.

—Qué pronto te has levantado, Kay —dijo.

—¿Un familiar? —pregunté.

—El padre. Se ha ido sin identificarle. No me ha dado tiempo ni a apartar la sábana. Ya me ha arruinado el día.

Margaret me condujo al interior del pequeño edificio de ladrillo del depósito de cadáveres con sus blancas mesas de porcelana para autopsias, que probablemente estarían mucho mejor en un museo de medicina, y su vieja estufa de hierro, que ya no calentaba nada. El lugar estaba frío como una nevera y, a excepción de las sierras eléctricas para autopsias, el equipo moderno brillaba por su ausencia. Por unos tragaluz opacos se filtraba una tenue luz gris que apenas iluminaba la sábana de papel blanco que tapaba el cadáver que un padre se había sentido incapaz de ver.

—Siempre es la peor parte —estaba diciendo Margaret—. Nadie debería ver nunca a nadie aquí dentro.

Entré detrás de ella en un pequeño almacén y la ayudé a sacar unas cajas de jeringas, mascarillas y guantes nuevos.

—Se colgó de una viga del establo —añadió mientras trabajábamos—. Estaba recibiendo tratamiento para una depresión y un problema con la bebida. Es más de lo mismo: desempleo, mujeres, drogas... Luego se ahorcan o se arrojan de un puente. —Me lanzó una mirada mientras reponíamos el material del carro para operaciones quirúrgicas—. Gracias a Dios no tenemos armas de fuego. Lo digo sobre todo porque carecemos de aparato de rayos X.

La doctora Foley era una mujer de constitución frágil que llevaba gafas anticuadas de cristal grueso y tenía predilección por el tweed. Nos habíamos conocido en Viena durante una conferencia internacional de ciencias forenses celebrada unos años antes, cuando era poco común ver mujeres en la profesión, sobre todo en el extranjero. Enseguida nos hicimos amigas.

—Margaret, voy a tener que volver a Estados Unidos antes de lo que pensaba —dije, respirando hondo y mirando alrededor, presa de la confusión—. Anoche no pegué ojo.

Ella encendió un cigarrillo y me lanzó una mirada escrutadora.

—Puedo conseguirte copias de lo que quieras. ¿Te corren mucha prisa? Es posible que las fotografías tarden unos días, pero se pueden mandar.

—Cuando alguien así anda suelto, siempre se tiene sensación de apremio —dije.

—No me hace ninguna gracia que te ocupes de este asunto. Esperaba que lo hubieras dejado de una maldita vez después de todos los años que han pasado. —Tiró la ceniza con gesto de irritación y exhaló el fuerte humo del tabaco británico—. Vamos a descansar un momento. Tengo los pies tan hinchados que ya empiezan a molestarme los zapatos. Envejecer sobre unos suelos tan asquerosamente duros como éstos es insufrible.

El cuarto de estar consistía en dos sillas bajas de madera situadas en una esquina en la que Margaret tenía un cenicero sobre una camilla. Apoyó los pies sobre una caja y se entregó a su vicio.

—Nunca consigo olvidarme de esa pobre gente. —Estaba hablando de nuevo de sus casos de asesinatos en cadena—. Cuando me llegó el primero pensé que había sido cosa del IRA. Nunca había visto a una persona tan destrozada, salvo en acciones terroristas.

De pronto me vino a la memoria la imagen de Mark cuando estábamos enamorados. Lo vi mentalmente, sonriéndome con los ojos llenos de una luz maliciosa que se volvía eléctrica cuando reía y bromeaba. Había habido mucho de eso en Georgetown durante los estudios de derecho: diversión, peleas y noches en vela, y el hambre que teníamos el uno del otro y que era imposible de saciar.

Con el paso del tiempo nos habíamos casado con otras personas, nos habíamos divorciado y habíamos vuelto a intentarlo. Él había sido mi leitmotiv: estaba a mi lado, se iba y luego volvía, me llamaba por teléfono o aparecía ante la puerta de mi casa para partirme el corazón y destrozarme la cama.

No podía sacármelo de la cabeza. Seguía sin parecerme posible que una bomba en una estación de tren de Londres hubiera acabado finalmente con la tempestad de nuestra relación. No me lo imaginaba muerto. No podía representármelo mentalmente porque no disponía de una última imagen que pudiera concederme paz. No había visto su cadáver, había evitado cualquier ocasión de hacerlo, de la misma manera que el anciano dublinés había sido incapaz de ver a su hijo. Me di cuenta de que Margaret quería decirme algo.

—Lo siento —repetió con la mirada triste. Conocía bien mi historia—. No era mi intención recordarte algo doloroso. Ya pareces bastante triste esta mañana.

—Has dicho algo interesante. —Intenté ser valiente—. Sospecho que el asesino al que estamos buscando se parece bastante a un terrorista. Le da igual a quién mate. Sus víctimas son personas sin cara ni nombre. No son más que símbolos de un perverso credo particular.

—¿Te importaría que te hiciera una pregunta sobre Mark? —quiso saber.

—Pregunta lo que quieras. —Sonreí—. De todos modos vas a hacerlo...

—¿Has ido alguna vez a donde ocurrió? ¿Has visitado el lugar en el que murió?

—No sé dónde ocurrió —me apresuré a responder. Me miró sin dejar de fumar—. Lo que quiero decir es que no sé en qué lugar exacto de la estación ocurrió. —Estaba contestando de forma evasiva, casi balbuceante. Ella tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie, pero siguió sin decir nada—. A decir verdad —proseguí—, no sé si he estado en esa estación en concreto, en Victoria, desde que murió. Creo que no he tenido ningún motivo para coger un tren en ella o para bajarme allí. Me parece que la última en la que he estado ha sido la de Waterloo.

—El único lugar del crimen que la gran doctora Scarpetta no está dispuesta a visitar. —Sacó de un golpe otro Consulate del paquete—. ¿Te apetece uno?

—Ya lo creo que me apetece, pero no debo.

Margaret suspiró.

—¿Te acuerdas de Viena? Había un montón de hombres, pero aún así fumábamos más que ellos.

—Probablemente fumábamos tanto por la gran cantidad de hombres que había —dije.

—Puede que ésa fuera la causa pero, en lo que a mí respecta, me parece que no hay remedio, lo cual sirve para demostrar que lo que hacemos no guarda conexión con lo que sabemos y que nuestros sentimientos carecen de cerebro. —Apagó la cerilla de una sacudida y añadió—. He visto pulmones de fumadores y

también bastantes hígados adiposos.

—Tengo los pulmones mejor desde que lo dejé. Pero no puedo responder de mi hígado —dije—. Todavía no he renunciado al whisky.

—No lo hagas, por amor de Dios. Serías un muermo. —Hizo una pausa y luego añadió con toda la intención—: Claro que los sentimientos se pueden dirigir o educar para que no conspiren contra nosotros.

—Es probable que me marche mañana —dije, volviendo al tema de antes.

—Primero tienes que ir a Londres para cambiar de avión —me indicó, mirándome a los ojos—. Quédate allí, aunque sólo sea un día.

—¿Cómo dices?

—Es un asunto que tienes pendiente, Kay. Hace tiempo que lo pienso. Tienes que enterrar a Mark James.

—Margaret, ¿a qué viene ahora todo esto?

Volvía a trabármela la lengua.

—Sé cuándo una persona está huyendo. Y tú estás huyendo, como lo está haciendo ese asesino.

—Pues sí que me consuela oír eso... —repliqué.

No deseaba mantener aquella conversación, pero esta vez ella no estaba dispuesta a dejarme escapar.

—Por razones muy diferentes y también por razones muy parecidas. Él es un desalmado; tú no. Pero ni tú ni él queréis que os pillen.

Sus palabras me habían hecho mella, y ella lo sabía.

—¿Y se puede saber quién o qué está intentando pillarme, según tú?

Mi tono de voz era de despreocupación, pero notaba la amenaza de las lágrimas.

—A estas alturas, me figuro que Benton Wesley.

Me volví con la mirada ausente hacia la camilla y su protuberante y pálido pie, del que colgaba una etiqueta. La luz que entraba por el tragaluz cambiaba de forma gradual conforme las nubes pasaban por delante del sol, y el olor a muerte de las baldosas y la piedra resultó de repente mucho más opresivo.

—Kay, ¿qué quieres hacer? —me preguntó Margaret cariñosamente mientras yo me enjugaba las lágrimas.

—Quiere casarse conmigo —respondí.

Volví a Richmond en avión. Cuando las temperaturas empezaron a bajar, los días se me hicieron largos como semanas; las mañanas tenían el lustre de la escarcha, y pasaba las noches delante de la chimenea, pensando y angustiándome. Había muchas cosas calladas y sin resolver, y hacía frente a la situación como siempre lo había hecho, adentrándome cada vez más en el laberinto de mi profesión hasta perder el camino de salida. Estaba volviendo loca a mi secretaria.

—¿Doctora Scarpetta? —preguntó. Sus fuertes y rápidos pasos sonaron sobre el suelo embaldosado de la sala de autopsias.

—Estoy aquí dentro —respondí mientras caía el agua.

Era 30 de octubre. Me encontraba en el vestuario del depósito de cadáveres, lavándome con jabón antibacteriano.

—¿Dónde estaba?

—Trabajando en un cerebro. La muerte súbita del otro día.

Mi secretaria tenía una agenda en la mano y estaba pasando hojas. Llevaba las canas bien recogidas e iba vestida con un traje de chaqueta rojo oscuro que parecía apropiado para su malhumor. Rose estaba muy enfadada conmigo; llevaba así desde que me había ido a Dublín sin despedirme. Luego, al volver, me había olvidado de su cumpleaños. Cerré el grifo y me sequé las manos.

—Hinchado, con ensanchamiento de las circunvoluciones y estrechamiento de las anfractuosidades, todo lo cual hace pensar en una encefalopatía isquémica causada por su profunda hipotensión sistémica —citó.

—Estaba buscándola —dijo, esforzándose por mostrarse paciente.

—¿Qué he hecho esta vez? —pregunté, alzando las manos.

—Había quedado para comer con Jon en el Cráneo y Huesos.

—¡Dios mío! —exclamé, pensando en él y en las otras personas de la facultad de medicina a las que asesoraba y que apenas había tenido tiempo de ver.

—Se lo he recordado esta mañana. La semana pasada también se olvidó de él. Tiene que hablar urgentemente con usted sobre su puesto de interno, y la clínica Cleveland.

—Lo sé, lo sé... —Sentí muchísimo lo ocurrido cuando miré el reloj—. Es la una y media. ¿Y si viniera a mi despacho almorzar el café?

—Tiene una declaración a las dos, una llamada interurbana relacionada con el caso Norfolk-Southern a las tres, una conferencia en la Academia de Ciencias Forenses sobre heridas de bala a las cuatro, y una reunión a las cinco con el detective Ring de la policía estatal —dijo Rose, leyendo la lista.

No me gustaba la forma tan arrolladora que tenía Ring de hacerse cargo de los casos. Cuando había aparecido el segundo torso, se había metido en la investigación y se había comportado como si pensara que sabía más que el FBI.

—Lo de Ring puedo saltármelo —dije secamente.

Mi secretaria se me quedó mirando un buen rato; en la habitación de al lado, en la sala de autopsias, se oía el ruido de las esponjas y el agua.

—Cancelaré la cita con él y así podrá ver a Jon en su lugar. —Me observó por encima de las gafas como una severa directora de colegio—. Luego descanse; es una orden. Mañana no venga, doctora Scarpetta. Que no la vea yo aparecer por la puerta.

Empecé a protestar, pero ella me interrumpió.

—No se le ocurra discutir —prosiguió con firmeza—. Necesita un día o un fin de semana largo para cuidar de su salud mental. No se lo diría si no lo creyera.

Estaba en lo cierto; en cuanto pensé en tener un día para mí sola, me animé.

—No hay nada en la agenda que no pueda cambiar de hora —añadió—. Además... —sonrió—, estamos en medio de un pequeño veranillo de san Martín y por lo visto va a hacer un tiempo maravilloso; el cielo tiene un color azul impresionante y las temperaturas rondan los veinticinco grados; las hojas están en su mejor momento, el amarillo de los álamos es casi perfecto y los arces parece que ardan. Eso sin contar con que estamos en Halloween. Puede tallar una cara en una calabaza.

Saqué de mi taquilla el traje de chaqueta y los zapatos y dije:

—Deberías haber sido abogada.

El día siguiente hizo exactamente el tiempo que había pronosticado Rose y me desperté ilusionada. Cuando abrieron las tiendas fui a comprar golosinas para Halloween y comida para la cena, y luego me trasladé en coche hasta la otra punta de la calle Hull, donde estaba mi centro de jardinería favorito. Las plantas de verano que tenía alrededor de la casa se habían marchitado hacía tiempo y no soportaba ver los tallos secos en los tiestos. Después de comer, saqué al porche delantero bolsas de tierra abonada, cajas de plantas y una regadera.

Abrí la puerta para oír a Mozart, que sonaba dentro de la casa, y me puse a plantar pensamientos en su nuevo macizo de buena tierra. El pan estaba fermentando, el estofado casero hervía a fuego lento sobre el fogón y yo notaba el olor a ajo, vino y tierra fértil mientras trabajaba. Pete iba a venir a cenar, y repartiríamos chokolatinas entre los pequeños y aterradores vecinos. El mundo fue un buen lugar en el que vivir hasta las cuatro menos veinticinco en que se puso a sonar el busca que llevaba en la cadera.

—¡Maldita sea! —exclamé cuando vi el número del servicio de contestación automática.

Entré apresuradamente en casa, me lavé las manos y cogí el teléfono. El servicio me facilitó el número del detective Grigg, de la jefatura de policía del condado de Sussex, y llamé inmediatamente.

—Grigg —respondió un hombre con voz profunda.

—Soy la doctora Scarpetta —dije mirando melancólicamente por las ventanas las grandes macetas de terracota del porche y los hibiscos muertos que había en ellas.

—Ah, qué bien. Gracias por responder a mi llamada tan rápidamente. Le hablo desde aquí con un teléfono celular; no voy a darle detalles.

Hablaba con el ritmo del antiguo Sur y se tomaba las cosas con calma.

—¿Desde dónde exactamente? —pregunté.

—Vertedero de basuras Atlantic, Reeves Road, junto a la calle 460 Este. Han tropezado con algo a lo que imagino que querrá echar una ojeada.

—¿Es la misma clase de cosas que han aparecido en lugares semejantes?— pregunté crípticamente mientras parecía que el día se empezaba a ensombrecer.

—Me temo que ésa es la pinta que tiene —respondió.

—Ahora mismo salgo. Dígame cómo puedo llegar hasta ahí.

Llevaba un pantalón caqui sucio y una camiseta del FBI que me había regalado mi sobrina Lucy, y no tenía tiempo para cambiarme. Si no recogía el cadáver antes de que se hiciera de noche, tendría que quedarse donde estaba hasta la mañana siguiente, lo cual era algo inaceptable. Cogí mi maletín médico y salí corriendo por la puerta, dejando la tierra, las coles y los geranios esparcidos por el porche. Mi Mercedes negro tenía poca gasolina, como no podía ser de otra manera. Me detuve en una estación de servicio de Amoco, llené el depósito yo misma y luego me puse en camino.

El viaje era de una hora, pero me di prisa. La declinante luz del sol lanzaba destellos blancos sobre el envés de las hojas, y las hileras de maíz estaban marrones en granjas y huertos. Los campos eran agitados mares verdes de soja y había cabras pastando libremente en patios de casas. Por todas partes se inclinaban pararrayos chillones con bolas de colores, y yo no dejaba de preguntarme qué mentiroso vendedor habría caído allí como una tormenta y habría jugado con el miedo predicando la llegada de más.

Pronto aparecieron ante mis ojos los silos en los que Grigg me había dicho que me fijara. Tomé Reeves Road, pasé por delante de unas diminutas casas de ladrillo y unos campings para caravanas en los que había camionetas y perros sin collar. Se veían vallas publicitarias con anuncios de Mountain Dew y Virginia Diner. Crucé unas vías de tren, dando sacudidas, y de las ruedas salió como un humo rojizo; más adelante había unas águilas ratoneras picoteando animales que habían sido demasiado lentos, lo cual me pareció un presagio morboso.

En la entrada del vertedero de basuras Atlantic aminoré la marcha, detuve el coche y contemplé un árido paisaje lunar en el que estaba poniéndose el sol como un planeta en llamas. Los camiones de la basura, blancos y brillantes por el cromo pulimentado, avanzaban lentamente por la cima de una creciente montaña de desperdicios. Las excavadoras amarillas parecían escorpiones atacando. Me quedé mirando una nube de polvo que se alejaba del vertedero a gran velocidad. Cuando llegó a donde yo estaba, vi que se trataba de un Ford Explorer rojo y sucio conducido por un joven que se sentía en aquel sitio como en su casa.

—¿Puedo ayudarle en algo, señora? —me preguntó con el lento acento del Sur. Parecía nervioso y preocupado.

—Soy la doctora Kay Scarpetta —respondí, mostrando la insignia de latón que llevaba en una pequeña funda negra y que siempre sacaba cuando iba a investigar a lugares en los que no conocía a nadie.

Examinó mi credencial y luego me observó con sus oscuros ojos. Estaba

sudando bajo su camisa vaquera y tenía el pelo húmedo en la nuca y en las sienas.

—Me han dicho que iba a venir un forense y que tenía que esperarle —me explicó.

—Bueno, pues yo soy la forense —respondí con amabilidad.

—Por supuesto, señora. No era mi intención... —No acabó la frase, pues apartó la vista y se fijó en mi Mercedes, que estaba cubierto con un polvo tan fino y persistente que nada podía evitar que entrara—. Sugiero que deje el coche aquí y venga conmigo —añadió.

Alcé la mirada hacia el vertedero y me fijé en las excavadoras que había en la cima, con sus agresivos cucharones y palas inmóviles. En el lugar donde habían ocurrido los hechos me esperaban dos coches de policía camuflados y una ambulancia; los agentes, figuras de pequeño tamaño, estaban reunidos cerca de la puerta posterior de un camión más pequeño que los demás. Junto a él había alguien dando golpes en el suelo con un palo; yo estaba cada vez más impaciente por ver el cadáver.

—De acuerdo —dije.

Aparqué el coche y cogí del maletero el maletín y la ropa que me ponía cuando iba a investigar al lugar del crimen. El joven me observó en silencio y con curiosidad cuando me senté en el asiento del conductor del coche con la puerta abierta de par en par y me calcé las botas de goma, desgastadas y deslucidas después de tantos años de recorrer bosques y vadear ríos en busca de personas asesinadas y ahogadas. Me puse una camisa vaquera grande y descolorida que le había birlado a Tony, mi ex marido, durante un matrimonio que ya no parecía real. Luego subí al Explorer, me puse unos guantes y me colgué una mascarilla quirúrgica del cuello.

—La comprendo perfectamente —dijo mi conductor—. El olor es bastante desagradable, se lo aseguro.

—Lo que me preocupa no es el olor sino los microorganismos —le expliqué.

—Quizá yo también debería llevar una de esas cosas —comentó con inquietud.

—Sería mejor que no se acercara mucho para evitarse problemas.

Al ver que no respondía nada, tuve la seguridad de que ya se había acercado. Mirar era una tentación tan grande que poca gente se resistía a ella, sobre todo cuando se trataba de casos espantosos.

—No sabe usted cuánto lamento lo del polvo —dijo mientras avanzábamos por entre las enmarañadas varas de oro que había en la orilla de un pequeño estanque cortafuegos poblado de patos—. Como verá, hemos puesto una capa de neumáticos de desecho por todas partes para mantenerlo todo en su sitio. Los riega un barrendero, pero no parece que sirva de mucho. —Hizo una pausa, tímidamente, y luego prosiguió—: Aquí traemos tres mil toneladas de basura

cada día.

—¿De dónde? —pregunté.

—De la zona comprendida entre Littleton, Carolina del Norte, y Chicago.

—¿Y de Boston no? —pregunté, pues se creía que los cuatro primeros casos habían ocurrido en una ciudad tan lejana como ésa.

—No, señora. —Hizo un gesto de negación—. Aunque puede que lo hagamos un día de éstos. Aquí la tonelada es mucho más barata, sólo cuesta veinticinco dólares, mientras que en Nueva Jersey cuesta sesenta y nueve y en Nueva York ochenta. Además, nosotros reciclamos, comprobamos si hay residuos peligrosos y sacamos gas metano de la basura en descomposición.

—¿Cuántas horas trabajan?

—Tenemos abierto las veinticuatro horas del día los siete días de la semana —respondió con orgullo.

—¿Y tienen alguna manera de saber de dónde vienen los camiones?

—Un sistema por satélite que emplea un mapa cuadrulado. Al menos podemos decirle qué camiones han descargado basura durante determinado período de tiempo en la zona en que ha aparecido el cadáver.

Cruzamos chapoteando un profundo charco junto al que había unos camiones y pasamos balanceándonos por delante de un túnel de lavado automático en el que se limpiaban los vehículos antes de que regresaran a las carreteras y autopistas de la vida.

—Es la primera vez que nos ocurre algo así —comentó el joven—. En cambio en el vertedero de Shoosmith han encontrado trozos de cadáveres. Al menos eso es lo que se rumorea.

Me lancé un mirada, suponiendo que yo sabría si tal rumor era cierto, pero no le confirmé lo que acababa de decirme. Mientras el Explorer chapoteaba por el barro sembrado de neumáticos de desecho, fue entrando en el vehículo el acre hedor de la basura en descomposición. Yo tenía toda la atención puesta en el pequeño camión que llevaba observando desde que había llegado a aquel lugar, y mis pensamientos corrían a toda velocidad por un millar de caminos diferentes.

—A todo esto, me llamo Keith Pleasants. —El joven se limpió una mano en el pantalón y me la tendió—. Encantado.

Mi mano enguantada estrechó la suya en una posición incómoda. Unos hombres que tenían la nariz tapada con pañuelos y trapos nos vieron acercarnos; eran cuatro y estaban reunidos junto a la parte posterior del vehículo que yo había estado observando. Ahora podía ver que se trataba de una empacadora hidráulica de las que se utilizaban para vaciar contenedores y comprimir basura. En las puertas tenía pintado el rótulo TRANSPORTES COLÉ, S. A.

—El hombre que está hurgando en la basura es el detective de Sussex —me dijo Pleasants.

Parecía mayor en mangas de camisa y con un revólver a la cintura. Tuve la

sensación de que lo había visto en otra parte.

—¿Es Grigg? —pregunté, refiriéndome al detective con el que había hablado por teléfono.

—Exacto. —El sudor le caía por la cara; su nerviosismo iba en aumento—. ¿Sabe una cosa? Nunca me he relacionado con la jefatura de policía; ni siquiera me han puesto una multa por exceso de velocidad.

Aminoramos la marcha y nos detuvimos; yo apenas podía ver en medio de aquella tolvanera. Pleasants cogió la manilla de su puerta.

—Espere un momento —le dije.

Mientras aguardaba a que el polvo se posara, miré por el parabrisas para obtener una vista de conjunto, tal como hacía siempre que me acercaba al lugar en el que se había cometido un crimen. El cucharón de la excavadora estaba inmóvil en el aire y la empacadora, que se encontraba debajo, se hallaba casi llena. La actividad y el ruido de los motores diesel continuaban por todo el vertedero; el trabajo sólo se había detenido en aquel punto. Observé durante un momento unos potentes camiones blancos que subían con gran estruendo por la montaña de basura, mientras las apisonadoras nivelaban el suelo con sus rodillos y las excavadoras hincaban sus dientes en la basura y la recogían violentamente.

El cadáver iba a ser transportado en ambulancia; los sanitarios, que estaban dentro del vehículo con el aire acondicionado, me observaban por las polvorientas ventanas, esperando a ver qué hacía. Cuando vieron que me colocaba la mascarilla quirúrgica sobre la nariz y la boca y que abría la puerta, ellos también bajaron. Las puertas se cerraron de golpe. El detective salió inmediatamente a mi encuentro.

—Soy el detective Grigg, de la jefatura de policía de Sussex —dijo—. Soy el que la ha llamado antes.

—¿Lleva aquí fuera desde entonces? —le pregunté.

—Sí, señora, desde que se nos comunicó la noticia a las trece horas aproximadamente. No me he movido de aquí para asegurarme de que nadie tocaba nada.

—Perdone —me dijo uno de los sanitarios—. ¿Va a necesitarnos ahora mismo?

—Quizá dentro de un cuarto de hora. Ya irá alguien a avisarles —respondí. Los sanitarios se apresuraron a regresar a la ambulancia—. Voy a necesitar algo de espacio aquí —indiqué a los demás.

Se oyó el crujido de los pasos cuando se quitaron de en medio y dejaron al descubierto lo que habían estado vigilando y mirando con ojos desorbitados. La carne tenía una palidez poco natural bajo la declinante luz del otoño, y el torso era un horrible muñón que se había precipitado de un cucharón lleno de basura y había caído de espaldas. Pensé que era de raza caucásica, aunque no estaba segura. Los gusanos que infestaban la zona genital me impedían determinar a

simple vista de qué sexo era; ni siquiera podía decir con certeza si la víctima había llegado ya a la pubertad o no. Tenía una cantidad anormalmente baja de grasa en el cuerpo, de modo que las costillas sobresalían bajo los planos pechos, que tanto podían ser de mujer como no serlo.

Me acerqué, me puse de cuclillas y abrí el maletín. Cogí gusanos con unas pinzas y los metí en un tarro para que los examinara el entomólogo y, tras realizar un reconocimiento más minucioso, llegué a la conclusión de que la víctima era efectivamente mujer. La habían decapitado a la altura de las vértebras cervicales inferiores y le habían cortado los brazos y las piernas. Los muñones se habían secado y oscurecido con el tiempo, y por eso me di cuenta enseguida de que existía una diferencia entre aquel caso y los otros.

A esta mujer la habían desmembrado cortándole directamente los húmeros y los fémures, que eran huesos fuertes, en lugar de por las articulaciones. Cuando saqué el bisturí, noté que los hombres clavaban la vista en mí. Realicé una incisión de centímetro y medio en el lado derecho del torso, introduje en ella un largo termómetro químico, y dejé otro termómetro encima del maletín.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el hombre de la camisa a cuadros y la gorra de béisbol, que parecía como que fuera a vomitar.

—Necesito la temperatura del cuerpo para averiguar la hora de la muerte. La temperatura central del hígado es la más exacta —le expliqué pacientemente—. También necesito saber la temperatura que hace aquí fuera.

—Calor, eso es lo que hace —dijo otro hombre—. Parece que es una mujer, ¿no?

—Es todavía demasiado pronto para decir nada —respondí—. ¿Es suya esta empacadora?

—Sí. —Era un hombre joven, de ojos oscuros, dientes muy blancos y tatuajes en los dedos, algo que yo solía asociar con personas que han estado en la cárcel. Llevaba un pañuelo sudado atado a la cabeza y anudado por detrás, y no podía mirar el torso durante mucho rato sin apartar la vista—. En el lugar equivocado y en el momento menos oportuno —añadió, meneando la cabeza con hostilidad.

—¿A qué se refiere usted?

Grigg estaba mirándolo con atención.

—No ha sido cosa mía, de eso estoy seguro —respondió el conductor, como si se tratara de la cosa más importante que fuera a decir en toda su vida—. La excavadora lo sacó a la superficie cuando estaba extendiendo mi carga.

—¿Entonces nadie sabe cuándo lo han arrojado aquí? —pregunté, escrutando las caras que tenía alrededor.

—Desde las diez de la mañana —respondió Pleasants— han descargado veintitrés camiones en este lugar, sin contar éste —añadió, mirando la empacadora.

—¿Por qué desde las diez de la mañana? —pregunté, pues me parecía una hora bastante arbitraria para empezar a contar camiones.

—Porque a esa hora ponemos la última capa de neumáticos de desecho. Así que es imposible que lo hayan arrojado antes —explicó Pleasants, con la mirada clavada en el cadáver—. De todos modos, no creo que llevara mucho tiempo aquí. No tiene el aspecto de que le haya pasado por encima una apisonadora de cincuenta toneladas con rodillos, camiones o incluso esta excavadora.

Pleasants miró a otros lugares del vertedero en los que estaban sacando basura apisonada de camiones, que unos tractores enormes aplastaban y extendían. El conductor de la empacadora parecía cada vez más inquieto y enfadado.

—Aquí arriba tenemos máquinas de gran tamaño por todas partes —añadió Pleasants—. Y no paran casi nunca.

Miré la empacadora y la excavadora amarilla con su cabina vacía. En el cucharón que había en el aire ondeaba un jirón de bolsa de basura negra.

—¿Dónde está el conductor de esa excavadora? —pregunté.

Pleasants titubeó antes de responder.

—Bueno, en realidad soy yo. Tenemos a una persona de baja por enfermedad y me pidieron que trabajara en la cuesta.

Grigg se acercó a la excavadora y miró lo que quedaba de la bolsa de basura, que seguía moviéndose en el aire estéril y caliente.

—Dígame lo que vio —le dije a Pleasants.

—No mucho. Estaba descargando su camión —respondió, señalando al conductor de la empacadora con la cabeza— y cogí con el cucharón la bolsa de basura, ésa que ve allí. Se rompió, y el cadáver cayó donde está ahora.

Se puso a secarse la cara con la manga de la camisa y a espantar moscas.

—Pero no sabe con seguridad de dónde ha salido —insistí. Grigg estaba escuchando, pese a que probablemente ya les había tomado declaración.

—Puede que lo haya sacado yo a la superficie —concedió Pleasants—. No digo que sea algo imposible, pero no creo que lo haya hecho.

—Eso es porque no quieres pensar en ello.

El conductor de la empacadora lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Sabes lo que pienso? —exclamó Pleasants sin arredrarse—: Que lo he sacado de tu empacadora con el cucharón cuando estaba descargándola.

—Oye, tío, tú no sabes si lo tenía yo —le espetó el conductor.

—No, no lo sé con toda seguridad, pero tiene sentido, eso es todo.

—Lo tendrá para ti —replicó el conductor con gesto amenazador.

—Creo que ya es suficiente, chicos —les advirtió Grigg, acercándose de nuevo y recordándoles con su presencia que era alguien importante y que tenía una pistola.

—Bueno, ya he aguantado bastante esta jodida historia de mierda. ¿Cuándo

voy a poder largarme de aquí? Se me está haciendo tarde.

—Este tipo de asuntos causan problemas a todo el mundo —le dijo Grigg, mirándole sin pestañear.

El conductor soltó una palabrota entre dientes y se alejó con paso airado mientras encendía un cigarrillo.

Saqué el termómetro del cadáver. La temperatura del hígado era de treinta grados, la misma que la del ambiente. Di media vuelta al torso por si había algo más que ver y observé en la parte inferior de las nalgas un curioso conjunto de vesículas llenas de líquido. Miré con más atención y encontré señales de otras en la zona de los hombros y los muslos, en torno a unos cortes profundos.

—Métnlo en una bolsa doble —ordené—. Necesito la bolsa de basura en la que lo trajeron y también lo que ha quedado dentro de ese cucharón. Y quiero toda la basura que tiene debajo y alrededor; que me la envíen toda.

Grigg desdobló una bolsa de basura con capacidad de setenta y cinco litros y la abrió de una sacudida. Luego sacó unos guantes del bolsillo, se puso de cuclillas y empezó a coger puñados de basura mientras los sanitarios abrían las puertas traseras de la ambulancia.

El conductor de la empacadora estaba apoyado contra la cabina de su vehículo; yo podía notar su furia como si fuera calor.

—¿De dónde venía su empacadora? —le pregunté.

—Mire las etiquetas —respondió malhumorado.

—¿De qué lugar de Virginia?

No le iba a permitir que me apartara de mi propósito. Sin embargo fue Pleasants quien respondió.

—De la zona de Tidewater, señora. La empacadora es nuestra. Tenemos muchas de alquiler.

La administración del vertedero de basuras daba al estanque cortafuegos y hacía un curioso contraste con sus ruidosos y polvorientos contornos. El edificio estaba estucado de color melocotón claro y tenía jardineras con flores en las ventanas y arbustos esculpidos en los márgenes del camino de entrada. Las contraventanas estaban pintadas de color crema y en la puerta principal había una aldaba de latón en forma de pino. Dentro fui recibida por un aire limpio y refrigerado que supuso un auténtico alivio; sin duda ésa era la razón por la que el detective Ring había decidido llevar a cabo sus entrevistas allí. Estaba segura de que ni siquiera había estado en el lugar de los hechos.

Se encontraba en la sala de estar, sentado con un hombre mayor en mangas de camisa, bebiendo una Coca-Cola light y mirando unos diagramas hechos con ordenador.

—Les presento a la doctora Scarpetta —dijo Pleasants—. Perdone —añadió,

dirigiéndose a Ring—, no sé su nombre de pila.

Ring, vestido con un elegante traje azul, me miró con una sonrisa de oreja a oreja y me guiñó un ojo.

—La doctora y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo.

El detective era un hombre rubio, y rebosante de una inocencia pura y juvenil en la que resultaba fácil creer. Pero a mí no me había engañado nunca: Ring, un fanfarrón lleno de encanto, en el fondo era un vago. Además a mí no me había pasado inadvertido que desde el momento mismo en que empezamos a trabajar en aquellos casos, se había producido un enorme número de filtraciones a la prensa.

—Y el señor Kitchen —estaba diciéndome Pleasants—. Es el propietario del verdedero.

Kitchen iba vestido de forma sencilla, con vaqueros y botas Timberland. Cuando me tendió su mano áspera y grande, me miró con unos ojos grises y tristes.

—Siéntese, por favor —dijo, sacando una silla—. Qué día más espantoso. Sobre todo para la persona que hay ahí fuera, sea quien sea.

—Para esa persona hoy no ha sido ningún día espantoso —comentó Ring—. En este momento no siente ningún dolor.

—¿Has estado ahí fuera? —le pregunté.

—Apenas hace una hora que he llegado. Además éste no es el lugar del crimen, sino el lugar al que ha ido a parar el cadáver —respondió—. Es el número cinco. —Despegó el adhesivo de un botellín de zumo de frutas y añadió—: Esta vez no ha esperado tanto; sólo dos meses entre uno y otro.

Sentí la habitual punzada de irritación. A Ring le encantaba sacar conclusiones precipitadamente y manifestarlas con la certeza de quien no sabe lo suficiente como para darse cuenta de que podría estar equivocado. Esto se debía en parte a que quería obtener resultados sin trabajar.

—Todavía no he examinado el cadáver ni comprobado el sexo —dije con la esperanza de que se acordara de que había más personas en la habitación—. Éste no es momento para hacer suposiciones.

—Bueno, voy a dejarles —dijo Pleasants tímidamente, camino de la puerta.

—Necesito que vuelva dentro de una hora para tomarle declaración —le recordó Ring con voz autoritaria.

Kitchen estaba callado, mirando los diagramas. Entonces entró Grigg, quien nos saludó inclinando la cabeza y se sentó.

—No creo que sea una suposición decir que lo que tenemos entre manos es un homicidio —me dijo Ring.

—Eso puedes decirlo sin temor a equivocarte —respondí, sosteniéndole la mirada.

—Y que es exactamente igual que los demás.

—Eso ya no lo puedes decir sin temor a equivocarte —puntualicé—. Todavía no he examinado el cadáver.

Kitchen se movió incómodo en su silla.

—¿Desean algún refresco o café? —preguntó—. Los servicios se encuentran en el pasillo.

—Es lo mismo —afirmó Ring como si supiera de qué estaba hablando—: Otro torso en un vertedero.

Grigg estaba observándonos inexpresivamente, dando golpecitos con su cuaderno de notas en señal de inquietud.

—Estoy de acuerdo con la doctora Scarpetta —le dijo a Ring tras hacer dos ruiditos secos con el bolígrafo—. Creo que aún no deberíamos relacionar este caso con nada. Sobre todo públicamente.

—Dios no lo quiera. Preferiría no tener esa clase de publicidad —dijo Kitchen, exhalando un profundo suspiro—. ¿Saben una cosa? Cuando uno se dedica a este negocio, acepta que esto puede ocurrir, sobre todo si recibe basura de lugares como Nueva York, Nueva Jersey o Chicago, pero nunca piensas que pueda ocurrir precisamente en tu patio. —Miró a Grigg y añadió—: Quisiera ofrecer una recompensa para ayudar a capturar a quien ha hecho esa atrocidad. Diez mil dólares por cualquier información que contribuya al arresto.

—Es usted muy generoso —comentó Grigg impresionado.

—¿Incluye eso a los investigadores? —preguntó Ring con una amplia sonrisa.

—Me da igual quién lo resuelva. —Kitchen no estaba sonriendo cuando se volvió hacia mí—. Dígame qué puedo hacer para ayudarla, señora.

—Según tengo entendido, utilizan un sistema de seguimiento por satélite —dije—. ¿Pertenece a él estos diagramas?

—Precisamente estaba comentándolos en este momento —respondió Kitchen.

Me pasó unos cuantos. Sus dibujos de líneas ondulantes parecían cortes transversales de geodas y estaban señalados con coordenadas.

—Ésta es una imagen de la superficie del vertedero —explicó Kitchen—. Podemos obtenerla cada hora, cada día, cada semana, siempre que queramos, para averiguar dónde se ha originado la basura y dónde ha sido depositada. Gracias a estas coordenadas se pueden establecer las posiciones en el mapa con toda precisión. —Dio un golpecito al papel—. Se parece un poco a las gráficas de geometría o álgebra. —Alzó la vista para mirarme y añadió—: Me imagino que usted también sufriría algo de eso en la escuela.

—«Sufrir» es la palabra clave. —Le sonreí—. Entonces lo que nos está diciendo es que usted puede comparar estas imágenes para ver cómo cambia la superficie del vertedero después de cada descarga.

Kitchen hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, señora. Eso es en resumidas cuentas.

—¿Y a qué conclusión ha llegado usted?

Colocó ocho mapas, unos al lado de otros. Las líneas onduladas de cada uno eran distintas, como las diferentes arrugas de la cara de una misma persona.

—Cada línea representa básicamente una profundidad —dijo—, de modo que podemos saber con bastante precisión qué profundidad corresponde a cada camión.

Ring vació su lata de Coca-Cola y la arrojó a la papelera. Luego hojeó su cuaderno de notas como si estuviera buscando algo.

—Este cadáver no ha podido estar sepultado a mucha profundidad —le dije—. Está muy limpio, teniendo en cuenta las circunstancias. No presenta heridas ocurridas después de la muerte y, por lo que he podido observar ahí fuera, las excavadoras cogen las pacas de los camiones y las hacen pedazos de un golpe. Luego extienden la basura por el suelo para que la apisonadora pueda nivelarla con la pala recta, triturándola y comprimiéndola.

—En eso consiste poco más o menos. —Kitchen me miró con interés—. ¿Quiere trabajo?

Tenía la cabeza ocupada por imágenes de excavadoras con aspecto de dinosaurios robotizados que hincaban sus garras en las pacas envueltas en plástico de los camiones. Conocía a fondo las heridas de los casos anteriores, en los que los restos humanos habían aparecido aplastados y mutilados. En cambio esta víctima estaba intacta, sin tener en cuenta lo que había hecho el asesino, por supuesto.

—Es difícil encontrar buenas mujeres —estaba diciendo Kitchen.

—Y que lo diga, amigo —comentó Ring. Grigg lo miraba cada vez con más desagrado.

—Me parece que tiene usted razón —dijo—. Si ese cadáver hubiera estado en el suelo un mínimo de tiempo, estaría destrozado.

—Los cuatro primeros parecían carne machacada —dijo Ring. Luego me miró con fijeza y preguntó—: ¿Tenía éste aspecto de haber sido apisonado?

—No parece que lo hayan aplastado —respondí.

—Pues eso también es interesante —dijo con aire pensativo—. ¿Por qué no lo habrán aplastado?

—El cadáver no salió de un centro de transporte, que es donde apisonan y enfardan la basura —respondió Kitchen—, sino de un contenedor que fue vaciado por la empacadora.

—¿O sea que las empacadoras no empaican? —preguntó Ring con dramatismo—. Y yo que pensaba que ésa era la razón por la que las llamaban empacadoras... —Se encogió de hombros y me sonrió.

—Depende de dónde se encontrara el cadáver en relación con el resto de la basura cuando estaban apisonando —dije—. Depende de muchas cosas.

—O si llegaron a apisonarlo, dependiendo de lo lleno que estuviera el camión

—agregó Kitchen—. Yo creo que fue la empacadora o, a lo más, uno de los dos camiones que vinieron antes, si es que estamos utilizando las coordenadas exactas en las que ha aparecido el cadáver.

—Creo que voy a necesitar los datos de esos camiones y su lugar de procedencia —dijo Ring—. Tenemos que hablar con los conductores.

—De modo que considera sospechosos a los conductores —le dijo Grigg fríamente—. He de reconocer que es una idea original. Tal como yo veo las cosas, para averiguar la procedencia de la basura no hay que recurrir a ellos sino a las personas que la tiraron. Me figuro que la persona a la que estamos buscando es una de ellas.

Ring lo miró directamente a los ojos, sin inmutarse lo más mínimo.

—Quiero oír lo que tienen que decir los conductores, eso es todo. Nunca se sabe. Sería una buena forma de organizarlo todo: arrojas el cadáver en un punto de tu trayecto y te aseguras de entregarlo tú mismo. O, qué cono, lo cargas en tu propio camión. Así nadie sospecha de ti, ¿no?

Grigg echó su silla hacia atrás, se desabotonó el cuello de la camisa y movió la barbilla como si le doliera. Primero le chascó algún hueso del cuello y luego los nudillos. Por último tiró el cuaderno de notas sobre la mesa y clavó la vista en Ring con cara de malhumor. Todos le miramos.

—¿Le importa si me ocupo yo de este asunto? —le preguntó al joven detective—. Le aseguro que detestaría no hacer el trabajo para el que me contrató el condado. Este caso es mío, no suyo.

—Sólo he venido a ayudar —dijo Ring con despreocupación y encogiéndose de hombros.

—No sabía que necesitara ayuda —repuso Grigg.

—Cuando apareció el segundo torso en un condado diferente al primero, la policía estatal formó un equipo de trabajo multijurisdiccional para homicidios —explicó Ring—. Llega un poco tarde a la partida, amigo. Quizás alguna persona que haya llegado a la hora debería ponerle en antecedentes.

Pero Grigg había dejado de prestarle atención y se había puesto a hablar con Kitchen:

—Yo también quiero esa información sobre los vehículos.

—¿Qué les parece si para mayor seguridad les doy la de los últimos cinco camiones que subieron a la cuesta? —nos dijo Kitchen a todos.

—Eso nos sería de gran ayuda —respondí mientras me levantaba de mi asiento—. Cuanto antes pueda hacerlo, mejor.

—¿A qué hora vas a ocuparte de ello mañana? —me preguntó Ring, que permanecía en su silla como si hubiera poco que hacer en la vida y le sobrara tiempo.

—¿Te refieres a la autopsia? —pregunté.

—Pues claro.

—Puede que tarde varios días en abrir este cadáver.

—¿Y eso por qué?

—La parte más importante es el reconocimiento externo, y eso va a llevarme mucho tiempo. —Vi que perdía interés—. Tengo que examinar la basura, buscar rastros, desengrasar y descarnar los huesos, pedirle a un entomólogo que averigüe la edad de los gusanos para ver si puedo hacerme una idea de cuándo arrojaron el cadáver a la basura, etcétera.

—Quizá será mejor que me avises cuando encuentres algo —decidió.

Grigg abandonó la habitación detrás de mí y me dijo con su lenta y reposada forma de hablar, meneando la cabeza:

—Cuando salí del ejército, hace ya mucho tiempo, quería ser policía estatal. Me cuesta creer que hayan aceptado a un estúpido como ése.

—Por suerte no todos son como él —dije.

Salimos al sol en el momento en que la ambulancia bajaba lentamente del vertedero dejando nubes de polvo tras ella. Había camiones traqueteando y haciendo cola y otros a los que estaban lavando mientras se añadía a la montaña de basura otra capa hecha con los jirones de la América moderna. Cuando llegamos a donde estaban nuestros coches, ya era de noche. Grigg se detuvo junto al mío y le echó un vistazo.

—Me preguntaba de quién sería —dijo con admiración—. Un día de éstos voy a conducir uno así; sólo una vez.

Le sonreí mientras abría la puerta.

—No tiene las cosas importantes, como la sirena y las luces.

Se rio y dijo:

—Pete y yo jugamos en la misma liga de bolos. Mi equipo se llama Bolas de Fuego; el suyo, Golpe de Suerte. Ese chico es el peor deportista que he visto en mi vida. Bebe cerveza y come, y luego piensa que todo el mundo hace trampa. La última vez llevó a una chica. —Movié la cabeza en un gesto de negación y añadí—: Jugaba a los bolos como los Picapiedra, y además iba vestida como ellos, con esos trapos de piel de leopardo. Lo único que le faltaba era el hueso en el pelo. Bueno, dígame a Pete que ya hablaremos.

Se alejó haciendo sonar las llaves.

—Gracias por su ayuda, detective Grigg —dije.

Me hizo una señal con la cabeza y subió a su Caprice.

Cuando hice el proyecto de mi casa, me aseguré de que el cuarto de la lavadora estuviera justo al lado del garaje porque no quería dejar el rastro de la muerte en todas las habitaciones de mi vida privada después de trabajar en un lugar como el vertedero. En cuanto salí del coche, metí la ropa en la lavadora y puse los zapatos y las botas en el fregadero industrial, donde las limpié con detergente y un cepillo

de cerdas duras.

Enfundada en un albornoz que colgaba siempre al otro lado de la puerta, me dirigí al dormitorio principal y me di una larga ducha de agua caliente. Estaba agotada y desanimada. En aquel momento no tenía energías para imaginármela, ni para pensar en su nombre o en quién había sido, así que aparté de mi mente olores e imágenes. Me preparé una ensalada y algo para beber mientras miraba tristemente la gran fuente de golosinas de Halloween que había sobre la encimera y pensaba en las plantas del porche que aún tenía que poner en macetas. Luego llamé a Pete.

—Escucha —le dije cuando cogió el teléfono—. Creo que Benton debería venir mañana por la mañana para investigar este caso.

Se produjo un largo silencio.

—De acuerdo —respondió—. Eso significa que quieres que sea yo y no tú quien le diga que se venga para Richmond.

—Si no te importa. Estoy hecha polvo.

—No hay ningún problema. ¿A qué hora?

—Cuando quiera. Yo estaré allí todo el día.

Antes de acostarme volví al despacho de mi casa para ver si me habían mandado algo por correo electrónico. Lucy no solía llamarme cuando podía utilizar el ordenador para decirme cómo y dónde estaba. Mi sobrina era agente del FBI y trabajaba de técnico especialista para su Equipo de Rescate de Rehenes o ERR, por lo que en cualquier momento podían enviarla a cualquier parte del mundo.

Al igual que una madre preocupada, miraba con frecuencia si me había mandado algún mensaje pues tenía miedo de que llegara el día en que sonara su busca y tuviera que enterarme de que la enviaban con los chicos a la base aérea de Andrews para subir una vez más a un carguero C-141. Tras rodear las pilas de revistas pendientes de lectura y los gruesos libros de medicina que había comprado recientemente y que aún no había colocado en las estanterías, me senté detrás del escritorio. Mi despacho era la habitación de la casa en la que más horas pasaba, y lo había proyectado con una chimenea y unos ventanales que daban a un recodo rocoso del río James.

Cuando entré en America Online o AOL, una maquina voz masculina me saludó informándome de que había recibido correo. Tenía mensajes sobre diversos casos, juicios, reuniones profesionales y artículos de revistas, y también uno de alguien que no conocía. Su nombre de usuario era «muerteadoc». Me puse nerviosa al instante. No había descripción de lo que aquella persona había enviado, y cuando abrí lo que me había escrito, simplemente ponía: «diez».

Había adjuntado un archivo gráfico. Lo bajé y lo descomprimí. En la pantalla empezó a materializarse una imagen; se desplazaba de arriba abajo cambiando de color y mostrando una banda de píxeles cada vez que lo hacía. Me di cuenta

de que estaba viendo la fotografía de una pared de color masilla y una mesa en cuyo borde había una especie de mantel azul claro encharcado de algo rojo oscuro. Entonces se dibujó en la pantalla una enorme herida roja de forma irregular, tras lo cual aparecieron unas manchas de color carne que se transformaron en muñones y pezones ensangrentados.

Cuando se terminó de formar la imagen de aquel horror, me quedé mirando incrédulamente la pantalla y cogí el teléfono.

—Pete, creo que será mejor que vengas —dije con voz teñida de miedo.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmado.

—Hay algo aquí que tienes que ver.

—¿Estás bien?

—No lo sé.

—No te muevas, Doc. —Se hizo cargo de la situación—. Ahora voy.

Imprimí el archivo y lo grabé en un disco por miedo a que pudiera desvanecerse ante mis ojos. Mientras esperaba a Pete, bajé la intensidad de las luces del despacho para que los detalles fueran más nítidos y los colores más vivos. Mientras miraba aquella carnicería, la cabeza me dio vueltas en un bucle terrible; la sangre formaba en ella una imagen espantosa como las que yo estaba acostumbrada a ver. Otros médicos, científicos, abogados y policías me mandaban a menudo fotografías como aquella por Internet. Por lo general me pedían por correo electrónico que examinara lugares en los que se había cometido un crimen, órganos, heridas, diagramas e incluso reconstrucciones animadas de casos que estaban a punto de ir a los tribunales.

Aquella fotografía podía habérmela mandado fácilmente un detective, un colega, el fiscal del estado o alguien de la UAMSM. Sin embargo, había algo que evidentemente no encajaba. Hasta aquel momento, en aquel caso no había habido lugar del crimen, sólo un vertedero en el que se habían deshecho de la víctima junto con la basura y la bolsa hecha jirones que se había encontrado a su lado. Únicamente el asesino u otra persona implicada en el crimen podía haberme mandado aquel archivo.

Un cuarto de hora más tarde, casi a medianoche, sonó el timbre. Me levanté de la silla de un salto y fui corriendo a abrir a Pete.

—¿Qué leches pasa ahora? —dijo nada más entrar.

Estaba sudando bajo la camiseta gris de la policía de Richmond que ceñía su enorme cuerpo. Llevaba además unos pantalones cortos y holgados y unas zapatillas deportivas con los calcetines elásticos subidos hasta la pantorrilla. Olía a sudor reseco y cigarrillos.

—Ven.

Me siguió por el pasillo, entró en el despacho y, cuando vio lo que había en la pantalla del ordenador, se sentó en mi silla y frunció el entrecejo sin apartar la vista de la imagen.

—¿Es esta mierda lo que pienso que es?—preguntó.

—Parece que la fotografía está sacada donde desmembraron el cadáver.

No estaba acostumbrada a que hubiera alguien en mi lugar privado de trabajo y notaba crecer mi ansiedad.

—Esto es lo que has encontrado hoy.

—Lo que estás viendo se hizo poco después de que se produjera la muerte —puntualicé—, pero es cierto, se trata del torso del vertedero.

—¿Cómo lo sabes?

Pete ajustó mi silla sin quitar los ojos de la pantalla. Luego, cuando se movió para ponerse más cómodo, tiró unos libros al suelo con sus enormes pies. Entonces cogió unas carpetas y las puso en otra esquina de mi escritorio, y yo ya no pude soportarlo más.

—Tengo las cosas donde quiero —le indiqué enfáticamente al tiempo que volvía a poner las carpetas en el desordenado lugar de antes.

—Oye, relájate, Doc —dijo sin dar importancia a mi comentario—. ¿Cómo sabemos que no es un truco?

Quitó de nuevo las carpetas de en medio, y entonces me enfadé de veras.

—Pete, será mejor que te levantes —le dije—. No dejes sentar a nadie en la silla de mi escritorio. Estás volviéndome loca.

Me lanzó una mirada de enojo y se levantó de mi silla.

—Oye, hazme un favor: la próxima vez que tengas un problema llama a otro.

—Intenta ser comprensivo...

Pero él perdió la paciencia y me cortó.

—No. Eres tú la que tienes que ser comprensiva en vez de tan quisquillosa. No me extraña que tú y Benton tuvierais problemas.

—Pete —le advertí—, te estás pasando de la raya. Será mejor que no sigas. —Se quedó en silencio, mirando alrededor, sudando—. Volvamos a esto —dije. Me senté en mi silla y la reajusté—. No me parece que sea un truco y creo que es el torso del vertedero.

—¿Porqué?

Tenía las manos en los bolsillos y no quería mirarme.

—Le han cortado los brazos y las piernas por los huesos largos, no por las articulaciones. —Toqué la pantalla—. Hay otras similitudes. Es ella, a menos que hayan asesinado y desmembrado de la misma manera a otra víctima con un tipo de cuerpo parecido y no la hayamos encontrado todavía. Además no sé cómo podría hacer alguien un truco como éste sin saber cómo ha sido desmembrada la víctima; eso sin contar con que este caso aún no ha salido en la prensa.

—Mierda... —Estaba malhumorado—. ¿Y hay algo parecido a un remitente?

—Sí. Una persona en AOL llamada «muerteadoc».

—¿« Muerte a la doctora » ?

Estaba tan intrigado que se olvidó de su malhumor.

—Sí, pero no es más que una suposición. El mensaje consistía en una sola palabra: « diez » .

—¿Nada más?

—En minúsculas.

Me miró con expresión pensativa.

—Si cuentas las de Irlanda, esta víctima es la número diez. ¿Tienes una copia del archivo?

—Sí. Y los casos de Dublín y su posible conexión con los primeros cuatro han salido en la prensa. —Le entregué la impresión—. Cualquiera puede saberlo.

—Da igual. Si se trata del mismo individuo y ha cometido otro crimen, el asesino sabe perfectamente a cuántas personas ha matado —dijo—. Lo que no comprendo es cómo se ha enterado de dónde podía mandarte el archivo.

—Mi dirección en AOL no debe de ser difícil de encontrar. Es mi propio nombre.

—No puedo creerme que hayas hecho eso —me espetó—. Es como utilizar tu fecha de nacimiento para la clave de la alarma antirrobo.

—Utilizo el correo electrónico casi exclusivamente para comunicarme con forenses, personas del Ministerio de Sanidad y la policía. La dirección tiene que resultarles fácil de recordar. Además —añadí al ver que seguía juzgándose con la mirada—, nunca me ha planteado ningún problema.

—¡Joder, pues ahora sí que te lo ha planteado! —exclamó, mirando la copia—. A ver si por lo menos encontramos aquí algo que nos sirva de ayuda. A lo mejor ha dejado una pista en el ordenador.

—En la red —puntalicé.

—Sí, bueno, donde sea —dijo él—. Quizá deberías llamar a Lucy.

—Es Benton quien debería hacer eso —le recordé—. Soy la tía de Lucy, así que no puedo pedirle que nos ayude en este caso.

—Entonces supongo que también voy a tener que llamarle por ese motivo. —Rodeó mi desordenado escritorio y se dirigió a la puerta—. Espero que tengas cerveza en esta barraca. —Se detuvo y se volvió hacia mí—. Ya sé que no es asunto mío, Doc, pero tarde o temprano vas a tener que hablar Con él.

—Tienes razón —dije—. No es asunto tuyo.

A la mañana siguiente me desperté con el sordo golpeteo de una fuerte lluvia sobre el tejado y el persistente pitido de mi despertador. Era temprano para ser un día que en principio iba a tomarme libre, y me impresionó que durante la noche hubiera comenzado el mes de noviembre; faltaba poco para que llegara el invierno y pasara otro año. Subí las persianas y miré al exterior. En el suelo había pétalos de mis rosas, y el río estaba crecido y corría en torno a unas rocas que parecían negras.

Lamentaba lo que había ocurrido con Pete. La noche anterior había estado brusca al mandarlo a casa sin ofrecerle una cerveza, pero no quería hablar con él sobre temas que no iba a comprender. Para él era sencillo: yo estaba divorciada, a Benton Wesley le había dejado su esposa por otro hombre y habíamos tenido un lío, así que lo mejor era que nos casáramos. Durante una temporada la idea me había parecido bien. Benton y yo habíamos pasado el otoño y el invierno del año anterior yendo a esquiar y a bucear, saliendo de compras, cenando en casa y por ahí, e incluso trabajando en mi jardín. No nos habíamos entendido en absoluto.

De hecho, tenía tantos deseos de que pasara por mi casa como que Pete se sentara en mi silla. Cuando Benton movía un mueble o incluso cuando iba a guardar la vajilla y la plata y se equivocaba de armario y de cajón, yo sentía en mí fuero interno una irritación que me sorprendía y consternaba. Cuando todavía estaba casado, yo no había creído en ningún momento que nuestra relación fuera un acierto, pero en aquella época nos habíamos divertido más estando juntos, sobre todo en la cama. Tenía miedo de que el hecho de no sentir lo que pensaba que debía sentir revelase un rasgo de mi persona que me resultara insoportable.

Fui al depósito de cadáveres con los limpiaparabrisas a pleno rendimiento y el implacable aguacero retumbando sobre el techo del coche. Había poco tráfico porque no eran más que las siete de la mañana. El perfil del centro de Richmond apareció lenta y gradualmente en medio del agua y de la niebla. Pensé otra vez en la fotografía. Me la imaginé dibujándose lentamente en la pantalla de mi

ordenador y noté que un escalofrío recorría todo mi cuerpo y que se me ponía la carne de gallina en los brazos. Entonces se me ocurrió que la persona que la había mandado podía ser alguien que conocía, lo cual me causó una gran turbación.

Tomé la salida de la calle Siete y avancé por el pasaje de Shockoe, con sus adoquines mojados y sus restaurantes de moda, los cuales estaban a oscuras a aquella hora. Pasé por delante de unos aparcamientos que ya empezaban a llenarse y entré en uno situado detrás del edificio de estuco de cuatro pisos en el que trabajaba. Me quedé asombrada cuando vi que había una furgoneta de la televisión esperando en mi plaza, la cual estaba marcada claramente con un cartel que rezaba FORENSE JEFE. Los periodistas sabían que si esperaban el tiempo suficiente, serían recompensados con mi presencia.

Me detuve cerca de ellos y les indiqué que se apartaran. En ese preciso momento se abrieron las puertas de la furgoneta y saltó hacia donde yo estaba un cámara, con un impermeable, seguido por una periodista con un micrófono. Bajé unos centímetros la ventanilla y dije sin ninguna amabilidad:

—Venga, fuera. Están ocupando mi plaza de aparcamiento.

Pero les daba igual. Entonces salió otro periodista con unos focos. Yo me quedé un momento mirando, y la irritación me volvió dura como el pedernal. La periodista estaba obstruyendo la puerta de mi coche y metiendo el micrófono por la abertura de la ventanilla.

—Doctora Scarpetta, ¿puede confirmarnos si el Carnicero ha vuelto a actuar? —preguntó en voz alta al tiempo que la cámara empezaba a grabar y se encendían los focos.

—Saquen la furgoneta —dije con nervios de acero mirando directamente a la periodista y a la cámara.

—¿Es realmente un torso lo que se ha encontrado? —preguntó ella, metiendo aún más el micrófono por la ventanilla. Le caía agua de la capucha.

—Voy a pedirselo por última vez: saquen la furgoneta de mi plaza de aparcamiento —dije como un juez a punto de dictar desacato al tribunal—. Están molestando.

El cámara encontró un nuevo ángulo y tomó un primer plano. Las luces me deslumbraban.

—¿Estaba desmembrado como los otros...?

La periodista retiró el micrófono justo a tiempo para que no se lo pillara con la ventanilla. Cambié bruscamente de marcha y empecé a recular para dar una vuelta de trescientos sesenta grados. Los miembros del equipo de televisión se quitaron atropelladamente de en medio. Derrapé y aparqué justo detrás de la furgoneta, de manera que quedó encajonada entre mi Mercedes y el edificio.

—¡Espere un momento!

—¡Oiga! ¡No puede hacer eso!

Parecían que no dieran crédito a sus ojos cuando salí. Sin molestarme en abrir el paraguas, corrí hasta la puerta y la empujé.

—¡Oiga! ¡Que no podemos salir! —siguieron exclamando.

Nuestra enorme furgoneta de color burdeos se encontraba dentro del garaje, salpicada de gotas de agua al igual que el suelo de hormigón. Abrí otra puerta, entré en el pasillo y miré a ver si había llegado alguien más. Las baldosas blancas estaban immaculadas y el aire cargado de desodorizante industrial superconcentrado. Cuando me acerqué al depósito de cadáveres, la descomunal puerta aislante de acero inoxidable se abrió con un zumbido.

—¡Buenos días! —exclamó Wingo con una sonrisa de sorpresa—. Qué pronto viene hoy.

—Gracias por meter la furgoneta para que no se mojara —dije.

—De momento no van a llegar más casos, que yo sepa, así que he pensado que no sería mala idea meterla en el garaje.

—¿Has visto a alguien ahí fuera cuando la has metido? —pregunté.

Puso cara de perplejidad.

—No, pero de eso hace ya una hora.

Wingo era el único miembro del personal que solía llegar al depósito de cadáveres antes que yo. Era delgado, fuerte y atractivo, y tenía unas bonitas facciones y el pelo castaño, largo y desordenado. Como era un obseso compulsivo, planchaba el uniforme de trabajo y lavaba la furgoneta grande y las furgonetas anatómicas varias veces a la semana, y se pasaba el día puliendo los objetos de acero inoxidable para dejarlos como un espejo. Su trabajo era ocuparse del depósito de cadáveres, y lo realizaba con la precisión y el orgullo de un jefe militar. Ninguno de los dos permitíamos imprudencias o muestras de insensibilidad en el depósito, por lo que nadie se atrevía a tirar desechos peligrosos sobre los muertos o a hacer bromas de estudiante con ellos.

—El cadáver del vertedero de basuras sigue en la cámara —me dijo Wingo—. ¿Quiere que lo saque?

—Vamos a dejarlo hasta después de la reunión del personal —respondí—. Cuanto más tiempo esté refrigerado, mejor. No quiero que entre nadie por aquí a mirar.

—Descuide —dijo como si acabara de insinuar que desatendía sus obligaciones.

—Ni siquiera miembros del personal a los que les pique la curiosidad.

—Ya. —En sus ojos brilló una chispa de irritación—. No comprendo a la gente.

Wingo no la comprendería nunca porque no era como ella.

—Puedes llamar a los de seguridad —dije—. Hay periodistas en el aparcamiento.

—¿Lo dice en serio? ¿Tan temprano?

—Los del Canal 8 me estaban esperando. —Le di la llave de mi coche—. Espera cinco minutos y luego deja que se vayan.

—¿Qué significa eso de «deja que se vayan»?

Clavó la mirada en el mando a distancia que tenía en la mano y frunció el entrecejo.

—Están ocupando mi plaza de aparcamiento.

Eché a andar hacia el ascensor.

—¿Que están qué?

—Ya lo verás. —Entré—. Como me rocen el coche, les acusaré de intromisión ilegítima y daño intencionado de bienes. Luego pediré a la Fiscalía General del Estado que llame al director general de la cadena. A lo mejor los demando —añadí sonriéndole antes de que se cerraran las puertas.

Mi despacho se encontraba en el primer piso del Centro de Laboratorios, que había sido construido en los años setenta, íbamos a abandonarlo pronto junto con los científicos de arriba, pues por fin íbamos a tener un lugar espacioso en el nuevo parque biotécnico de la ciudad, que estaba situado al lado de la calle Broad, cerca del Marriott y el Coliseum.

Las obras ya habían empezado, y yo pasaba demasiado tiempo discutiendo detalles, anteproyectos y presupuestos. Lo que había sido mi casa durante años era ahora un caos; había cajas amontonadas a los lados de los pasillos, y empleados que no querían archivar documentos porque al fin y al cabo había que empaquetarlo todo. Aparté la mirada de las nuevas cajas y avancé por el pasillo en dirección a mi despacho, donde mi mesa corría peligro de sufrir un alud como de costumbre.

Volví a mirar el correo electrónico, temiendo encontrarme otro archivo anónimo como el último que había recibido, pero no había ningún nuevo mensaje. Les eché una ojeada y envié breves respuestas. La dirección «muerteadoc» aguardaba pacientemente en mi buzón, y no pude resistirme a abrir el mensaje y el archivo de la fotografía. Estaba tan concentrada que no oí entrar a Rose.

—Creo que convendría que Noé construyera otra arca —comentó.

Alcé la mirada sobresaltada y la vi en la puerta que comunicaba mi despacho con el suyo. Estaba quitándose la gabardina y tenía cara de preocupación.

—No quería asustarla —dijo. Entró vacilante en mi despacho y me lanzó una mirada escrutadora—. Sabía que estaría aquí a pesar de todos los consejos que le di —añadió—. Tiene cara de haber visto un fantasma.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —pregunté.

—Me he imaginado que estaría ocupadísima. —Se quitó la chaqueta—. ¿Ha leído el periódico esta mañana?

—Todavía no.

Abrió el bolso y sacó las gafas.

—Imagínese el escándalo que se ha armado con el asunto del Carnicero. Cuando venía en el coche, he oído en las noticias que desde que han empezado a producirse estos casos se han vendido una barbaridad de armas de fuego. A veces me pregunto si las armerías no estarán detrás de estos asuntos. Nos dan unos sustos de muerte para que vayamos como locos a coger el revólver del 38 o la pistola semiautomática que tengamos más cerca.

Rose tenía el pelo del mismo color de acero de siempre y la mirada aristocrática y perspicaz. No había nada que no hubiera visto ni nada que le diera miedo. Sobre mí se cernía la inquietante amenaza de su jubilación. Sabía su edad, y no tenía que trabajar para mí. Si seguía era únicamente porque tenía interés y porque no le quedaba nadie en casa.

—Echa una ojeada —dije, apartando mi silla.

Rodeó el escritorio y se puso tan cerca de mí que noté el olor de Almizcle Blanco, el perfume de todo lo que había mezclado en The Body Shop, donde estaban en contra de los experimentos con animales. Rose acababa de adoptar su quinto galgo retirado. Criaba gatos siameses, tenía varios acuarios y estaba a punto de representar un peligro para cualquier persona que llevara pieles. Clavó la mirada en la pantalla del ordenador y puso cara de no saber qué estaba viendo. Entonces se puso tensa.

—Dios mío —dijo entre dientes, mirándome por encima de sus gafas bifocales—. ¿Esto es lo que hay abajo?

—Me parece que se trata de una versión anterior —respondí—. Me lo han mandado por AOL. —Rose no hizo ningún comentario—. No hace falta que te diga —proseguí— que tienes que mantenerte ojo avizor mientras yo esté abajo. Si entra en el vestíbulo alguien que no conozcamos o que no estemos esperando, quiero que lo detengan los de seguridad. Ni se te ocurra ir a ver qué quieren.

Le lancé una mirada penetrante, porque la conocía.

—¿Cree que podría venir aquí? —preguntó inexpresivamente.

—No sé muy bien qué pensar, salvo que le hacía falta ponerse en contacto conmigo, eso está claro. —Cerré el archivo y me levanté—. Y sigue haciéndole falta.

Aún no habían dado las ocho y media cuando Wingo colocó el cadáver sobre la báscula del suelo y dimos comienzo a un reconocimiento que sabíamos iba a ser largo y laborioso. El torso pesaba veintiún kilos y media cincuenta y tres centímetros de largo. La lividez cadavérica era ligeramente posterior, es decir, que cuando había cesado la circulación, la sangre se había posado según la gravedad, lo cual significaba que después de producirse la muerte había estado de espaldas durante horas o días. Yo no podía mirarla sin ver el maltratado torso que había aparecido en la pantalla de mi ordenador; creía que era el mismo que

tenía ante mis ojos.

—¿Qué tamaño cree usted que tenía?

Wingo me miró al tiempo que dejaba la camilla junto a la primera mesa de autopsias.

—Nos basaremos en las alturas de las vértebras lumbares para calcular la altura, porque no tenemos ni tibias ni fémures —respondí, atándome un delantal de plástico sobre la bata—. Pero parece pequeña; frágil, a decir verdad.

Poco después, las radiografías ya estaban reveladas y Wingo las sujetaba a las cajetas de iluminación. Lo que vi contaba una historia que parecía carente de sentido. Las caras de la sínfisis del pubis, es decir, las superficies en las que un pubis se une al otro, ya no estaban ásperas y estriadas como durante la juventud. Por el contrario, el hueso estaba fuertemente erosionado y mostraba unos márgenes labiados e irregulares. Nuevas radiografías revelaron que había unos tumores óseos irregulares en las puntas de las costillas esternales, que el hueso era muy fino y tenía los bordes afilados, y que además se habían producido cambios degenerativos en las vértebras lumbosacras.

Aunque Wingo no era antropólogo, para él también saltaba a la vista.

—Si no fuera porque estoy seguro de que no, pensaría que hemos mezclado sus radiografías con las de otra persona —comentó.

—Esta mujer es de edad avanzada.

—¿Qué edad cree usted que tiene?

—No me gusta hacer suposiciones. —Estaba examinando las radiografías con detenimiento—. Pero diría que setenta por lo menos. Para no equivocarme, entre sesenta y cinco y ochenta. Ven. Vamos a echar un vistazo a la basura.

Pasamos las dos horas siguientes escudriñando una bolsa de basura de gran tamaño con los desperdicios que se habían encontrado en el vertedero, debajo mismo y alrededor del cadáver. La bolsa de basura en la que creía que había estado el cadáver era negra, tenía capacidad para setenta y cinco litros y había sido cerrada con una abrazadera de plástico amarillo. Wingo y yo nos pusimos mascarillas y guantes y empezamos a revolver entre los pedazos de neumático y la borra para tapizar que se utilizaban en el vertedero de cubierta. Examinamos un sinfín de jirones de plástico y papel embarrados y, mientras lo hacíamos, fuimos cogiendo gusanos y moscas muertas y poniéndolos en una caja de cartón.

Descubrimos pocas cosas: un botón azul que probablemente no tuviera conexión con el cadáver y, curiosamente, un diente de niño, que supuse que habrían tirado a la basura tras dejar la moneda debajo de la almohada. Encontramos un peine estropeado, una batería aplastada, varios fragmentos de porcelana rota, una percha de alambre doblada y el tapón de un bolígrafo Bic. Lo que tiramos al cubo de basura fue principalmente goma, borra, pedazos desgarrados de plástico negro y papel mojado. Luego rodeamos la mesa de luces potentes y pusimos el cadáver en el centro de una sábana blanca limpia.

Empecé a examinarla centímetro a centímetro sirviéndome de una lupa. Su piel era un microscópico vertedero de basuras. Cogí con unas pinzas unas fibras de color pálido del oscuro muñón ensangrentado que le había quedado en el cuello y hallé unos pelos, tres en total, de color blanco grisáceo y unos treinta y cinco centímetros de largo, adheridos a la sangre seca en la parte posterior. Entonces me topé con algo que no esperaba encontrar.

—Necesito otro sobre —le dije a Wingo.

Incrustados en los extremos de ambos húmeros, es decir, el hueso superior del brazo, y también en los márgenes de los músculos que los rodeaban, había más fibras y fragmentos diminutos de tela que parecían de color azul pálido, lo cual significaba que la sierra había tenido que atravesarla.

—La desmembraron con la ropa puesta o envuelta en algo —dije sorprendida.

Wingo dejó de hacer lo que estaba haciendo y me miró.

—A las otras no.

Al parecer las demás víctimas estaban desnudas cuando las despedazaron. Wingo tomó más notas y yo seguí mirando por la lupa.

—También hay fibras y trocitos de tela incrustados en los dos fémures.

Miré con más atención.

—Entonces estaba tapada de cintura para abajo.

—Eso parece.

—¿Así que esperó a que estuviera desmembrada para quitarle la ropa?

Me miró; cuando empezó a imaginarse lo ocurrido, la impresión se le reflejó en los ojos.

—No quería que encontráramos la ropa. Podría contener demasiada información —dije.

—¿Entonces por qué no la desnudó o destapó antes de hacer nada?

—A lo mejor no quería mirarla mientras la desmembraba.

—Ah, de modo que se nos está poniendo sensible —exclamó Wingo, como si lo odiara.

—Anota las medidas —le dije—. Espina cervical cortada transversalmente a la altura de C—5. El fémur restante de la derecha mide cinco centímetros por debajo del trocánter menor, y el de la izquierda siete centímetros y medio; marcas de sierra visibles. Los segmentos izquierdo y derecho del húmero, dos centímetros y medio; marcas de sierra visibles. En la cadera superior derecha hay una cicatriz de vacuna vieja y cerrada de centímetro y medio.

—¿Y eso qué es?

Se refería a las numerosas vesículas llenas de líquido que sobresalían en diferentes puntos de las nalgas, los hombros y los muslos superiores.

—No lo sé —respondí, cogiendo una jeringa—. Supongo que un herpes zoster.

—¡Puff...! —Wingo se apartó bruscamente de la mesa—. Ya podía

habérmelo dicho antes. —Estaba asustado.

—Herpes... —Empecé a etiquetar un tubo de ensayo—. Es posible. He de reconocer que resulta un poco extraño.

—¿A qué se refiere?

Estaba cada vez más alterado.

—En el caso del herpes —respondí—, el virus ataca los nervios sensoriales. Cuando estallan las vesículas, lo hacen en hilera por las distribuciones nerviosas; debajo de una costilla, por ejemplo. Además, las vesículas no salen a la vez. Pero éstas forman un conjunto, y parece que han salido todas en el mismo momento.

—¿Qué otra cosa puede ser? —preguntó—. ¿Varicela?

—Es el mismo virus. Los niños cogen la varicela; los adultos herpes.

—¿Y si cojo yo uno?

—¿Tuviste varicela de pequeño?

—No tengo ni idea.

—¿Y la vacuna? —pregunté—. ¿Te la han puesto?

—No.

—Pues si no tienes el anticuerpo contra la varicela, deberías vacunarte. — Alcé la vista para mirarle—. ¿Estás inmunosuprimido?

En lugar de contestar, se acercó a un carro, se quitó bruscamente los guantes de látex y los arrojó al cubo rojo de los desechos biológicamente peligrosos. Disgustado, cogió otro par más grueso de nitrilo azul. Dejé lo que estaba haciendo y lo observé hasta que volvió a la mesa.

—Creo que podía haberme avisado antes —dijo. Parecía a punto de echarse a llorar—. Al fin y al cabo, aquí no tomamos todas las precauciones posibles, como vacunas, excepto la de la hepatitis B, así que cuento con que me diga a qué me expongo.

—Cálmate.

Le traté con delicadeza, porque Wingo era más impresionable de lo conveniente. En realidad, ése fue el único problema que llegué a tener con él.

—Es imposible que esta señora te contagie la varicela o un herpes, a menos que hagáis un intercambio de líquidos del organismo —le expliqué—. Así que mientras laves guantes y hagas las cosas como sueles hacerlas, y no te cortes o te claves una aguja, no correrás peligro de coger el virus.

Sus ojos brillaron un instante, e inmediatamente apartó la mirada.

—Voy a empezar a sacar fotos —dijo.

Pete y Benton Wesley aparecieron a media tarde, cuando ya había comenzado la autopsia. El reconocimiento externo no daba para más, y Wingo había salido tarde a comer, de modo que me encontraba sola. Benton me miró fijamente cuando entró por la puerta; al ver su chaqueta supe que seguía lloviendo.

—Te advierto que hay aviso de inundación —dijo Pete nada más llegar.

Como en el depósito de cadáveres no había ventanas, yo nunca sabía qué tiempo hacía.

—¿Es un aviso serio? —pregunté.

Benton se había acercado al torso y estaba mirándolo.

—Tan serio como que si continúa así habrá que empezar a amontonar sacos terreros —respondió Pete, al tiempo que dejaba el paraguas en un rincón.

Mi edificio estaba a unas manzanas del río James. Años atrás se había inundado la planta baja, los cuerpos donados a la ciencia habían salido de las rebosantes cubas, y en el depósito de cadáveres y el aparcamiento de la parte de atrás había entrado agua de color rosa contaminada de formalina.

—¿Es como para preocuparse? —pregunté con gran inquietud.

—Va a parar —aseguró Benton, como si por el hecho de dedicarse a trazar el perfil psicológico de los criminales también pudiera pronosticar el tiempo.

Se quitó la gabardina; debajo llevaba un traje azul oscuro, casi negro. Vestía una camisa blanca almidonada, con una corbata de seda de estilo clásico, y llevaba su canoso pelo más largo que de costumbre, aunque bien peinado. Sus angulosas facciones le daban un aire aún más adusto e intimidante que el que tenía en realidad, pero aquel día mostraba cara de malhumor, y no sólo por mí.

Él y Pete se acercaron a un carro para ponerse guantes y mascarillas.

—Perdona que hayamos llegado tarde —me dijo Benton mientras yo proseguía mi trabajo—. Cada vez que iba a salir de casa sonaba el teléfono. Este asunto constituye un verdadero problema.

—Para ella, desde luego —comenté.

—¡Joder! —Pete clavó la mirada en lo que quedaba de aquel ser humano—.

¿Cómo leches puede hacer alguien una cosa semejante?

—Ahora mismo te lo explico —respondí, mientras cortaba secciones de bazo—. En primer lugar, coges a una anciana y te aseguras de que no bebe ni come adecuadamente, y cuando se pone enferma, te olvidas de la asistencia médica. Luego le pegas un tiro o la golpeas en la cabeza. —Alcé la vista y los miré—. Yo diría que tiene una fractura basilar de cráneo; quizás otro tipo de trauma.

Pete puso cara de perplejidad.

—¿Cómo lo sabes si no tiene cabeza?

—Lo sé porque hay sangre en la vía respiratoria. —Se acercaron a ver de qué estaba hablando—. Es posible que tuviera una fractura basilar de cráneo, le goteara sangre por la parte trasera de la garganta y ella se la metiera en la vía respiratoria al aspirarla.

Benton miró atentamente el cadáver con la expresión de quien ha visto muertos y mutilados millones de veces y clavó la vista en el lugar en el que debería haber estado la cabeza, como si pudiera imaginársela.

—Tiene una hemorragia en el tejido muscular. —Hice una pausa para que surtieran efecto mis palabras—. Todavía estaba viva cuando comenzó el desmembramiento.

—¡Dios mío! —exclamó Pete al tiempo que encendía un cigarrillo—. ¿Lo dices en serio?

—No digo que estuviera consciente —añadí—. Lo más probable es que la desmembraran a la hora en que se produjo la muerte, o a una hora aproximada. Pero todavía tenía presión arterial, por débil que fuera; esto es cierto al menos en lo que respecta al cuello, aunque no en el caso de los brazos y las piernas.

—Entonces lo primero que le cortaron fue la cabeza —me dijo Benton.

—Sí.

Estaba examinando las radiografías de la pared.

—Esto no encaja con su victimología —señaló—. No encaja en absoluto.

—No hay nada que encaje en este caso —respondí—, salvo que han vuelto a utilizar una sierra. También he descubierto algunos cortes en el hueso que permiten pensar en un cuchillo.

—¿Qué más puedes decirnos sobre ella? —preguntó Benton. Cuando metí otra sección de órgano en el tarro de formalina, noté que estaba observándose.

—Tiene ciertas erupciones que podrían ser herpes, y dos cicatrices en el riñón derecho que indican la existencia de una pielonefritis o infección renal. El cuello del útero es alargado y tiene forma de estrella, lo cual hace pensar que tuvo hijos. Su miocardio, es decir, el músculo del corazón, está blando.

—¿Y eso que significa?

—Eso es obra de las toxinas. Las toxinas producen microorganismos. —Alcé la vista para mirarle—. Estaba enferma, ya lo he dicho.

Pete estaba rodeando la mesa y mirando el torso desde diferentes lados.

—¿Tienes idea de qué?

—Por las secreciones que hay en los pulmones, sé que tenía bronquitis. En este momento no sé nada más, excepto que tenía el hígado en bastante mal estado.

—Por beber —dijo Benton.

—Lo tiene amarillento y nodular. Sí, bebía —concluí—, y además diría que en alguna época fumó.

—Está en los huesos —apuntó Pete.

—No comía —le recordé—. Tiene el estómago tubular, vacío y limpio.

Se lo mostré. Benton fue a un escritorio cercano, cogió una silla y, absorto en sus pensamientos, se quedó mirando al vacío mientras yo sacaba un cable de un rollo que había suspendido del techo y enchufaba la sierra Stryker. Pete se apartó de la mesa, pues aquélla era la parte que menos le gustaba. Nadie dijo nada mientras cortaba los extremos de los brazos y las piernas; en el aire flotaba el polvo de los huesos y el zumbido eléctrico de la sierra sonaba más fuerte que la fresa de un dentista. Coloqué cada parte cortada en una caja de cartón etiquetada y dije lo que opinaba:

—Creo que esta vez nos encontramos ante un asesino diferente.

—No sé qué pensar —dijo Pete—, pero hay dos cosas en común. Un torso y el hecho de que se deshicieran de él en el centro de Virginia.

—Su victimología ha sido variada desde el principio —comentó Benton, que llevaba la mascarilla quirúrgica colgada del cuello—. Una negra, dos blancas y un negro. Las cinco víctimas de Dublín también eran de distintas razas, aunque todas jóvenes.

—¿Entonces preveías que iba a elegir a una anciana esta vez? —le pregunté.

—Francamente, no. Pero el comportamiento de este tipo de personas no es una ciencia exacta, Kay. Se trata de alguien que hace lo que le apetece cuando le apetece.

—Este desmembramiento no es igual que los otros; no lo han realizado por las articulaciones —les recordé—. Además, creo que estaba tapada o vestida con algo.

—Puede que le resultara más difícil hacerlo —comentó Benton, quitándose la mascarilla del todo y dejándola caer sobre el escritorio—. Puede que su deseo de volver a matar fuera irreprímible y que la víctima no se le resistiera. —Miró el torso y añadió—: Así que ataca, pero cambia de manera de actuar porque la victimología ha cambiado de repente y en el fondo no le gusta. Deja a la víctima vestida o tapada, al menos parcialmente, porque violar y matar a una anciana no es lo que le excita, y lo primero que hace es cortarle la cabeza para no tener que mirarla.

—¿Has visto alguna señal de violación? —me preguntó Pete.

—Casi nunca las hay —respondí—. Estoy a punto de acabar aquí. La

meteremos en la nevera como a las demás, a ver si con el tiempo conseguimos una identificación. Voy a guardar tejido del músculo y médula para el ADN; espero que acabemos encontrando una persona desaparecida para poder hacer una comparación.

Se me notaba que estaba desanimada. Benton se acercó a la puerta y cogió su gabardina, que había dejado un pequeño charco en el suelo.

—Me gustaría ver la fotografía que te han mandado por AOL —me dijo.

—Por cierto, eso tampoco encaja con su manera de actuar —comenté mientras empezaba a coser la incisión en forma de Y—. En los anteriores casos no me mandaron ninguna.

Pete se dirigió a la puerta apresuradamente, como si tuviera que ir a alguna parte.

—Me voy a Sussex —anunció—. He quedado con Ring *el Llanero Solitario* para que me dé lecciones sobre cómo se investigan los homicidios.

Se fue precipitadamente. Yo sabía por qué lo había hecho en realidad: a pesar de todo lo que me sermoneaba para que me casase, en el fondo le molestaba mi relación con Benton; había una parte de él que siempre estaría celosa.

—Rose puede enseñarte la fotografía —le dije a Benton mientras lavaba el cadáver con una manguera y una esponja—. Sabe cómo abrir mi correo electrónico.

Antes de que pudiera disimularlo, en sus ojos brilló una chispa de desilusión. Llevé las cajas de cartón con los extremos de los huesos a una encimera que había en un rincón para ponerlas a hervir en una ligera solución de lejía y acabar de descarnarlas y desengrasarlas. Benton se quedó donde estaba, esperando y mirando hasta que volví. No quería que se fuera, pero ya no sabía que hacer con él.

—¿Podemos hablar, Kay? —dijo finalmente—. Apenas te he visto durante los últimos meses. Ya sé que los dos estamos ocupados y que éste no es un buen momento, pero...

—Benton —dije con vehemencia, interrumpiéndole—. Aquí no.

—Claro que no. No estoy sugiriendo que hablemos aquí.

—Acabará siendo más de lo mismo.

—Te prometo que no. —Consultó el reloj de la pared—. Mira, ya es tarde, así que más vale que me quede en la ciudad. Vamos a cenar.

Estaba indecisa; la ambivalencia me atenazaba. Tenía miedo de verle y de no verle.

—De acuerdo —dije—. En mi casa a las siete. Prepararé algo rápido. No te hagas muchas ilusiones.

—Puedo llevarte a alguna parte. No quiero que te tomes ninguna molestia.

—Si hay algo que no quiero hacer en este momento es aparecer en público —dije.

Siguió observándome un instante mientras yo rellenaba etiquetas y rotulaba tubos y diversos tipos de envases. El golpe de sus tacones sonó con fuerza en las baldosas cuando se fue; luego le oí hablar con alguien en el momento en que se abrían las puertas del ascensor en el pasillo. Al cabo de unos segundos entró Wingo.

—Habría venido antes. —Fue a un carro y empezó a ponerse cubiertas en los zapatos, una mascarilla y unos guantes nuevos—. Pero arriba hay un jaleo de cuidado.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, quitándome la bata mientras él se ponía otra.

—Que hay periodistas. —Se puso una careta de protección y me miró por el plástico transparente—. Están en el vestíbulo. Han rodeado el edificio con las furgonetas de televisión. —Me miró con expresión tensa—. Lamento tener que decirselo, pero ahora son los del Canal 8 los que le obstruyen el paso. Han dejado la furgoneta justo detrás de su coche para que no pueda salir, y no hay nadie dentro.

Mi enojo subió como el calor.

—Llama a la policía y que se la lleve la grúa —dije desde el vestuario—. Tú acaba aquí. Voy a subir a ocuparme de este asunto.

Arrojé la bata al cubo de la lavandería y me quité bruscamente los guantes, las cubiertas de los zapatos y la gorra. Me froté vigorosamente con el jabón antibacteriano y abrí de golpe mi taquilla. De pronto se me habían vuelto torpes las manos. Estaba muy alterada. Todo me afectaba: el caso, la prensa y Benton.

—¿Doctora Scarpetta?

Wingo apareció de repente en la puerta mientras yo me estaba abrochando los botones de la blusa. El que entrara sin pedir permiso cuando yo estaba vistiéndome no era nada nuevo. Nunca nos había molestado a ninguno de los dos porque me sentía tan cómoda con él como con una mujer.

—Me preguntaba si tendría tiempo... —Titubeó—. Bueno, ya sé que hoy está ocupada.

Arrojé las ensangrentadas Reebok dentro de mi taquilla y me calcé los zapatos que me había puesto para ir a trabajar. Luego me puse mi bata de laboratorio.

—Lo cierto, Wingo —dije conteniendo mi enojo para no desahogarme con él—, es que a mí también me gustaría hablar contigo. Cuando acabes aquí abajo, ve a verme a mi despacho.

No tenía que explicarme nada. Me daba la sensación de que ya sabía lo que ocurría. Subí en ascensor al primer piso de un humor tan sombrío como una tormenta a punto de estallar. Benton seguía en mi despacho, mirando detenidamente lo que había en la pantalla de mi ordenador; yo pasé por el pasillo sin detener el paso. Era a Rose a quien buscaba. Cuando llegué a las oficinas, me

encontré con que los empleados estaban respondiendo frenéticamente al teléfono y mi secretaria y mi administrador se hallaban frente a la ventana, mirando el aparcamiento.

La lluvia no había amainado, pero esto no parecía haber desanimado a ningún periodista, cámara ni fotógrafo de la ciudad. Parecía que se hubieran vuelto locos, como si la historia fuera tan importante que a nadie le importara aguantar un chaparrón.

—¿Dónde están Fielding y Grant? —Me refería al jefe y a su compañero de aquel año.

Mi administrador era un jefe de policía retirado al que le encantaban la colonia y los trajes elegantes. Se apartó de la ventana; Rose se quedó mirando.

—El doctor Fielding está en los tribunales —respondió—. El doctor Grant ha tenido que salir porque se le está inundando el sótano.

Rose dio media vuelta con cara de malhumor, como si acabaran de invadir su nido.

—He mandado a Jess al cuarto de los archivos —dijo, refiriéndose a la recepcionista.

—Entonces no hay nadie en la entrada.

Me volví hacia el vestíbulo.

—Qué va, hay gente de sobra —exclamó airadamente mi secretaria en medio de los incesantes timbrazos de teléfono—. No quería que hubiera nadie ahí fuera con todos esos buitres. Me da igual que haya un cristal a prueba de balas.

—¿Cuántos periodistas hay en el vestíbulo?

—La última vez que he mirado había unos quince o veinte —respondió el administrador—. He salido una vez y les he pedido que se vayan. Me han contestado que no lo harán hasta que tengan sus declaraciones. De modo que he pensado que podríamos escribir algo y...

—Les voy a dar yo declaraciones —mascullé.

Rose apoyó una mano sobre mi brazo.

—Doctora Scarpetta, me parece que no es una buena idea...

A ella también la interrumpí.

—Déjame esto a mí.

El vestíbulo era pequeño, y el grueso tabique de cristal impedía entrar a las personas no autorizadas. Cuando doblé la esquina, me quedé asombrada al ver la cantidad de gente que había allí apretada. El suelo estaba manchado de huellas y charcos de agua sucia. En cuanto me vieron, los periodistas empezaron a gritar y a acercar violentamente micrófonos y grabadoras, las luces de las cámaras se encendieron y los flashes resplandecieron en mi cara.

Levanté la voz para que me oyeran todos.

—¡Silencio, por favor!

—Doctora Scarpetta...

—¡Silencio! —grité, subiendo aún más la voz y mirando a ciegas a aquella gente agresiva cuyas caras no conseguía ver—. Les pido por favor que se marchen —dije.

—¿Se trata nuevamente del Carnicero? —preguntó una mujer, levantando la voz sobre las demás.

—Todo está pendiente de nuevas investigaciones —respondí.

—Doctora Scarpetta...

Logré distinguir a duras penas a la presentadora de televisión Patty Denver, cuya bonita cara estaba en las vallas publicitarias de toda la ciudad.

—Según ciertas fuentes, está investigando este caso como uno más de los asesinatos en cadena ocurridos en Virginia —dijo—. ¿Puede confirmarnos esta información?

No respondí.

—¿Es cierto que la víctima es asiática, probablemente pre-adolescente, y que se cayó de un camión de la zona? —prosiguió para mi consternación—. ¿Cabe suponer que el asesino se encuentra en este momento en Virginia?

—¿Está el Carnicero cometiendo ahora sus asesinatos en Virginia?

—¿Es posible que su intención fuera deshacerse de los otros cadáveres aquí?

Alcé una mano para pedirles silencio.

—Éste no es momento para suposiciones —dije—. Lo que puedo decirles es que estamos tratando el caso como si fuera un homicidio. La víctima es una mujer blanca no identificada. No es una preadolescente, sino una adulta de edad avanzada. Rogamos a quienes tengan alguna información sobre el caso que llamen a este centro o a la jefatura de policía del condado de Sussex.

—¿Y el FBI?

—El FBI está participando en la investigación.

—Entonces considera que el Carnicero está...

Di media vuelta, marqué el código en el teclado numérico y se abrió la cerradura. Hice caso omiso de las voces que me llamaban, cerré la puerta al salir y eché a andar apresuradamente por el pasillo, con los nervios crispados. Cuando entré en mi despacho, Benton ya se había ido, de modo que me senté detrás de mi escritorio. Marqué el número del busca de Pete y él me llamó inmediatamente.

—Por amor de Dios, hay que poner fin a estas filtraciones —exclamé por teléfono.

—Sabemos perfectamente bien quién ha sido —dijo Pete en tono irritado.

—Ring.

Estaba completamente segura, pero no podía demostrarlo.

—Ese gandul tenía que reunirse conmigo en el vertedero —prosiguió Pete—. De eso hace ya casi una hora.

—No parece que la prensa haya tenido ningún problema para encontrarle.

Le conté lo que ciertas « fuentes » habían revelado, al parecer, a un equipo de televisión.

—¡Maldito estúpido! —exclamó.

—Localízalo y dile que mantenga la boca cerrada —dije—. Hoy los periodistas han echado prácticamente por tierra nuestro trabajo; ahora la ciudad va a pensar que hay un asesino múltiple suelto por aquí.

—Bueno, por desgracia puede que eso sí sea cierto —dijo.

—Es increíble. —Cada vez estaba más enfadada—. Tengo que soltar información para corregir una información equivocada. No puedo aceptar que se me ponga en esta situación, Pete.

—No te preocupes. Voy a ocuparme de este asunto y de mucho más —prometí—. Me figuro que no lo sabrás.

—¿A qué te refieres?

—Se rumorea que Ring ha estado viéndose con Patty Denver.

—Creía que estaba casada —dije, recordándola tal como la había visto unos minutos antes.

—Lo está.

Empecé a dictar el caso 1930-97, intentando centrarme en lo que estaba diciendo y consultando mis notas.

—El cadáver ha sido enviado en una bolsa precintada —grabé mientras ordenaba los papeles que Wingo había manchado con sus guantes—. Tiene la piel esponjosa. Los senos son pequeños y atrofiados y están arrugados. Hay pliegues de piel sobre el abdomen indicativos de una pérdida previa de peso...

—¿Doctora Scarpetta? —Wingo había asomado la cabeza por la puerta—. Ay, lo siento —exclamó cuando se dio cuenta de que estaba grabando—. Me parece que no es el momento oportuno.

—Entra —dije con una sonrisa cansada—. Y cierra la puerta.

Así lo hizo, y de paso cerró la que comunicaba mi despacho con el de Rose. Acercó una silla a mi escritorio; estaba nervioso y le resultaba difícil mirarme a los ojos.

—Antes de que empieces, permíteme que te diga una cosa —dije firmemente pero con delicadeza—. Hace muchos años que te conozco y tu vida no es para mí ningún secreto. No enjuicio ni encasillo. A mi modo de ver, sólo hay dos clases de personas en el mundo: las que son buenas y las que no lo son. Pero me preocupo por ti porque tu orientación te pone en una situación de peligro.

Hizo un gesto de asentimiento.

—Lo sé —dijo con los ojos brillantes de lágrimas.

—Si estás inmunosuprimido —proseguí—, tienes que decírmelo. Probablemente no deberías estar en el depósito de cadáveres, al menos para ciertos casos.

—Soy seropositivo —dijo con voz temblorosa, y se echó a llorar.

Dejé que se desahogara. Se había tapado la cara con los brazos, como si no pudiera soportar que lo viera nadie. Le temblaban los hombros, moqueaba y las lágrimas moteaban el pantalón del ejército que llevaba puesto. Me acerqué a él con una caja de pañuelos de papel.

—Toma. —Puse los pañuelos cerca—. No te preocupes. —Le rodeé con un brazo y dejé que llorara—. Wingo, quiero que te calmes para que podamos hablar de este asunto, ¿de acuerdo?

Hizo un gesto de asentimiento, se sonó la nariz y se enjugó las lágrimas. Por un momento se acarició la cabeza con mi cuerpo, y yo le abracé como a un niño. Le di tiempo y luego le cogí por los hombros y le miré directamente a la cara.

—Ahora has de tener valor, Wingo —dije—. Veamos qué podemos hacer para afrontar el problema.

—No puedo decírselo a mi familia —me aseguró con voz entrecortada—. Mi padre me odia, y cuando mi madre intenta hacer algo, él se pone peor... Con ella, quiero decir. ¿Sabe a lo que me refiero?

Acerqué una silla.

—¿Y qué me dices de tu amigo?

—Lo hemos dejado.

—Pero lo sabe.

—Me enteré hace sólo un par de semanas.

—Tienes que decírselo a él y a todas las personas con las que hayas tenido relaciones íntimas —le advertí—. Es lo justo. Si te lo hubieran dicho a ti en su momento, puede que ahora no estuvieras aquí sentado, llorando.

Se quedó en silencio, con la vista clavada en las manos. Luego respiró hondo y dijo:

—Voy a morir, ¿verdad?

—Todos vamos a morir.

—No así.

—Podría ser así —dije—. Cada vez que me hacen un reconocimiento, me hacen la prueba del sida. Podría ser yo quien estuviera pasando por esta situación.

Alzó la vista y me miró; tenía los ojos y las mejillas enrojecidos.

—Si cojo el sida, me suicidaré.

—No, no te suicidarás —dije.

Se puso a llorar de nuevo.

—¡Doctora Scarpetta, no quiero pasar por esta situación! ¡No quiero acabar en uno de esos sitios, en una residencia para enfermos terminales como la clínica Fan Free, tumbado en una cama junto a otros moribundos a los que no conozco! —Las lágrimas seguían brotando, y su cara tenía expresión trágica y desafiante

—. Estaré totalmente solo como siempre lo he estado.

—Escucha. —Esperé a que se calmara—. No vas a pasar por esto solo. Me tienes a mí. —Volvió a deshacerse en lágrimas, tapándose la cara y haciendo tanto ruido al llorar que tuve la seguridad de que lo oirían en el pasillo—. Yo cuidaré de ti —le prometí mientras me levantaba—. Ahora quiero que te marches a casa. Quiero que se lo digas a tus amigos, tienes que hacerlo. Mañana seguiremos hablando y hallaremos la mejor manera de ocuparnos de este asunto. Necesito el nombre de tu médico y permiso para hablar con él.

—Es el doctor Alan Riley, de la Facultad de Medicina de Virginia.

Hice un gesto de asentimiento.

—Lo conozco. Quiero que le llames mañana en cuanto te levantes. Dile que voy a ponerme en contacto con él y que puede hablar conmigo sin ningún problema.

—De acuerdo. —Me lanzó una mirada furtiva y añadió—: Pero va a... No se lo va a contar a nadie, ¿verdad?

—Claro que no —respondí con vehemencia.

—No quiero que se entere nadie de aquí. Ni Pete. No quiero que él se entere.

—No se va a enterar nadie —le aseguré—. Al menos en lo que de mí depende.

Se levantó lentamente y se dirigió a la puerta con la inseguridad de una persona borracha o aturdida.

—No va a despedirme, ¿verdad?

Puso la mano sobre la manilla y me miró con los ojos inyectados en sangre.

—Por amor de Dios, Wingo —dije con emoción contenida—. Esperaba que tuvieses un mejor concepto de mí.

Abrió la puerta.

—Tengo mejor concepto de usted que de nadie. —Las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas, y se las secó con la camisa del uniforme de trabajo, dejando al descubierto su abdomen—. Siempre ha sido así.

Se fue casi corriendo; sus pasos sonaron rápidos en el pasillo, y luego se oyó el timbre del ascensor. Agucé el oído cuando salió del edificio a un mundo al que nada le importaba. Luego descansé la frente sobre un puño y cerré los ojos.

—Dios mío —dije entre dientes—. Ayúdame, por favor.

Cuando volví a casa llovía con fuerza y el tráfico era espantoso porque se habían cerrado carriles en ambas direcciones debido a un accidente ocurrido en la 1-64. Había coches de bomberos y ambulancias, y miembros de equipos de socorro abrían puertas con palancas y corrían con camillas. Sobre la húmeda calzada brillaban los cristales rotos, y los conductores frenaban para ver a los heridos. Un coche había dado varias vueltas de campana y luego se había puesto a arder. Ví que otro vehículo tenía el volante doblado y el parabrisas hecho añicos y manchado de sangre. Sabía lo que aquello significaba, así que recé una plegaria por los ocupantes que hubieran sufrido el accidente. Esperaba no verlos en mi depósito de cadáveres.

Al llegar a Carytown me detuve en P. T. Hasting. El establecimiento, adornado con redes de pesca y corchos, vendía el mejor pescado de la ciudad. Cuando entré, olía intensamente a pescado y Oíd Bay. Los filetes que había sobre el hielo de los expositores eran gordos y parecían frescos. Dentro de una pecera se arrastraban unas langostas con las pinzas atadas; conmigo no corrían ningún peligro. Era incapaz de hervir nada vivo, y no podía tocar la carne si antes me traían la res o el cerdo a la mesa. Ni siquiera era capaz de pescar, porque luego tiraba los peces otra vez al agua.

Estaba intentado decidirme cuando Bev salió de la parte trasera de la tienda.

—¿Qué me aconsejas hoy?

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! —exclamó cordialmente, secándose las manos con el delantal—. Eres prácticamente la única dienta que se ha atrevido a venir con esta tormenta, así que tienes mucho entre lo que elegir.

—Lo que no tengo es mucho tiempo. Quiero algo ligero y fácil de preparar —le indiqué.

Bev torció un momento el gesto mientras abría un tarro de rábanos picantes.

—Casi puedo imaginarme lo que has hecho hoy —dijo—. Lo han dicho en las noticias. —Meneó la cabeza y añadió—. Debes de estar totalmente agotada. No sé cómo puedes dormir. Permíteme que te recomiende algo para esta noche.

Se acercó a un expositor de cangrejos azules refrigerados y, sin preguntar, escogió medio kilo y lo puso en una caja de cartón.

—Recién traídos de la isla de Tangier. Los he escogido yo misma; ya me dirás si has encontrado un solo trozo de cartilago o caparazón. No vas a cenar sola, ¿verdad? —preguntó.

—No.

—Me alegro.

Me guiñó un ojo. En alguna ocasión había pasado por allí con Benton. Cogió seis gambas de tamaño gigante, peladas y sin veta, las envolvió, y seguidamente puso un tarro de salsa rosa casera sobre el mostrador junto a la caja registradora.

—Se me ha ido un poco la mano con el rábano —me advirtió—, de modo que te llorarán los ojos, pero está bueno. —Empezó a marcar las compras en la caja —. Rehogas las gambas rápidamente para que apenas toquen la sartén con el trasero, ¿de acuerdo? Luego las dejas enfriar y las sirves de tapa. Las gambas y la salsa son cortesía de la casa.

—No es necesario...

Bev me hizo callar con un movimiento de la mano.

—En cuanto al cangrejo, presta atención: bates un poquito un huevo y echas media cucharilla de mostaza en polvo, un par de pellizcos de salsa de Worcestershire y cuatro galletas de bicarbonato sin sal molidas. Luego picas una cebolla, una Vidalia, si aún guardas alguna del verano, y un pimiento verde. Una cucharilla o dos de perejil, sal y pimienta a tu gusto.

—Seguro que estará riquísimo —dije agradecida—. Bev, ¿qué haría y yo sin ti?

—Luego lo mezclas todo lentamente y haces pastelillos. —Hizo el movimiento con las manos—. Los rehogas en aceite a medio fuego hasta que se doren un poco. Después puedes preparar una ensalada o comprar un poco de mi ensalada de col —añadió—. Yo no me complicaría más la vida por un hombre.

No me la compliqué más. Me puse manos a la obra en cuanto llegué a casa, de modo que para cuando puse música y me metí en la bañera, las gambas ya estaban enfriándose. Eché en el agua unas sales aromaterapéuticas que en teoría reducían la tensión nerviosa y cerré los ojos mientras el vapor introducía fragancias calmantes en los senos nasales y los poros de la piel.

Pensé en Wingo; se me encogió el corazón y tuve la sensación de que perdía el ritmo como un pájaro angustiado. Lloré un rato. Había comenzado conmigo en aquella ciudad y luego se había ido para proseguir sus estudios. Ahora había vuelto y estaba muñéndose. No podía soportarlo.

A las siete me encontraba de nuevo en la cocina, y Benton, puntual como siempre, aparcaba su BMW plateado delante de casa. Vestía el mismo traje de antes y traía una botella de Chardonnay Cakebread en una mano y una de whisky irlandés marca Black Bush en la otra. Por fin había dejado de llover y las nubes ya marchaban hacia otros frentes.

—Hola —dijo cuando abrí la puerta.

—Has acertado con tu pronóstico del tiempo. Ya veo que el ser especialista en perfiles psicológicos te sirve para muchas cosas.

Le besé.

—Por algo me pagan lo que me pagan.

—El dinero es de tu familia. —Sonreí, y él me siguió al interior de la casa—. Ya sé cuánto te paga el FBI.

—Si fuera tan inteligente con el dinero como tú, no necesitaría el de mi familia.

Tenía un bar en el salón; entré en él porque sabía lo que quería.

—¿Black Bush? —pregunté para cerciorarme.

—Sí, puesto que vas a servirlo tú. Estás hecha toda una contrabandista; has conseguido que me envíe.

—Mientras lo traigas de contrabando de Washington D.C., te lo serviré siempre que quieras —dije.

Eché hielo y un chorro de agua de seltz a los whiskeys y luego fuimos a la cocina y nos sentamos a una cómoda mesa situada junto a una ventana amplia y con vistas al río y a mi patio arbolado. Me hubiera gustado hablarle de Wingo y de cómo me afectaba todo aquello, pero no podía defraudar su confianza.

—¿Puedo hablarte antes de un asunto?

Benton se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo de la silla.

—Yo también tengo algo de lo que hablarte.

—Empieza tú.

Bebió un trago sin quitarme los ojos de encima. Yo le hablé de la información que se había filtrado a la prensa y añadí:

—Ring es un problema que no hace más que complicarse.

—Si es que ha sido él, y con esto no quiero decir que lo haya sido ni que no lo haya sido. Lo difícil es hallar pruebas.

—A mí no me cabe ninguna duda de que ha sido él.

—Kay, con eso no basta. No podemos apartar a alguien de una investigación basándonos simplemente en nuestra intuición.

—Pete ha oído decir que Ring tiene un lío con una conocida presentadora de televisión de aquí —le dije entonces—. Trabaja en la misma cadena que poseía la información equivocada sobre el caso, la cadena que decía que la víctima era asiática.

Se quedó callado. Yo sabía que seguía pensando en las pruebas y que tenía razón. Lo que había dicho había sonado a conjetura desde el mismo momento en que había salido de mis labios.

Luego dijo:

—El tío es muy listo. ¿Tienes referencias de él?

—Ninguna —respondí.

—Se licenció con matrículas de honor en psicología y administración pública por la Universidad William and Mary. Su tío es el secretario de Seguridad Pública. —Las malas noticias fueron acumulándose unas sobre otras—. Harlow Dershin, que por cierto es un hombre honesto. No hace falta que te diga que las circunstancias no son las más idóneas para hacer acusaciones a menos que estés segura al cien por cien de lo que dices.

El secretario de Seguridad Pública de Virginia era el jefe directo del comisario de la policía del estado. A menos que hubiera sido el gobernador, el tío de Ring no podía ser más poderoso.

—Lo que me estás diciendo entonces es que Ring es intocable —dije.

—Lo que te estoy diciendo es que, a juzgar por su formación universitaria, está claro que pica muy alto. Los tíos como él tienen las esperanzas puestas en ser jefes, comisarios o políticos. No están interesados en ser unos simples policías.

—Los tíos como él sólo están interesados en sí mismos —añadí con impaciencia—. A Ring le importan un bledo las víctimas y los allegados que no tienen ni idea de lo que les ha sucedido a sus seres queridos. Le da igual si matan a alguien.

—Las pruebas... —me recordó—. En honor a la verdad, son muchas las personas, incluidas las que trabajan en el vertedero de basuras, que pueden haber filtrado la información a la prensa. —Nada iba a conseguir que se disiparan mis sospechas, pese a que carecía de buenos argumentos—. Lo importante es resolver estos casos —prosiguió—, y la mejor manera de hacerlo es que todos nos ocupemos de nuestros asuntos y le hagamos caso omiso, tal como están haciendo Pete y Grigg. Hay que seguir todas las pistas que podamos y esquivar los obstáculos.

A la luz del techo tenía los ojos casi de color ámbar y la mirada dulce cuando me miró con ellos. Eché la silla hacia atrás y dije:

—Tenemos que poner la mesa.

Sacó la vajilla y abrió el vino mientras yo servía las gambas frías en los platos y ponía en un tazón la « Salsa rosa con los rábanos que Bev tomó por las hojas ». Partí unos limones por la mitad y los envolví en unas servilletas de gasa, e hice los pastelillos de cangrejo. Benton y yo nos comimos el cóctel de gambas cuando ya caía la tarde y las sombras de la noche se extendían por el este.

—Echaba esto de menos —comentó—. A lo mejor prefieres no oírlo, pero es cierto. —No dije nada porque no quería enzarzarme en otra fuerte discusión que duraría horas y nos dejaría a los dos agotados—. En fin. —Dejó el tenedor sobre su plato tal como lo hacen las personas educadas cuando han acabado de comer—. Gracias. Te echaba de menos, doctora Scarpetta —dijo entonces con una sonrisa.

—Me alegro de que hayas venido, agente especial Benton.

Me levanté y le sonreí. Me volví hacia la cocina y, mientras él recogía los platos, calenté aceite en una sartén.

—Quería decirte que he estado pensando en la fotografía que te han enviado —dijo—. En primer lugar, tenemos que comprobar que se trata efectivamente de la víctima en la que has estado trabajando hoy.

—Lo comprobaré el lunes.

—Si lo es —prosiguió—, nos encontramos ante un cambio espectacular en la manera de actuar del asesino.

—Eso para empezar.

Los pastelillos de cangrejo cayeron en la sartén y empezaron a crepitar.

—Cierto —dijo, sirviendo la ensalada de col—. Esta vez es algo descartado, como si en el fondo quisiera pasárnoslo por las narices. Luego la victimología está totalmente equivocada, por supuesto. Eso tiene una pinta estupenda —añadió, mirando lo que estaba cocinando.

Cuando volvimos a sentarnos, le dije en confianza:

—Benton, no se trata del mismo asesino.

Titubeó antes de responder.

—Si quieres que te diga la verdad, yo tampoco creo que lo sea. Pero todavía no puedo descartarlo. No sabemos en qué juegos puede andar metido.

Empezaba a sentir la misma frustración de siempre. No se podía demostrar nada, pero mi intuición, mi instinto, me decía a gritos que estaba en lo cierto.

—Bueno, no creo que la anciana asesinada tenga nada que ver con los casos anteriores de aquí y de Irlanda. Alguien quiere que lo creamos, eso es todo. Opino que estamos tratando con un imitador.

—Lo discutiremos con todos el jueves. Me parece que quedamos para ese día. Esto está increíble. ¡Uf! —Se le pusieron los ojos llorosos—. Vaya con la salsa rosa...

—Es un montaje. Está disfrazando un crimen que cometió por otro motivo —le expliqué—. Y no me atribuyas a mí el mérito. La receta es de Bev.

—La fotografía me desconcierta —comentó.

—A mí también.

—Le he hablado a Lucy de ella —dijo. Ahora sí que había despertado mi interés—. Dime cuándo quieres que venga —añadió cogiendo el vino.

—Cuanto antes mejor. —Callé un instante y luego añadí—: ¿Qué tal está? Sé lo que ella me cuenta, pero me gustaría que tú me lo dijeras.

Me acordé de que necesitábamos agua y me levanté para ir por ella. Cuando volví, estaba observándome en silencio. A veces me resultaba difícil mirarle a la cara; mis sentimientos empezaron a desentonar los unos con los otros como instrumentos desafinados. Me encantaban el recto y elegante caballete de su afilada nariz, sus ojos, que podían arrastrarme hasta profundidades para mí desconocidas, y el sensual labio inferior de su boca. Miré por la ventana, pero ya

no se veía el río.

—Lucy... —le recordé—. ¿Por qué no le das a su tía una evaluación de resultados?

—Nadie lamenta haberla contratado —dijo con sequedad de una persona que todos sabíamos que era un genio—. Pero me he quedado corto en la descripción. Es sencillamente estupenda. La mayoría de los agentes han acabado respetándola. Quieren que se quede. Con esto no pretendo decir que no existan problemas; no a todo el mundo le hace gracia que haya una mujer en el ERR.

—Sigue preocupándome que trate de forzar la máquina —dije.

—Bueno, está en plena forma, de eso no cabe duda. Yo evitaría pelearme con ella.

—A eso me refiero. Quiere estar a la altura de los demás, cuando en realidad eso es imposible. Ya sabes cómo es. —Volví a mirarle a los ojos—. Siempre quiere demostrar cuánto vale. Si los hombres están haciendo rappel a toda velocidad y corriendo por las montañas con una mochila que pesa veinticinco kilos, ella cree que tiene que imitarles, cuando debería estar contenta con sus facultades técnicas, sus robots y todo eso.

—Estás olvidándote de su mayor motivación, de su mayor demonio —dijo Benton.

—¿A qué te refieres?

—A ti. Cree que tiene que demostrarte lo que vale, Kay.

—No tiene razones para pensar eso. —Sus palabras me habían herido—. No quiero tener la sensación de que yo soy el motivo por el que se juega la vida haciendo todas esas cosas peligrosas que cree que tiene que hacer.

—No estamos hablando de culpa —puntualizó levantándose de la mesa—. Estamos hablando de la naturaleza humana. Lucy te adora. Eres la única figura materna digna que ha tenido en la vida. Quiere ser como tú y cree que la gente la compara contigo, lo cual es una carga muy pesada de llevar. Ella quiere que tú también la admires, Kay.

—¡Pero si la admiro, por amor de Dios! —Yo también me levanté, y empezamos a recoger los platos—. Has conseguido que me preocupe de verdad. Benton empezó a enjuagar la vajilla y yo me puse a cargar el lavaplatos.

—Quizá deberías preocuparte. —Me lanzó una mirada y añadió—: Te diré una cosa: Lucy es una de esas perfeccionistas que no hace caso a nadie. Aparte de ti, ella es el ser humano más testarudo con el que me he topado.

—Muchas gracias, hombre.

Sonrió y me abrazó, sin preocuparse de que tenía las manos mojadas.

—¿Podemos sentarnos y hablar un rato? —me preguntó con su cara y su cuerpo cerca de mí—. Luego tengo que irme.

—¿Y después de eso?

—Voy a hablar con Pete por la mañana; por la tarde me llega otro caso. De

Arizona. Sé que es domingo, pero es urgente. —Siguió hablando mientras llevábamos el vino al salón—. Se trata de una chica de doce años a la que secuestraron cuando volvía a casa de la escuela. Se deshicieron de su cadáver en el desierto de Sonora —me explicó—. Creemos que el asesino ya ha matado a otras tres chicas.

—Resulta difícil sentirse muy optimista, ¿verdad? —dije amargamente cuando nos sentamos en el sofá—. Es el cuento de nunca acabar.

—Pues sí —respondió él—. Y me temo que no acabará nunca, al menos mientras haya gente en este planeta. ¿Qué vas a hacer durante lo que queda de semana?

—Papeleo.

A un lado de mi salón había unas puertas deslizantes de cristal; detrás de ellas se veían las casas de los vecinos, a oscuras, y una luna llena como de oro con unas nubes casi transparentes que flotaban sin rumbo.

—¿Por qué estás tan enfadada conmigo?

Lo había dicho con voz dulce, pero haciéndome notar su dolor.

—No lo sé.

No quería mirarle.

—Sí que lo sabes. —Me cogió de la mano y empezó a deslizar el pulgar por ella—. Me encantan tus manos. Parecen de pianista, sólo que las tienes más fuertes, como si lo que haces fuera un arte.

—Lo es —me limité a decir. Benton hablaba a menudo de mis manos—. Creo que eres un fetichista. Deberías estar preocupado, como especialista en perfiles psicológicos que eres.

Se echó a reír y me besó los nudillos y los dedos como solía hacer.

—Te aseguro que tus manos no son el único fetiche que tengo.

—Benton. —Lo miré—. Estoy enfadada contigo porque estás echando a perder mi vida.

Se quedó muy quieto. Estaba sorprendido. Me levanté del sofá y me puse a andar de un lado a otro.

—Tenía mi vida organizada tal como quería —dije. Cada vez estaba más alterada—. Estoy construyendo un centro forense nuevo y, en efecto, he sido inteligente con mi dinero; he hecho las suficientes inversiones inteligentes como para permitirme esto. —Señalé toda la habitación con la mano—. Esta casa es mía; la proyecté yo misma. Todo estaba en el lugar que le correspondía hasta que tú...

—¿Estaba? —Me miraba intensamente, y en su voz se advertía que estaba herido y enfadado—. ¿Preferías la situación de cuando yo estaba casado y siempre nos sentíamos fatal, de cuando teníamos un lío y mentíamos a todo el mundo?

—¡Por supuesto que no! —exclamé—. Me gusta que mi vida sea mía, eso es

todo.

—Tu problema es que tienes miedo a los compromisos. De eso se trata. ¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo? Creo que deberías hablar con alguien. En serio. Quizá con la doctora Zenner. Sois amigas, y sé que confías en ella.

—No soy yo quien necesita un psiquiatra. —Me arrepentí de haber dicho aquello en cuanto las palabras salieron de mi boca. Él se levantó enfadado, como si quisiera marcharse. Ni siquiera eran las nueve—. Dios, no tengo ni la edad ni el ánimo para esto —mascullé—. Lo siento, Benton. No tenía derecho a decirte eso. Por favor, vuelve a sentarte.

En lugar de hacerlo, se quedó delante de las puertas deslizantes de cristal, de espaldas a mí.

—No es mi intención hacerte daño, Kay —dijo—. No vengo por aquí para ver cómo puedo joderte mejor la vida, ¿sabes? Siento una admiración enorme por todo lo que haces. Lo único que deseo es que me permitas entrar un poco más en tu vida.

—Lo sé. Lo siento. Por favor, no te vayas.

Parpadeando para contener las lágrimas, me senté y me puse a mirar las vigas del techo y las marcas visibles de la llana en el enlucido. Mirara donde mirase, veía detalles míos. Cerré los ojos por un momento y las lágrimas me resbalaron por las mejillas. No me las sequé. Benton, que sabía cuándo no debía tocarme y también cuándo no debía hablar, se sentó a mi lado en silencio.

—Soy una mujer de edad madura y costumbres arraigadas —dije con voz temblorosa—. No puedo remediarlo. Todo lo que tengo es lo que he construido. No tengo hijos, no aguanto a mi hermana y ella tampoco me aguanta a mí. Me pasé toda la infancia con mi padre moribundo en la cama; murió cuando yo tenía doce años. Mi madre es una mujer imposible y ahora está muñéndose de enfisema. No puedo ser lo que tú quieres que sea; no puedo ser la esposa ideal. Ni siquiera sé qué demonios es eso. Sólo sé ser yo misma; ir a un psiquiatra no va a cambiar nada.

Él me dijo:

—Y yo estoy enamorado de ti y quiero casarme contigo. Y tampoco parece que pueda remediarlo. —No respondí. Él añadió—: Pensaba que tú estabas enamorada de mí. —Yo seguía sin poder hablar—. Al menos antes lo estabas —prosiguió. El dolor se había adueñado de su voz—. Me marcho.

Hizo ademán de levantarse, pero le puse una mano sobre el brazo.

—Así no. —Lo miré—. No me hagas esto.

—¿A ti? —exclamó con incredulidad.

Bajé la intensidad de las luces hasta casi apagarlas y la luna se convirtió en una moneda bruñida sobre un cielo negro, despejado y salpicado de estrellas. Fui por más vino y encendí la chimenea; él no dejó de observarme en ningún momento.

—Siéntate más cerca de mí.

Así lo hizo, y esta vez fui yo quien le cogí a él de las manos.

—Ten paciencia, Benton. No me apremies —dije—. Por favor. No soy como Connie, ni como otras personas.

—No te pido que lo seas —respondió—. No quiero que lo seas. Yo tampoco soy como otras personas. Conocemos lo que vemos. Otras personas no podrían entenderlo. Sería incapaz de hablar con Connie sobre cómo pasan para mí los días. Sin embargo, contigo sí puedo hablar.

Me besó dulcemente, y seguimos adelante, tocándonos la cara y la lengua y desvestiéndonos con agilidad, haciendo lo que mejor habíamos sabido hacer en el pasado. Me recogió en su boca y en sus manos, y nos quedamos en el sofá hasta la madrugada, hasta que la luz de la luna se volvió fría y tenue. Cuando cogió el coche y se fue, recorrí toda mi casa con el vino, inquieta, deambulando con la música puesta, que salía suavemente por los altavoces de todas las habitaciones. Fui a parar a mi despacho, donde estuve muy dispersa.

Empecé a repasar revistas y a arrancar artículos que tenía que archivar. Luego me puse a trabajar en un artículo que me había comprometido a escribir. Pero no estaba de humor para hacer nada de eso, así que opté por mirar el correo electrónico para ver si Lucy había dejado aviso de cuándo podía llegar a Richmond. AOL me anunció que tenía correo; cuando miré en mi buzón, tuve la sensación de que me habían propinado un golpe. «Muerteadoc» me aguardaba como un perverso desconocido.

Su mensaje, que estaba en letra minúscula y no tenía ninguna puntuación excepto los espacios, rezaba: «te crees muy lista». Abrí el archivo que había adjuntado, y una vez más vi en la pantalla de mi ordenador cómo se dibujaban unas imágenes en color y aparecía una fila de pies y manos sobre una mesa tapada con algo que se parecía a la tela azulada que ya conocía. Me quedé un rato con la mirada clavada en el ordenador, preguntándome por qué aquella persona estaba haciéndome aquello. Luego agarré el teléfono, confiando en que acabara de cometer un enorme error.

—¡Pete! —exclamé al oír que cogía el teléfono.

—¿Eh? ¿Qué pasa? —soltó mientras se espabilaba.

Le conté lo que había ocurrido.

—Pero si son las tres de la mañana, joder. ¿Es que no duermes nunca? —Parecía contento, y me imaginé que pensaba que no le habría llamado si Benton hubiera estado todavía en mi casa—. ¿Te encuentras bien? —preguntó entonces.

—Escucha. Tiene las manos con las palmas hacia arriba —respondí—. La fotografía la sacaron de cerca. Veo muchos detalles.

—¿Qué clase de detalles? ¿Tiene un tatuaje o algo así?

—Detalles de arrugas —dije.

Neils Vander era el jefe de la sección de huellas dactilares, un hombre de

edad avanzada con el pelo escaso y desordenado y una enorme bata de laboratorio con manchas púrpuras y negras de ninhidrina y polvos secantes. Siempre andaba ocupado y con prisas, y pertenecía a la estirpe elegante de Virginia. Durante todos los años que nos habíamos tratado, nunca me había llamado por mi nombre de pila ni había hecho referencia a nada personal respecto a mi persona. Sin embargo, tenía su propia manera de mostrar que me profesaba afecto; a veces dejaba un donut sobre mi escritorio por la mañana, y otras, en verano, unos tomates de su huerto.

Tenía unos ojos de lince con los que podía emparejar de una sola mirada curvas y espirales de diferentes huellas, y además era el experto de la casa en definición de imagen. De hecho, se había formado en la NASA. A lo largo de los años él y yo habíamos sacado multitud de caras de fotografías desenfocadas, recuperado escritos inexistentes, interpretado impresiones y restaurado cosas totalmente destruidas. La idea era muy sencilla, pero no resultaba fácil llevarla a cabo.

Un sistema de tratamiento de imagen de alta resolución puede ver doscientas cincuenta y seis tonalidades de gris, mientras que el ojo humano sólo es capaz de diferenciar treinta y dos, como mucho. Por lo tanto, se podía meter algo en un ordenador mediante un escáner para que viera lo que nosotros no éramos capaces de ver. Cabía la posibilidad de que «muerteadoc» me hubiera enviado más información de la que se imaginaba. Nuestro primer cometido aquella mañana era comparar la fotografía que me habían mandado por AOL con una del torso sacada en el depósito de cadáveres.

—Voy a ponerle más gris ahí —dijo Vander mientras pulsaba las teclas del ordenador—. Y ahora voy a ladear un poco esto.

—Así está mejor —comenté asintiendo.

Estábamos sentados el uno junto al otro, inclinados junto a un monitor de diecinueve pulgadas. A nuestro lado teníamos un escáner con las dos fotografías y un vídeo que nos estaba facilitando sus imágenes por ordenador.

—Un poco más. —La pantalla volvió a teñirse de gris—. Voy a darle otro empujoncito.

Estiró el brazo sobre el escáner y cambió una de las fotografías de posición. Luego puso otro filtro en el objetivo de la cámara.

—No sé —dije sin dejar de mirar—. Creo que antes era más fácil de ver. ¿Y si la mueves un poco más hacia la derecha? —añadí, como si estuviera colgando un cuadro en la pared.

—Así está mejor. Pero todavía hay muchas interferencias al fondo que hay que eliminar.

—Ojalá tuviéramos los originales. ¿Cuál es la resolución radiométrica de este aparato? —pregunté, refiriéndome a la capacidad del sistema para diferenciar tonalidades de gris.

—Mucho mayor que la que tenía antes. Creo que desde que empezamos a trabajar con él hemos doblado el número de píxeles que se pueden digitalizar.

Los píxeles, como los puntos de una matriz de puntos, son los elementos más pequeños de una imagen que se pueden ver; son como moléculas, como los puntos de color que forman una pintura impresionista.

—Recibimos algunas subvenciones. Un día de éstos quiero que pasemos a la formación de imágenes con rayos ultravioletas. No te imaginas lo que podría hacer con cianoacrilato.

Luego habló del Super Glue, que reaccionaba con componentes del sudor humano y era excelente para sacar huellas dactilares difíciles de ver a simple vista.

—Bueno, a ver si hay suerte —dije, porque el dinero siempre escaseaba, fuera quien fuese el encargado de concederlo.

Tras cambiar de nuevo la fotografía de posición, colocó un filtro azul sobre el objetivo de la cámara y dilató los píxeles más claros para hacer más luminosa la imagen. Luego realzó los detalles horizontales y eliminó los verticales. Ahora había dos torsos situados el uno junto al otro. Aparecieron sombras, y los detalles más repugnantes se vieron nítidos y contrastados.

—Se pueden ver los extremos de los huesos —indiqué—. La pierna izquierda fue cortada en la parte proximal con respecto al trocánter menor. La pierna derecha —añadí acercando un dedo a la pantalla—, un par de centímetros más abajo, justo por el cuerpo del hueso.

—Ojalá pudiera corregir el ángulo de la cámara, la desviación de la perspectiva —murmuró, hablando consigo mismo, que era algo que hacía a menudo—. Pero no conozco las medidas de nada. Es una lástima que la persona que hizo esto no adjuntara una bonita regla a modo de escala.

—Entonces empezaría a inquietarme de verdad la persona a la que estamos buscando —comenté.

—Lo que nos faltaba, un asesino que es como nosotros. —Definió los bordes y cambió una vez más las fotografías de posición—. Vamos a ver qué pasa si pongo una encima de otra.

El resultado de la superposición fue asombroso: los extremos de los huesos e incluso la carne desgarrada del cuello cortado eran idénticos.

—Esto es suficiente para mí —afirmé.

—Yo creo que está clarísimo —dijo él, asintiendo—. Vamos a imprimirlo.

Hizo clic con el ratón y la impresora láser se puso en funcionamiento emitiendo un zumbido. Vander quitó las fotografías del escáner, puso en su lugar la de los pies y las manos y la movió hasta dejarla perfectamente centrada. Cuando empezó a ampliar las imágenes, el espectáculo fue haciéndose cada vez más grotesco. La sangre manchaba la sábana de un vivo color rojo, como si acabara de ser derramada. El asesino se había esmerado en colocar los pies

juntos, como un par de zapatos, y una mano al lado de la otra, como un par de guantes.

—Debería haberlas puesto con las palmas hacia abajo —dijo Vander—. Me pregunto por qué no lo habrá hecho.

Sirviéndose de la filtración espacial para conservar los detalles, empezó a eliminar interferencias como las de la sangre y la textura del mantel azul.

—¿Puedes obtener detalles de las arrugas? —pregunté, acercándome tanto que pude notar el penetrante olor de la loción que empleaba para después del afeitado.

—Creo que sí —respondió.

De pronto su tono de voz se había animado, pues no había nada que le gustara más que leer los jeroglíficos de los dedos y los pies. Tras aquella apariencia amable y distraída había un hombre que había enviado a miles de personas a la cárcel y a docenas a la silla eléctrica. Amplió la fotografía y asignó colores arbitrarios a diversas intensidades de gris para que pudiéramos verlas mejor. Los pulgares eran pequeños y de color claro, como pergamino viejo. Se veían arrugas.

—Con los otros dedos no va a haber manera —me explicó con los ojos clavados en la pantalla, como si estuviera hipnotizado—. Están demasiado doblados como para que pueda verlos. Sin embargo, los pulgares se ven estupendamente. Vamos a guardarlo. —Hizo clic en el menú y archivó la imagen en el disco duro del ordenador—. Necesito tiempo para trabajar en esto. —Era su forma de decirme que me marchara, de modo que aparté la silla—. Si saco algo, lo pasaré inmediatamente por el SAIHD.

Se refería al Sistema Automatizado de Identificación de Huellas Dactilares, capaz de comparar huellas desconocidas y difíciles de ver a simple vista con los millones que figuraban en un banco de datos.

—Eso sería fabuloso —dije—. Yo voy a ponerme a buscar en el SSPEH.

Me lanzó una mirada de curiosidad, porque el Sistema de Seguimiento de Pistas y Evaluación de Homicidios era una base de datos que mantenían conjuntamente la policía estatal y el FBI. Era el lugar donde teníamos que empezar a investigar si considerábamos que el caso era local.

—Aunque tenemos razones para creer que los otros casos no han ocurrido aquí —le expliqué—, opino que deberíamos buscar en todas partes, incluso en las bases de datos de Virginia.

Vander seguía mirando fijamente la pantalla y haciendo modificaciones.

—Mientras no tenga que rellenar los impresos —respondió.

A ambos lados del pasillo había más cajas de cartón blanco marcadas con la etiqueta PRUEBAS, apiladas hasta el techo. Los científicos pasaban por delante de ellas, abstraídos y con prisa, llevando en la mano papeles y muestras con los que se podía mandar a alguien a juicio por asesinato. Nos saludamos sin reducir

el paso y me dirigí al laboratorio de fibras y residuos, que era un lugar grande y tranquilo. Allí había más científicos con batas blancas inclinados sobre microscopios y trabajando detrás de sus escritorios; en unas encimeras negras había unos bultos misteriosos colocados de cualquier manera y envueltos en papel marrón.

Aaron Koss se encontraba delante de una lámpara de rayos ultravioleta que arrojaba una luz de color rojo y púrpura, examinando una platina con un microscopio para ver qué le indicaban las longitudes de onda larga reflejadas.

—Buenos días —saludé.

—Lo mismo digo —respondió él con una sonrisa.

Koss, moreno y atractivo, parecía demasiado joven para ser experto en explosivos, pinturas, residuos y fibras microscópicas. Aquella mañana llevaba unos vaqueros desgastados y zapatillas de deporte.

—Ya veo que no tienes que ir a los tribunales —dije, pues era algo que por lo general se podía saber por la forma en que iba vestida la gente.

—No, estoy de suerte —respondió—. A que vienes a preguntar por tus fibras...

—Andaba por aquí y se me ha ocurrido entrar —dije.

Yo era conocida por las visitas que hacía para preguntar por las pruebas. Casi todos los científicos soportaban pacientemente mi insistencia y al final me la agradecían. Era consciente de que estaba apremiándoles puesto que el número de casos que tenían entre manos ya era abrumador, pero si se estaba asesinando y desmembrando a gente, era preciso analizar las pruebas inmediatamente.

—Bueno —dijo, volviendo a sonreír—, gracias a ti me he librado de investigar a nuestro fabricante de bombas.

—No ha habido suerte en ese caso —supuse.

—Anoche puso otra. En la 1—195 Norte, cerca de Laburnum, delante mismo de Operaciones Especiales, ya sabes, donde antes estaba la comisaría n<sup>o</sup>3. Parece mentira.

—Esperemos que sólo sigan volando señales de tráfico —dije.

—Esperemos. —Se apartó de la lámpara de rayos ultravioleta y se puso muy serio—. Esto es lo que he obtenido hasta el momento con lo que me entregaste. Fibras de restos de tela incrustadas en el hueso, pelo e indicios de que tenía sangre pegada.

—¿El pelo es suyo? —pregunté perpleja, porque no le había entregado los largos cabellos canosos de la víctima. No era su especialidad.

—Los que he visto por el microscopio no me han parecido humanos —respondió—. Puede que pertenezcan a dos tipos diferentes de animal. Los he enviado a Roanoke.

En el estado sólo había un experto en cabello, el cual trabajaba en los laboratorios forenses de la zona oeste.

—¿Y qué me dices de los indicios? —pregunté.

—Me parece que son restos del vertedero. Pero quiero examinarlos con el microscopio electrónico. Lo que tengo ahora bajo los rayos ultravioleta son las fibras —prosiguió—. En realidad son fragmentos; les he dado un baño ultrasónico con agua destilada para quitarles la sangre. ¿Quieres echarles una ojeada?

Me dejó sitio para que mirara con el microscopio y noté que olía a colonia Obsession. Sonreí sin poder evitarlo pues me acordé de cuando tenía su edad y aún me quedaban fuerzas para acicalarme. En la platina había colocados tres fragmentos que emitían una luz fluorescente como las de los tubos de neón. La tela era blanca o blancuzca, y en uno de los fragmentos brillaba algo parecido a unas partículas irisadas de oro.

—¿Qué demonios es eso? —pregunté, alzando la vista para mirarle.

—Por el estereoscopio parece sintética —respondió—. Tienen el diámetro regular, algo lógico si han salido de una tobera para hilar y no son naturales e irregulares, por ejemplo como el algodón.

—¿Y las partículas fluorescentes? —pregunté sin dejar de mirar.

—Eso es lo más interesante —indicó—. Aunque tengo que hacer más pruebas, a primera vista parece pintura.

Hice una pausa para imaginármela.

—¿De qué clase? —quise saber.

—No es plana y delgada como la de los automóviles sino arenosa, más granular. Parece de un color claro, como el de la cáscara de huevo. Creo que es estructural.

—¿Son los únicos fragmentos y fibras que has mirado?

—Acabo de empezar. —Se acercó a otra encimera y sacó un taburete—. Los he examinado todos con rayos ultravioleta y diría que aproximadamente el cincuenta por ciento tiene el tejido empapado de esa sustancia que parece pintura. Aunque no sé con absoluta seguridad de qué tela se trata, sí puedo decir que todas las muestras que me has entregado son del mismo tipo y probablemente de la misma procedencia.

Koss colocó una platina en el portaobjetos de un microscopio de luz polarizada, que al igual que las gafas Ray-Ban reducía el brillo y dividía la luz en ondas diferentes con valores de índice de refracción distintos, lo cual nos iba a permitir obtener otra pista más para reconocer el tejido.

—Bien —dijo, enfocando y mirando sin pestañear por los oculares—. Éste es el fragmento más grande de los recogidos; es del tamaño de una moneda de diez centavos aproximadamente. Tiene dos lados.

Se apartó, y pude ver unas fibras similares a cabellos rubios con manchitas rosas y verdes a lo largo de la parte central.

—Es muy semejante al poliéster —me explicó Koss—. Las manchitas son deslustrantes de los que se utilizan en confección para que el tejido no resulte

brillante. También creo que tiene algo de rayón mezclado. Basándonos en todo esto, la conclusión lógica sería que se trata de una tela muy común que puede utilizarse para hacer prácticamente de todo, desde blusas a cubrecamas. Pero tenemos un enorme problema.

Tras abrir el frasco del disolvente líquido que se utilizaba para los exámenes de poca duración, cogió unas pinzas, quitó la platina de protección y dio cuidadosamente media vuelta al fragmento. Luego dejó caer unas gotas de xileno, volvió a poner la platina de protección y me hizo una seña para que me acercara más.

—¿Qué ves? —preguntó, orgulloso de sí mismo.

—Algo grisáceo y sólido. No es el mismo tejido que el del otro lado. —Lo miré sorprendida—. ¿Esta tela tiene forro?

—Es una especie de termoplástico. Probablemente tereftalato de polietileno.

—¿Para qué se utiliza? —quise saber.

—Sobre todo para botellas de refrescos y películas. Y para plásticos de burbuja para embalaje.

Lo miré fijamente, desconcertada, pues no veía la relación que aquellos productos podían tener con el caso.

—¿Y para qué más?

Se quedó pensativo.

—Para materiales de refuerzo. A veces, como en el caso de las botellas, se puede reciclar y usar para hacer fibras para alfombras, relleno de fibra, madera plástica, etcétera. Se puede hacer prácticamente de todo con él.

—Pero no tela para ropa.

Hizo un gesto de negación y respondió con seguridad:

—No, en absoluto. La tela de la que estamos hablando es bastante común; se trata de una mezcla tosca de poliéster forrado con un material tipo plástico. Desde luego no se parece a ninguna clase de ropa que yo conozca. Además, da la impresión de que está empapada de pintura.

—Gracias, Aaron —dije—. Esto lo cambia todo.

Cuando regresé a mi despacho, me sorprendió y molestó ver a Percy Ring sentado en una silla delante de mi escritorio, hojeando un cuaderno de notas.

—Tenía que ir a Richmond para una entrevista en Canal 12 —me explicó inocentemente—, así que se me ha ocurrido venir a verte. También quieren hablar contigo —añadió con una sonrisa. No le contesté, pero mi silencio fue lo suficientemente explícito cuando tomé asiento—. No pensaba que te prestaras a la entrevista, de modo que eso es lo que les he dicho —prosiguió con la afabilidad y despreocupación que le caracterizaban.

—Bueno, ¿qué has dicho exactamente esta vez?

Mi tono de voz no era agradable. La sonrisa se desvaneció de sus labios y su mirada se endureció.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Eres tú el investigador. Averígualo.

Mi mirada era tan dura como la suya, pero él se encogió de hombros.

—He dicho lo habitual. Sólo la información básica sobre el caso y las semejanzas que guarda con los otros.

—Detective Ring, quiero dejar esto bien claro una vez más —dije sin hacer ningún intento por ocultar el desdén que sentía por él—. Este caso no es necesariamente como los demás, y no deberíamos estar comentándolo con los medios de comunicación.

—Bueno, al parecer tenemos diferentes puntos de vista al respecto, doctora Scarpetta. —Con su traje de color oscuro y sus tirantes y su corbata de cachemira, tenía todo el aspecto de una persona elegante y digna de confianza. En ese momento me acordé de lo que Benton me había dicho acerca de las ambiciones y relaciones que tenía, y la idea de que aquel idiota engreído pudiera algún día dirigir la policía del estado o ser elegido miembro del Congreso se me hizo insoportable—. Creo que la gente tiene derecho a saber si hay un psicópata por ahí suelto.

—Eso es lo que dijiste por televisión. —Mi irritación iba en aumento—. Que hay un psicópata por ahí suelto...

—No recuerdo las palabras exactas que utilicé. La verdadera razón por la que he venido es que me gustaría saber cuándo voy a recibir una copia del informe de la autopsia.

—Está todavía pendiente.

—Lo necesito lo antes posible. —Me miró a los ojos y añadió—: El fiscal del estado quiere saber qué ocurre.

No podía creerme lo que acababa de oír. Ring no podía hablar con el fiscal del estado a menos que hubiera un sospechoso.

—¡Pero qué estás diciendo! —exclamé.

—Estoy investigando a Keith Pleasants. —Yo no daba crédito a mis oídos—. Hay muchos indicios —prosiguió—, y el menos importante no es el de que casualmente estuviera conduciendo la excavadora cuando apareció el torso. El no suele manejar ese tipo de vehículos, pero resulta que en ese preciso momento se encontraba en el asiento del conductor.

—En mi opinión eso no le convierte en sospechoso, sino más bien en una víctima. Si es él el asesino —continué—, lo lógico sería que evitara encontrarse a menos de cien kilómetros del vertedero cuando apareciese el cadáver.

—A los psicópatas les gusta estar justo en el lugar de los hechos. Fantasean con la posibilidad de estar presentes en el momento en que se descubre el cadáver. Es algo que les encanta, como le ocurría a ese conductor de ambulancias que asesinaba mujeres y se deshacía de ellas en la zona donde trabajaba. Cuando llegaba la hora de entrar de servicio llamaba al 911, de

manera que acababa siendo él quien respondía. —Además de tener un título de psicólogo, seguro que había asistido a una conferencia sobre perfiles psicológicos de criminales. Lo sabía todo—. Keith vive con su madre, a quien creo que no soporta —prosiguió, alisándose la corbata—. Lo tuvo de mayor. El cuida de ella.

—Entonces su madre sigue viva y sabemos dónde encontrarla —dije.

—En efecto. Pero eso no significa que no haya descargado su agresividad contra otra pobre anciana. Además, no te lo vas creer, pero cuando iba al instituto trabajó en la carnicería de un supermercado. Era el ayudante del carnicero. — En lugar de decirle que en mi opinión no se había utilizado una sierra de carnicero en el último caso, dejé que siguiera hablando—. Nunca ha sido una persona sociable, lo cual concuerda nuevamente con el perfil del asesino. —Ring siguió tejiendo su fantástica red—. Además, entre los empleados del vertedero circula el rumor de que es homosexual.

—¿Y en qué se basa ese rumor?

—En que no queda con mujeres ni parece interesado en el tema cuando los demás hacen comentarios o bromas sobre ellas. Ya sabes cómo son las cosas cuando se juntan unos cuantos brutos.

—¿Cómo es la casa en la que vive?

Estaba pensando en la fotografía que me habían enviado por correo electrónico.

—Es un edificio de dos pisos, tres dormitorios, una cocina y un salón. Son de clase media, aunque cada vez pasan más estrecheces. Puede que antes, cuando estaba su padre, vivieran bastante bien.

—¿Qué ha sido de su padre?

—Se fue de casa antes de que él naciera.

—¿Tiene hermanos o hermanas? —quise saber.

—Son ya bastante mayorcitos. Me parece que él fue una sorpresa. Sospecho que el señor Pleasants no es su padre, lo cual explicaría que hubiera desaparecido antes de que naciese Keith.

—¿Y en qué se basa esa sospecha? —pregunté con mordacidad.

—En una intuición.

—Ya.

—Viven en un lugar apartado, a unos quince kilómetros del vertedero, en tierra de labranza —añadió—. Tienen un patio bastante grande y un garaje separado de la casa. —Cruzó las piernas e hizo una pausa, como si lo que fuera a decir a continuación fuera importante—. Hay muchas herramientas y una gran mesa de trabajo. Keith dice que es bastante mañoso y que utiliza el garaje cuando hay que reparar cosas en la casa. Vi una sierra colgada de un tablero de herramientas y un machete, que según dice utiliza para cortar kudzu y hierbajos.

Se quitó la chaqueta y se la puso cuidadosamente sobre el regazo mientras continuaba repasando la vida de Keith Pleasants.

—Ya veo que has tenido acceso a muchos sitios sin necesidad de autorización judicial —comenté, interrumpiéndole.

—Pleasants se mostró dispuesto a ayudar —respondió perplejo—. Pasemos ahora a lo que tiene en la cabeza. —Se dio un golpecito en la suya—. En primer lugar, es listo, muy listo; tiene libros, revistas y periódicos por todas partes. Y fíjate en esto: ha grabado en vídeo la información que han dado en las noticias sobre este caso y ha recortado artículos de periódico.

—Es probable que eso mismo lo esté haciendo la mayoría de las personas que trabajan en el vertedero —le recordé.

Pero Ring no tenía interés en nada de lo que yo pudiera decir.

—Lee todo tipo de novelas policíacas y de misterio: *El silencio de los corderos*, *Dragón rojo*, Tom Clancy, Ann Rule...

Volví a interrumpirle. Ya no podía seguir escuchándole.

—Acabas de darme la típica lista de libros que se leen en Estados Unidos. No puedo decirte cómo has de llevar tu investigación, pero permíteme que intente convencerte de que obres de acuerdo con las pruebas...

—Estoy actuando de acuerdo con ellas —afirmó, interrumpiéndome a su vez—. Eso es precisamente lo que estoy haciendo.

—Eso es precisamente lo que no estás haciendo. Ni siquiera sabes lo que es una prueba. No has recibido ni un solo informe del centro forense ni de los laboratorios. No has recibido un perfil psicológico del FBI. ¿Has hablado al menos con Pete o con Grigg?

—No hay manera de que nos veamos. —Se levantó y se puso la chaqueta—. Necesito esos informes. —Parecía una orden—. El fiscal del estado va a llamarte. A todo esto, ¿cómo está Lucy?

—No sabía que os conocierais —respondí fríamente.

—Asistí a una de sus clases hará un par de meses. Hablé de la RIAIC (Red de Inteligencia Artificial para la Investigación Criminal). —Cogí una pila de certificados de defunción que acababan de llegar y empecé a darles el visto bueno—. Luego nos llevé al centro del ERR para una demostración de rebotica —añadió desde la puerta—. ¿Está saliendo con alguien? —Yo no tenía nada que decirle al respecto—. Ya sé que vive con otra agente, con una mujer, pero sólo son compañeras de habitación, ¿no?

Estaba claro lo que quería decir. Me quedé de piedra y alcé la vista, pero él ya se había ido, silbando. Cogí un montón de documentos, llena de rabia, pero cuando me disponía a levantarme del escritorio entró Rose.

—Por mí puede dejar sus zapatos debajo de mi cama cuando lo desee —comentó. Acababa de cruzarse con Ring.

—¡Por favor! —No podía soportarlo—. Pensaba que eras una mujer inteligente, Rose.

—Creo que necesita una taza de té caliente, doctora.

—Es posible —respondí, soltando un suspiro.

—Pero antes tenemos otro asunto que resolver —dijo con la eficiencia que le caracterizaba—. ¿Conoce a un hombre llamado Keith Pleasants?

—¿Qué ocurre?

Por un momento me quedé bloqueada.

—Se encuentra en el vestíbulo —respondió—. Está muy alterado y dice que no va a marcharse hasta que la vea. Iba a llamar a los de seguridad, pero he pensado que antes debía asegurarme...

Al ver la expresión de mi cara, se calló de repente.

—Oh, ¡dios mío! —exclamé consternada—. ¿Se han visto él y Ring?

—No tengo ni idea —me aseguró. Estaba realmente perpleja—. ¿Ocurre algo?

—Ocurre de todo.

Suspiré y dejé caer los documentos sobre mi mesa.

—¿Entonces quiere que llame a los de seguridad o no?

—No —respondí, y pasé rápidamente por delante de ella.

Avancé decidida por el pasillo y doblé la esquina para salir al vestíbulo, el cual nunca había sido un lugar acogedor pese a todos mis esfuerzos. Por muchos muebles o grabados de buen gusto que se pusieran en él, era imposible disfrazar las terribles verdades por las que acudía la gente a aquel centro. Al igual que Keith Pleasants, la gente permanecía sentada inexpresivamente en un sofá tapizado de color azul que tenía que resultar discreto y tranquilizador, y se quedaba mirando al vacío o lloraba desconsolada.

Abrí la puerta de golpe y él se levantó de un salto con los ojos inyectados en sangre y prácticamente se abalanzó sobre mí. No hubiera sabido decir si estaba furioso o aterrado. Por un instante pensé que iba a agarrarme o a pegarme, pero dejó caer las manos torpemente y me miró echando fuego por los ojos y con el rostro crispado.

—¡No tiene ningún derecho a decir semejantes cosas sobre mí! —exclamó con los puños apretados y dando rienda suelta a su indignación—. ¡Usted no me conoce! ¡No sabe nada sobre mí!

—Calma, Keith —dije tranquilamente aunque con autoridad.

Le indiqué que volviese a sentarse y acerqué una silla para ponerme frente a él. Estaba temblando, respiraba trabajosamente y tenía la expresión dolida y los ojos llenos de lágrimas furiosas.

—Sólo ha hablado conmigo una vez. —Me señaló violentamente con un dedo—. Una maldita vez y ya se pone a decir cosas —añadió con voz trémula—. Voy a perder mi trabajo.

Se tapó la boca con un puño y apartó la mirada, haciendo un esfuerzo por dominarse.

—Para empezar —dije—, yo no he dicho ni una sola palabra a nadie sobre

usted. —Me lanzó una mirada—. No tengo ni idea de qué está hablando. —Tenía los ojos fijos en él. La confianza y el sosiego que mostraba al hablar estaban haciéndole dudar—. Desearía que me lo explicara.

Me escrutaba con expresión indecisa; en sus ojos oscilaban las mentiras que le habían hecho creer sobre mi persona.

—¿No ha hablado con el detective Ring sobre mí? —preguntó.

Contuve mi furia.

—No.

—Esta mañana ha venido a casa cuando mamá estaba todavía en la cama —dijo con voz entrecortada—. Ha empezado a interrogarme como si fuera un asesino o algo parecido, y luego me ha dicho que los resultados de las investigaciones que usted ha realizado apuntan directamente a mí, y que más vale que confiese.

—¿Resultados? ¿Qué resultados? —pregunté con creciente repugnancia.

—Unas fibras que según usted pueden pertenecer a la ropa que llevaba el día que estuvimos hablando. Usted dice que mi talla coincide con la que cree que tiene la persona que descuartizó el cadáver. El detective me ha dicho que por la presión ejercida con la sierra usted ha averiguado que la persona que lo ha hecho tiene más o menos la misma fuerza que yo. También me ha dicho que usted está pidiendo todo tipo de cosas para poder hacerme una serie de pruebas, como la del ADN. Y que piensa que me porté de forma extraña cuando la llevé al lugar de los hechos...

Le interrumpí.

—Dios mío, Keith. En mi vida había oído tantas tonterías. Bastaría que dijera una sola de esas cosas para que me despidieran por incompetente.

—¡Eso además! —saltó nuevamente con los ojos encendidos—. ¡El detective ha estado hablando con todas las personas con las que trabajo y ahora todo el mundo se está preguntando si no seré una especie de destripador! Lo sé por la forma que tienen de mirarme.

Se deshizo en lágrimas en el preciso momento en que se abrían las puertas y entraban varios agentes de la policía estatal. Sin hacernos caso, pasaron zumbando al interior del edificio para dirigirse al depósito de cadáveres, donde Fielding estaba trabajando en el cadáver de una persona que había sido atropellada por un coche. Pleasants estaba demasiado afectado como para que pudiera seguir hablando con él sobre aquel tema. Además estaba tan indignada con Ring que no sabía qué más decir.

—¿Tiene abogado? —le pregunté.

Hizo un gesto de negación.

—Creo que le convendría llamar a uno.

—No conozco ninguno.

—Puedo decirle los nombres de varios.

Wingo abrió en ese momento la puerta y se sorprendió de ver a Pleasants llorando en el sofá.

—Eh... ¿Doctora Scarpetta? —dijo—. El doctor Fielding desea saber si ya puede entregar los efectos personales a la funeraria.

Me acerqué a él porque no quería que Pleasants se alterara aún más por culpa de nuestro trabajo.

—Los agentes acaban de bajar —dije en voz baja—. Si no piden los efectos personales, entonces sí, entregadlos a la funeraria. —Wingo tenía la mirada clavada en Pleasants, como si lo conociera de algo—. Escucha, dale los nombres y los números de teléfono de Jameson y Higgins. —Éstos eran dos magníficos abogados que trabajaban en la ciudad y a los que consideraba amigos míos—. Luego acompaña al señor Pleasants a la puerta. —Wingo seguía mirándole fijamente, como si se hubiera quedado fascinado con él—. ¿Wingo?

Le lancé una mirada interrogativa.

—Sí, doctora —respondió, volviéndose hacia mí.

Pasé por delante de él y me dirigí abajo. Tenía que hablar con Benton, aunque quizá debía hacerlo antes con Pete. En el ascensor pensé en si debía llamar a Sussex para prevenir al fiscal del estado contra Ring. Mientras me pasaba todo esto por la cabeza, sentí una tremenda lástima por Pleasants. Tenía miedo por él. Por descabellado que pareciera, sabía que podían acabar acusándole de asesinato.

Cuando llegué al depósito de cadáveres, Fielding y los policías estaban mirando a la persona atropellada en la mesa uno. No estaban haciendo las habituales chanzas porque la víctima era una niña de nueve años, hija de un concejal de la ciudad. Un vehículo se había salido bruscamente de la calzada a gran velocidad cuando ella se dirigía a la parada del autobús a primera hora de la mañana. No había marcas de derrape, por lo que cabía deducir que el conductor había golpeado a la niña por detrás y ni siquiera había frenado.

—¿Cómo va eso? —pregunté al llegar a la mesa.

—Tenemos un problemón encima —dijo uno de los agentes con expresión grave.

—El padre está que se sube por las paredes —comentó Fielding mientras examinaba con una lupa el cadáver vestido y recogía pruebas indiciarias.

—¿Hay algo de pintura? —pregunté, pues con un desconchado podíamos identificar la marca y el modelo del coche.

—Por el momento no.

Fielding, que era el jefe adjunto del centro forense, estaba de un humor de perros. Detestaba examinar niños. Eché un vistazo a los vaqueros, que estaban desgarrados y manchados de sangre, y a la marca de rejilla que se le había quedado estampada parcialmente en la tela a la altura de las nalgas. El parachoques delantero le había golpeado las corvas, y la cabeza había chocado

con el parabrisas. La niña llevaba una pequeña mochila roja en el momento del accidente. Al ver la bolsa de la comida, los libros, los papeles y los bolígrafos que habían sacado de ella, se me encogió el corazón.

—La marca de la rejilla parece bastante alta —comenté.

—Yo también estaba pensando en eso —dijo otro agente—. Es como las que tienen las furgonetas y las caravanas. Aproximadamente a la hora en que ha sucedido el accidente han visto pasar por la zona un Jeep Cherokee negro que iba a gran velocidad.

—Su padre está llamando cada media hora. —Fielding alzó la vista y me miró—. Cree que no ha sido un simple accidente.

—¿Y con eso qué quiere decir exactamente? —pregunté.

—Que es un asunto político —contestó mientras seguía recogiendo fibras y partículas de desechos—. Un homicidio.

—Espero que no —dije alejándome—. Lo que ha ocurrido ya es suficiente desgracia.

Sobre una encimera de acero situada en un rincón apartado del depósito de cadáveres había un calentador eléctrico portátil en el que descarnábamos y desengrasábamos los huesos. El proceso, que resultaba verdaderamente desagradable, requería hervir las partes del cuerpo en una solución de lejía del diez por ciento. La enorme y ruidosa olla de acero y el olor eran espantosos, de ahí que generalmente sólo la usara por las noches y los fines de semana, cuando era poco probable que tuviéramos visitantes.

El día anterior había dejado allí los extremos de los huesos del torso para que hirvieran durante toda la noche. No habían necesitado mucho tiempo. Apagué el calentador y, tras tirar la humeante y maloliente agua por el fregadero, esperé a que se enfriaran lo suficiente para recogerlos. Estaban limpios y blancos, medían unos cinco centímetros de longitud y los cortes y las marcas de sierra eran claramente visibles. Mientras examinaba cuidadosamente cada segmento, me invadió una espantosa sensación de incredulidad. No sabía qué marcas de sierra eran obra del asesino y cuáles eran obra mía.

—Jack—le dije a Fielding—, ¿podrías venir aquí un momento?

Dejó lo que estaba haciendo y se acercó al rincón de la sala en que me encontraba.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Le pasé uno de los huesos.

—¿Sabes qué extremo ha sido cortado con la sierra Stryker?

Fielding frunció el entrecejo y dio varias vueltas al hueso para mirarlo por ambos extremos.

—¿Lo marcaste?

—Para indicar la derecha y la izquierda, pero nada más —respondí—. Debería haberlo hecho. Normalmente está tan claro cuál es cada extremo que no

es necesario indicarlo.

—No soy ningún experto, pero aun así diría que todos estos cortes han sido hechos con la misma sierra. —Me devolvió el hueso y lo metí en una bolsa de pruebas que luego precinté—. De todos modos, tienes que llevárselos a David Canter, ¿no?

—Va a enfadarse conmigo cuando se los enseñe —dije.

Mi casa era un edificio de piedra situado en las afueras de Windsor Farms, un antiguo barrio de Richmond con calles de nombres ingleses y construcciones de estilo tudor y georgiano que algunos llamarían mansiones. Había luces encendidas en las ventanas cuando pasé; al otro lado de los cristales se veían lámparas araña, muebles elegantes y gente moviéndose o viendo la televisión.

Por lo visto nadie corría las cortinas en aquella ciudad excepto yo. Ya había empezado la caída de las hojas. Hacía fresco y el cielo estaba nublado. Cuando enfilé el camino de entrada de mi casa, vi que salía humo por la chimenea y que el viejo Suburban verde de mi sobrina estaba aparcado delante de la fachada.

—¿Lucy?—pregunté cuando cerré la puerta y desconecté la alarma.

—Estoy aquí —respondió desde la parte de la casa en la que siempre se quedaba.

Cuando me dirigía a mi despacho para dejar mi maletín y el montón de papeles que había cogido para revisar aquella noche, salió de pronto de su dormitorio, poniéndose un jersey de la UVA de un vivo color naranja.

—Hola.

Sonrió y me dio un abrazo. Había pocas partes de su cuerpo que estuvieran flojas. La aparté de mí, cogiéndola por los brazos, y la miré de arriba abajo como siempre hacía.

—Vaya, ya ha llegado el momento de pasar revista —dijo en tono de broma.

Alzó los brazos y se dio la vuelta como si fuera a registrarla.

—Muy graciosa... —respondí.

A decir verdad, habría preferido que pesara un poco más, pero estaba realmente bonita, tenía aspecto saludable y llevaba el pelo castaño rojizo corto pero discretamente peinado. A pesar de todo el tiempo que había pasado, no podía mirarla sin recordar a aquella niña precoz y traviesa de diez años que en realidad no tenía a nadie excepto a mí.

—Aprobada —dije.

—Siento haber llegado tarde.

—¿Qué me has dicho antes que tenías que hacer? —pregunté. Lucy había llamado para decirme que no podría estar allí hasta la hora de la cena.

—Un ayudante del fiscal general ha decidido hacer una visita acompañado por una comitiva. Como de costumbre, querían que el ERR montara un espectáculo. —Nos dirigimos a la cocina—. He sacado a Toto y al Hombre de hojalata para que los vieran. —Se refería a unos robots—. Hemos utilizado fibra óptica y realidad virtual. Es lo típico, aunque no deja de ser alucinante. Los hemos lanzado en paracaídas desde un Huey y luego yo los he dirigido para que quemaran con rayos láser una puerta de metal y pasaran por ella.

—Espero que no haya habido vuelos acrobáticos con los helicópteros —dije.

—Eso lo han hecho los chicos. Yo he hecho mis cosas desde el suelo.

No estaba muy contenta al respecto. El problema era que Lucy quería hacer vuelos acrobáticos en helicóptero. Había cincuenta agentes en el ERR. Ella era la única mujer, y cuando no la dejaban hacer cosas peligrosas, que en mi opinión no tenía motivos para hacer, solía tomárselo a pecho. Claro que yo no era un juez muy objetivo que digamos.

—Por mí, estupendo si te limitas a los robots —dije. Nos encontrábamos ahora en la cocina—. No sé qué es, pero huele muy bien. ¿Qué le has preparado a tu vieja y cansada tía?

—Espinacas frescas rehogadas con un poco de ajo y aceite de oliva, y unos filetes que voy a echar ahora a la parrilla. Hoy es el único día de la semana en que como carne de vaca, así que lo siento mucho si tú tienes otro día. Incluso te he traído una botella de un vino buenísimo que hemos descubierto Janet y yo.

—¿Desde cuándo los agentes del FBI pueden permitirse comprar buen vino?

—Oye —dijo ella—, no me van tan mal las cosas. Además, estoy tan ocupada que no me da tiempo a gastar dinero.

En ropa no se lo gastaba, desde luego. Siempre que la veía, llevaba un jersey o un uniforme de trabajo caqui. De vez en cuando se ponía vaqueros y una chaqueta moderna, y se burlaba cuando yo le ofrecía mi ropa usada. No quería llevar mis blusas de cuello alto ni mis trajes de abogada; además, lo cierto era que yo estaba más rolliza que ella, que tenía un físico más atlético y fuerte. Probablemente no habría nada en mi armario que le quedara bien.

La luna estaba enorme y baja, y el cielo oscuro y nublado. Nos pusimos unas chaquetas y salimos al porche mientras Lucy preparaba la cena. Había puesto unas patatas a asar y aún tardarían un rato en hacerse, de modo que empezamos a hablar. Durante los últimos años habíamos ido dejando la relación madre hija y poco a poco habíamos empezado a tratarnos como compañeras de trabajo y amigas. La transición no había resultado fácil, pues a menudo Lucy me daba clases e incluso trabajaba en algunos de mis casos. Yo tenía la extraña sensación de estar perdida, pues ya no sabía con seguridad ni qué papel ni qué poder tenía ya en su vida.

—Benton quiere que siga la pista de ese mensaje de AOL —estaba diciéndome—. En Sussex han dicho claramente que quieren la ayuda de la UAMSM.

—¿Conoces a Percy Ring? —pregunté. Me había acordado de lo que había dicho en mi despacho y había vuelto a ponerme furiosa.

—Fue a una de mis clases y resultó muy molesto. No paraba de hablar. —Cogió la botella de vino—. Es un fantoche.

Se puso a llenar los vasos. Luego levantó la tapa de la parrilla y removió las patatas con un tenedor.

—Creo que ya está —dijo satisfecha.

Al cabo de unos segundos salió de la casa con los filetes y los colocó sobre la parrilla.

—No sé cómo, pero ha descubierto que eres mi tía. —Estaba hablando nuevamente de Ring—. No es ningún secreto, claro. Una vez, al salir de clase, me hizo preguntas sobre el tema, que si tú eras mi tutora y que si me ayudabas con mis casos, como si pensase que era imposible que yo hiciera sola lo que estaba haciendo... Creo que se mete conmigo porque soy una agente nueva y soy mujer.

—Debe de ser el mayor error que ha cometido en su vida —dije.

—También quería saber si estaba casada.

Las luces del porche le iluminaban un lado de la cara, por lo que tenía los ojos oscuros.

—Me preocupa el interés que realmente pueda tener —comenté.

Ella me lanzó una mirada sin dejar de cocinar.

—El de siempre.

Como estaba rodeada de hombres y no hacía caso de sus comentarios ni de sus miradas, restaba importancia a aquel asunto.

—Lucy, hoy ha hecho una referencia a ti en mi despacho —dije—. Una referencia velada.

—¿A qué?

—A tus relaciones. A tu compañera de habitación.

Por muy a menudo o delicadamente que hablásemos de aquel tema, ella siempre se exasperaba y se sentía molesta cuando lo sacaba a colación.

—Tanto si es cierto como si no lo es —dijo en un tono de voz que parecía imitar el chisporroteo de la parrilla—, siempre va a haber rumores porque soy agente. Es absurdo. Conozco mujeres casadas y con hijos, y los tíos también piensan que son todas lesbianas por el mero hecho de que son polis, agentes, policías del estado o miembros del servicio secreto. Hay quien piensa que incluso tú lo eres, y por la misma razón: por tu posición, por el poder que tienes.

—No estamos hablando de acusaciones —le recordé con dulzura—, sino de si podrían hacerte daño. Ring sabe muy bien cómo causar una buena impresión.

Transmite la sensación de ser una persona digna de confianza. Supongo que le fastidiará que estés en el ERR del FBI y él no.

—Creo que eso ya lo ha demostrado —dijo con dureza.

—Sólo espero que ese gilipollas no te invite a salir una noche.

—Pero si ya lo ha hecho, por lo menos media docena de veces... —Se sentó—. Ha invitado incluso a Janet, por extraño que parezca. —Se echó a reír y añadió—: No se entera de nada.

—El problema, creo yo, es que sí se entera —dije en tono agorero—. Es como si estuviera reuniendo pruebas para acusarte.

—Pues que siga reuniéndolas. Bueno, ¿qué más ha ocurrido hoy? —preguntó entonces, dejando abruptamente el tema del que estábamos hablando.

Le conté lo que había averiguado en los laboratorios y, mientras llevábamos los filetes y el vino al interior, hablamos de las fibras incrustadas en los huesos y del análisis que Koss había hecho de ellas.

Nos sentamos a la mesa de la cocina con una vela encendida y digerimos información que pocas personas servirían con comida.

—Una cortina barata de motel podría tener un forro como ése —comentó Lucy.

—Eso o una sábana para tapar muebles; lo digo por la sustancia que parece pintura —indiqué—. Las espinacas están deliciosas. ¿Dónde las has comprado?

—En Ukrops. Daría cualquier cosa por tener una tienda así en mi barrio. ¿De modo que el asesino envolvió a la víctima en una sábana para muebles y luego la desmembró sin quitársela?

—Por el momento eso es lo que parece.

—¿Y Dentón qué opina? —me preguntó, mirándome a los ojos.

—No he tenido oportunidad de hablar con él.

Esto no era del todo cierto. Ni siquiera le había llamado.

Lucy se quedó un momento callada. Luego se levantó y trajo a la mesa una botella de Evian.

—¿Cuánto tiempo tienes planeado evitarle?

Fingí no oírla, con la esperanza de que no insistiera en el tema.

—Sabes perfectamente que es eso lo que estás haciendo. Tienes miedo.

—No es un tema del que debemos hablar —dije—, y menos aún cuando estamos pasando una velada tan agradable.

Ella cogió el vino.

—Es muy bueno, por cierto —comenté—. Me gusta el pinot noir porque es suave, no como el merlot, que es un vino fuerte. Ahora no tengo ganas de nada fuerte, de modo que has elegido bien.

Lucy cortó otro pedazo de filete; había comprendido lo que quería decirle.

—Cuéntame cómo le van las cosas a Janet —proseguí—. ¿Sigue ocupándose principalmente de delitos de guante blanco en Washington? ¿O pasa ahora más

tiempo con el SI A?

Lucy se había vuelto hacia la ventana y ahora estaba mirando la luna y dando vueltas lentamente al vino que tenía en el vaso.

—Ya es hora de que me ponga a trabajar con tu ordenador.

Mientras yo recogía, ella se fue a mi despacho. Evité estorbarla durante bastante rato, aunque sólo porque sabía que estaba molesta conmigo. Quería una franqueza total, algo que a mí nunca se me había dado bien, ni con ella ni con nadie. Me sentía mal, como si hubiera defraudado a toda la gente a la que quería. Estuve un rato sentada a la mesa de la cocina hablando con Pete por teléfono; luego llamé a mi madre para preguntarle qué tal estaba. Preparé una cafetera de café descafeinado y llevé dos tazas al despacho.

Lucy estaba tecleando, con las gafas puestas y su joven y tersa frente surcada por una pequeña arruga en señal de concentración. Dejé su taza sobre el escritorio y miré por encima de su cabeza qué estaba escribiendo. No le encontraba ningún sentido, como siempre.

—¿Cómo va eso?—pregunté.

Cuando apretó la tecla de retorno para seleccionar otro comando UNIX, pude ver mi cara reflejada en el monitor.

—Bien y mal —respondió tras exhalar un suspiro de impaciencia—. El problema con las aplicaciones como AOL es que no puedes dar con los archivos a menos que te metas en el lenguaje de programación original. Ahora estoy en ello. Es como seguir la pista de unas migas de pan por un universo que tiene más capas que una cebolla.

Acerqué una silla y me senté a su lado.

—Lucy —dije—, ¿cómo han podido mandarme esas fotos? ¿Puedes explicármelo paso a paso?

Dejó lo que estaba haciendo, se quitó las gafas y las puso sobre el escritorio. Luego se frotó la cara con las manos y se hizo un masaje en las sienes, como si tuviera dolor de cabeza.

—¿Tienes Tylenol?—preguntó.

—No se puede mezclar el paracetamol con el alcohol.

Abrí un cajón y saqué un frasco de Motrin en lugar del Tylenol.

—Para empezar —dijo tras tomarse dos comprimidos—, no habría resultado tan fácil mandártelas si tu identificador no hubiera sido el mismo que tu verdadero nombre: KSCARPETTA.

—Facilité las cosas a propósito para que mis colegas pudieran mandarme correo —expliqué una vez más.

—De esa manera facilitaste las cosas a todo el mundo. —Me miró acusadoramente y me preguntó—: ¿Has recibido alguna otra vez correo de algún excéntrico?

—Creo que el correo de un excéntrico se queda corto al lado de esto.

—Responde a mi pregunta, por favor.

—Unas cuantas veces, pero no era nada importante. —Hice una pausa y luego proseguí—: Suelo recibir esa clase de correo cuando ha habido mucha publicidad debido a un caso sonado, un juicio que ha causado gran sensación o algo así.

—Deberías cambiar tu nombre de usuaria.

—No —respondí—. Es posible que «muerteadoc» quiera mandarme más cosas. Ahora no puedo cambiarlo.

—¡Qué bien! —Volvió a ponerse las gafas—. Ahora resulta que quieres que sea como uno de esos amigos por correspondencia...

—Lucy, por favor —dije con voz queda. A mí también empezaba a dolerme la cabeza—. Las dos tenemos un trabajo que hacer.

Se quedó un momento callada. Luego se disculpó:

—Spongo que tengo una actitud tan excesivamente protectora contigo como la que tú siempre has tenido conmigo.

—Sigo teniéndola. —Le di una palmadita en la rodilla—. Bien, entonces consiguió mi identificador en el directorio de subscriptores de AOL, ¿no es así?

Lucy asintió con la cabeza.

—Dime cómo es tu perfil en AOL.

—En mi perfil sólo consta mi título profesional, la dirección y el número de teléfono de mi despacho —respondí—. Nunca he puesto datos personales como el estado civil, la fecha de nacimiento, las aficiones, etcétera. No soy tan insensata.

—¿Has mirado su perfil? —preguntó—. El de «muerteadoc».

—La verdad es que no se me había ocurrido que pudiera tener uno —dije.

Me acordé de las marcas de sierra que no había podido diferenciar y tuve la sensación de que acababa de cometer el segundo error del día.

—Pues te aseguro que lo tiene. —Lucy se había puesto de nuevo a teclear—. Quiere que sepas quién es, por eso lo ha escrito.

Hizo clic sobre el *Directorio de miembros*; cuando abrió el perfil de «muerteadoc» me quedé asombrada de lo que tenía ante los ojos. Entonces eché un vistazo a las palabras clave que podía buscar cualquier persona interesada en encontrar a usuarios a las que dichas palabras fueran aplicables: «Fiscal, autopsia, jefe, forense jefe, Cornell, cadáver, muerte, desmembramiento, FBI, forense, Georgetown, italiana, Johns Hopkins, judicial, asesina, abogada, médico, patóloga, facultativa, submarinismo, Virginia, mujer».

La lista continuaba con datos personales y profesionales y con aficiones, todos los cuales respondían a mi descripción.

—Es como si «muerteadoc» estuviera diciendo que eres tú.

Me había quedado pasmada. De pronto sentí un frío intenso y dije:

—Esto es una locura.

Lucy apartó su silla y me miró.

—Tiene tu perfil. En el ciberespacio, en la red, eres la misma persona con dos nombres de pantalla diferentes.

—No somos la misma persona. No sé cómo puedes decir semejante cosa.

La miré ofendida.

—Las fotografías son tuyas y te las mandaste a ti misma. Fue fácil de hacer; no tuviste más que meterlas en tu ordenador con un escáner, lo cual no es nada complicado. Se puede conseguir un escáner portátil en color por cuatrocientos o quinientos dólares. Adjuntaste el archivo al mensaje «diez» y lo mandaste a KSCARPETTA, es decir, a ti misma, lo cual quiere decir...

—Lucy —dije interrumpiéndola—, ya basta, por amor de Dios.

Se quedó callada y con el rostro inexpresivo.

—Esto es una barbaridad. No se cómo puedes decir algo así.

Me levanté de la silla, disgustada.

—Si tus huellas dactilares aparecieran en el arma homicida —replicó—, ¿no preferirías que te lo dijera?

—Mis huellas dactilares no han aparecido en ninguna parte.

—Tía Kay, sólo quiero que comprendas que hay una persona en Internet que está siguiéndote los pasos, que está haciéndose pasar por ti. Por supuesto que tú no has hecho nada. Lo que estoy tratando de hacerte ver es que cada vez que alguien haga una búsqueda por tema, porque necesita ayuda de un experto como tú, acabará dando también con el nombre de «muerteadoc».

—¿Cómo habrá obtenido toda esta información sobre mí? —proseguí—. No se encuentra en mi perfil. En él no hay nada sobre la facultad de derecho a la que fui, ni sobre la facultad de medicina, ni sobre mi ascendencia italiana.

—Puede que lo haya sacado de cosas que se han escrito sobre ti a lo largo de los años.

—Es posible. —Tenía la sensación de que estaba a punto de caer enferma—. ¿Te apetece beber algo antes de acostarte? Yo estoy muy cansada.

Pero Lucy estaba nuevamente perdida en el oscuro espacio del entorno UNIX y manejando símbolos y comandos extraños como «cat», «:q!» y «vi».

—Tía Kay, ¿qué contraseña tienes en AOL? —preguntó.

—La misma que utilizo para todo lo demás —reconoció, consciente de que iba a enfadarse de nuevo.

—Joder, no me digas que sigues usando *Sinbad*...

Alzó la vista para mirarme.

—No hay ninguna mención al puñetero gato de mi madre en nada de lo que se ha escrito sobre mí —afirmé para defenderme.

Miré cómo Lucy tecleaba el comando *Contraseña* y escribía *Sinbad*.

—¿Renuevas la contraseña? —me preguntó, como si todo el mundo tuviera

que saber de qué estaba hablando.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Si cambias tu contraseña al menos una vez al mes.

—No —respondí.

—¿Quién más sabe tu contraseña?

—Rose —respondí—. Y ahora tú, por supuesto. Es imposible que «muerteadoc» la sepa.

—Siempre es posible. Puede que utilizara el programa de encriptación de contraseñas de UNIX para encriptar todas las palabras de un diccionario y que luego comparara todas las palabras encriptadas con tu contraseña...

—No fue tan complicado —dije con convicción—. Seguro que la persona que lo hizo no sabe nada sobre UNIX.

Lucy dejó lo que estaba haciendo, giró la silla y me miró con curiosidad.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Podría haber lavado el cadáver antes para evitar que quedaran residuos pegados a la sangre. No debería habernos dado una fotografía de sus manos. Ahora existe la posibilidad de que obtengamos sus huellas digitales. —Estaba apoyada contra el marco de la puerta sosteniendo mi dolorida cabeza—. No es tan listo.

—Puede que no conceda ninguna importancia a las huellas de la víctima —dijo Lucy mientras se levantaba—. A todo esto —añadió cuando pasó por delante de mí—, en cualquier libro de informática puedes leer que es una estupidez usar de contraseña el nombre de tu gato o de tu pareja.

—Sinbad no es mi gato. Yo jamás tendría un despreciable siamés como ése, que siempre me mira con suspicacia y me acecha cuando entro en la casa de mi madre.

—Bueno, algo te gustará; de lo contrario habrías evitado tener que pensar en él cada vez que enciendes el ordenador —dijo desde el pasillo.

—No me gusta lo más mínimo —afirmé.

A la madrugada siguiente soplaban un aire limpio y fresco como una manzana en otoño, se veían las estrellas y el tráfico consistía principalmente en camiones de transporte en medio de largos trayectos. Tomé la 64 Este, que quedaba justo después del parque de atracciones del estado, y al cabo de unos minutos empecé a recorrer las filas de la zona de estacionamiento limitado del aeropuerto internacional de Richmond. Decidí aparcar en la S porque sabía que la letra me resultaría fácil de recordar; entonces me acordé de nuevo de mi contraseña y de los otros evidentes descuidos que había cometido por culpa del agobio.

Cuando estaba sacando mi maleta del portaequipajes, oí pasos detrás de mí e inmediatamente me di media vuelta.

—No dispares.

Pete levantó las manos. Hacía tanto frío que pude ver el vaho que le salía de la boca.

—¿Por qué no silbas o haces algo cuando te acercas a mí a oscuras? —dije al tiempo que cerraba el portaequipajes de un portazo.

—Vaya... Las malas personas no silban; sólo lo hacen las que son buenas como yo. —Agarró mi maleta—. ¿Quieres que lleve eso también?

Pete hizo ademán de coger la maleta dura y negra de marca Pelican que me llevaba a Memphis, donde ya había estado en numerosas ocasiones. Dentro había vértebras y huesos humanos, pruebas de las que no podía separarme.

—Esto no se lo dejo a nadie por nada del mundo —dije mientras lo agarraba junto con mi maletín—. No sabes cómo lamento molestarte de este modo, Pete. ¿Estás seguro de que es necesario que vengas conmigo?

Ya habíamos hablado de aquel tema en varias ocasiones. Yo pensaba que no debía acompañarme, pues no veía ningún motivo para ello.

—Ya te he dicho que hay un chiflado por ahí suelto que está jugando contigo —respondió—. Tanto yo como Benton, Lucy y todo el maldito FBI pensamos que debo acompañarte. En primer lugar, porque haces este mismo viaje cada vez que tienes un caso, con lo cual es de esperar que también lo hagas esta vez. Y luego porque ha salido en la prensa que trabajas con el especialista de la Universidad de Tennessee.

Los aparcamientos estaban bien iluminados y llenos de coches, y no pude evitar fijarme en la gente que pasaba lentamente por delante de nosotros, buscando un espacio que no quedara a kilómetros de la terminal. Me pregunté qué más sabría «muerteadoc» de mí. También sentí no llevar más que una trinchera encima; tenía frío y me había dejado los guantes en casa.

—Además —añadió Pete—, nunca he estado en Graceland.

Al principio pensé que estaba bromeando.

—Está en mi lista —prosiguió.

—¿Qué lista?

—La que tengo desde que era un chaval: Alaska, Las Vegas y el Grand Ole Opry —dijo como si la idea le llenara de alegría—. Si pudieras hacer lo que te diera la gana, ¿no te irías a algún sitio en concreto?

Habíamos llegado a la terminal y él estaba abriéndome la puerta.

—Sí —respondí—. A la cama de mi casa.

Me dirigí al mostrador de Delta, recogí los billetes y subimos al primer piso. Como solía ocurrir a aquella hora, no había nada abierto excepto el servicio de seguridad. Al dejar la maleta sobre la cinta de rayos X, me imaginé lo que iba a ocurrir.

—Señora, ¿puede abrir esa maleta? —dijo una guardia de seguridad.

Abrí las cerraduras y solté los cierres. Dentro estaban los huesos, metidos en

unas bolsas de plástico etiquetadas y protegidas con goma espuma. La guardia abrió los ojos desmesuradamente.

—No es la primera vez que paso por aquí —le expliqué pacientemente.

La guardia de seguridad hizo ademán de coger una de las bolsas de plástico.

—Por favor, no toque nada —le advertí—. Son pruebas de un homicidio.

Ahora había varios pasajeros detrás de mí, y estaban pendientes de cada palabra que decía.

—Bueno, tengo que mirarlos.

—No, no puede. —Saqué la insignia de latón de forense y se la enseñé—. Si toca algo de lo que hay aquí, tendré que incluirla en la lista de testigos cuando el caso vaya a juicio. Se la citará para prestar declaración.

No hacían falta más explicaciones, de modo que me dejó pasar.

—Tonta del bote... —musitó Pete cuando nos alejamos.

—No hace más que cumplir con su deber —repliqué.

—Mira —dijo él—. No volvemos hasta mañana por la mañana, lo cual significa que, a menos que te pases todo el puñetero día mirando los huesos, vamos a disponer de algo de tiempo libre.

—Puedes ir a Graceland tú solito. Yo tengo mucho trabajo que hacer en mi habitación. Además voy a sentarme en la zona de no fumadores. —Había elegido asiento en la puerta de embarque—. De modo que si quieres fumar, vas a tener que irte allí —añadí, indicándole el lugar.

—¿Sabes qué, Doc? —dijo—. El problema es que no te gusta nada divertirme.

Saqué el periódico de la mañana del maletín y lo abrí de una sacudida. Pete se sentó a mi lado.

—Seguro que ni siquiera has oído a Elvis.

—¡Cómo no voy a oírle! Lo ponen en la radio, en la televisión, en los ascensores...

—Es el rey.

Le observé por encima del periódico.

—Tiene una voz... Bueno, lo tiene todo. Nunca ha habido nadie como él —continuó Pete, como si estuviera colado por alguien—. Es como la música clásica y esos pintores que tanto te gustan. Sólo sale gente como él cada doscientos años.

—De modo que ahora estás comparándolo con Mozart y Monet.

Pasé una hoja, aburrida de la política y de la economía de la región.

—A veces eres más esnob que la leche. —Se levantó malhumorado y añadió—: Y por una vez en tu vida podría ocurrírsete ir a un sitio al que me apetece ir a mí. —Me miró con cara de pocos amigos y sacó un paquete de cigarrillos—. ¿Me has visto alguna vez jugar a los bolos? ¿Has dicho alguna vez que te gustara algo de mi furgoneta? ¿Has ido alguna vez a pescar conmigo? ¿Has venido alguna vez a comer a mi casa? Pues no, como vives en el barrio elegante de la ciudad, tengo que ser yo quien vaya a la tuya.

—Iré cuando cocines tú —respondí sin dejar de leer.

Se fue con paso airado, y yo noté que nos estaban mirando. Me imaginé que la gente supondría que éramos una pareja y que hacía años que nos llevábamos mal. Sonreí para mis adentros y pasé otra página. No sólo iba a acompañarle a Graceland sino que aquella noche iba a invitarle a una barbacoa.

Como al parecer desde Richmond no se podía ir en avión directamente a ninguna parte excepto a Charlotte, nos mandaron a Cincinnati en primer lugar y allí hicimos trasbordo.

Llegamos a Memphis a mediodía y pedimos habitaciones en el hotel Peabody, donde yo había conseguido que nos cobraran la tarifa de funcionarios, que era de setenta y tres dólares por noche.

Pete se quedó boquiabierto mirando el magnífico vestíbulo con sus vidrieras y su fuente de patos.

—¡La leche! —exclamó—. Nunca había visto un sitio con patos vivos. Hay patos por todas partes.

Entramos en el restaurante, al que habían puesto el nombre de El Pato, por supuesto. Detrás de unas cristaleras había expuestas unas figurillas decorativas con forma de pato, en las paredes había cuadros con patos y el personal del hotel tenía patos en los chalecos y en las corbatas verdes del uniforme.

—En el tejado tienen un palacio para patos —dije—. Desenrollan una alfombra de color rojo dos veces al día para que salgan a pasear al ritmo de la música de John Philip Sousa.

—¡Anda ya!

Pedí a la jefa de comedor una mesa para dos.

—En la zona para no fumadores.

El restaurante estaba lleno de hombres y mujeres que llevaban el distintivo de una convención de agentes inmobiliarios a la que estaban asistiendo en el hotel. Nos sentaron tan cerca de unos que pude leer unos informes que estaban estudiando y enterarme de sus asuntos. Yo pedí un plato de fruta fresca y café; Pete pidió como siempre una hamburguesa a la parrilla.

—Poco hecha —dijo al camarero.

—Normal —le sugerí, mirándole.

—Bueno, bueno, de acuerdo —respondió encogiéndose de hombros.

—*Escherichia coli* enterohemorrágica —le expliqué una vez que el camarero se hubo ido—. Fíate de mí. No merece la pena.

—¿Nunca te entran ganas de hacer cosas que te sienten mal? —me preguntó.

Sentado delante de mí en aquel bonito lugar lleno de gente bien vestida y con mejores sueldos que un capitán de policía de Richmond, Pete tenía aspecto de estar deprimido y de haber envejecido de repente. Se había ido quedando calvo y ahora sólo tenía un ingobernable fleco de pelo sobre las orejas parecido a un halo de plata deslustrada encajado a la fuerza en su cabeza. No había adelgazado

ni un gramo desde que lo conocía, y la tripa le desbordaba el cinturón y rozaba el borde de la mesa. No pasaba ni un día sin que no temiera por él. Era incapaz de imaginarme que pudiera dejar de trabajar conmigo definitivamente.

A la una y media nos fuimos del hotel en el coche de alquiler. Conducía él porque se había negado en redondo a que lo hiciera yo. Tomamos Madison Avenue y nos dirigimos hacia el este, alejándonos del Mississippi.

La universidad, que era de ladrillo, se encontraba tan cerca que hubiéramos podido ir andando; el Centro Forense Regional estaba enfrente de una tienda de neumáticos y del Centro de Donantes de Sangre. Pete aparcó en la parte trasera, cerca de la entrada del centro.

Los laboratorios, que habían sido financiados por el condado, tenían aproximadamente el mismo tamaño que el centro en el que yo trabajaba. Contaba con tres patólogos forenses y también con dos antropólogos forenses, algo poco habitual y que me daba envidia, pues me habría encantado tener a alguien como el doctor David Canter en mi plantilla.

Memphis se distinguía además por una circunstancia sin lugar a dudas desafortunada. El forense jefe había participado en dos de los casos posiblemente más célebres que se habían dado en el país: había llevado a cabo la autopsia de Martin Luther King y había asistido a la de Elvis.

—Si no te importa —dijo Pete cuando nos apeamos del coche—, voy a hacer unas llamadas mientras tú te ocupas de lo tuyo.

—De acuerdo. Seguro que tienen un despacho desde el que podrás llamar.

Alzó la vista con los ojos entornados hacia el otoñal cielo azul y luego miró en torno a sí mientras caminábamos.

—No me creo que esté aquí —comentó—. Fue a este lugar al que le trajeron.

—No, no fue aquí —puntalicé, porque sabía perfectamente a quién se estaba refiriendo—. A Elvis Presley lo mandaron al Baptist Memorial Hospital. Aquí no lo trajeron, pese a que deberían haberlo hecho.

—¿Y eso por qué?

—Su caso fue considerado muerte natural —respondí.

—Bueno, de hecho lo fue. Murió de un ataque al corazón.

—Es cierto que tenía el corazón en un estado espantoso —reconocí—, pero no fue eso lo que acabó con su vida. Murió por abusar de diversas drogas.

—Murió por culpa del coronel Parker —masculló Pete, como si quisiera matarlo.

Le lancé una mirada; estábamos entrando en el centro.

—Elvis tenía diez drogas en el organismo. Deberían haber registrado su muerte como un accidente. Es algo lamentable.

—Pero ¿sabemos si era él realmente? —preguntó entonces.

—¡Pero, Pete, por amor de Dios!

—¿Qué? ¿Has visto las fotos? ¿Lo sabes a ciencia cierta? —prosiguió.

—Las he visto y, sí, lo sé —respondí en el momento en que me detenía ante el mostrador de la recepcionista.

—¿Y qué sale en ellas? —insistió.

Una joven llamada Shirley, que ya me había atendido en varias ocasiones, esperó a que Pete y yo dejáramos de discutir.

—Eso no es de tu incumbencia —le dije con delicadeza—. ¿Qué tal estás, Shirley?

—¿Otra vez por aquí? —preguntó con una sonrisa.

—Lamento tener que decir que por motivos poco agradables —respondí.

Pete empezó a limpiarse las uñas con una navaja, mirando alrededor como si Elvis pudiera aparecer en cualquier momento.

—El doctor Canter está esperándola —dijo Shirley—. Vamos, ya la acompaño.

Mientras Pete se alejaba tranquilamente por el pasillo para hacer sus llamadas, me condujeron al modesto despacho de David Canter, un hombre al que conocía desde la época en que había sido interno en la Universidad de Tennessee. La primera vez que había hablado con él era tan joven como Lucy.

David Canter, devoto del doctor Bass, el antropólogo forense que había abierto el centro de investigación de tejidos en descomposición de Knoxville conocido por el nombre de La Granja del Cuerpo, había tenido como mentores a la mayoría de los grandes de la especialidad. Era considerado el mayor experto del mundo en marcas de sierra. Yo no sabía qué tenía aquel estado, famoso por los voluntarios de la guerra de México y por Daniel Boone. Tennessee parecía acaparar el mercado de expertos en el análisis de huesos humanos y en el cálculo de la hora de defunción.

—Kay...

El doctor Canter se levantó y me tendió la mano.

—Dave, pese a la urgencia con la que suelo llamarte, siempre te portas conmigo fabulosamente.

Tomé asiento delante de su escritorio.

—Bueno, estás pasando por una situación muy desagradable.

Llevaba el pelo castaño peinado hacia atrás, de manera que cada vez que bajaba la vista se le caía por encima de los ojos. Estaba continuamente apartándose, aunque no parecía darse cuenta de ello. Tenía las facciones juveniles y angulosas, los ojos próximos el uno al otro y la mandíbula y la nariz fuertes.

—¿Cómo están Jill y los niños? —pregunté.

—De maravilla. Estamos esperando otro.

—Enhorabuena. Con éste y a son tres, ¿no?

—Cuatro —precisó con una sonrisa aún más amplia.

—No sé cómo lo hacéis —comenté sinceramente.

—Lo fácil es hacerlo. ¿Qué cosillas me has traído esta vez?

Apoyé la maleta sobre el borde del escritorio, la abrí y saqué las bolsas con los trozos de huesos. Se los di y él cogió el fémur en primer lugar. Lo examinó con una lámpara provista de una lupa, volviéndolo lentamente para observar un extremo y luego el otro.

—Mmm... —musitó—. De modo que no hiciste una muesca en el extremo que cortaste —dijo lanzándome una mirada.

No estaba reprendiéndome, sino recordándomelo. Volví a sentirme enojada conmigo misma. Generalmente era muy cuidadosa, y si por algo se me conocía era por mostrar una cautela casi obsesiva.

—Hice una suposición y me equivoqué —le respondí—. No me imaginaba que el asesino hubiera utilizado una sierra con características muy similares a la mía.

—No suelen usar sierras de autopsia. —Eché la silla hacia atrás y se levantó—. En realidad nunca he tenido un caso; lo único que he hecho ha sido estudiar este tipo de marca de sierra de forma teórica aquí, en el laboratorio.

—Entonces se trata efectivamente de una marca de sierra. —Era lo que me imaginaba.

—No puedo afirmarlo con seguridad hasta que la vea por el microscopio. Pero da la impresión de que ambos extremos han sido cortados con una sierra Stryker.

Recogió las bolsas de los huesos y salimos al pasillo. Mis recelos iban en aumento; no sabía qué íbamos a hacer si David no conseguía distinguir unas marcas de otras. Una equivocación semejante podía dar al traste con los argumentos de la acusación durante un juicio.

—Me imagino que no podrás decirme gran cosa sobre el hueso vertebral —dije, pues era trabecular y menos compacto que otros huesos, de modo que no constituía una buena superficie para marcas de herramientas.

—No hay ninguna razón para no mirarlo. Puede que suene la flauta —respondió cuando entramos en su laboratorio.

No quedaba ni un centímetro de espacio libre. En todos los lugares posibles había bidones con capacidad para ciento treinta litros de desengrasador y barniz de poliuretano. Las paredes estaban cubiertas de arriba abajo de estantes atestados de bolsas de huesos, y en cajas y carros se veían todos los tipos de sierra habidos y por haber. Los desmembramientos eran poco frecuentes. De hecho, yo sólo conocía tres motivos claros para descuartizar a una víctima: resultaba más fácil de transportar, se retrasaba o impedía la identificación o, sencillamente, el asesino actuaba con malevolencia.

David arrimó un taburete a un microscopio equipado con una cámara que

estaba en funcionamiento y apartó una bandeja de costillas fracturadas y cartilago tiroides en la que seguramente había estado trabajando antes de mi llegada.

—A este individuo le dieron de patadas en la garganta, entre otras cosas — dijo distraidamente mientras se ponía los guantes quirúrgicos.

—Vivimos en un mundo de lo más agradable —comenté.

David abrió la bolsa Ziploc en la que estaba guardado el segmento del fémur derecho. Como no podía ponerlo sobre la platina a menos que cortara un trozo lo bastante delgado como para que cupiera, me pidió que apoyara los cinco centímetros de hueso contra el borde de la mesa, tras lo cual acercó una luz fibroóptica del veinticinco a una a las superficies por las que había pasado la sierra.

—No cabe duda de que se trata de una sierra Stryker —dijo mientras miraba por los oculares—. Se necesita un mecanismo de movimientos rápidos y alternativos para obtener un pulido como éste. Parece casi una piedra pulimentada, ¿ves?

Se apartó y miré. El hueso estaba algo biselado, como una superficie de agua helada con suaves olas, y brillaba. A diferencia de otras sierras mecánicas, la Stryker tenía una hoja oscilante que no llegaba muy lejos. No cortaba piel sino sólo la dura superficie contra la que se apretara, como la de un hueso o la de una escayola que un ortopédico tuviese que quitarle a alguien cuyo miembro estuviera mejorando.

—Evidentemente —dije—, los cortes transversales realizados en el cuerpo del hueso son míos. Los hice para extraer la médula que necesitaba para el ADN.

—Pero las marcas de cuchillo no.

—No, de ninguna manera.

—Bueno, no creo que vayamos a tener mucha suerte con ellos. —En el caso de los cuchillos, las huellas quedaban borradas, a menos que se hubiera acuchillado o tajado el cartilago o el hueso de la víctima—. Lo bueno es que tenemos unos cuantos comienzos fallidos, una muesca más ancha y los DPP —añadió, enfocando el microscopio mientras yo continuaba sosteniendo el hueso.

Hasta que había empezado a trabajar con Canter, mis conocimientos sobre sierras habían sido nulos. El hueso es una superficie excelente para las marcas de herramientas y, cuando los dientes de una sierra se hincan en ella, producen una muesca o hendidura. Mediante un examen microscópico de las caras y el fondo de una muesca, se puede determinar la cantidad de esquilas que salieron por el lado por el que se extrajo la sierra del hueso. Si se determinan las características del diente en cuestión, el número de dientes por pulgada (DPP), su espaciamiento y el de las estrías, se puede descubrir la forma de la hoja.

David ladeó la luz para acentuar las estrías y los defectos.

—Se puede ver la curva de la hoja.

Señaló varios comienzos fallidos en el cuerpo; habían apretado la hoja contra el hueso y luego habían vuelto a probar en otro lugar.

—No son míos —dije—. Creo que soy lo suficientemente hábil como para no hacer algo así.

—Como están además en el extremo en el que se encuentran la mayoría de los cortes de cuchillo, voy a aceptar que no fuiste tú. La persona que los hizo tuvo que cortar antes con otra herramienta, porque una hoja oscilante no corta carne.

—¿Una hoja de sierra? —pregunté, ya que sabía lo que utilizaba en el depósito de cadáveres.

—Los dientes son grandes; hay diecisiete por pulgada, así que debe de ser una hoja circular para autopsias. Vamos a darle la vuelta.

Así lo hice. Él dirigió la luz al otro extremo, donde no había comienzos fallidos. La superficie estaba pulida y biselada como la del otro extremo, pero no era idéntica a los perspicaces ojos de David.

—Se trata de una sierra mecánica para autopsias con una hoja grande seccionadora —dijo—. Es un corte multidireccional, puesto que el radio de la hoja es demasiado pequeño como para cortar el hueso entero de una sola vez. Por consiguiente, la persona que hizo esto cambió de dirección varias veces, lanzándose sobre el hueso en diferentes ángulos, lo cual demuestra una gran destreza. Las muescas muestran una pequeña curvatura. La cantidad de esquirlas es mínima, una prueba más de gran destreza. Voy a subir un poco la potencia para ver si podemos acentuar los armónicos.

Se refería a la distancia entre los dientes de la sierra.

—La distancia entre los dientes es de coma cero seis. Dieciséis dientes por pulgada —contó—. La dirección es de vaivén, diente tipo trépano. Yo juraría que esto es tuyo.

—Me pillaste —dije aliviada—. Soy culpable de lo que se me acusa.

—Ya decía yo... —Siguió mirando—. Me hubiera extrañado que utilizaras una hoja circular.

Las grandes hojas circulares para autopsias eran pesadas, de vuelta continua, y destruían más hueso. Se trataba de una hoja para uso general, y solía emplearse en los laboratorios y en los consultorios médicos para cortar escayolas.

—Las pocas veces que utilizo la hoja circular es con animales —le expliqué.

—¿Bípedos o cuadrúpedos?

—He sacado balas a perros, pájaros, gatos, y en una ocasión a una pitón a la que habían disparado durante una redada antidroga —respondí.

David estaba mirando otro hueso.

—Y yo que creía que era el único que se divertía.

—¿Te parece raro que alguien use una sierra de carnicero en cuatro desmembramientos y luego la cambie de repente por una sierra eléctrica para

autopsias?—pregunté.

—Si tu teoría sobre los casos irlandeses es correcta, entonces estamos ante nueve casos con sierras de carnicero —dijo—. ¿Te importa sostener esto aquí para que pueda sacarle una foto?

Sostuve la sección del fémur izquierdo con la punta de los dedos, y él apretó el botón de la cámara.

—Respondiendo a tu pregunta —añadió— me parecería sumamente raro. Nos encontramos ante dos perfiles distintos. La sierra de carnicero es manual, comporta un ejercicio físico y suele tener unos diez dientes por pulgada. Atraviesa el tejido, se lleva mucho hueso en cada corte, deja unas marcas más desiguales y hace pensar en una persona habilidosa y fuerte. También es importante recordar que en cada uno de esos casos el autor de los hechos hizo los cortes en las articulaciones, no en el cuerpo de los huesos, lo cual también es muy poco habitual.

—No es la misma persona —dije expresando de nuevo una opinión de la que cada vez estaba más convencida.

David cogió el hueso de mi mano y me miró.

—Yo pienso lo mismo.

Cuando regresé al vestíbulo del centro forense, Pete estaba todavía en el pasillo hablando por teléfono. Aguardé un rato y luego salí al exterior porque necesitaba aire, luz natural e imágenes que no fueran violentas. Pete tardó unos veinte minutos en salir y reunirse conmigo junto al coche.

—No sabía que estabas aquí —dijo—. Si me lo hubieran dicho, no habría hablado tanto rato.

—No te preocupes. Hace un día precioso.

Abrió las puertas del coche.

—¿Cómo ha ido?—preguntó mientras se sentaba en el asiento del conductor.

Nos quedamos en el aparcamiento, sin ir a ninguna parte, y se lo resumí rápidamente.

—¿Quieres volver al Peabody?—preguntó mientras daba unos golpecitos al volante con el pulgar.

Sabía perfectamente adonde quería ir.

—No —respondí—. Creo que ahora es un buen momento para ir a Graceland.

Pete puso el coche inmediatamente en marcha sin poder contener una amplia sonrisa.

—Tenemos que coger la autopista Fowler —le indiqué. Ya había consultado el mapa.

—Me gustaría tanto que me consiguieras el informe de su autopsia... —dijo volviendo al tema de antes—. Quiero ver con mis propios ojos qué le sucedió. Entonces sabré lo ocurrido y dejaré de reconcomerme.

—¿Qué quieres saber exactamente? —pregunté, volviéndome hacia él.

—Si ocurrió lo que dicen. ¿Murió en el lavabo? Es algo que nunca ha dejado de joderme. ¿Sabes cuántos casos conozco como ése? —Me lanzó una mirada—. Da igual que seas un colgado o el presidente de Estados Unidos, lo cierto es que acabas muerto con el culo en el retrete. Espero que a mí no me pase, leches.

—A Elvis lo encontraron en el suelo de su cuarto de baño. Estaba desnudo y, en efecto, por lo visto se cayó de su inodoro de porcelana negra.

—¿Quién lo encontró?

Pete estaba cautivado, pero de una forma que le causaba desasosiego.

—Una amiga que estaba durmiendo en la habitación contigua. Al menos eso es lo que dicen —respondí.

—¿Estás diciéndome que entró sintiéndose bien, se sentó y entonces, ¡zas!, ocurrió lo que ocurrió? ¿No hubo ninguna señal de aviso, nada de nada?

—Lo único que sé es que a primera hora de la mañana había estado jugando a la raqueta en el frontón y parecía encontrarse bien —contesté.

—No me digas. —Pete tenía una curiosidad insaciable—. Eso no lo sabía. Ignoraba que jugara al frontón.

Atravesamos una zona industrializada en la que había trenes y camiones, y por delante de unas caravanas a la venta. Graceland estaba rodeada de tiendas y moteles baratos, y desde los alrededores no parecía tan grandiosa. La blanca mansión y sus columnas estaban totalmente fuera de lugar, como si fueran una broma o el escenario de una película de mala calidad.

—¡Anda la leche! —exclamó Pete mientras entraba en el aparcamiento—. Fíjate en eso.

Aparcó junto a un autobús sin dejar de hablar, como si se encontrara en el palacio de Buckingham.

—¿Sabes qué? Me habría gustado conocerle —comentó melancólicamente.

—Quizá lo hubieras conocido si se hubiese cuidado más.

Abrí la puerta y él encendió un cigarrillo.

Durante las dos horas siguientes estuvimos vagando entre espejos y dorados, alfombras de tripe y pavos reales de vidrio coloreado acompañados por la voz de Elvis. Centenares de fans habían llegado a la mansión en autobús, y ahora andaban por ella con la adoración que sentían por aquel hombre reflejada en el rostro y escuchando la cinta con la descripción del recorrido. Muchos de ellos dejaban flores, tarjetas y cartas sobre su tumba. Algunos lloraban como si lo hubieran conocido bien.

Deambulamos entre sus Cadillacs de color rosa y púrpura, su Stutz Blackhawk y los demás coches de su museo. Luego vimos la Galería de oro, donde había vitrinas con discos de oro y platino, trofeos y otros premios que me asombraron incluso a mí. La galería tenía al menos quince metros de largo. Yo no podía quitar los ojos de los espléndidos trajes de oro y lentejuelas y de las fotografías de un

ser humano que realmente había poseído una belleza y una sensualidad extraordinarias. Pete estaba literalmente boquiabierto y tenía en el rostro una expresión de angustia tal que me recordó a los amores adolescentes mientras recorriamos palmo a palmo las habitaciones.

—¿Sabes una cosa? Cuando compró esta casa quisieron impedirle que se trasladara a ella —dijo. Ya nos encontrábamos fuera; hacía una tarde de otoño fresca y luminosa—. Algunos pijos de la ciudad no llegaron a aceptarlo nunca. Creo que eso le dolió y puede que en cierto modo fuera lo que acabó con él, lo que le llevó a tomar analgésicos, ¿sabes?

—No era sólo eso lo que tomaba —le hice ver una vez más mientras andábamos.

—Si hubieras sido tú la forense, ¿habrías sido capaz de hacerle la autopsia? —preguntó al tiempo que sacaba el paquete de cigarrillos.

—Por supuesto.

—¿Y no le habrías tapado la cara?

Encendió un pitillo con cara de indignación.

—Claro que no.

—Pues yo no lo habría hecho. —Hizo un gesto de negación con la cabeza y aspiró el humo—. Ni siquiera habría querido estar en la sala, joder.

—Ojalá me hubieran dado a mí el caso —dije—. No lo habría registrado como una muerte natural. El mundo sabría la verdad, y así quizás algunos recapacitarían antes de meterse Percodan en el cuerpo.

Nos encontrábamos delante de una de las tiendas de regalos en cuyo interior había gente congregada alrededor de unos televisores viendo vídeos de Elvis, al que se le oía cantar *Kentucky Rain* con voz fuerte y alegre por los altavoces exteriores. Nunca se la había oído cantar a nadie como a él. Eché a andar de nuevo y conté la verdad.

—Soy una fan de Elvis y tengo una colección bastante amplia de compactos suyos.

Pete no podía creérselo. Estaba emocionado.

—Te agradecería que no lo contaras por ahí.

—¡Con la de años que hace que te conozco y no me lo has contado hasta ahora! —exclamó—. No estarás tomándome el pelo, ¿verdad? Jamás me lo hubiera imaginado. Ni por asomo. Bueno, entonces ya sabes que tengo buen gusto.

Continuamos la conversación mientras esperábamos al autobús que tenía que llevarnos al aparcamiento, y luego seguimos hablando en el coche.

—Recuerdo que lo vi una vez en la tele de pequeño, cuando vivía en Nueva Jersey —estaba diciendo Pete—. Mi padre apareció borracho como de costumbre y empezó a gritarme que cambiara de canal. Jamás me olvidaré de ello. —Frenó y dobló para dirigirse al hotel Peabody—. Elvis estaba cantando

*Hound Dog*. Era julio de 1956, y recuerdo que era mi cumpleaños. Apareció mi padre jurando y apagó el televisor, de modo que yo me levanté y volví a encenderlo. Él me dio un golpe en la cabeza y volvió a apagarlo; yo lo encendí de nuevo y me lancé sobre él. Fue la primera vez en mi vida que le puse la mano encima. Le empujé contra la pared y le dije al muy hijo de puta que la próxima vez que me tocara a mí o a mi madre lo mataría.

—¿Y lo hizo?—le pregunté mientras nos abría la puerta el mozo del hotel.

—Qué va.

—Entonces demos gracias a Elvis.

Dos días después, el jueves 6 de noviembre, salí temprano para hacer el trayecto de hora y media entre Richmond y el centro del FBI de Quantico, Virginia. Pete iba en otro coche pues nunca sabíamos si podía ocurrir algo que nos obligara a ir a otra parte. En mi caso podía ser un accidente de avión o el descarrilamiento de un tren; en el suyo, que tuviera que atender al gobierno de la ciudad y a los altos cargos de la policía. No me llevé ninguna sorpresa cuando sonó el teléfono de mi coche cerca de Fredericksburg. Las nubes tapaban el sol de forma intermitente y hacía el frío suficiente como para que nevara.

—La doctora Scarpetta al aparato.

La voz de Pete sonó bruscamente en el interior de mi coche.

—La corporación municipal está que se sube por las paredes —dijo—. Por un lado tenemos a McKuen, cuya hija ha sido atropellada por un coche, y por otro las patrañas que están diciendo nuevamente sobre nuestro caso por la prensa y la televisión. También las he oído por la radio.

Durante los dos últimos días se habían producido nuevas filtraciones. La policía tenía a un sospechoso de unos asesinatos en cadena entre los cuales se incluían los cinco casos de Dublín. El arresto era inminente.

—¡Parece mentira! —exclamó Pete—. ¡Pero si se trata de un joven que tiene poco más de veinte años! ¿Cómo es posible que haya estado en Dublín durante los últimos cinco años? Y para colmo, el ayuntamiento ha decidido organizar una especie de foro público para hablar de la situación, probablemente porque piensan que está a punto de resolverse. Quieren ponerse una medalla, por supuesto; quieren que los ciudadanos piensen que por una vez han hecho algo. —Hablabla con prudencia, pero no ocultaba su furia—. En fin, que tengo que dar media vuelta y estar en el puñetero ayuntamiento antes de las diez. Además el jefe quiere verme.

Vi sus luces traseras delante de mí cuando se acercó a la salida. Entre los camiones y la gente que iba a Washington D.C. a trabajar, había muchos vehículos en la 1-95. Por temprano que me pusiera en camino, el tráfico siempre

me parecía espantoso cuando me dirigía al norte.

—A decir verdad, es mejor que estés allí. Así además podrás cubrirme las espaldas —le dije—. Te llamaré más tarde para decirte qué ha ocurrido.

—Oye, cuando veas a Ring, hazle en el cuello eso que hemos dicho —me recordó.

Cuando llegué al centro del FBI, el guardia que había en la cabina me hizo una señal para que pasara, puesto que ya conocía mi coche y se sabía la matrícula. El aparcamiento estaba tan lleno que acabé prácticamente en el bosque. En los campos de tiro que había al otro lado de la carretera ya habían comenzado las prácticas con armas de fuego; los agentes del Departamento Antidroga habían salido a hacer ejercicios, y se les podía ver camuflados, empuñando rifles de asalto y poniendo cara de pocos amigos. La hierba estaba cubierta de rocío, de modo que me empapó los zapatos cuando cogí un atajo para dirigirme a la entrada principal del edificio de ladrillo color canela llamado Jefferson.

Dentro del vestíbulo habían dejado equipaje junto a los sofás y las paredes, y a que al parecer siempre había agentes de la Academia Nacional, o AN, que tenían que ir a alguna parte.

El monitor de vídeo deseaba a todo el mundo un buen día y le recordaba que tenía que mostrar su insignia de manera que se pudiera ver. Yo tenía la mía todavía en el bolso; la saqué y me puse la larga cadena al cuello. Metí una tarjeta magnetizada en una ranura, abrí una puerta de cristal que tenía grabado el sello del Ministerio de Justicia y recorrí un largo pasillo cerrado con paredes de cristal.

Estaba tan sumida en mis pensamientos que apenas advertí la presencia de los nuevos agentes, que iban de azul marino y caqui, y de los estudiantes de la AN que iban de verde. Cuando se cruzaban conmigo, me saludaban inclinando la cabeza y sonreían; yo también me mostraba cordial, pero no me fijaba en ellos. Estaba pensando en el torso, en las dolencias y la edad de la víctima y en la triste bolsa que había metida en la cámara frigorífica, donde permanecería varios años o hasta que nos enterásemos de su nombre. Estaba pensando en Keith Pleasants, en « muerteadoc », en sierras y hojas afiladas.

Cuando entré en la sala de limpieza de armas de fuego, noté el olor del disolvente Hoppes; allí estaban las filas de largas mesas negras y los compresores, con los que se inyectaba aire en el interior de las armas. No podía oler aquellos olores ni oír aquellos sonidos sin pensar en Benton y en Mark. Tenía el corazón oprimido por sentimientos que me resultaban demasiado intensos cuando oí que alguien me llamaba por mi nombre.

—Parece que vamos en la misma dirección —dijo el detective Ring.

Iba impecablemente vestido de azul marino y estaba esperando al ascensor que nos llevaría veinte metros bajo tierra, donde Hoover había construido su refugio antinuclear. Cambié de mano mi pesado maletín y volví a colocarme la

caja de portaobjetos bajo el brazo para que me resultara más cómodo de llevar.

—Buenos días —dije inexpresivamente.

—Trae, y a te ayudo a llevar eso.

En el momento en que se abría la puerta del ascensor, me tendió la mano y me fijé en que llevaba las uñas arregladas.

—No te preocupes —respondí. No necesitaba su ayuda.

Bajamos a un piso sin ventanas situado justo debajo de la sala de tiro. Ring, que ya había asistido anteriormente a reuniones de asesores, tomaba abundantes notas, ninguna de las cuales había llegado a las noticias hasta el momento. Era demasiado listo como para hacer algo semejante. Desde luego, si se filtrara una información revelada durante una reunión de asesores del FBI, sería bastante sencillo descubrir al responsable. Sólo unos pocos podíamos ser la fuente.

—Me he quedado consternada al enterarme de la información que ha conseguido la prensa —comenté cuando salimos.

—Sé a lo que te refieres —dijo Ring con cara de sinceridad.

Me sostuve la puerta del laberinto de pasillos del antiguo Centro de Ciencias del Comportamiento, el cual había pasado a ser el Departamento de Investigación y Apoyo, que ahora era la UAMSM. Los nombres cambiaban, pero los casos no. A menudo iban a trabajar allí hombres y mujeres por la noche y se marchaban cuando ya había vuelto a oscurecer. En aquel lugar se pasaban días y años examinando las minucias de los monstruos, todas las marcas que habían hecho con los dientes y las huellas que habían dejado en el barro, así como la forma que tenían de pensar, oler y odiar.

—Cuanta más información se divulga, más se complican las cosas —añadió Ring cuando nos disponíamos a cruzar otra puerta, la cual daba a una sala de reuniones en la que yo pasaba al menos varios días al mes—. Una cosa es dar detalles que puedan contribuir a que el público nos ayude...

Continué hablando, pero yo había dejado de prestarle atención. Dentro de la sala, Benton ya se hallaba sentado a la cabecera de una mesa encerada, con las gafas de lectura puestas. Estaba observando unas fotografías de gran tamaño que tenían el sello de la jefatura de policía del condado de Sussex en la parte de atrás. El detective Grigg estaba sentado a varias sillas de distancia con un montón de papeles ante sí, examinando un dibujo. Delante de él se encontraba Frankel, del Programa de Detención de Criminales Violentos o PDCV, y en el otro extremo de la mesa mi sobrina, que estaba tecleando con un ordenador portátil. Alzó la vista, pero no me saludó.

Me senté en la silla que solía ocupar, a la derecha de Benton, abrí mi maletín y empecé a ordenar carpetas. Ring se sentó a mi lado y continuó nuestra conversación.

—Tenemos que aceptar el hecho de que este individuo está al corriente de todo gracias a las noticias —dijo—. Eso es para él un motivo de diversión.

Había captado la atención de todo el mundo; todos tenían la mirada puesta en él y el único sonido que se oía en la habitación era el de su voz. Hablaba con calma y sensatez, como si su única misión consistiera en transmitir la verdad sin llamar excesivamente la atención sobre su persona. Ring era un estafador de primera; lo que dijo a continuación delante de mis colegas me produjo una tremenda indignación.

—Por ejemplo, y en este sentido quiero ser totalmente sincero —me dijo—, no creo que fuera una buena idea dar a conocer datos como la raza y la edad de la víctima. Puede que me equivoque —añadió, recorriendo la sala con la mirada—, pero a mí me parece que en este momento cuanto menos se diga, mejor.

—No me quedó otro remedio —dije mostrándome mordaz—, porque alguien había filtrado una información equivocada.

—Pero eso va a ocurrir siempre, y no creo que debamos estar obligados a dar detalles antes de que nos encontremos preparados para hacerlo —respondió con el mismo tono de seriedad.

—No es conveniente que el público centre su atención en la desaparición de una preadolescente asiática.

Clavé los ojos en él y le sostuve la mirada mientras todos los demás nos observaban.

—Estoy de acuerdo —dijo Frankel, del PDCV—. Empezaríamos a recibir expedientes de personas desaparecidas de todos los puntos del país. Un error como ése se ha de corregir.

—Un error como ése no debería haberse producido nunca, para empezar —añadió Benton, mirando a toda la habitación por encima de las gafas como solía hacerlo cuando no estaba para bromas—. Hoy están con nosotros el detective Grigg, de Sussex, y la agente especial Farinelli —anunció mirando a Lucy—, analista técnica del ERR y directora de la Red de Inteligencia Artificial para la Investigación Criminal, que todos conocemos por el nombre de RIAIC. Ha venido a ayudarnos con el problema informático.

Mi sobrina siguió pulsando teclas con cara de concentración, sin alzar la vista. Ring no le quitaba los ojos de encima, como si quisiera devorarla.

—¿Qué problema informático? —preguntó, sin dejar de comérsela con la mirada.

—De eso ya hablaremos cuando llegue el momento —dijo Benton, y rápidamente pasó al siguiente tema—. Voy a hacer un resumen de la situación y luego entraremos en los detalles. La victimología del reciente caso del vertedero resulta tan diferente de la de los cuatro casos anteriores (o nueve, si incluimos los de Irlanda) que he llegado a la conclusión de que nos encontramos ante un asesino distinto. La doctora Scarpetta va a explicarnos los resultados que ha obtenido de sus investigaciones médicas, con los cuales creo que quedará bien sentado que la forma de actuar de este asesino es verdaderamente atípica.

Benton siguió hablando, y luego estuvimos hasta mediodía estudiando los informes, diagramas y fotografías que yo había traído. Me plantearon muchas preguntas, sobre todo Grigg, que tenía grandes deseos de conocer todos los aspectos y matices de la serie de desmembramientos para así poder distinguirlos con más facilidad del que se había producido en su jurisdicción.

—¿Qué diferencia hay entre cortar por las articulaciones y cortar por el hueso? —me preguntó.

—Cortar por las articulaciones resulta más difícil —le expliqué—. Requiere conocimientos de anatomía, y tal vez experiencia previa.

—Como los que puede tener un carnicero o quizás alguien que haya trabajado en una planta de envasado de productos cárnicos.

—Sí —respondí.

—Bueno, no cabe duda de que eso cuadra con lo de la sierra de carnicero —añadió.

—Sí, la cual es muy diferente de una sierra para autopsias.

—¿Cuál es la diferencia exactamente?

Era Ring quien había hecho la pregunta.

—La sierra de carnicero es una sierra manual concebida para cortar carne, cartilago y hueso —le respondí, mirando a todos—. Suele tener unos treinta y cinco centímetros de largo y una hoja muy delgada con diez dientes tipo trépano por pulgada. Funciona con un movimiento de empuje, de modo que se requiere cierta fuerza para utilizarla. En cambio la sierra para autopsias no corta tejido, el cual tiene que ser abierto previamente con un cuchillo o algo parecido.

—Que es lo que se ha utilizado en este caso —me dijo Benton.

—El hueso presenta cortes que responden a las características generales de un cuchillo. —Luego expliqué—: La sierra para autopsias está pensada para trabajar únicamente con superficies duras y se usa con un movimiento alternativo que viene a ser de vaivén; es decir, que se introduce sólo un poco cada vez que se mueve. Aunque todos los presentes la conocen, de todos modos he traído fotografías.

Abrí un sobre y saqué unas copias de veinte por veinticinco de las marcas de sierra dejadas por el asesino en los extremos de los huesos que yo había llevado a Memphis. Pasé una a cada uno de los presentes.

—Como podrán ver —proseguí—, el dibujo de la sierra es multidireccional y presenta un gran pulido.

—A ver si me aclaro —dijo Grigg—. Ésta es exactamente la misma clase de sierra que utiliza usted en el depósito de cadáveres.

—No, no es exactamente la misma —respondí—. Yo suelo utilizar una hoja seccionadora más grande que la que se empleó en este caso.

—Pero se trata de una sierra de tipo médico —insistió al tiempo que alzaba la fotografía.

—En efecto.

—¿Dónde podría conseguir algo así una persona normal y corriente?

—En la consulta de un médico, en un hospital, en un depósito de cadáveres, en una empresa de material médico... —respondí—. En muchísimos sitios. Su venta no está restringida.

—Entonces pudo encargarla sin necesidad de ser médico.

—Fácilmente —contesté.

—O robarla —dijo Ring—. Puede que decidiera hacer algo diferente esta vez para desconcertarnos.

Lucy estaba mirándolo; no era la primera vez que veía aquella expresión en sus ojos. Lo consideraba un imbécil integral.

—Si estamos tratando con el mismo asesino, ¿por qué ha empezado de repente a enviar archivos por Internet, si no lo había hecho antes? —indicó.

—Eso es cierto —dijo Frankel, asintiendo con la cabeza.

—¿Qué archivos? —le preguntó Ring.

—Ahora hablaremos de eso —dijo Benton—. Tenemos un modo de actuar diferente y una herramienta distinta.

—Sospechamos que la víctima tiene una lesión en la cabeza debido a la sangre que hemos encontrado en las vías respiratorias —proseguí, al tiempo que repartía a todos unos diagramas de la autopsia y las fotografías que había recibido por correo electrónico—. No sabemos si esto constituye una diferencia con respecto a los demás casos, puesto que no conocemos las causas de las muertes. No obstante, los resultados de los exámenes radiológicos y antropológicos indican que esta víctima es mucho mayor que las demás. También hemos descubierto fibras que hacen pensar que, cuando fue desmembrada, la víctima estaba envuelta en algo cuya descripción se corresponde con la de una tela para tapar muebles, lo cual supone otra diferencia más con respecto a los otros casos.

Explicué con más detalle los resultados obtenidos del análisis de las fibras y la pintura, consciente en todo momento de que Ring estaba observando a mi sobrina y tomando notas.

—Entonces es probable que la despedazaran en el taller o en el garaje de alguien —comentó Grigg.

—No lo sé —respondí—. Como habrán visto en las fotografías que me han enviado por correo electrónico, lo único que sabemos es que se encontraba en una habitación de paredes color masilla en la que había una mesa.

—Permítanme señalar de nuevo que Keith Pleasants tiene detrás de su casa un espacio que utiliza como taller —nos recordó Ring—. Tiene una gran mesa de trabajo y las paredes son de madera sin pintar. —Se volvió hacia mí y añadió—: La cual podría pasar por masilla.

—Me parece que sería verdaderamente difícil eliminar toda la sangre —

comentó Grigg en tono dubitativo.

—La tela para tapar muebles con el forro de goma podría explicar la ausencia de sangre —respondió Ring—. Eso lo aclara todo; la tela evita que se filtre nada.

Todos me miraron para ver qué decía.

—En un caso como éste, sería muy extraño que algo se manchara de sangre —respondí—, sobre todo si se tiene en cuenta que la víctima todavía tenía presión arterial cuando la decapitaron. A lo sumo habría sangre en la hebra de la madera, en las grietas de la mesa.

—Podríamos hacer una prueba química para comprobarlo. —Ahora resultaba que Ring era un experto en medicina forense—. Con luminol, por ejemplo. Si hay algo de sangre, hará reacción y brillará en la oscuridad.

—El problema con el luminol es que es destructivo —indiqué—, y nos va a hacer falta el ADN para ver si podemos hacer un cotejo. Por tanto no hay que destruir la poca sangre que podamos encontrar.

—No tenemos motivos suficientes para ir al garaje de Pleasants y ponernos a hacer ningún tipo de análisis —dijo Grigg, mirando a Ring con cara de hostilidad.

—Yo creo que sí —afirmó éste, sosteniéndole la mirada.

—Pues yo creo que no, a menos que me hayan cambiado las reglas —dijo Grigg lentamente.

Benton estaba observando todo aquello, evaluando como siempre a todos los presentes y todas las palabras que se decían. Él tenía su propia opinión, y era más que probable que fuese acertada. Sin embargo, se mantuvo callado y dejó que prosiguiera la discusión.

—Creía... —dijo Lucy. Pero no pudo acabar la frase.

—Es muy posible que se trate de un imitador —continuó Ring.

—Yo también lo pienso —reconoció Grigg—. El problema es que no me creo su teoría sobre Pleasants, eso es todo.

—Permítanme acabar. —Lucy escrutó con sus ojos penetrantes las caras de los hombres—. Creía que tenía que darles un informe sobre cómo han sido enviados los dos archivos a la dirección del correo electrónico de la doctora Scarpetta por America Online.

Siempre me resultaba extraño que me diera el tratamiento propio de mi profesión.

—Yo tengo curiosidad por oírlo —dijo Ring, que había apoyado la barbilla sobre una mano y estaba mirándola atentamente.

—En primer lugar, se necesita un escáner —prosiguió ella—, lo cual no resulta difícil. Ha de ser un aparato para trabajar con colores que tenga una resolución considerable, es decir, un mínimo de setenta y dos puntos por pulgada. Aunque esto me parece que tiene una resolución más alta; debe de andar por los trescientos puntos por pulgada. Puede ser desde algo tan sencillo como un

escáner de mano de trescientos noventa y nueve dólares hasta un escáner para diapositivas de treinta y cinco milímetros, cuyo precio puede ascender a miles de...

—¿Y a qué clase de ordenador enchufarías algo así? —preguntó Ring.

—Iba a decirlo ahora mismo. —Lucy estaba cansada de que la interrumpiera —. Requisitos del sistema: un mínimo de ocho mega bites de RAM, un monitor en color, un *software* como FotoTouch o Scan Man y un módem. Podría ser un Macintosh, un Performa 6116CD o incluso uno más antiguo. Lo importante es que una persona normal y corriente puede meter sin el menor problema archivos por escáner en el ordenador, razón por la cual nos tienen tan ocupados actualmente los delitos en el ámbito de las telecomunicaciones.

—Como ese importante caso de pedofilia y pornografía infantil que acaban de resolver todos ustedes —comentó Grigg.

—Sí, fotos enviadas como archivos por la World Wide Web, donde los niños pueden hablar de nuevo con desconocidos —dijo Lucy—. Lo interesante de la situación en la que nos encontramos es que escanear algo en blanco y negro no supone ningún problema, pero cuando pasamos al color, la cosa se complica. Por otra parte, los bordes de las fotos que han enviado a la doctora Scarpetta son relativamente nítidos; no tienen mucho « ruido de fondo» .

—A mí me parece que esto es obra de alguien que sabe lo que se trae entre manos —señaló Grigg.

—Sí —dijo asintiendo—, aunque no necesariamente de un especialista en informática o un artista gráfico. No tiene por qué serlo, en absoluto.

—Hoy en día, si se tiene acceso al equipo y a unos cuantos manuales de instrucciones, eso puede hacerlo cualquiera —dijo Frankel, que también trabajaba con ordenadores.

—De acuerdo, las fotografías las metieron en el sistema con un escáner —le dije a Lucy—. ¿Y luego qué? ¿Qué camino las condujo hasta mí?

—En primer lugar, subes el archivo, que en este caso es un archivo gráfico —respondió—. Por regla general, para que el envío salga bien, hay que averiguar el número de bits de datos, el de los bits de parada, la paridad y la configuración adecuada, sea ésta cual sea. De ahí que no resulte fácil de utilizar. Pero AOL hace todo eso por tí, y por eso en este caso fue sencillo mandar los archivos. Los subes y ya está —añadió, mirándome.

—Y lo hicieron por teléfono poco más o menos —dijo Benton.

—Exacto.

—¿Y se puede localizar a quien lo hizo con esa información?

—La Brigada Diecinueve ya está trabajando en ello.

Lucy se refería a la unidad del FBI que investigaba los usos ilegales de Internet.

—No sé cuál sería el delito en este caso —indicó Benton—. Obscenidad, si las

fotos son falsas, pero por desgracia esto no es ilegal.

—Las fotografías no son falsas —afirmé.

—Eso es difícil de probar —dijo él, sosteniéndome la mirada.

—¿Qué ocurre si no son falsas? —preguntó Ring.

—Entonces son pruebas —respondió Benton. Tras hacer una pausa, añadió—: Constituirían una violación de la ley dieciocho, artículo ocho, setenta, seis. Mandar correo amenazador.

—¿Amenazador para quién? —preguntó Ring.

Benton seguía mirándome.

—Contra quien lo ha recibido, desde luego.

—No ha habido ninguna amenaza manifiesta —le recordé.

—Lo único que queremos es que baste para conseguir una orden judicial.

—Antes tenemos que encontrar a la persona —indicó Ring, estirándose y bostezando en su silla como un gato.

—Estamos esperando a que vuelva a conectarse —le informó Lucy—. Estamos vigilándole las veinticuatro horas del día. —Continuaba pulsando teclas de su ordenador portátil para ver los mensajes, que no paraban de llegar—. Pero imagínese un sistema telefónico global con unos cuarenta millones de usuarios, sin listín, sin operadoras, sin servicio de información: eso es Internet. No hay lista de miembros, y AOL tampoco tiene una, a menos que uno opte voluntariamente por rellenar un perfil. En este caso, lo único que tenemos es el nombre falso «muerteadoc».

—¿Cómo se enteró de la dirección de la doctora Scarpetta para mandarle correo? —preguntó Grigg, mirándome.

Tras explicárselo, le pregunté a Lucy:

—¿Todo esto se hace con una tarjeta de crédito?

Asintió con la cabeza.

—Al menos eso sí lo hemos averiguado. Se trata de una tarjeta American Express a nombre de Ken L. Perley. Es un profesor de instituto jubilado de Norfolk. Tiene setenta años y vive solo.

—¿Tenemos alguna idea de cómo han podido hacerse con su tarjeta? —preguntó Benton.

—No parece que Perley utilice mucho sus tarjetas de crédito. La última vez que lo hizo fue en un restaurante de Norfolk, La Langosta Roja. Esto fue el 2 de octubre, cuando él y su hijo salieron a cenar. La cuenta fue de veintisiete dólares y treinta centavos, propina incluida, y lo pagó con American Express. Ni él ni su hijo recuerdan que ocurriera nada extraño aquella noche, aunque cuando llegó el momento de pagar la factura, la tarjeta de crédito permaneció sobre la mesa a la vista de cualquiera durante mucho rato, porque el restaurante estaba muy concurrido. En un momento dado, cuando la tarjeta estaba sobre la mesa, Perley fue al servicio y su hijo salió afuera a fumar.

—Dios mío, qué inteligente. ¿Observó algún camarero si se acercó alguien a la mesa? —preguntó Benton a Lucy.

—Ya he dicho que el establecimiento estaba muy concurrido. Estamos investigando todas las facturas pagadas con tarjeta de crédito aquella noche para confeccionar una lista de clientes. El problema va a ser la gente que pagó en efectivo.

—Y supongo que aún será demasiado pronto para que los cargos de AOL aparezcan en la cuenta que tiene Perley en American Express —dije.

—En efecto. Según AOL, la cuenta ha sido abierta recientemente, una semana después de la cena en La Langosta Roja, para ser exactos. Perley está colaborando con nosotros —añadió Lucy—. Y AOL ha dejado una cuenta abierta de forma gratuita por si el autor de los hechos quiere enviar algo más.

Benton hizo un gesto de asentimiento.

—Aunque no podemos darlo por sentado, hemos de considerar la posibilidad de que el asesino, al menos en el caso del vertedero de basuras Atlantic, pueda haber estado en Norfolk hace sólo un mes.

—Este caso parece definitivamente de ámbito local —volví a insistir.

—¿Cabe la posibilidad de que alguno de los cadáveres fuera refrigerado? —preguntó Ring.

—Éste no —se apresuró a responder Benton—. De ninguna manera. Este individuo no pudo soportar ver a su víctima, y por eso la tapó e hizo los cortes con la tela encima. Yo creo que se deshizo del cadáver en un lugar cercano.

—Recuerda a *El corazón delator* de Poe —dijo Ring.

Lucy estaba leyendo algo en la pantalla de su ordenador portátil y pulsando teclas silenciosamente con expresión tensa.

—Acabamos de recibir algo de la Brigada Diecinueve —anunció sin dejar de desplazar el documento hacia arriba—. «Muerteadoc» se ha conectado hace cincuenta y seis minutos. —Alzó la vista para mirarnos y nos dijo—: Ha mandado un mensaje por correo electrónico al presidente.

El correo electrónico había sido enviado directamente a la Casa Blanca, lo cual no era ninguna hazaña pues la dirección era pública y fácil de obtener para cualquier usuario de Internet. El mensaje, que presentaba una vez más la peculiaridad de estar escrito en minúscula y puntuado con espacios, rezaba así: « disculpas si no empezaré con Francia» .

—Esto puede interpretarse de numerosas maneras —estaba diciéndome Benton mientras sonaba en la sala de tiro de arriba el ruido amortiguado de los disparos, como si estuviera librándose una guerra lejana—. Y todas ellas hacen que me preocupe por ti.

Se detuvo ante la fuente de agua refrigerada.

—No creo que esto tenga nada que ver conmigo —respondí—. Esto tiene que ver con el presidente de Estados Unidos.

—Si quieres conocer mi opinión, eso es algo simbólico. No hay que interpretarlo literalmente. —Echamos a andar—. Creo que este asesino está contrariado, enfadado, y considera que cierta persona con poder o quizá la gente que tiene el poder es responsable de los problemas que tiene en la vida.

—Como Unabomber —dije cuando tomamos el ascensor.

—Algo muy parecido. Es posible incluso que le sirviera de inspiración —sugirió mientras consultaba su reloj—. ¿Puedo invitarte a una cerveza antes de que te marches?

—No, a menos que conduzca otra persona. —Sonreí—. Pero te acepto un café.

Pasamos por la sala de limpieza de armas de fuego, donde docenas de agentes del FBI y la DEA estaban desmontando sus armas, limpiándolas e inyectando aire en el interior de las piezas. Nos miraron con cara de curiosidad y me pregunté si habrían oído rumores. Mi relación con Benton había dado que hablar en el centro del FBI durante mucho tiempo, algo que me molestaba más de lo que se me notaba. Al parecer, casi todo el mundo opinaba que Benton había abandonado a su esposa por mí, cuando la verdad era que ella le había dejado a él por otro hombre.

Arriba, en el economato, se había formado una larga cola. En el escaparate habían colocado calabazas, pavos de Acción de Gracias y un maniquí con el último modelo de jersey y pantalones de lana. Más adelante, en la cafetería, el volumen de la televisión estaba alto y ya había gente tomando palomitas y cerveza. Nos sentamos lo más lejos posible de todo el mundo para tomarnos los cafés.

—¿Qué opinas de la conexión con Francia? —pregunté.

—Está claro que se trata de un individuo inteligente que sigue las noticias. Nuestras relaciones con Francia fueron muy tensas durante la época en que realizaron pruebas nucleares. Acuérdate de la violencia, del vandalismo, del boicoteo del vino francés y de otros productos. Hubo muchas protestas ante las embajadas francesas; Estados Unidos se comprometió mucho.

—Pero de eso hace ya dos años.

—Da igual. Las heridas tardan en cicatrizar. —Miró por la ventana a la noche, que ya estaba cerrándose—. Concretando un poco más, a Francia no le sentaría nada bien que le exportáramos un asesino múltiple. Lo único que puedo decir es lo que «muerteadoc» está insinuando. La policía de Francia y de otros lugares lleva años preocupada por la posibilidad de que en sus países acaben teniendo nuestro problema, como si la violencia fuera una enfermedad que pudiera propagarse.

—Lo es.

Asintió con la cabeza y volvió a coger su taza de café.

—Quizás eso tuviera más sentido si creyéramos que los asesinatos cometidos aquí y en Irlanda son obra de la misma persona —comenté.

—Kay, no podemos descartar nada —dijo una vez más con aire cansado.

Yo hice un gesto de negación.

—Está atribuyéndose el mérito de los asesinatos de otra persona, y ahora está amenazándonos. Probablemente no tenga ni idea de lo diferente que es su manera de actuar en comparación con otros casos. Por supuesto que no podemos descartar nada, Benton, pero sé cuáles son los resultados de mis investigaciones y creo que la clave está en identificar a la víctima de este último caso.

—Eso es lo que siempre crees —dijo sonriendo, mientras jugueteaba con la cucharilla del café.

—Sé para quién trabajo. En este preciso instante estoy trabajando para la desdichada mujer cuyo torso tengo en la cámara frigorífica.

Ya se había hecho completamente de noche y la cafetería estaba llenándose rápidamente de hombres y mujeres de vida sana y aspecto saludable vestidos con uniformes de trabajo de colores codificados.

Se hacía difícil hablar con tanto ruido, y yo tenía que ver a Lucy antes de que se marchara.

—Te cae mal Ring. —Benton echó el brazo hacia atrás y cogió su chaqueta del respaldo de la silla—. Es inteligente y parece realmente motivado.

—Tu perfil está claramente equivocado en lo que respecta a la segunda parte —le aseguré mientras me levantaba—. Pero lo primero que has dicho es cierto. Me cae mal.

—Al ver cómo te comportabas me ha parecido que era bastante evidente.

Pasamos entre personas que estaban buscando sillas y dejando jarras de cerveza en las mesas.

—Creo que es peligroso.

—Es un engreído y quiere hacerse famoso —dijo Benton.

—¿Y a ti no te parece que eso es peligroso?

Le lancé una mirada.

—Esa descripción es válida para casi todas las personas con las que he trabajado.

—Excepto para mí, espero.

—Usted, doctora Scarpetta, es una excepción a prácticamente todo lo que se me pueda pasar por la cabeza.

Avanzamos por un largo pasillo en dirección al vestíbulo; y yo no quería que nos separáramos todavía. Me sentía sola, aunque no sabía muy bien por qué.

—Me encantaría que fuéramos a cenar —dije—, pero Lucy tiene algo que enseñarme.

—¿Qué te hace pensar que no he hecho ya planes? —preguntó mientras me

abría la puerta.

La idea me molestaba, pese a que sabía que estaba tomándome el pelo.

—Será mejor que esperemos a que logre salir de aquí —dijo. Ahora nos dirigíamos al aparcamiento—. Quizá durante el fin de semana, cuando podamos relajarnos un poco más. Esta vez cocinaré yo. ¿Dónde has aparcado?

—Allí —respondí.

Apunté al coche con el mando a distancia de la llave; las puertas se abrieron y se encendió la luz interior. Lo típico era que no nos tocásemos. Nunca lo hacíamos si podía vernos alguien.

—A veces esta situación me revienta —comenté cuando subí al coche—. Podemos hablar sobre partes del organismo, violaciones y asesinatos durante todo el día, pero no abrazarnos ni cogernos de la mano. ¡Dios no quiera que alguien nos vea! —Puse el coche en marcha—. Dime si eso es normal. Ni que lo nuestro fuera todavía un lío o estuviéramos cometiendo un crimen. —Me puse bruscamente el cinturón de seguridad y le pregunté—: ¿Hay alguna norma de confidencialidad en el FBI de la que nadie me haya hablado?

—Sí. —Me besó en los labios en el momento en que un grupo de agentes pasaba por delante de nosotros y añadió—: Así que no se lo cuentes a nadie.

Poco después aparqué delante del Servicio de Investigación Aplicada, o SIA, un edificio enorme con aspecto de la era espacial en el que el FBI llevaba a cabo sus proyectos secretos de investigación y desarrollo técnico. Lucy guardaba silencio respecto a todo lo que sucedía en aquellos laboratorios, y había pocas zonas del edificio a las que se me permitiera entrar, incluso cuando ella me acompañaba. Vi que estaba esperándome junto a la puerta principal cuando apunté con el mando a distancia a mi coche, el cual no respondía.

—Aquí no funciona —dijo.

Alcé la vista hacia la misteriosa azotea del edificio, que estaba llena de antenas normales y parabólicas, exhalé un suspiro y cerré las puertas manualmente con la llave.

—Después de todas las veces que he venido, ya debería acordarme —mascullé.

—Tu amigo el detective Ring ha intentado acompañarme hasta aquí después de la reunión —me dijo Lucy mientras ponía el pulgar sobre la cerradura biométrica que había junto a la puerta para identificarse.

—No es amigo mío —le aseguré.

El vestíbulo tenía el techo alto y unas vitrinas en las que estaba expuesto el material electrónico y de radio obsoleto y con aspecto de armatoste utilizado por la policía antes de que se construyera el edificio del SIA.

—Ha vuelto a invitarme a salir —me dijo.

Los pasillos eran monocromáticos y parecían interminables, y yo siempre me sentía impresionada por el silencio y la sensación de que allí no había nadie.

Los científicos e ingenieros trabajaban detrás de puertas cerradas en espacios lo bastante grandes como dar cabida a automóviles, helicópteros y aviones de pequeño tamaño. Cientos de miembros del personal del FBI trabajaban para el SIA, y sin embargo no tenían prácticamente ningún contacto con la gente de Jefferson. No sabíamos cómo se llamaban.

—Estoy segura de que hay un millón de personas a las que les gustaría invitarte a salir —comenté cuando entramos en el ascensor y Lucy volvió a identificarse con el pulgar.

—Eso suele dejar de ocurrir cuando llevan tiempo tratando conmigo —respondió.

—No sé qué decirte; y o aún no me he librado de ti.

Pero lo decía en serio.

—En cuanto me pongo a hablar en serio, los tíos pierden interés. Pero a él le gustan los desafíos; y a sabes de qué clase de hombre se trata.

—Conozco demasiado bien a esa clase de hombres.

—Quiere algo de mí, tía Kay.

—¿Te atreverías a decir qué es? A todo esto, ¿adónde me llevas?

—No lo sé; es sólo una sensación. —Abrió la puerta del laboratorio del entorno virtual y añadió—: Se me ha ocurrido una idea bastante interesante.

Las ideas de Lucy eran siempre más que interesantes, aunque solían dar miedo. Entré detrás de ella en la habitación, que estaba llena de procesadores de sistemas virtuales y ordenadores para diseño gráfico apilados unos encima de otros, mesas con herramientas, teclados de ordenadores, chips y unidades periféricas como guantes para realidad virtual y cascos con monitores. Al fondo de la vacía extensión de suelo de linóleo, donde Lucy solía perderse en el ciberespacio, había cables eléctricos recogidos en gruesas madejas.

Cogió un mando a distancia y encendió dos monitores de vídeo en cuyas pantallas reconocí las fotografías que había enviado «muerteadoc», grandes y en color. Empecé a ponerme nerviosa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté a mi sobrina.

—La pregunta fundamental siempre ha sido: ¿mejora realmente la inmersión en un entorno el rendimiento del operador? —dijo mientras tecleaba comandos de ordenador—. Nunca has tenido oportunidad de sumergirte en este entorno, en el lugar del crimen.

Las dos nos quedamos mirando los muñones ensangrentados y las partes del cadáver alineadas que se veían en los monitores. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Pero supón que se te ofreciera ahora esa oportunidad —prosiguió Lucy—. Supón que pudieras entrar en la habitación de «muerteadoc».

Iba a interrumpirle, pero ella me lo impidió.

—¿Qué más podrías ver? ¿Qué más podrías hacer? —continuó diciendo.

Cuando se ponía así, parecía casi una maniaca—. ¿Qué más podrías averiguar sobre la víctima y sobre él?

—No sé si algo así puede servirme de ayuda —dije.

—Claro que puede servirte. De lo que no he tenido tiempo es de añadir el sonido sintético, excepto las típicas pistas auditivas grabadas. Un chapoteo equivale a abrir algo; un clic a encender o apagar un aparato con un interruptor; un tintineo suele significar que acabas de tropezar con algo.

—Lucy —dije mientras ella me cogía del brazo izquierdo—, ¿de qué demonios estás hablando?

Me puso cuidadosamente un guante en la mano izquierda y comprobó si me quedaba ajustado.

—Utilizamos gestos para la comunicación humana. Y también podemos utilizar gestos o posiciones, que es como los llamamos, para comunicarnos con el ordenador —me explicó.

El guante era de licra negra y tenía unos sensores de fibra óptica colocados en el dorso, los cuales estaban unidos a un cable conectado al ordenador principal de alto rendimiento con el que Lucy había estado escribiendo. A continuación cogió un casco con monitores que estaba conectado a otro cable. Cuando vi que se acercaba a mí, se me encogió el corazón.

—Se trata de un VPL Eyeophone HRX —dijo animadamente—. Es lo mismo que el que están utilizando en el Centro de Investigación Ames de la NASA, que es donde lo descubrí. —Estaba ajustando los cables y las correas—. Tiene trescientos cincuenta mil elementos de color, una resolución superior y un amplio campo de visión. —Me colocó el casco en la cabeza; era pesado y me tapaba los ojos—. Lo que estás viendo son monitores de cristal líquido, o MCL, que son iguales que un monitor de vídeo cualquiera. Ahí hay cristales, electrodos y moléculas haciendo todo tipo de cosas alucinantes. ¿Qué tal te sientes?

—Me siento como si fuera a caerme y a asfixiarme.

Empezaba a entrarme el mismo pánico que había sentido al aprender a bucear con escafandra autónoma.

—No te va a pasar nada de eso —me aseguró, mostrando una gran paciencia y cogiéndome con la mano para evitar que perdiera el equilibrio—. Relájate; al principio es normal sentir rechazo. Tú haz lo que yo te diga: ahora quédate quieta y respira hondo varias veces. Voy a conectarte.

Movió el casco de posición para que se me ajustara a la cabeza y luego volvió al ordenador principal. Yo estaba desconcertada y no veía nada porque tenía un televisor diminuto delante de cada ojo.

—Vale, vamos allá —dijo—. No sé si servirá de algo, pero por probar no se pierde nada.

Se oyó un tecleo y fui arrojada al interior de la habitación. Lucy empezó a indicarme lo que tenía que hacer con la mano para ir hacia delante o más rápido,

para ir hacia atrás y para coger y soltar cosas. Movi el dedo índice, hice como si tecleaba, acerqué el pulgar a la palma de mi mano y me puse el brazo sobre el pecho. Había empezado a sudar. Pasé cinco largos minutos en el techo y atravesando paredes. En un momento dado aparecí encima de la mesa en la que estaba el torso sobre la tela azul ensangrentada, pisando pruebas y el cadáver.

—Creo que voy a vomitar —anuncié.

—Quédate quieta un momento —me sugirió Lucy—. Contén la respiración.

Iba a decir algo más, pero entonces hice un gesto e inmediatamente me encontré en el suelo virtual, como si hubiera caído del aire.

—¿Ves como tenías que quedarte quieta? —me dijo Lucy al ver en los monitores lo que acababa de hacer—. Mete la mano y señala con el dedo índice y el corazón el lugar donde oyes mi voz. ¿Así está mejor?

—Mejor —respondí.

Estaba de pie en el suelo de la habitación, como si la fotografía hubiera cobrado vida, tuviera tres dimensiones y hubiese aumentado de tamaño. Miré alrededor y no vi realmente nada que no hubiera visto cuando Vander había realzado la imagen. Lo que veía era lo que esto me hacía sentir y lo que creía que había cambiado.

Las paredes eran de color masilla y presentaban unas débiles decoloraciones que hasta aquel momento yo había atribuido a filtraciones de agua, algo que cabía encontrar en un garaje o en un sótano. Pero ahora parecían diferentes: estaban distribuidas de manera más uniforme, y algunas eran tan débiles que apenas podía verlas. La pintura color masilla de las paredes había estado antes tapada con papel. Lo habían quitado pero no habían puesto uno nuevo en su lugar, que era lo mismo que había pasado con las molduras y la barra de las cortinas. Encima de una ventana tapada con una persiana había unos agujeros de pequeño tamaño para los soportes de la barra.

—No fue aquí donde ocurrió —dije, con el corazón latíendome con fuerza.

Lucy guardó silencio.

—La trajeron aquí después de los hechos para fotografiarla. No fue aquí donde se cometió el asesinato y se llevó a cabo el desmembramiento.

—¿Qué ves? —preguntó.

Moví la mano y me acerqué a la mesa virtual. Señalé las paredes virtuales para enseñarle a Lucy lo que veía.

—¿Dónde enchufaría la sierra para autopsias? —pregunté.

Sólo pude encontrar una toma de corriente y se hallaba en la parte inferior de una de las paredes.

—¿Y la tela para muebles es también de aquí? —proseguí—. No cuadra con lo demás. No hay pintura ni herramientas. —Seguí recorriendo la habitación con la mirada—. Y fijate en el suelo. La madera es más clara cerca del borde, como si hubiera habido una alfombra antes. ¿Quién pone alfombras en un taller? ¿Y

quién lo pinta o pone cortinas? ¿Y dónde están las tomas para las herramientas eléctricas?

—¿Qué opinas? —me preguntó Lucy.

—Opino que es la habitación de una casa y que le han sacado los muebles. Lo único que han dejado es una especie de mesa tapada con algo. Puede ser una cortina de ducha. No lo sé. Tiene aspecto de ser la habitación de una casa.

Estiré el brazo e intenté tocar el borde de la tela que cubría la mesa, como si pudiera levantarla y ver lo que había debajo. Cuando miré alrededor, los detalles se me hicieron mucho más nítidos y me pregunté cómo era posible que no me hubiera fijado antes en ellos. En el techo, justo encima de la mesa, se veían unos cables, como si antes hubiera habido una araña o una lámpara de otro tipo colgada de él.

—¿Ha ocurrido algo con la percepción de los colores? —pregunté.

—Debería ser la misma.

—Entonces hay algo más. Son las paredes... —Las toqué—. El color se aclara en esta dirección. Hay una abertura; podría ser una puerta. Entra luz por ella.

—En la foto no hay ninguna puerta —me recordó Lucy—. Sólo puedes ver lo que sale en ella.

Era extraño, pero por un momento pensé que podía oler su sangre y el hedor acre de la carne en descomposición, la carne de un cuerpo que lleva días muerto. Me acordé de la textura esponjosa de su piel y de las singulares erupciones que me habían hecho preguntarme si tenía herpes.

—No la eligieron al azar.

—A las otras sí.

—Los otros casos no tienen nada que ver con éste. Empiezo a ver doble. ¿Podrías arreglarlo?

—Eso es una disparidad de imagen retinal.

Entonces noté su mano sobre mi brazo.

—Suele pasarse al cabo de quince o veinte minutos —me dijo—. Es hora de descansar.

—No me siento bien.

—Eso es un desajuste en la rotación de imágenes. Se llama fatiga visual, el mal de la simulación, cibermareo o como uno quiera denominarlo —dijo ella—. Produce visión borrosa, lagrimeo e incluso náuseas.

Estaba deseando quitarme el casco. Antes de retirarme los monitores de cristal líquido de delante de los ojos, me encontré de nuevo encima de la mesa con la cara en la sangre.

Las manos me temblaban cuando Lucy me ayudó a quitarme el guante. Luego me senté en el suelo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella amablemente.

—Ha sido espantoso —respondí.

—Entonces ha ido bien. —Volvió a poner el casco y el guante sobre la mesa—. Has estado sumergida en el entorno, que es lo que tiene que ocurrir. —Me dio varios pañuelos de papel para que me secara la cara y me preguntó—: ¿Qué me dices de la otra fotografía? ¿Quieres entrar también en ella? —preguntó—. ¿Quieres entrar en la de las manos y los pies?

—Ya he estado tiempo de sobra en esa habitación —respondí.

Volví a casa angustiada. Llevaba casi toda mi vida profesional acudiendo a lugares en los que se habían cometido crímenes, pero nunca había acudido uno a mí. La sensación de estar dentro de la fotografía, de imaginar que podía oler y tocar lo que quedaba del cadáver, me había causado una profunda conmoción. Ya eran casi las doce de la noche cuando entré en el garaje. Me apresuré a abrir la puerta de casa, y al entrar desconecté la alarma y volví inmediatamente a cerrar la puerta con llave. Luego miré alrededor para asegurarme de que todo seguía en su sitio.

Encendí la chimenea, me preparé una copa y volví a echar de menos el tabaco. Puse música para sentirme acompañada y luego fui a mi despacho para ver si me había llegado algo. Tenía varios fax y recados telefónicos y otro mensaje por correo electrónico. Esta vez lo único que «muerteadoc» había hecho era repetir «te crees muy lista». Cuando estaba imprimiéndolo y preguntándome si la Brigada Diecinueve también lo habría visto, me sobresaltó el teléfono.

—Hola —dijo Benton—. Llamaba sólo para asegurarme de que habías llegado bien a casa.

—Me ha llegado otro mensaje —respondí, y le dije de qué se trataba.

—Archivalo y acuéstate.

—Resulta difícil no pensar en él.

—Quiere que te pases la noche en vela, dándole vueltas a la cabeza. Ése es el poder que tiene; es el juego al que está jugando.

—¿Por qué yo?—Estaba indispuesta y seguía sintiendo náuseas.

—Porque constituyes un reto, Kay. Incluso para personas agradables como yo. Vete a la cama. Ya hablaremos mañana. Te quiero.

Pero no pude dormir mucho rato porque pasadas las cuatro de la madrugada volvió a sonar el teléfono. Esta vez era el doctor Hoyt, un médico de cabecera de Norfolk, donde había trabajado de forense del estado durante los últimos veinte años. Estaba ya cerca de los setenta, pero se mantenía ágil y lúcido como el

crystal nuevo. Nunca le había visto alarmado por nada, así que me asusté en cuanto oí su tono de voz.

—Lo siento, doctora Scarpetta —dijo. Hablaba muy rápidamente—. Me encuentro en la isla de Tangier.

Curiosamente, lo único que me vino a la cabeza fueron los pastelillos de cangrejo.

—¿Qué demonios hace usted ahí?

Cambié de posición las almohadas que tenía detrás de la cabeza y cogí el cuaderno de notas y un bolígrafo.

—Me llamaron a última hora y llevo aquí media noche. La guardia costera tuvo que traerme en una de sus lanchas, a mí, que aborrezco los barcos. Tanto dar vueltas al final parece un ti vivo... Además hacía un frío tremendo.

No tenía idea de qué me estaba hablando.

—La última vez que vi algo parecido fue en 1949, en Tejas —prosiguió a la misma velocidad—, cuando trabajaba de interno y estaba a punto de casarme.

Tuve que interrumpirle.

—Hable más despacio, Fred —le dije—, y dígame qué ha ocurrido.

—Se trata de una señora de cincuenta y dos años de Tangier. Llevaría muerta unas veinticuatro horas en su dormitorio. Tiene fuertes erupciones cutáneas en grupos; por todo el cuerpo, incluso en las palmas de las manos y en las plantas de los pies. Aunque parezca una locura, da la impresión de que es viruela.

—Tiene usted razón. Es una locura —dije. Se me había quedado la boca seca—. ¿No será varicela? ¿Existe la posibilidad de que esa mujer estuviera inmunosuprimida?

—No sé nada de ella, pero nunca he visto varicela con este aspecto. Estas erupciones responden a las características de la viruela, forman grupos, como ya le he dicho, y han salido todas más o menos en el mismo momento. Además, cuanto más lejos están del centro del cuerpo, más densas se hacen. Así pues son confluentes, en la cara y en las extremidades.

Estaba pensando en el torso y en la pequeña zona de erupciones que yo había pensado que eran herpes. Tenía el corazón encogido de miedo. No sabía dónde había muerto la víctima, pero creía que debía de ser algún lugar de Virginia. Tangier también se encontraba en Virginia; se trataba de una diminuta isla de depósitos litorales situada en la bahía de Chesapeake, cuya economía se basaba en la pesca del cangrejo.

—Hay muchos virus extraños hoy en día —estaba diciendo el doctor Hoyt.

—Pues sí, desde luego —respondí—. Pero el Hanta, el Ebola, el VIH, el Dengue y los demás no presentan los síntomas que usted ha descrito, lo cual no significa que no haya algo más de lo que no estemos enterados.

—Conozco la viruela; soy lo bastante mayor como para haberla visto con mis propios ojos. Pero no soy experto en enfermedades infecciosas, doctora

Scarpetta, y está más claro que el agua que no sé las cosas que usted sabe. Sin embargo, se trate de lo que se trate en este caso, lo cierto es que la mujer está muerta y que lo que la ha matado es alguna enfermedad eruptiva.

—Vivía sola, evidentemente.

—Sí.

—¿Y cuándo la vieron viva por última vez?

—El jefe está investigándolo.

—¿Qué jefe?

—La policía de Tangier tiene un agente. Él es el jefe. Estoy llamando desde su caravana...

—No estará oyendo esta conversación.

—No, no, está fuera, hablando con los vecinos. He hecho todo lo posible para conseguir información, pero no he tenido mucha suerte. ¿Ha estado usted alguna vez aquí?

—No, no he estado nunca.

—Digamos que aquí las cosas no cambian mucho. Habrá unos tres apellidos en toda la isla. La mayoría de la gente pasa la infancia aquí y no se va nunca. Resulta tremendamente difícil entender una sola palabra de lo que dicen. Hablan un dialecto que no se oye en ninguna otra parte del mundo.

—Que nadie la toque hasta que tenga una idea más clara de qué es lo que tenemos entre manos —dije desabrochándome el pijama.

—¿Qué quiere que haga?

—Dígale al jefe de policía que vigile la casa. Que nadie entre ni se acerque a ella hasta que yo lo permita. Váyase a casa, doctor Hoyt. Ya le llamaré más tarde.

Los laboratorios no habían acabado los análisis de microbiología que habían hecho con el torso y yo no tenía tiempo que perder. Me vestí apresuradamente, moviendo las manos con torpeza como si hubiera perdido las facultades motoras. Fui al centro a toda velocidad por calles desiertas, y a eso de las cinco de la madrugada estacioné mi coche en mi plaza de aparcamiento, detrás del depósito de cadáveres. Cuando entré en el garaje, el guardia de seguridad nocturno y yo nos asustamos mutuamente.

—¡Por amor de Dios, doctora Scarpetta! —exclamó Evans, que llevaba tanto tiempo vigilando el edificio como yo trabajando en él.

—Lo siento —dije. La sangre me palpitaba en la cabeza—. No era mi intención asustarle.

—Estaba haciendo la ronda. ¿Todo bien?

—Eso espero.

Pasé por delante de él.

—¿Van a traer algo?

Me siguió por la rampa. Abrí la puerta de entrada y lo miré.

—No, que yo sepa —respondí.

Esto le dejó completamente confundido pues no entendía por qué me encontraba allí a aquella hora si no se había producido ningún caso nuevo. Volvió meneando la cabeza a la puerta que conducía al aparcamiento; de allí se dirigiría a la puerta de al lado y entraría en el vestíbulo del Centro de Laboratorios, donde se sentaría a ver la televisión con un pequeño y parpadeante aparato hasta que llegara la hora de la siguiente ronda. Evans no ponía los pies en el depósito de cadáveres. No entendía cómo había alguien capaz de entrar allí, y yo sabía que me tenía miedo.

—No voy a estar mucho rato aquí abajo —le indiqué—. Luego iré arriba.

—Sí, señora —dijo, sin dejar de menear la cabeza—. Ya sabe dónde me puede encontrar.

A mitad del pasillo de la sección de autopsias había una sala en la que no entraba a menudo. Me detuve allí, abrí la puerta, que estaba cerrada con llave, y entré. En el interior había tres cámaras frigoríficas distintas a las que se suelen ver. Eran de acero inoxidable y de un tamaño descomunal. En cada puerta había una pantalla digital para la temperatura y una lista con los números de los casos, los cuales indicaban qué personas no identificadas estaban guardadas dentro.

Abrí una puerta y salió bruscamente una niebla espesa y helada que me golpeó en la cara. Estaba dentro de una bolsa, colocado sobre una bandeja. Me puse una bata, unos guantes y una mascarilla, todas las prendas de protección que teníamos; sabía que era posible que ya me encontrara en un apuro, y me aterraba pensar en Wingo y en la situación de vulnerabilidad en que se hallaba. Saqué la bolsa de vinilo negro y la puse sobre la mesa de acero inoxidable que había en el centro de la sala. Seguidamente abrí la cremallera y expuse el torso al aire ambiental, tras lo cual salí y abrí la puerta de la sección de autopsias.

Cogí un bisturí y unos portaobjetos de cristal limpios, me tapé la boca y la nariz con la mascarilla quirúrgica, volví a la sala de las cámaras frigoríficas y cerré la puerta. La capa exterior de la piel del torso estaba mojada porque había empezado a descongelarse; para acelerar el proceso, le puse encima unas toallas húmedas y calientes antes de trabajar las vesículas, es decir, las erupciones agrupadas sobre la cadera y en los desiguales bordes de las zonas amputadas.

Raspé con el bisturí varios conjuntos de vesículas y las extendí sobre los portaobjetos. Cerré la cremallera de la bolsa y le puse unas etiquetas de un vivísimo color naranja para indicar que existía peligro biológico. Me temblaban tanto los brazos del esfuerzo que casi no pude levantar el cadáver para meterlo de nuevo en su estante de la cámara frigorífica. No había nadie a quien pudiera pedir ayuda excepto a Evans, de modo que tuve que apañármelas yo sola. En la puerta puse más señales de aviso.

Subí al segundo piso y abrí la puerta de un pequeño laboratorio que habría tenido el mismo aspecto que la mayoría de no ser por diversos instrumentos que

se utilizaban únicamente en el estudio microscópico de los tejidos orgánicos, es decir, en histología. En una mesa había un procesador de tejidos con el cual se fijaban y deshidrataban muestras de hígado, riñón o bazo, y a continuación se las empapaba con parafina. Los fragmentos macizos pasaban después al centro de inclusión, y de ahí al micrótopo, donde eran reducidos a delgadas tiras. El producto final fue lo que me tuvo inclinada sobre el microscopio en el piso de abajo.

Mientras los portaobjetos se secaban con aire, rebusqué en los estantes, aparté tarros de soluciones de color azul, rosa y naranja vivo y saqué yodo de Gram para bacterias, rojo aceite para la grasa del hígado, nitrato de plata, escarlata de Biebrach y naranja acridínico mientras pensaba en Tangier, donde hasta aquel momento no había tenido ningún caso. Tampoco se cometían allí muchos delitos, según me habían dicho; sólo había alcoholismo, algo habitual entre la gente de mar. Me acordé una vez más del cangrejo azul, e irracionalmente deseé que Bev me hubiera vendido atún o escorpiña.

Encontré un frasco de colorante Nicolaou, metí en él un cuentagotas y puse cuidadosamente una pequeñísima cantidad de líquido rojo en cada uno de los portaobjetos. Después los tapé con cubiertas, los metí en una carpeta de cartón duro y bajé a mi planta. Los empleados, que ya habían empezado a llegar al trabajo, me miraron con cara de extrañeza cuando me vieron aparecer en el pasillo y entrar en el ascensor con la bata, la mascarilla y los guantes. Rose estaba en mi despacho recogiendo las tazas de café sucias que había en mi escritorio. Al verme se quedó de piedra.

—¡Doctora Scarpetta! —exclamó—. ¿Qué demonios pasa?

—No estoy segura, pero espero que nada —respondí al tiempo que me sentaba detrás de mi escritorio y le quitaba la funda al microscopio.

Rose se quedó en la puerta observando cómo colocaba un portaobjetos sobre la platina. Por el humor del que estaba sabía que había un problema grave.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó seriamente con voz queda.

Enfoqué el frotis del portaobjetos tras aumentar cuatrocientas cincuenta veces la imagen y luego le apliqué una gota de aceite. Miré con detenimiento las olas formadas por las inclusiones eosinofílicas de color rojo vivo que había dentro de las células epiteliales infectadas, esto es, los cuerpos citoplasmáticos de Guarnieri que indican la existencia de un virus causante de una enfermedad eruptiva. Coloqué una micro cámara Polaroid en el microscopio y saqué varias instantáneas en color de alta resolución de lo que, según mis sospechas, había matado cruelmente a la anciana. La muerte no le había dejado ninguna opción humanitaria; de haberme encontrado en su situación, yo habría optado por una pistola o un cuchillo.

—Llama a la Facultad de Medicina de Virginia a ver si ya ha llegado Phyllis —le dije a Rose—. Dile que necesito la muestra que le envié el sábado.

Una hora más tarde Rose me dejó en el cruce entre la calle Once y la calle Marshall, delante de la facultad de medicina, donde yo había hecho las prácticas de patología forense cuando no era mucho mayor que los estudiantes a los que ahora aconsejaba y dictaba largas conferencias durante todo el año. El edificio Sanger, con su fachada de chillones baldosines de color azul que podía verse a kilómetros de distancia, tenía un estilo arquitectónico propio de los años sesenta. Entré en un ascensor atestado de médicos a los que conocía, y de estudiantes que los tenían.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿A dar clase?

Hice un gesto de negación, rodeada de batas de laboratorio.

—Tengo que pedirlo prestado el microscopio de electrones de transmisión.

—¿Se ha enterado de la autopsia que practicamos abajo el otro día? —me dijo un especialista del pulmón cuando se abrieron las puertas—. Neumoconiosis por polvo mineral. Beriliosis, para ser exactos, algo muy poco habitual por estos lares.

Cuando llegué al cuarto piso, me dirigí rápidamente al laboratorio de microscopio por electrones de patología, en el que se encontraba el único microscopio de electrones de transmisión que había en la ciudad. Lo habitual era que no hubiera ni un centímetro libre en los carros y las mesas, que solían estar atestados de fotomicroscopios, microscopios ópticos y demás instrumentos esotéricos para analizar células y cubrir muestras con carbono para microanalizarlas con rayos X.

Por regla general, el microscopio de electrones de transmisión se reservaba para los vivos y se empleaba sobre todo en biopsias renales y para examinar tumores específicos, pero rara vez con los virus y casi nunca con las muestras de autopsias. Desde el punto de vista de mis continuas necesidades y de los pacientes ya fallecidos, resultaba difícil despertar gran interés en científicos y médicos cuando las camas de los hospitales estaban llenas de gente esperando oír una palabra tranquilizadora ante la posibilidad de un final trágico. Por consiguiente, en ninguna de las ocasiones anteriores en que había tenido que recurrir a ella había instado a la microbióloga Phyllis Crowder a que se pusiera inmediatamente manos a la obra. Pero ella sabía que este caso era distinto.

Reconocí su acento británico desde el pasillo; estaba hablando por teléfono.

—Lo sé. Eso lo comprendo —estaba diciendo cuando llamé a la puerta, pese a que estaba abierta—. Pero vas a tener que cambiar de hora o hacerlo sin mí. Ha surgido otro asunto. —Sonrió y me hizo una señal para que entrara.

La conocía desde la época en que había hecho mis prácticas y siempre había creído que las palabras elogiosas de los profesores como ella habían sido la razón principal por la que yo había acabado solicitando la plaza de forense jefe del estado. Andaba por la misma edad que yo y estaba soltera; tenía el pelo corto y

gris oscuro como los ojos, y siempre llevaba al cuello una cruz de oro que parecía una antigüedad. Sus padres eran de Estados Unidos, pero ella había nacido en Inglaterra, que era donde había estudiado y trabajado en su primer laboratorio.

—¡Malditas reuniones! —exclamó en tono de queja cuando colgó el teléfono—. No hay nada que me reviente más. Gente sentada sin hacer nada, sólo hablando.

Sacó unos guantes de una caja y me dio un par junto con una mascarilla.

—Hay otra bata de laboratorio detrás de la puerta —añadió.

La seguí al interior del oscuro cuarto en el que había estado trabajando antes de que sonara el teléfono. Me puse la bata de laboratorio y cogí una silla mientras ella miraba una pantalla fosforescente verde que había dentro de la enorme cámara de visionado. El microscopio de electrones de transmisión se parecía más a un instrumento de oceanografía o astronomía que a un microscopio normal. La cámara siempre me recordaba al casco de una escafandra por el que uno podía ver imágenes misteriosas y fantasmales en un mar iridiscente.

Un haz de luz de cien mil voltios recorría un cilindro de metal grueso llamado «mira», que se extendía desde la cámara hasta el techo y caía sobre mi muestra, que en este caso era una tira de hígado reducida a un grosor de seis o siete centésimas de micrómetro. Los frotis como los que yo había visto con mi microscopio óptico eran demasiado gruesos para que los atravesara el haz de electrones.

Al darme cuenta de ello durante la autopsia, había fijado las secciones de hígado y bazo con glutaraldehído, el cual penetra en el tejido con gran rapidez. Seguidamente había enviado las muestras a Phyllis Crowder para que las incluyera en plástico y las cortara primero con el ultramicrotomo y luego con el cuchillo de diamante antes de colocarlas sobre una diminuta rejilla de cobre y colorearlas con iones de uranio y plomo.

Lo que ninguna de las dos se imaginaba cuando miramos por la cámara y nos pusimos a observar la sombra verde de una muestra aumentada casi cien mil veces era que fuéramos a encontrarnos con lo que estábamos viendo ahora.

Phyllis movió unos botones para ajustar la intensidad, el contraste y el aumento de imagen, y en la pantalla aparecieron las muriformes partículas de las dos cadenas de ADN de un virus con un tamaño de entre doscientos y doscientos cincuenta nanómetros. Lo que tenía ante los ojos era el virus de la viruela.

—¿Qué opinas? —pregunté con la esperanza de que me demostrara que estaba equivocada.

—No cabe duda de que se trata de un virus causante de una enfermedad eruptiva —respondió sin querer comprometerse—. La cuestión es saber cuál. Me preocupa mucho que las erupciones no sigan ninguna distribución nerviosa, que

sea poco habitual que una persona de edad tan avanzada contraiga la varicela y que exista la posibilidad de que ahora tengas otro caso con las mismas manifestaciones. Hay que realizar otras pruebas, pero yo consideraría esto una emergencia sanitaria. —Me miró—. Una emergencia de ámbito internacional. Yo llamaría al CCE.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer —dije tragando saliva.

—¿Qué sentido le ves a que esto esté relacionado con un desmembramiento?  
—preguntó mientras hacía nuevos ajustes y se asomaba a la cámara.

—Ninguno —respondí al tiempo que me levantaba. Me sentía débil.

—Asesinatos en cadena aquí y en Irlanda, violaciones, descuartizamientos ...

La miré. Ella soltó un suspiro y me preguntó:

—¿No te arrepientes alguna vez de no haberte dedicado a la patología de hospital?

—Los asesinos con los que tú tratas resultan más difíciles de ver, nada más —respondí.

La única manera de llegar a la isla de Tangier era por avión o por barco. Como no tenían mucho turismo, disponían de pocos transbordadores y su servicio acababa a mediados de octubre. Lo que había que hacer entonces era ir en coche hasta Crisfield, Maryland, o en mi caso recorrer los ciento treinta y cinco kilómetros que había hasta Reedville, que era donde la guardia costera iba a recogerme. Salí del centro forense cuando casi todos los trabajadores estaban a punto de ir a comer. Hacía una tarde desapacible, el cielo estaba nublado y soplaban un fuerte viento frío.

Había encargado a Rose que llamara al Centro de Prevención y Control de Enfermedades de Atlanta (CCE), pues cada vez que lo había intentado yo me habían hecho esperar. Rose también tenía que localizar a Pete y a Benton para decirles adonde me dirigía y que les llamaría en cuanto pudiera. Tomé la 64 Este y luego la 360 y no tardé en encontrarme en medio de tierras de labranza.

Los maizales tenían el color marrón de los campos en barbecho, y los halcones descendían y remontaban el vuelo sobre una región del mundo en que las iglesias baptistas tenían nombres como Fe, Victoria o Sión. Los kidzus cubrían los árboles como cotas de malla, y al otro lado del río Rappahannock, en el estrechamiento del norte, se veían casas en medio de enormes fincas que los propietarios de la última generación ya no podían mantener. Pasé por delante de más campos y vi árboles de Júpiter y el palacio de justicia de Northumberland, que había sido construido antes de la guerra de Secesión.

En Heathsville había cementerios con flores de plástico, parcelas cuidadas y algún que otro jardín con un ancla pintada. Cogí un desvío y crucé frondosos pinares y maizales tan próximos a la estrecha carretera que hubiera podido sacar

el brazo por la ventanilla y tocar los tallos. En el embarcadero de Buzzard's Point había veleros amarrados; el *Chesapeake Breeze*, un barco turístico pintado de azul, blanco y rojo, no iba a moverse de allí hasta la primavera. No tuve problemas para aparcar, y en la caseta donde vendían los billetes no encontré a nadie que me pidiera una sola moneda.

En el muelle estaba esperándome una lancha de la guardia costera. Los guardas llevaban unos monos, conocidos por el nombre de mustangs, de vivos colores azul y naranja. Uno de ellos estaba subiendo al embarcadero; era mayor que los demás, tenía el pelo y los ojos castaños y llevaba una Beretta de nueve milímetros colgada de la cadera.

—¿La doctora Scarpetta? —preguntó mostrando su autoridad sin aspavientos, pero sin disimularla.

—Sí, soy yo —le respondí. Llevaba varios bolsos, entre ellos una pesada maleta con el microscopio y la micro cámara.

—Permítame que la ayude. —Me tendió la mano y añadió—: Soy Ron Martínez, jefe del puesto de Crisfield.

—Gracias —dije—. Muchas gracias por haber venido.

—Muchas gracias a usted, doctora.

Una ola empujó la lancha patrullera de doce metros contra el embarcadero y redujo la distancia. Me agarré a la barandilla y subí a bordo. Martínez bajó por una empinada escalera y yo le seguí hasta una bodega, atestada de material de salvamento, mangueras y enormes rollos de cuerda, en la que el aire estaba cargado debido a los gases del motor diesel. El guarda metió mis pertenencias en un lugar seguro y las sujetó. A continuación me dio un mustang, un chaleco salvavidas y unos guantes.

—Es mejor que se los ponga por si se cae al agua. No es una idea agradable, pero puede ocurrir. El agua debe de andar por los diez grados. —Me miró fijamente—. Quizá prefiera quedarse aquí abajo —añadió en el momento en que la lancha chocaba nuevamente con el embarcadero.

—No me mareo, pero soy claustrofóbica —le dije mientras me sentaba en un estrecho reborde y me quitaba las botas.

—Quédese donde quiera, pero le advierto que la mar está revuelta.

Volví a subir y yo me puse el mono como buenamente pude. Era todo veleros y cremalleras y estaba lleno de cloruro de polivinilo para que aguante con vida un poco más en caso de que se hundiera la lancha. Me calcé nuevamente las botas y luego me puse el chaleco salvavidas, que iba equipado con un cuchillo, un silbato, un espejo para hacer señales y bengalas. No pensaba quedarme allí abajo de ninguna manera, así que subí a la cabina. La tripulación se encontraba en la cubierta cerrando la tapa del motor, y Martínez estaba sentado en el asiento del piloto abrochándose el cinturón.

—El viento está soplando del noroeste a veintidós nudos —anunció un guarda

— Las olas alcanzan el metro y medio.

Martínez empezó a alejarse del embarcadero.

—Éste es el problema con la bahía —me explicó—. Las olas vienen demasiado pegadas unas a otras, y por eso nunca se coge un ritmo bueno como en el mar. Supongo que sabrá que podemos desviarnos. No ha salido ninguna otra lancha; eso quiere decir que si nos hundimos, estaremos solos.

Empezamos a pasar lentamente por delante de unas casas antiguas con terrazas que daban a la bahía, y pistas para jugar a la petanca.

—Y si hay que rescatar a alguien, tendremos que acudir a la llamada —añadió mientras un miembro de la tripulación echaba un vistazo a los mandos.

Vi pasar una barca pesquera pilotada por un anciano que iba de pie, manejando un motor fuera borda, y que llevaba unas botas que le llegaban a la cadera. Se nos quedó mirando como si fuéramos veneno.

—De modo que es posible que acabe haciendo cualquier cosa.

A Martínez le pareció divertido hacerme aquella advertencia.

—No sería la primera vez —respondí. Empezaba a notar un olor repugnante.

—Pero en cualquier caso la llevaremos allí, tal como hicimos con el otro médico. No conseguí enterarme de cómo se llamaba. ¿Cuánto tiempo lleva usted trabajando para él?

—El doctor Hoyt y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo —dije inexpressivamente.

Delante de nosotros había unas pesquerías herrumbrosas de las que salía humo; cuando nos aproximamos pude ver unas cintas transportadoras fuertemente inclinadas hacia el cielo que estaban metiendo millones de menhadens en la fábrica para la elaboración de fertilizante y aceite. Había gaviotas dando vueltas sobre los pilotes y observando con avidez cómo pasaban los diminutos y apuestos peces mientras nosotros avanzábamos por delante de otras fábricas que habían quedado reducidas a ruinas de ladrillo y ahora estaban derrumbándose en el estuario. El hedor era ya insoportable, aunque la actitud que yo mantenía era desde luego más estoica que la de la mayoría.

—Comida para gatos —dijo un guarda haciendo una mueca.

—Con razón dicen que a los gatos les huele el aliento.

—Yo no viviría aquí ni loco.

—El aceite de pescado es muy valioso. Los indios algonquinos usaban las lachas de fertilizante para el maíz.

—¿Qué demonios es una lacha? —preguntó Martínez.

—Es otra manera de llamar a esos asquerosos bichos. ¿A qué escuela fuiste tú?

—¡A ti qué te importa! Al menos no tengo que oler eso para ganarme la vida, a no ser que tenga que venir por aquí con bolonios como tú.

—¿Qué demonios es un bolonio?

Mientras continuaban las chanzas, Martínez empujó aún más la palanca de mando, los motores rugieron y la proa de la lancha se sumergió en el agua. Seguidos por los arcos iris que se formaban en la espuma de nuestra estela, pasamos por delante de escondites para cazadores de patos, y de boyas que indicaban dónde se encontraban las trampas para cangrejos. Martínez aumentó la velocidad a veintitrés nudos y entramos en las aguas azules de la bahía. Aquel día no había salido ninguna embarcación deportiva y lo único que se veía era un trasatlántico que se elevaba en el horizonte como una oscura montaña.

—¿A qué distancia está? —pregunté a Martínez, agarrada al respaldo de su silla y contenta de llevar el mono.

—A treinta y tres kilómetros en total —respondió en voz alta mientras se elevaba sobre las olas como si estuviera haciendo surf, se deslizaba oblicuamente y las sobrepasaba sin dejar de mirar hacia delante—. Normalmente no costaría tanto, pero esto está peor que de costumbre. Mucho peor, a decir verdad.

Su tripulación continuaba mirando los detectores de profundidad y dirección; el sistema indicador de posición señalaba el camino por satélite. Ahora no podía ver más que agua. La bahía nos atacaba por todas partes: por delante se elevaban enormes masas de espuma, y por detrás las olas batían fuertemente la superficie del mar como si fueran manos.

—¿Qué puede decirme sobre el lugar al que vamos? —pregunté casi gritando.

—La población es de unos setecientos habitantes. Hasta hace unos veinte años producían su propia electricidad y tienen una pequeña pista de aterrizaje hecha con material de dragados. Joder... —La lancha había caído violentamente en el seno de una ola—. Ésa casi la cojo al través. Ya verá cómo no tarda en revolverse el estómago.

Martínez avanzaba por la bahía con cara de concentración, como si cabalgara a lomos de un potro salvaje, mientras los miembros de la tripulación se agarraban a lo que podían, imperturbables pero alertas.

—Su economía se basa en la pesca del cangrejo azul y el cangrejo de caparazón blando; los venden por todo el país —siguió diciendo Martínez—. De hecho, hay gente rica que viene continuamente en avión sólo para comprar cangrejos.

—Eso es lo que dicen que van a comprar —comentó alguien.

—Tenemos problemas de alcoholismo, contrabando y drogas —me explicó Martínez—. Subimos a sus embarcaciones para comprobar si llevan chalecos salvavidas y ver si llevan drogas. Ellos lo llaman «hacer la revisión» —añadió mirándome con una sonrisa.

—Sí, nosotros somos «los guardianes» —dijo humorísticamente uno de los guardas imitando el acento de la isla—. Cuidado que vienen «los guardianes».

—Hablan como les da la gana —comentó Martínez mientras pasaba por encima de otra ola—. A lo mejor tiene problemas para entenderlos.

—¿Cuándo acaba la temporada del cangrejo? —pregunté. Tenía más interés en lo que se exportaba que en la forma de hablar de los habitantes de la isla.

—En esta época del año están dragando el fondo para pescarlos. Lo hacen durante todo el invierno; trabajan unas catorce o quince horas al día, y a veces se pasan fuera semanas enteras.

A estribor, a los lejos, un oscuro casco abandonado sobresalía del agua como una ballena. Un miembro de la tripulación se dio cuenta de que estaba mirándolo y me dijo:

—Es un carguero Liberty de la Segunda Guerra Mundial, que quedó encallado. La Armada lo utiliza para hacer prácticas de tiro.

Por fin empezamos a aminorar la marcha. Estábamos aproximándonos a la Costa Oeste, donde para frenar la erosión de la isla habían construido un malecón con rocas, barcos destrozados, frigoríficos oxidados, coches y demás chatarra. La isla se hallaba casi a la misma altura que la bahía, y en su punto más alto se elevaba sólo unos pocos metros por encima del nivel del mar. Sobre el horizonte se recortaban orgullosas las casas, el campanario de la iglesia y el depósito de agua azul de aquel árido y diminuto islote, un islote cuya población tenía que soportar el tiempo más inclemente con los mínimos medios.

Pasamos traqueteando lentamente por delante de marismas y esteros. En viejos embarcaderos agujereados había grandes montones de trampas para cangrejos hechas con alambre y corchos de colores, y barcas en mal estado de madera y con popas redondas, amarradas aunque no fuera de servicio. Seguimos avanzando; Martínez tocó la sirena de la lancha y el ruido rasgó el aire. Unos pescadores de Tangier con delantales, que estaban moviéndose de una parte para otra en sus cobertizos de cangrejeros y trabajando en sus redes, se volvieron y nos miraron con mala cara, como hace la gente cuando tiene una opinión personal que no es precisamente buena. Martínez atracó cerca de unos surtidores de combustible, y mientras la tripulación amarraba me dijo:

—Como la mayoría de la gente, el jefe de policía se llama Crockett. Davy Crockett. No se ría. —Lanzó una mirada escrutadora al embarcadero y a un bar que al parecer estaba cerrado en aquella época del año y exclamó—: Vamos.

Salí de la lancha detrás de él; el viento que soplabá desde la bahía era tan frío como el de un mes de enero. No habíamos avanzado mucho cuando una pequeña furgoneta dobló apresuradamente una esquina haciendo un fuerte ruido sobre la grava. Se detuvo y salió de ella un joven de expresión tensa. Llevaba un vaquero azul, una chaqueta de invierno oscura y una gorra en la que se leía: «Policía de Tangier». Nos miró alternativamente a Martínez y a mí y al final clavó los ojos en lo que yo llevaba en las manos.

—Bien —me dijo Martínez—. La dejo con Davy. —Volviéndose a éste, añadió—: Te presento a la doctora Scarpetta.

Crockett saludó inclinando la cabeza.

—¿Que vienen todos?

—No, sólo va la doctora.

—Pues que la llevo para allá.

Había oído su dialecto en valles aislados cuyos habitantes vivían en otro siglo.

—La estaremos esperando aquí —me prometió Martínez, echando a andar hacia su lancha.

Seguí a Crockett hasta su furgoneta. Saltaba a la vista que la limpiaba por dentro y por fuera al menos una vez al día y que le gustaban los revestimientos de metal aún más que a Pete.

—Me imagino que habrá entrado en la casa —le dije cuando encendió el motor.

—Pues no. Que fue una vecina quien entró. Cuando me avisaron, llamé para Norfolk

Empezó a dar marcha atrás, y una cruz de peltre que llevaba en el llavero se balanceó. Miré por la ventanilla unos restaurantes que había en unas pequeñas construcciones blancas con carteles pintados a mano y gaviotas de plástico colgadas de las ventanas. Un camión que transportaba trampas para cangrejos vino en dirección contraria y tuvo que detenerse para dejarnos pasar. La gente andaba en unas bicicletas sin frenos de mano ni marchas, aunque por lo visto el medio de transporte favorito era la motocicleta.

—¿Cómo se llama la difunta?

Empecé a tomar notas.

—Lila Pruitt —dijo sin darse cuenta de que mi puerta estaba casi tocando la cerca de alambre de una casa—. Una señora enviudé; no sé si esté muy cumplida. Que vendía ricetes a los turistas. Pastelillos de cangrejo y tal.

Anoté todo esto sin saber muy bien qué me estaba diciendo. Pasamos por delante de la Escuela Asociada de Tangier y de un cementerio.

Las lápidas estaban inclinadas en todas las direcciones, como si las hubiera azotado un vendaval.

—¿Cuándo la vieron por última vez? —pregunté.

—En Daby que la vion. —Hizo un gesto de asentimiento—. Que junio.

Esta vez no me había enterado prácticamente de nada.

—Perdone —dije—. ¿La vieron por última vez en un lugar llamado Daby nada menos que en junio?

—Sí.

Crockett volvió a asentir, como si lo que había dicho tuviera todo el sentido del mundo.

—¿Puede decirme qué es Daby y quién la vio allí?

—La tienda. Daby e Hijo. Que puedo llevarla para allá. —Me lanzó una mirada y yo hice un gesto de negación—. Esté dentro para la compra y la vi. Junio creo.

Las extrañas silabas y cadencias que utilizaba fluían bruscas, sincopadas y mezcladas unas con otras como el agua del mundo en que vivía. Había era « haie », poder era « poer », cosas « coes » y hacer « haer » .

—¿La vio alguno de los vecinos? —pregunté.

—Que hace mucho.

—¿Entonces quién encontró el cadáver? —insistí.

—Nadie.

Lo miré desesperada.

—Es que la señora Bradshaw fue para una ricete, entró y lo oliscó.

—¿Subió la señora Bradshaw al piso de arriba?

—Dijo que no. —Hizo un gesto de negación y añadió—: Se fue derecha para llamarme.

—¿Cuál es la dirección de la difunta?

—Aquí mismo. —Estaba frenando—. La calle de la escuela.

La casa, diagonal a la iglesia metodista de Swain, era un edificio de tablas blancas y constaba de dos pisos. En la parte de atrás había una pajarera sobre un poste oxidado y la ropa estaba todavía colgada del tendedero. En el jardín, sembrado de conchas de ostra, había una vieja barca de remos y trampas para cangrejos. Unas hortensias marrones bordeaban una cerca en la que había una curiosa fila de pequeños cajones pintados de blanco y colocados de cara a la calle, la cual estaba sin pavimentar.

—¿Qué es eso? —pregunté a Crockett.

—Para las ricetes que vendé. Veinticinco centavos por ricete. Habé que echarlo por la ranura. —Me señaló una y luego dijo—: La señora Pruitt no se traté mucho con la gente.

Por fin caí en la cuenta de que estaba hablando de recetas. Levanté el tirador de la puerta y él me dijo:

—La espero aquí.

Por la expresión suplicante de su cara supe que no quería acompañarme al interior de la casa.

—No deje que se acerque nadie.

—Que no se me preocupe por eso.

Salí de su furgoneta y lancé un vistazo a las demás casas y a las caravanas que había en los jardines de tierra arenosa. En algunas había cementerios familiares; los muertos habían sido enterrados allí donde había una elevación en el terreno, y las lápidas estaban desgastadas y suaves como marga e inclinadas o volcadas. Subí a la puerta de la casa de Lila Pruitt y observé que en una esquina de su jardín, a la sombra de unos enebros, había más lápidas.

La puerta de tela metálica estaba algo oxidada, y su muelle soltó un fuerte chirrido de protesta cuando la abrí. Entré en un porche cerrado que se inclinaba hacia la calle y en el que había un columpio forrado de plástico con motivos

florales y, a su lado, una pequeña mesa también de plástico. Me imaginé a Lila Pruitt balanceándose y bebiendo té con hielo mientras miraba a los turistas que compraban sus recetas por veinticinco centavos, y me pregunté si los vigilaría para asegurarse de que pagaban.

La contrapuerta no estaba cerrada con llave. Al doctor Hoyt se le había ocurrido pegar con cinta adhesiva encima de ella un cartel de fabricación casera que rezaba: «ENFERMEDAD. ¡PROHIBIDA LA ENTRADA!». Se habría imaginado que los habitantes de Tangier posiblemente no sabrían lo que era un peligro biológico y habría buscado la manera de hacerse entender. Entré en un oscuro recibidor en una de cuyas paredes había una imagen de Jesucristo rezando a su Padre, y noté el insoportable olor de la carne humana en descomposición.

En el salón había señales de que alguien se había sentido mal durante mucho tiempo. En el sofá había almohadas y mantas sucias y desordenadas, y sobre la mesa de centro se veían pañuelos de papel, un termómetro, frascos de aspirinas, linimento y copas y platos sucios. Lila Pruitt había tenido fiebre y dolores, y había ido al salón a ponerse cómoda y ver la televisión.

Al final se había visto incapaz de salir de la cama, que fue donde la encontré, en un dormitorio del piso de arriba con papel pintado de capullos de rosa, y una mecedora junto a una ventana que daba a la calle. Había un espejo de cuerpo entero tapado con una sábana, como si Lila Pruitt no hubiera soportado su imagen reflejada en él. El doctor Hoyt, que era un médico de la vieja escuela, había cubierto el cadáver respetuosamente con la colcha, pero no había movido nada más. Sabía perfectamente que no debía tocar nada, sobre todo si a continuación iba a pasar y o por allí. Me quedé en el centro de la habitación y aguardé un rato. Parecía como si las paredes estuvieran más cerca las unas de las otras y el aire se hubiera vuelto negro por culpa del hedor.

Mi mirada se posó en el cepillo y el peine baratos que había sobre la cómoda y en las aterciopeladas zapatillas rosas debajo de una silla cubierta de ropa, que Lila Pruitt no había tenido fuerzas para recoger o lavar. Encima de la mesilla de noche había una Biblia con unas tapas de cuero negro reseca y descascarillada, y un pulverizador de loción aromaterapéutica para la cara, que me imaginé que habría utilizado infructuosamente para refrescarse y bajar la altísima fiebre. En el suelo había montones de catálogos de compra por correo con las esquinas de las páginas dobladas para señalar lo que deseaba.

En el cuarto de baño, el espejo que había encima del lavabo estaba tapado con una toalla; en el suelo de linóleo había otras sucias y ensangrentadas. Se había quedado sin papel higiénico, y la caja de bicarbonato que había a un lado de la bañera me permitió saber que había probado su propio remedio para aliviar su sufrimiento.

Dentro del botiquín no encontré ninguna medicina para la que se necesitara

receta, sólo seda dental vieja, Jergens, preparados para las hemorroides y pomadas para primeros auxilios. Su dentadura postiza se encontraba en una caja de plástico sobre el lavabo.

Lila Pruitt era una señora que vivía sola, que tenía muy poco dinero y que probablemente había salido de aquella isla muy pocas veces en su vida. Me imaginé que no habría intentado pedir socorro a ninguno de sus vecinos, pues carecía de teléfono y tendría miedo de que huyeran horrorizados al verla. Ni siquiera yo estaba preparada para lo que vi cuando aparté la colcha.

Tenía el cuerpo cubierto de pústulas grises y duras como perlas, la boca desdentada y hundida y el pelo teñido de rojo y desgredado. Aparté aún más la colcha, le desabroché la bata y observé que la densidad de las erupciones era mayor en las extremidades y la cara que en el tronco, tal como había dicho el doctor Hoyt. Los picores la habían llevado a arañarse los brazos y las piernas, donde había sangrado y sufrido infecciones secundarias que ahora estaban inflamadas y cubiertas de costras.

—Que Dios la ayude —murmuré apenada.

Me la imaginé sufriendo picores, sintiendo dolor, ardiendo de fiebre y temiendo ver su espeluznante imagen en el espejo.

—Qué espanto —dije, y de pronto me acordé de mi madre.

Abrí una pústula con una lanceta e hice un frotis sobre un portaobjetos. Luego bajé a la cocina y coloqué mi microscopio sobre la mesa. Sabía perfectamente qué me iba a encontrar. No era varicela, ni tampoco herpes. Todos los síntomas apuntaban a la devastadora enfermedad desfiguradora *variola major*, más conocida por el nombre de viruela. Encendí el microscopio, puse el portaobjetos sobre la platina, aumenté la imagen cuatrocientas veces y, cuando apareció el denso conjunto de los cuerpos citoplasmáticos de Guarnieri, enfoqué y saqué más polaroids de algo que no podía ser verdad.

Eché la silla bruscamente hacia atrás y me puse a andar de un lado a otro de la habitación mientras sonaba con fuerza el tictac de un reloj en la pared.

—¿Cómo lo cogió? ¿Cómo? —le pregunté en voz alta.

Salí a la calle y me dirigí a donde estaba Crockett, aunque no me acerqué a su furgoneta.

—Tenemos un verdadero problema —le dije—, y no sé muy bien qué vamos a poder hacer.

La primera dificultad que se me planteó fue encontrar un teléfono seguro, y al final decidí que era sencillamente imposible. No podía llamar desde ninguno de los establecimientos comerciales de la zona, y menos aún desde las casas de los vecinos o desde la caravana del jefe de policía. Lo único que me quedaba era el recurso de utilizar mi teléfono móvil, algo que no habría hecho en circunstancias

normales, tratándose de una llamada de tales características. Pero no veía qué otra cosa podía hacer. A las tres y cuarto una mujer respondió al teléfono del IIMEIEEU, esto es, el Instituto de Investigaciones Médicas para Enfermedades Infecciosas del Ejército de Estados Unidos de Fort Derrick, Frederick, Maryland.

—Tengo que hablar con el coronel Fujitsubo —dije.

—Lo siento pero está reunido.

—Es muy importante.

—Tendrá que llamar mañana, señora.

—Páseme al menos con su ayudante o con su secretaria...

—Por si no se ha enterado, todos los empleados federales que no son necesarios han sido dados de baja temporalmente...

—¡Por amor de Dios! —exclamé presa de la frustración—. Estoy aislada en una isla con un cadáver infeccioso. Puede producirse una epidemia. ¡No me diga que tengo que esperar a que acaben las jodidas bajas!

—¿Cómo dice?

Pude oír de fondo el sonido de unos teléfonos que no paraban de sonar.

—Estoy hablando por un teléfono móvil. En cualquier momento se me pueden acabar las pilas. ¡Por amor de Dios, interrumpa esa reunión! ¡Páseme con él! ¡Rápido!

El coronel Fujitsubo se encontraba en el edificio Russell de Capitol Hill y allí fue a donde pasaron mi llamada. Sabía que estaba en el despacho de algún senador, pero me daba igual. Le expliqué la situación rápidamente, tratando de controlar el pánico que sentía.

—Eso es imposible —dijo—. ¿Estás segura de que no es varicela o sarampión?

—No. Pero, con independencia de lo que sea, hay que contenerlo, John. No puedo enviar este cadáver a mi depósito. Tienes que ocuparte tú de él.

El IIMEIEEU era el principal laboratorio de investigaciones médicas del Programa de Investigación de Defensa Biológica de Estados Unidos, y su fin era proteger a los ciudadanos de una posible amenaza de guerra biológica. Pero lo más importante en este caso era que el instituto tenía el laboratorio de contención Bio Nivel 4 más grande del país.

—No puedo hacerlo, a no ser que se trate de un caso de terrorismo —me explicó el coronel Fujitsubo—. De las epidemias se ocupa el Centro de Prevención y Control de Enfermedades. Creo que deberías hablar con ellos.

—Estoy segura de que acabaré por hacerlo —dije—. Y también de que la mayoría de los empleados están de baja, razón por la cual no he podido hablar con nadie antes. Pero el CCE está en Atlanta y tú estás en Maryland, no muy lejos de aquí, y yo tengo que sacar este cadáver de aquí lo antes posible.

El doctor Fujitsubo guardó silencio.

—Nadie tiene más deseos que yo de que esté equivocada —proseguí. Sentía

un sudor frío—. Pero no lo estoy, y no hemos tomado las debidas precauciones...

—De acuerdo, me hago cargo... —se apresuró a decir—. Joder, en este preciso momento estamos trabajando con la plantilla reducida. Vale, danos unas horas. Voy a llamar al CCE.

Organizaremos un equipo. ¿Cuándo te vacunaste por última vez de la viruela?

—Era tan pequeña que no me puedo acordar.

—Entonces has cogido el virus.

—Este caso es mío. —Pero sabía a qué se refería. Querrían ponerme en cuarentena—. Saquemos el cadáver de la isla y ya nos ocuparemos luego de lo demás —añadi.

—¿Dónde estarás?

—Su casa está en el centro, cerca de la escuela.

—Dios mío, qué mala suerte. ¿Tenemos alguna idea de cuántas personas han podido estar expuestas a la acción del virus?

—Ninguna. Escucha. Hay un estuario cerca. Tenéis que ir allí, a donde está la iglesia metodista. Tiene un campanario alto. Según el mapa hay otra iglesia, pero no tiene campanario. Hay una pista de aterrizaje, pero cuanto más podáis acercaros a la casa, mejor, así no tendremos que llevarla por donde puedan verla.

—Es cierto. Hay que evitar a toda costa que cunda el pánico. —Hizo una pausa; luego, suavizando el tono de voz, preguntó—: ¿Te encuentras bien?

—Eso espero.

Tenia lágrimas en los ojos y me temblaban las manos.

—Ahora quiero que te tranquilices; trata de relajarte y no te preocupes, que vamos a cuidar de ti —dijo en el momento en que mi teléfono perdía la señal.

Siempre había existido una posibilidad teórica de que, después de todos los asesinatos y las locuras que había visto durante mi vida profesional, acabara cogiendo una enfermedad y muriendo de forma poco espectacular. Nunca sabía a qué me exponía cuando abría un cadáver, manipulaba su sangre y respiraba el aire que lo rodeaba. Tenía cuidado con los cortes y las agujas, pero el sida y la hepatitis no eran lo único de lo que una tenía que preocuparse. Continuamente se descubrirían nuevos virus, así que a menudo me preguntaba si algún día no dominarían el mundo y acabarían ganando una guerra que libraban contra nosotros desde el umbral de los tiempos.

Me quedé un rato sentada en la cocina escuchando el tictac del reloj mientras caía el día y cambiaba la luz al otro lado de la ventana. Cuando ya estaba en pleno ataque de nervios, oí de pronto la peculiar voz de Crockett, que me llamaba.

—¿Señora? ¿Señora?

Salí al porche, y al mirar por la puerta vi en el escalón más alto una pequeña bolsa de papel marrón y un vaso con una tapa y una pajita. Las metí en la casa, y Crockett volvió a subir a la furgoneta. Se había ausentado el tiempo suficiente

como para traerme la comida, lo cual no había sido una muestra de inteligencia pero sí de amabilidad. Le hice una señal con la mano para agradecerse, como si fuera mi ángel de la guardia, y me sentí algo mejor. Me senté en el columpio y empecé a balancearme mientras bebía el té con hielo y azúcar de Fisherman's Corner. El sándwich era de platija frita y pan blanco, con vieiras fritas de guarnición. Estaba riquísimo. Pensé que nunca había comido un pescado tan fresco y tan rico.

Seguí balanceándome y bebiendo té, mirando la calle por la oxidada tela metálica mientras la reluciente bola roja del sol se deslizaba por el campanario de la iglesia, y los gansos volaban por lo alto como negras uves. Crockett encendió los faros y las ventanas de las casas se iluminaron; dos niñas pasaron rápidamente en bicicleta por delante de la casa con la cara vuelta hacia mí. Estaba segura de que lo sabían. Toda la isla lo sabía. Se había difundido la noticia de que la guardia costera había traído a unos médicos debido a lo que había en la cama de la Pruitt.

Regresé al interior de la casa, me puse unos guantes nuevos, me tapé otra vez la boca y la nariz con la mascarilla y volví a la cocina para ver si encontraba algo en la basura. El cubo era de plástico y estaba forrado con una bolsa de papel y metido debajo del fregadero. Me senté en el suelo y miré una por una todas las cosas que había para ver si podía hacerme una idea del tiempo que llevaba enferma la señora Pruitt. Saltaba a la vista que hacía mucho que no sacaba la basura. Había latas vacías y envoltorios de alimentos congelados secos y cubiertos de costras, y peladuras de zanahorias y nabos crudos, duras y arrugadas como el naugahído.

Recorrí todas las habitaciones de la casa y rebusqué en todas las papeleras que pude encontrar. Pero la que me causó más impacto fue la del salón. En ella había varias recetas escritas a mano en tiras de papel: platija fácil, pastelillos de cangrejo y puchero de almejas de Lila. Como había cometido errores, había tachado palabras en todas ellas; me imaginé que ésa era la razón por la que las había tirado a la basura. En el fondo de la papelera había un pequeño tubo de cartón perteneciente a una muestra de fábrica que le había llegado por correo.

Saque una linterna del bolso, salí al exterior y me detuve en la escalera a la espera de que Crockett saliera de su furgoneta.

—Pronto va a haber aquí mucho alboroto —dije.

Me miró con fijeza como si estuviera loca, y en las ventanas iluminadas pude ver caras de personas asomadas al exterior. Bajé por las escaleras, fui hasta la cerca que había al borde del jardín, la rodeé, e iluminé con la linterna los cajones que utilizaba la señora Pruitt para vender sus recetas. Crockett retrocedió.

—Estoy intentando ver si puedo hacerme una idea del tiempo que llevaba enferma —le expliqué.

Por las ranuras se veía un gran número de recetas, pero en el cajón de

madera del dinero sólo había tres monedas de veinticinco centavos.

—¿Cuándo vino el último trasbordador con turistas?

Iluminé otro cajón con la linterna y encontré una media docena de recetas de los cangrejos de caparazón blando de Lila.

—Que hace para una semana. Que hace mucho que no viene nadie —respondió.

—¿Compraban los vecinos sus recetas? —pregunté.

Crockett frunció el entrecejo, como si le pareciera extraña la pregunta.

—Que ya tené las tuyas.

La gente había salido a los porches de sus casas; se habían deslizado discretamente entre las oscuras sombras de sus jardines para observar a aquella extravagante mujer de la bata quirúrgica, el gorro de protección y los guantes que estaba iluminando con una linterna los cajones para recetas de su vecina y hablando con el jefe de policía.

—Pronto va a haber aquí mucho alboroto —le repetí—. El ejército ha enviado un equipo médico que puede llegar en cualquier momento; usted tendrá que cuidar de que los vecinos mantengan la calma y permanezcan en sus casas. Lo que quiero que haga ahora es ir a la guardia costera y decirles que van a tener que ayudarle, ¿de acuerdo?

Davy Crockett se alejó tan rápidamente que pareció que las ruedas de su furgoneta echaban a volar.

Descendieron ruidosamente bajo la luz de la luna poco antes de las nueve de la noche. El Blackhawk del ejército pasó atronando por encima de la iglesia metodista, azotando los árboles con la terrible turbulencia de sus hélices voladoras y buscando con un potente foco un lugar donde aterrizar. Lo vi posarse como un pájaro en un jardín cercano mientras centenares de asombrados vecinos salían en tropel a la calle.

Miré por la tela metálica del porche y vi que el equipo médico de evacuación bajaba del helicóptero y que los niños se escondían detrás de sus padres y seguían mirando en silencio. Los cinco científicos del IIMEIEEU y el CCE avanzaron por la calle acarreado una camilla en una burbuja de plástico. Parecían extraterrestres con los inflados trajes de plástico naranja, las capuchas y los equipos de respiración con acumuladores que llevaban.

—Gracias a Dios que ya están aquí —les dije cuando llegaron a donde yo estaba.

Subieron al porche haciendo con los pies un ruido como de plástico al resbalar. No se molestaron en presentarse y la única mujer que había en el equipo me dio un traje naranja doblado.

—Probablemente ya sea un poco tarde.

—Mal no le hará —dijo mirándome a los ojos. No sería mayor que Lucy—. Venga, póngaselo.

Tenía la consistencia de la tela de las cortinas de ducha; me senté en el columpio y me lo puse encima de los zapatos y la ropa que llevaba. La capucha era transparente y tenía un peto. Me lo até al pecho, y seguidamente puse en marcha el equipo de respiración, que estaba colocado detrás, a la altura de la cintura.

—Está en el piso de arriba —dije en medio del ruido del aire que me entraba en los oídos.

Les indiqué el camino y subieron la camilla. Cuando vieron lo que había sobre la cama, se quedaron un momento callados.

—Dios mío. Nunca he visto cosa igual —dijo un científico.

Todo el mundo empezó a hablar apresuradamente.

—Hay que envolverla con las sábanas.

—Y meterla en las bolsas y cerrarlas herméticamente.

—Hay que meter toda la ropa de cama en la autoclave.

—Joder, ¿qué hacemos? ¿Quemar la casa?

Entré en el cuarto de baño y recogí las toallas del suelo mientras ellos envolvían el cadáver y lo levantaban. Estaba resbaladizo y resultaba difícil de mover, pero al final consiguieron llevarlo de la cama al aislador portátil, un aparato concebido para llevar a personas vivas, y cerraron herméticamente las solapas de plástico. Ver un cadáver embolsado y metido en algo que parecía una tienda de oxígeno me impresionó incluso a mí. Levantaron la camilla por ambos extremos, y seguidamente bajamos por las escaleras y salimos a la calle.

—¿Qué va a ocurrir cuando nos vayamos? —pregunté.

—Tres de nosotros nos vamos a quedar —respondió uno de los científicos—. Mañana vendrá otro helicóptero.

Fuimos interceptados por otro científico vestido con un traje naranja que llevaba una bombona de metal no muy diferente de las que utilizan los exterminadores de plagas. Descontaminó la litera y también a todos nosotros rociándonos un producto químico mientras la gente seguía congregándose y mirando. La guardia costera se encontraba junto a la furgoneta de Crockett, quien estaba hablando con Martínez. Fui a hablar con ellos, pero saltaba a la vista que la ropa de protección que llevaba les desconcertaba, y retrocedieron sin ningún disimulo.

—Hay que precintar esta casa —le dije a Crockett—. Hasta que sepamos con certeza qué ocurre, nadie puede entrar ni acercarse a ella.

Tenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y no paraba de parpadear.

—Si otra persona se pone enferma han de avisarme inmediatamente —añadí.

—Que en esta época del año la gente se enferma —respondió—. Que coge la gripe y algunas personas se resfrían.

—Si alguien tiene fiebre, siente dolor de espalda o le salen erupciones, llámeme o llame a mi centro enseguida. Estas personas están aquí para ayudarles —añadí señalando al equipo médico.

Por la cara que ponía, era evidente que no quería que se quedara nadie allí, en su isla.

—Por favor, hágase cargo —insistí—. Se trata de un asunto de suma importancia.

Hizo un gesto de asentimiento; de pronto apareció detrás de él un niño que acababa de salir de la oscuridad y le cogió de la mano. No contaría más de siete años. Tenía el pelo rubio y enmarañado y los ojos claros y muy abiertos, que no

me quitaba de encima, como si fuera la aparición más aterradora que hubiera visto jamás.

—Papi, la gente del cielo.

El niño me señaló.

—Anda, Darryl—dijo Crockett a su hijo—. Vete para casa.

Me volví hacia el helicóptero, cuyas hélices hacían un sordo golpeteo. El aire circulante me refrescaba la cara, pero por lo demás me sentía incomodísima, pues el traje era hermético. Eché a andar por el jardín que había junto a la iglesia. Las hélices seguían tableteando, y el ruidoso viento estaba arrancando hierbajos y pinos enanos.

El Blackhawk estaba abierto e iluminado por dentro, y el equipo médico sujetaba la camilla como habría hecho si el paciente hubiera estado vivo. Subí a bordo, me senté en una silla lateral destinada a los miembros de la tripulación y me abroché el cinturón mientras uno de los científicos cerraba la puerta. El helicóptero alzó el vuelo vibrando y haciendo un gran estrépito. Era imposible oír a los demás sin auriculares, y éstos no funcionaban bien si llevabas la capucha puesta.

Al principio esto me desconcertó. Nos habían descontaminado los trajes, pero los miembros del equipo médico no querían quitárselo. Entonces lo comprendí: había estado expuesta al virus del cadáver de Lila Pruitt y antes a los del torso. Nadie quería respirar el mismo aire que yo, a menos que éste hubiera pasado previamente por un FPAAR, esto es, un filtro de partículas de aire de alto rendimiento. Así pues permanecemos en silencio, mirándonos los unos a los otros y a nuestra paciente. Cuando el helicóptero puso rumbo a Maryland y aceleró, cerré los ojos.

Pensé en Benton, en Lucy y en Pete. No tenían idea de lo que estaba sucediendo y estarían muy intranquilos. Me preocupaba no saber cuándo volvería a verlos y en qué estado. Tenía las piernas sudorosas y los pies ardiendo, y no me sentía bien. No podía evitar el miedo a los fatídicos primeros síntomas: escalofríos, dolores, agotamiento y sed causada por la fiebre. De pequeña me habían puesto la vacuna contra la viruela, pero también se la habían puesto a Lila Pruitt y a la mujer cuyo torso seguía guardado en la cámara frigorífica. Había visto sus cicatrices, las zonas estiradas y descoloridas del tamaño de una moneda de veinticinco centavos en las que les habían inyectado la enfermedad.

Acababan de dar las once cuando aterrizamos, pero no pude ver dónde nos encontrábamos. Había dormido el tiempo suficiente como para sentirme desorientada, y la vuelta a la realidad me resultó brusca y ruidosa cuando abrí los ojos. La puerta volvió a abrirse y vi el parpadeo de las luces blancas y azules de la plataforma de un helipuerto situado enfrente de un edificio grande y de líneas rectas que había al otro lado de una carretera. Había muchas ventanas iluminadas para la hora que era, como si la gente estuviera despierta y

aguardando nuestra llegada. Los miembros del equipo médico soltaron la camilla y la cargaron apresuradamente en la parte trasera de una furgoneta mientras la científica me acompañaba, con una mano enguantada sobre mi brazo.

No vi adonde se llevaban la camilla. Me hicieron cruzar la carretera y subir por una rampa situada en el lado norte del edificio. Luego sólo hubo que recorrer un pasillo; me hicieron pasar a una ducha y me limpiaron con un chorro de Envirochem. Me desnudé, y esta vez me limpiaron con un chorro de agua caliente enjabonada. Había unos estantes con camisones y zapatillas de hospital. Me sequé el pelo con una toalla y, siguiendo las indicaciones que me habían dado, dejé mi ropa en el suelo junto con el resto de mis pertenencias.

En el pasillo estaba esperándome una enfermera, que me hizo pasar rápidamente por delante de la sala de cirugía y de las paredes de unas autoclaves que me recordaron a las campanas de acero que se emplean para bucear. El aire apestaba a animales de laboratorio esterilizados. Iba a quedarme en la habitación 200, en cuya entrada había una línea roja que advertía a los pacientes aislados que no debían cruzarla. Recorrí la habitación con la mirada y vi una pequeña cama de hospital en la que había una pequeña manta hidrotérmica, un ventilador, un frigorífico y un pequeño televisor colgado en una esquina. Me fijé en unos serpentines de aire amarillos conectados a unas tuberías que había en la pared y en la gaveta de acero de la puerta, en la que dejaban las bandejas de las comidas y las bañaban con rayos ultravioleta antes de recogerlas.

Me senté sobre la cama, sintiéndome sola y abatida. Me negaba a pensar en lo grave que podía ser la situación en la que me encontraba. Pasaron los minutos. Entonces se cerró ruidosamente una puerta exterior y la mía se abrió de par en par.

—Bienvenida al Trullo —dijo el coronel Fujitsubo al entrar.

Llevaba una capucha Racal y un pesado traje de vinilo azul, que conectó a uno de los serpentines de aire.

—John —dije—. No estoy preparada para esto.

—Kay, sé razonable.

La expresión de su cara recia resultaba severa e incluso amedrentadora tras el plástico, y yo me sentía vulnerable y sola.

—Tengo que avisar a varias personas de que estoy aquí —dije.

Se acercó a la cama, abrió un paquete de papel de enguantada mano y sacó un frasquito y un cuentagotas.

—A ver ese hombro. Ya es hora de vacunarte otra vez. Además vamos a ponerte un poco de inmunoglobulina.

—Hoy es mi día de suerte —comenté.

Me frotó el hombro derecho con alcohol. Yo me quedé muy quieta y él me hizo dos incisiones en la piel con un escarificador y echó unas gotas de suero.

—Espero que esto no sea necesario —añadió.

—Nadie lo espera tanto como yo.

—El lado bueno es que seguramente tengas una estupenda respuesta anamnésica y alcances un nivel de anticuerpos superior a cualquiera que hayas tenido antes. La vacunación en un plazo de veinticuatro a cuarenta y ocho horas después de la exposición al virus suele causar efecto.

No dije nada. Él sabía tan bien como yo que tal vez ya fuera demasiado tarde.

—Le practicaremos la autopsia a las nueve horas. A ti vamos a tenerte varios días más, por si acaso —dijo mientras tiraba los envoltorios a la basura—. ¿Has notado algún síntoma?

—Me duele la cabeza y me siento rara —respondí.

Me miró con una sonrisa en los labios. El coronel Fujitsubo era un médico sobresaliente que había ascendido con facilidad por el escalafón del Instituto de Patología de las Fuerzas Armadas o IPFA antes de asumir la dirección del IIMEIEEU. Estaba divorciado y tenía algunos años más que yo. Sacó una manta doblada de los pies de la cama, la extendió de una sacudida y me la puso sobre los hombros. Luego arrimó una silla, se sentó en ella a horcajadas y apoyó los brazos sobre el respaldo.

—John, estuve expuesta al virus hace casi dos semanas —dije.

—Por el caso de homicidio.

—Ahora ya debo tenerlo.

—Lo que pasa es que no sabemos qué es. El último caso de viruela se dio en octubre de 1977 en Somalia. Desde entonces ha desaparecido de la faz de la tierra.

—Estoy segura de lo que vi por el microscopio de electrones. Pudo transmitirse a causa de una exposición anormal.

—¿Me estás diciendo que lo han hecho a propósito?

—No lo sé. —Tenía dificultades para mantener los ojos abiertos—. Pero ¿no te parece extraño que la primera persona contagiada fuera también asesinada?

—Todo este asunto me parece extraño. —Se levantó—. Aparte de ofrecer medidas de contención biológicamente seguras para el cadáver y para ti, no hay mucho que podamos hacer.

—Pues yo creo que no hay nada que no podáis hacer —repliqué. Sus conflictos jurisdiccionales me importaban muy poco.

—En este momento no se trata de un problema militar sino de salud pública. Sabes perfectamente que no podemos apartar al CCE de este asunto por las buenas. En el peor de los casos, el problema consiste en un brote, sea del tipo que sea. Y éste es el campo que mejor dominan.

—Hay que poner a Tangier en cuarentena.

—De eso hablaremos después de la autopsia.

—Algo que tengo pensado hacer —añadí.

—A ver qué tal te sientes —dijo en el momento en que se asomaba una enfermera a la puerta.

Tras conversar brevemente con ella, el doctor Fujitsubo se fue. Luego entró la enfermera, vestida también con un traje de vinilo azul. Era una mujer joven y estaba de un buen humor que resultaba molesto. Se puso a explicarme que trabajaba en el hospital Walter Reed, pero que venía al instituto a ayudar cuando tenían pacientes en la unidad de contención especial, algo que afortunadamente no ocurría a menudo.

—La última vez fue cuando internaron a dos empleados del laboratorio que habían estado expuestos a la acción del virus Hanta con el que estaba contaminada la sangre de un ratón de campo medio descongelado —me explicó—. Esas enfermedades hemorrágicas son horribles. Creo que estuvieron aquí unos quince días. El doctor Fujitsubo me ha dicho que quiere un teléfono. —Dejó una delgada bata sobre la cama y añadió—: Luego se lo traigo. Aquí tiene un poco de Advil y agua. —Lo puso todo sobre la mesilla—. ¿Tiene hambre?

—Si pudiera traerme queso y unas galletas saladas o algo así, se lo agradecería. —Tenía el estómago tan revuelto que estaba a punto de vomitar.

—Aparte del dolor de cabeza, ¿se siente bien?

—Sí, gracias.

—Bien, confiemos en que siga igual. ¿Por qué no va al cuarto de baño, hace sus necesidades, se asea y se mete en la cama? Ahí tiene el televisor.

Me lo señaló. Estaba hablándome de forma sencilla, como si fuera una niña.

—¿Y mis cosas?

—Las esterilizarán, no se preocupe —me respondió con una sonrisa.

No lograba entrar en calor, de modo que tomé otra ducha. Pero por mucho que me lavara, nada borraría lo ocurrido aquel desdichado día. Seguía viendo la imagen de una boca hundida, con los ojos semiabiertos pero sin vista, y un brazo entumecido colgado de un repugnante lecho mortal. Cuando salí del cuarto de baño, vi que me habían traído un plato de queso y galletas y que la televisión estaba encendida. Sin embargo, no me habían traído el teléfono.

—Joder... —mascullé cuando volví a acostarme.

A la mañana siguiente me dejaron el desayuno en la gaveta de la puerta. Me puse la bandeja sobre las rodillas y vi el programa *Hoy*, algo que no solía hacer. Martha Stewart se puso a batir algo con merengue mientras yo trataba de comerme un huevo pasado por agua que estaba tibio. No tenía apetito y no sabía si me dolía la espalda porque estaba cansada o por algún otro motivo en el que no quería pararme a pensar.

—¿Cómo estamos?

Era la enfermera, que acababa de aparecer en la habitación respirando aire filtrado con el FPAAR.

—¿No pasa calor con eso? —le pregunté, señalándole el traje con el tenedor.

—Supongo que lo pasaría si lo llevara durante mucho tiempo. —Tenía un termómetro digital en la mano—. A ver, no será más que un momento.

Levanté la vista hacia el televisor y me lo metió en la boca. Estaban entrevistando a un médico sobre las vacunas contra la gripe de aquel año. Cerré los ojos hasta que un pitido anunció que ya había pasado el tiempo suficiente.

—Treinta y seis grados y cuatro décimas. Tiene la temperatura un poco baja. Lo normal es tener treinta y seis grados y ocho décimas.

Me puso en el brazo la abrazadera para tomarme la presión sanguínea.

—Ahora la tensión... —Apreté vigorosamente la pera para meter aire y dije —: 10,8 y 7. Ni que estuviera muerta.

—Gracias —musité—. Necesito un teléfono. Nadie sabe dónde estoy.

—Lo que usted necesita es mucho reposo. —Había sacado el estetoscopio, que empezó a pasarme por encima del camisón—. Respire hondo. —Estaba frío, lo moviera por donde lo moviera. Ella siguió prestando atención con expresión seria—. Otra vez. —Luego, tal como se suele hacer, pasó a auscultarme la espalda.

—Por favor, ¿podría decirle al coronel Fujitsubo que pase a verme?

—Le daré el recado, descuide. Ahora tápese. —Me subió la manta hasta la barbilla y añadió—: Voy a traerle más agua. ¿Qué tal el dolor de cabeza?

—Bien —mentí—. No se olvide de decirle que pase a verme.

—Estoy segura de que vendrá en cuanto pueda. Está muy ocupado.

Su actitud paternalista empezaba a irritarme.

—Perdone —le dije en tono exigente—. He pedido un teléfono repetidas veces. Empiezo a tener la sensación de que estoy en la cárcel.

—Ya sabe cómo llaman a este sitio —respondió en tono cantarín—. Normalmente los pacientes no se ponen...

—Me da igual cómo se pongan normalmente los pacientes.

La miré fijamente y ella cambió de expresión.

—Vamos, cálmese.

Sus ojos brillaron tras el plástico transparente. Había subido la voz.

—¿A que es una paciente horrible? Los médicos siempre lo son —dijo el coronel Fujitsubo, entrando a grandes pasos en la habitación.

La enfermera lo miró atónita. Luego clavó la vista en mí con cara de ofendida, como si no diera crédito a sus ojos.

—Ahora mismo traen el teléfono —anunció el coronel. Extendió a los pies de la cama un traje naranja nuevo y dijo—: Beth, creo que ya conoces a la doctora Scarpetta, forense jefe del estado de Virginia y asesora del FBI para temas de patología forense. —Volviéndose hacia mí, añadió—: Ponte esto. Dentro de un par de minutos estoy otra vez aquí.

La enfermera frunció el entrecejo y cogió la bandeja.

Luego carraspeó avergonzada y dijo:

—No se ha acabado los huevos.

Colocó la bandeja en la gaveta. Yo estaba poniéndome el traje.

—Lo normal es que una vez dentro no la dejen salir.

Cerró el cajón.

—Esto se sale de lo normal. —Abroché la capucha y conecté el aire—. Soy yo quien se va a ocupar de la autopsia esta mañana.

Saltaba a la vista que era una de esas enfermeras que sentía aversión hacia las médicas, y que prefería que fueran hombres los que le dijeran lo que tenía que hacer. O quizá de pequeña había querido ser médica pero le habían dicho que las mujeres trabajaban de enfermeras y se casaban con médicos. Sólo era una suposición, naturalmente, pero no pude evitar acordarme de cuando estaba en la facultad de medicina de Johns Hopkins y un buen día la enfermera jefe me agarró del brazo en el hospital y me soltó que su hijo no había sido aceptado porque yo había ocupado el sitio que le correspondía a él. Su mirada de odio se me había quedado grabada.

El coronel Fujitsubo acababa de regresar a la habitación; me dio el teléfono sonriendo y lo conectó.

—Dispones de tiempo para hacer una sola llamada —dijo levantando el dedo índice—. Luego tenemos que marcharnos.

Llamé a Pete.

El laboratorio de contención Bio Nivel 4 se encontraba detrás de un laboratorio normal, aunque la diferencia entre las dos zonas era importante. El BN—4 era el escenario de una guerra abierta entre los científicos y el Ebola, el Hanta y otras enfermedades desconocidas para las que no había curación. El aire sólo corría en una única dirección y tenía la presión negativa para impedir que los microorganismos altamente infecciosos se extendieran a otras zonas del edificio. Antes de que entrara en nuestros cuerpos o en la atmósfera, pasaba por los filtros de partículas de aire de alto rendimiento y todo se limpiaba con vapor en las autoclaves.

Aunque las autopsias eran poco frecuentes, cuando se realizaban se utilizaba un compartimiento estanco situado detrás de dos enormes puertas de acero inoxidable con juntas herméticas submarinas al que llamaban « el Sumergible » . Para entrar en él teníamos que dar un rodeo, ya que había que recorrer un laberinto de vestuarios y duchas con luces de colores para indicar si dentro había un hombre o una mujer. El color de los hombres era el verde, así que encendí la luz roja, me quité toda la ropa y me puse una bata, un pantalón y unas zapatillas limpios. Las puertas de acero se abrieron y cerraron automáticamente cuando pasé por otro compartimiento estanco y entré en el vestuario interior o « sala caliente » , donde había trajes de vinilo azul de gran grosor con cubiertas para los

pies y capuchas puntiagudas colgados de unos ganchos en la pared. Me senté en un banco, me puse uno, cerré las cremalleras y sujeté las solapas con algo parecido a un cierre diagonal tipo Tupperware. Me puse unas botas de goma y unos gruesos guantes provistos de cintas que se sujetaban a los puños. Ya empezaba a tener calor; en cuanto las puertas se cerraron detrás de mí, se abrieron suavemente otras de acero aún más grueso y pude entrar en la sala de autopsias más claustrofóbica que había visto en mi vida.

Cogí un tubo amarillo y me lo acoplé a un enganche de apertura rápida que llevaba en la cintura; el chorro de aire me recordó a una piscina para niños en el momento de desinflarse. El coronel Fujitsubo estaba etiquetando tubos y limpiando el cadáver con una manguera en compañía de otro médico. Desnuda, su enfermedad resultaba aún más horrorosa. Trabajamos casi todo el rato en silencio pues no nos habíamos molestado en instalar el equipo de comunicación y la única manera de hablar era apretar el tubo del aire el tiempo suficiente para oír lo que estaban diciendo los demás.

Esto fue lo que hicimos mientras cortábamos y pesábamos y yo anotaba la información relevante en un formulario. Sufría cambios degenerativos típicos, como estrías y placas adiposas en la aorta. Tenía el corazón dilatado y los pulmones congestionados, alteraciones que se correspondían con las de una antigua neumonía. Presentaba llagas en la boca y lesiones en la región gastrointestinal. Pero la parte más trágica de su muerte la constituía su cerebro. Tenía atrofia cortical, ensanchamiento de las anfractuosidades cerebrales y pérdida del parénquima, los síntomas del Alzheimer.

Podía imaginarme la perplejidad que habría sentido Lila Pruitt al ponerse enferma. Posiblemente no se acordaría de dónde estaba ni tan siquiera de quién era, y en su demencia quizá creyera que una criatura de pesadilla estaba atravesando los espejos de su casa. Tenía los ganglios linfáticos inflamados y el bazo y el hígado turbios e inflamados a causa de una necrosis local, síntomas todos ellos que se correspondían con los de la viruela.

Parecía que había sido una muerte natural, aunque aún no podíamos confirmar cuál había sido su causa. Acabamos al cabo de dos horas. Me marché por el camino por el que había venido; en primer lugar entré en la sala caliente, donde me tomé una ducha química vestida con el traje. Pasé cinco minutos encima de una alfombrilla de goma, rascando cada centímetro del traje con un cepillo duro mientras unas boquillas de acero me bombardeaban. Volví chorreando al vestuario exterior; colgué el traje para que se secara, volví a ducharme y me lavé el pelo. Luego me puse un traje naranja y volví al Trullo.

Cuando entré en la habitación, me encontré con la enfermera.

—Janet está escribiéndole una nota —me dijo.

—¿Janet? —Estaba pasmada—. ¿Está Lucy con ella?

—La va a meter por la gaveta. Lo único que sé es que ha venido una joven

llamada Janet.

—¿Dónde está? Tengo que verla.

—Ya sabe que en este momento eso no es posible.

Estaba tomándome otra vez la tensión.

—Incluso en las cárceles hay un lugar para las visitas —dije casi de malos modos—. ¿No hay alguna sala en la que pueda hablar con ella a través de un cristal? ¿No puede ponerse un traje y entrar aquí como usted?

Naturalmente, para hacer todo esto fue preciso una vez más obtener permiso del coronel, quien decidió que la solución más fácil sería que me pusiera una mascarilla con un FPAAR y fuera a una de las cabinas para visitas. Éstas se encontraban en el pabellón de Investigación Clínica, que era donde se llevaban a cabo los estudios sobre nuevas vacunas. La enfermera me llevó por una sala de descanso del BL-3, donde había voluntarios jugando al ping-pong y al billar, leyendo revistas y viendo la televisión.

La enfermera abrió la puerta de madera de la cabina B, en la que estaba sentada Janet al otro lado del cristal, en la zona incontaminada del edificio. Cogimos los auriculares al mismo tiempo.

—Es increíble —fue lo primero que dijo—. ¿Está usted bien?

La enfermera seguía detrás de mí, dentro del reducido espacio de mi cabina de teléfonos. Di media vuelta y le pedí que se fuera. Ella no se movió ni un centímetro.

—Perdone —dije. Ya estaba harta de ella—. Ésta es una conversación privada.

Se fue y cerró la puerta, con los ojos encendidos de indignación.

—No sé cómo estoy —dije por teléfono—, pero no me siento especialmente mal.

—¿Cuánto tiempo se tarda en salir? —preguntó con los ojos brillantes de miedo.

—Unos diez días por término medio. Catorce como mucho.

—Bueno, entonces no es para tanto, ¿no?

—No lo sé. —Me sentía deprimida—. Depende de lo que se trate. Pero si sigo bien dentro de unos días, supongo que me dejarán marchar.

Janet estaba guapísima y parecía muy adulta con el traje azul marino que llevaba. Tenía la pistola guardada discretamente bajo la chaqueta. Yo sabía que no habría venido a menos que hubiera ocurrido algo realmente grave.

—¿Dónde está Lucy? —pregunté.

—Pues, a decir verdad, estamos las dos en Maryland, en las afueras de Baltimore, con la Brigada Diecinueve.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —respondió Janet—. Estamos intentando averiguar el origen de sus archivos por AOL y UNIX.

—¿Y?

Titubeó.

—Creo que la forma más rápida de cogerlo va a ser por Internet.

Me quedé perpleja al oír aquello. Fruncí el entrecejo y dije:

—No sé si acabo de comprender lo que acabas de decir.

—¿Es incómodo ese cacharro que lleva? —preguntó con los ojos clavados en mi mascarilla.

—Sí.

Pero me gustaba aún menos el aspecto que tenía. Me tapaba la mitad de la cara, como si fuera un horrible bozal, y chocaba con el auricular cada vez que hablaba.

—Pero sólo podréis cogerle por Internet si sigue mandándome mensajes.

Janet abrió una carpeta archivadora sobre la mesa de fórmica de la cabina.

—¿Quiere que se los lea?

Sentí un nudo en la garganta e hice un gesto de asentimiento.

—«Gusanos microscópicos, fermentos que se multiplican y miasma». —

Leyó.

—¿Cómo? —exclamé.

—No decía más. Lo ha mandado esta mañana. El siguiente es de esta tarde. «Están vivos pero serán los únicos». Luego, una hora después aproximadamente, ha llegado esto: «Los seres humanos que roban y explotan a los demás son macroparásitos. Matan a sus huéspedes». Estaban los dos en minúsculas y no tenían ninguna puntuación excepto los espacios.

Janet me miró por el cristal.

—Es filosofía médica clásica. Está relacionada con las teorías sobre las causas de las enfermedades de Hipócrates y otros médicos occidentales. La atmósfera, por ejemplo, que reproduce las partículas venenosas generadas por la descomposición de la materia orgánica, los gusanos microscópicos, etcétera. Luego McNeill, el historiador, escribió que la interacción de microparásitos y macroparásitos era una manera de entender la evolución de la sociedad.

—Entonces «muerteadoc» ha estudiado medicina —dijo Janet—. Y parece que en los mensajes hace alusión a la enfermedad.

—No puede saber nada al respecto —dije. Empezaba a sospechar algo que me llenaba de espanto—. No veo cómo podría saberlo.

—Ha salido en la prensa —añadió Janet.

Sentí un arrebato de cólera.

—¿Quién se ha ido de la lengua esta vez? No me digas que Ring también está al corriente de este asunto.

—En el periódico sólo ponía que en su centro están investigando una muerte fuera de lo común ocurrida en la isla de Tangier, una enfermedad extraña que ha obligado a los militares a llevarse el cadáver en helicóptero.

—Joder...

—Lo importante es que si «muerteadoc» lee la prensa de Virginia, puede que se haya enterado de lo sucedido antes de mandar los mensajes por correo electrónico.

—Espero que eso sea lo que haya ocurrido —dije.

—¿Por qué no habría de serlo?

—No sé, no sé...

Estaba rendida y tenía el estómago revuelto.

—Doctora Scarpetta. —Janet metió las copias en la carpeta y dijo—: «Muerteadoc» quiere hablar con usted. Ésa es la razón por la que sigue mandándole mensajes.

De nuevo empezaba a sentir escalofríos.

—La idea es la siguiente. —Janet metió los impresos en la carpeta—. Podría conseguirle un canal privado para que charlen. Si logramos mantenerla conectada el tiempo suficiente, podremos localizarle mediante la línea telefónica y dar con la ciudad y el lugar en el que se encuentra.

—No me creo en absoluto que esta persona vaya a participar en algo así —afirmé—. Es demasiado lista.

—Benton Wesley cree que es posible.

Me quedé callada.

—Él cree que «muerteadoc» tiene tal fijación con usted que cabe la posibilidad de que entre en un canal. No es que desee saber lo que usted piensa, sino que usted sepa lo que él piensa; al menos ésa es la teoría de Benton Wesley.

—No. —Negué con la cabeza—. No quiero meterme en algo así, Janet.

—No tiene otra cosa que hacer durante los próximos días.

Me irritaba que todo el mundo me acusara de no tener suficientes cosas que hacer.

—No quiero comunicarme con ese monstruo. Es demasiado peligroso. Podría decir algo inoportuno y entonces morirían más personas.

Janet clavó sus ojos en los míos y me miró intensamente.

—Están muriendo de todos modos. Y es posible que en este preciso momento, mientras hablamos, estén muriendo otras personas de las que no sabemos nada.

Pensé en Lila Pruitt, sola en su casa, delirando, demente por culpa de la enfermedad, y la vi reflejada en su espejo, chillando.

—Lo único que tiene usted que hacer es conseguir que vaya hablando poco a poco —prosiguió Janet—. Muéstrese reacia, como si le hubiera cogido de improviso; de lo contrario sospechará. Mantenga esa actitud durante unos cuantos días mientras nosotros intentamos averiguar dónde está. Conéctese a AOL, entre en los canales, busque uno llamado M.F. y quédese ahí, ¿de acuerdo?

—¿Y luego qué? —quise saber.

—Esperamos que piense que es ahí donde usted se asesora con otros médicos

y científicos y que vaya a buscarle. No podrá resistirse. Ésa es la teoría de Benton Wesley, y yo estoy de acuerdo con él.

—¿Sabe que estoy aquí?

La pregunta era ambigua, pero ella sabía a quién me refería.

—Sí —respondió—. Pete Marino me pidió que le llamara.

—¿Y qué dijo? —pregunté.

—Preguntó qué tal estaba. —Empezaba a mostrarse evasiva—. Está en Georgia, investigando un antiguo caso relacionado con dos personas a las que mataron a puñaladas en una tienda de bebidas alcohólicas de un pueblo situado cerca de la isla de St. Simons.

—Ah, de modo que está de viaje.

—Creo que sí.

—¿Dónde vas a quedarte?

—Voy a quedarme con la brigada. Estaré alojada en Baltimore, en el puerto.

—¿Y Lucy? —pregunté nuevamente, esta vez de forma que no pudiera salirse por la tangente—. ¿Vas a decirme qué ocurre realmente, Janet?

Respiré el aire filtrado y la miré por el cristal. Sabía que era incapaz de mentirme.

—¿Va todo bien? —insistí.

—Doctora Scarpetta, he venido sola por dos motivos —dijo finalmente—. En primer lugar, Lucy y yo hemos tenido una fuerte discusión sobre la posibilidad de que se comunique con ese tío por Internet, así que todas las personas relacionadas con el caso han pensado que sería mejor que no fuera ella quien hablase con usted sobre el tema.

—Eso puedo comprenderlo —dije—. Y estoy de acuerdo.

—El segundo motivo es mucho más desagradable —continuó—. Tiene que ver con Carrie Grethen.

El mero hecho de oír mencionar su nombre me llenó de asombro y de rabia. Años atrás, cuando Lucy estaba desarrollando la RIAIC, había trabajado con Carrie. Luego habían entrado a robar en el SIA, y Carrie había hecho lo posible para que echaran la culpa a mi sobrina. Carrie también había sido cómplice de unos asesinatos espantosos y sádicos cometidos por un psicópata.

—Sigue en la cárcel —dije.

—Lo sé. Pero su juicio se va celebrar en primavera —respondió Janet.

—Estoy al corriente de ello —dije, pese a que no sabía a qué se refería.

—Usted es el testigo clave. Sin usted, el estado se quedará prácticamente sin argumentos, al menos si se trata de un juicio con jurado.

—Janet, estoy totalmente desorientada —dije. Volvía a dolerme la cabeza, pero esta vez el dolor era horrible.

Janet respiró hondo.

—Estoy segura de que sabrá que durante una época Lucy y Carrie estuvieron

muy unidas. —Titubeó, y luego repitió—: Muy unidas.

—Claro que sí —dije con impaciencia—. Lucy era una adolescente y Carrie la sedujo. Sí, sí, lo sé todo al respecto.

—Percy Ring también.

La miré conmocionada.

—Parece que ayer Ring fue a ver al fiscal que lleva el caso, Rob Schurmer, y le dijo, de amigo a amigo, que tiene un gran problema porque la sobrina del testigo principal tuvo un lío con la acusada.

—Es increíble. ¡Qué hijo de puta...!

Era abogada, de modo que sabía lo que aquello significaba. Lucy tendría que prestar declaración y sería interrogada sobre la relación que había mantenido con otra mujer. La única manera de evitarlo era que yo renunciara a testificar, con lo cual el crimen de Carrie quedaría impune.

—Lo que hizo no tiene nada que ver con los crímenes de Carrie —dije. Estaba tan enfadada con Ring que hubiera sido capaz de agredirle.

Janet se cambió el teléfono de oído, tratando de mostrarse tranquila. Pero yo notaba que tenía miedo.

—No hace falta que le diga cómo son este tipo de cosas —dijo—. No se puede abrir el pico. Digan lo que digan, no está tolerado. Lucy y yo somos muy prudentes. Es posible que la gente sospeche, pero en el fondo nadie sabe nada. No andamos por ahí vestidas de cuero y llevando cadenas.

—De eso no cabe duda.

—Creo que esto podría acabar con ella —afirmó inexpresivamente—. Habrá mucha publicidad, y no quiero imaginarme cómo será el ambiente en el ERR cuando aparezca por ahí después del juicio. Con todos los machistas que hay... Ring está haciendo esto con el único fin de acabar con ella. Y quizá también para acabar con usted y conmigo. No puede decirse que esto me vaya a beneficiar profesionalmente.

Ya había hablado suficiente. Me hacía cargo de la situación.

—¿Sabe alguien qué le respondió Schurmer a Ring?

—Se puso de los nervios, llamó a Pete y le dijo que no sabe qué va a hacer y que cuando se entere la defensa, para él el caso estará acabado. Luego Pete me llamó a mí.

—A mí no me ha dicho nada.

—No quería darle un disgusto en este momento —me explicó Janet—. Además creía que no le correspondía a él contárselo.

—Comprendo —dije—. ¿Lucy lo sabe?

—Se lo he contado.

—¿Y?

—Hizo un agujero en la pared del dormitorio de una patada —me respondió Janet—. Luego dijo que si era necesario prestaría declaración.

Janet apretó la palma de la mano contra el cristal y extendió los dedos a la espera de que yo hiciera lo mismo. Era lo más parecido a tocarnos que podíamos hacer; los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Me siento como si hubiera cometido un crimen —dije aclarándome la garganta.

La enfermera me trajo el equipo informático a la habitación, me lo dio sin decir palabra y se fue acto seguido. Me quedé un momento mirando el ordenador portátil como si fuera algo que pudiese hacerme daño. Estaba incorporada en la cama, donde seguía sudando muchísimo y sintiendo frío al mismo tiempo.

No sabía si el estado en que me encontraba se debía a un microbio o a una especie de ataque de nervios causado por lo que acababa de contarme Janet. Lucy había querido ser agente del FBI desde pequeña y ya era uno de los mejores que tenía el cuerpo. La situación era totalmente injusta. No había hecho nada excepto cometer el error de dejarse llevar por una persona perversa cuando sólo tenía diecinueve años. Me moría por salir de aquella habitación e ir a buscarla. Quería irme a casa. Cuando estaba a punto de llamar a la enfermera, entró una nueva en la habitación.

—¿Podrían traerme un uniforme limpio de laboratorio? —le pregunté.

—Puedo traerle una bata.

—Prefiero una camisa y un pantalón.

—Bueno, se sale un poco de lo habitual —dijo ella frunciendo el entrecejo.

—Lo sé.

Conecté el ordenador al enchufe del teléfono y apreté un botón para encenderlo.

—Como no solucionen la crisis presupuestaria en la que se encuentran, al final no quedará nadie para limpiar uniformes en la autoclave ni para hacer nada de nada. —La enfermera, que iba vestida con un traje azul, siguió hablando al tiempo que me ajustaba la colcha sobre los pies—. Esta mañana han dicho en las noticias que, según el presidente, Comidas sobre Ruedas va a quebrar, que el Departamento de Protección Medioambiental no va a limpiar los vertederos de residuos tóxicos, que es posible que cierren los juzgados federales y que ya podemos ir olvidándonos de las visitas a la Casa Blanca. ¿Quiere que le traiga y a la comida?

—Gracias —dijo mientras ella continuaba su letanía de malas noticias.

—Y luego está lo de los seguros de enfermedad, la contaminación del aire, el control de la epidemia de gripe de este invierno y la investigación de la posible presencia del parásito *cryptosporidium* en el agua de los depósitos. Tiene suerte de encontrarse aquí en este momento. Es posible que la semana que viene no abramos.

No quería oír hablar de problemas presupuestarios, pues la mayor parte de mi tiempo la dedicaba a discutir con los jefes de departamento y enfrentarme con los diputados en la cámara legislativa por ese motivo. Me preocupaba que cuando las consecuencias de la crisis federal se hicieran notar en el ámbito estatal, mi nuevo edificio quedara inacabado y volvieran a recortar despiadadamente los fondos que recibía en aquel momento, que ya eran bastante escasos. No había grupos de presión para los muertos. Mis pacientes no tenían partido y no votaban.

—Puede elegir entre dos cosas —estaba diciendo la enfermera.

—¿Perdone?

Volví a prestarle atención.

—Pollo o jamón.

—Pollo. —No tenía nada de hambre—. Y té caliente.

La enfermera desconectó su tubo de aire y me dejó tranquila. Puse el ordenador sobre la bandeja y entré en America Online. Fui directamente a mi buzón. Había abundante correo, pero ningún mensaje de «muerteadoc» que la Brigada Diecinueve no hubiera abierto ya. Fui abriendo menús hasta que llegué a los canales, bajé una lista de los miembros y miré cuántas personas había en el denominado M.F.

No había nadie, de modo que entré sola en el canal y me recosté en las almohadas con la mirada clavada en la pantalla en blanco y en la fila de iconos que había en la parte superior. No había realmente nadie con quien hablar, y pensé en lo ridículo que aquello debía parecerle a «muerteadoc» si estaba mirando. ¿No resultaría evidente lo que estaba haciendo si hablaba sola en la habitación? ¿No parecería que estaba esperando? En cuando se me pasó esta idea por la cabeza, apareció una frase escrita en la pantalla de mi ordenador y me puse a responder.

Quincy: Hola. ¿Cuál es el tema de conversación de hoy?

Scarpetta: La crisis presupuestaria. ¿Cómo está afectándole a usted?

Quincy: Trabajo en el centro de Washington D.C. Es una pesadilla.

Scarpetta: ¿Es usted médico forense?

Quincy: Nos hemos visto en reuniones. Conocemos a algunas de las mismas personas. Hoy no hay mucha gente, aunque si uno tiene paciencia, siempre puede mejorar.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Quincy era uno de los agentes secretos de la Brigada Diecinueve. Continuamos la conversación hasta que me trajeron la comida; luego la reanudamos y seguimos casi una hora más. Quincy y yo charlamos sobre nuestros problemas y sobre cualquier cosa que pensáramos que podría ser un tema de conversación normal entre médicos forenses o personas con las que éstos pudieran cambiar impresiones. Pero «muerteadoc» no se tragó el anzuelo.

Dormí una siesta y me desperté poco después de las cuatro. Me quedé un momento totalmente quieta pues no sabía dónde estaba. Pero me acordé con deprimente rapidez: estaba encogida debajo de la bandeja y con el ordenador todavía abierto encima de ella. Me incorporé, entré de nuevo en AOL y volví al canal M.F. Esta vez se conectó también alguien llamado MEDEX, con quien hablé del tipo de base de datos que utilizaba en Virginia para obtener información sobre casos y hacer búsquedas selectivas de datos para estadísticas.

A las cinco y cinco en punto sonó un timbrado desafinado dentro de mi ordenador y surgió en la pantalla en primer plano la ventana de *Mensaje urgente*. Contemplé incrédulamente cómo aparecía el mensaje de «muerteadoc». Sabía que no había nadie más en el canal que pudiera leer aquellas palabras.

Muerteadoc: te crees muy lista.

Scarpetta: ¿Quién eres?

Muerteadoc: ya sabes quién soy, soy lo que haces.

Scarpetta: ¿Qué hago?

Muerteadoc: muerte doctora muerte tú eres y o.

Scarpetta: Yo no soy tú.

Muerteadoc: te crees muy lista.

De pronto se calló, y cuando hice clic sobre el botón de *Disponible* vi que se había desconectado. El corazón me palpitaba con fuerza. Mandé otro mensaje a MEDEX para decirle que me había entretenido con una visita, pero no obtuve respuesta y me encontré otra vez sola en el canal.

—Mierda... —exclamé entre dientes.

Volví a probar a las diez de la noche, pero no apareció nadie excepto Quincy, quien me dijo que teníamos que reunirnos otra vez por la mañana. Todos los demás médicos se habían ido a casa, añadió. Luego vino a verme la misma enfermera y estuvo muy amable conmigo. Lamenté que tuviera que trabajar tantas horas y sufrir la molestia de tener que llevar un traje azul cada vez que

entraba en mi habitación.

—¿Dónde está la enfermera que hace este turno? —pregunté mientras me tomaba la temperatura.

—Soy yo. Todas lo estamos haciendo lo mejor que podemos.

No era la primera vez que hacía una referencia a las bajas forzosas. Yo hice un gesto de asentimiento.

—Ya se han ido prácticamente todos los empleados de laboratorio —prosiguió—. Puede que mañana, cuando despierte, sea la única persona que haya en todo el edificio.

—Ahora sí que voy a tener pesadillas —comenté mientras ella me ponía la abrazadera para tomarme la tensión.

—Bueno, usted se siente bien, y eso es lo importante. Desde que empecé a venir aquí, no he dejado de imaginarme que pillo alguna cosa. Basta con que tenga el menor dolor, molestia o estornudo y, bueno, ya empiezo a preocuparme. Dígame, ¿qué clase de médico es usted?

Se lo dije.

—Yo quería ser pediatra, pero me casé.

—Nos encontraríamos en un verdadero aprieto si no fuera por las buenas enfermeras como usted —dije con una sonrisa.

—La mayoría de los médicos no se molestan nunca en reconocerlo. Se dan unos aires...

—Hay algunos que se los dan, desde luego —admití.

Traté de dormir, pero me pasé toda la noche dando vueltas. Las luces del aparcamiento que había debajo de mi ventana entraban por la persiana, y me pusiera como me pusiera, no conseguía relajarme. Me resultaba difícil respirar y el corazón no se me calmaba. Por fin, a las cinco de la madrugada, me incorporé y encendí la luz. No habían pasado cinco minutos cuando apareció la enfermera en la habitación.

—¿Está usted bien?

Tenía cara de agotamiento.

—No consigo dormir.

—¿Quiere que le traiga algo?

Dije que no con la cabeza y encendí el ordenador. Entré en AOL y volví al canal, que estaba vacío. Hice clic en el botón de *Disponible* para ver si «muerteadoc» estaba conectado al sistema y, si así era, dónde se encontraba. No había ni rastro de él, de modo que empecé a recorrer los diversos canales disponibles para los suscriptores y sus familias.

Desde luego había canales para todos los gustos: para gente que quería ligar, para solteros, gays, lesbianas, indígenas americanos, afroamericanos y perversos. Quienes preferían el *bondage*, el sadomasoquismo, el sexo en grupo, el bestialismo o el incesto tenían la posibilidad de conocerse allí y de

intercambiar obras de arte pornográficas. El FBI no podía hacer nada al respecto. Todo era legal.

Me incorporé, abatida, apoyándome sobre las almohadas y me quedé dormida sin querer. Una hora después, cuando volví a abrir los ojos, me encontraba en un canal llamado *Amor artístico*. En la pantalla había un mensaje esperándome tranquilamente. « Muerteadoc » había dado conmigo:

Muerteadoc: una imagen vale más que mil palabras.

Me apresuré a mirar si seguía conectado y me lo encontré aguardándome plácidamente en el ciberespacio. Escribí mi respuesta.

Scarpetta: ¿Qué tipo de trato quieres hacer?

No respondió inmediatamente. Me pasé cuatro o cinco minutos con la vista clavada en la pantalla. Luego volvió.

Muerteadoc: no hago tratos con traidores y doy desinteresadamente qué crees que le ocurre a esa clase de gente.

Scarpetta: ¿Por qué no me lo dices tú?

Se produjo un silencio. Vi cómo salía del canal y regresaba al cabo de un minuto. Estaba borrando sus huellas. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

Muerteadoc: creo que ya lo sabes Scarpetta: No lo sé. Muerteadoc: ya te enterarás.

Scarpetta: He visto las fotografías que mandaste. No eran muy nítidas. ¿Qué te proponías con ellas?

Pero no respondió. Me sentía lenta y torpe. Lo tenía, pero no lograba captar su atención. No conseguía que se mantuviera conectado. Cuando empezaba a invadirme la frustración y el desánimo, apareció otro mensaje urgente en la pantalla de mi ordenador. Esta vez era la brigada quien me lo mandaba.

Quincy: STK Scarpetta. Aún tengo que estudiar ese caso con usted. El de la autoinmolación.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que Quincy era Lucy. STK significaba « Siempre tía Kay », que era el nombre en clave que utilizaba conmigo. Estaba velando por mí de la misma manera que yo había velado por ella durante tantos años. Lo que quería decirme era que tuviera cuidado, no fuera a « quemarme ».

Escribí un mensaje y se lo mandé.

Scarpetta: Estoy de acuerdo. Su caso es muy difícil. ¿Cómo lo lleva?

Quincy: Ya me verá en los tribunales. Seguiremos informando.

Apagué el ordenador con una sonrisa en los labios y me apoyé contra las almohadas. Ya no me sentía tan sola y desconcertada.

—Buenos días.

Era la primera enfermera, que había vuelto.

—Buenos días —respondí desanimada.

—Vamos a ver cómo están esas constantes vitales. ¿Cómo se siente hoy?

—Bien, bien...

—Tiene dos posibilidades: huevos o cereales.

—Fruta.

—Ésa no era una posibilidad, pero es probable que podamos agenciarnos un plátano.

Me metió el termómetro en la boca y me puso la abrazadera sin dejar de hablar en ningún momento.

—Hace tanto frío en la calle que podría ponerse a nevar en cualquier momento. Estamos a medio grado. Parece mentira. Tenía hielo en el parabrisas del coche. Este año las bellotas han salido grandes, y eso quiere decir que va a hacer un invierno muy riguroso. Ni siquiera llega todavía a los treinta y seis grados y medio. ¿Qué le ocurre?

—¿Por qué no han dejado el teléfono en la habitación? —pregunté.

—Voy a preguntarlo. —Me quitó la abrazadera y añadió—: La tensión también la tiene baja.

Retrocedió y me lanzó una mirada escrutadora.

—¿Va a quejarse de mí?

—Claro que no —exclamé—. Lo que pasa es que he de marcharme.

—Bueno, lamento tener que decírselo, pero eso no depende de mí. Hay quien se queda aquí hasta dos semanas.

« Si me pasara eso —pensé—, me volvería loca» .

El coronel aún no había aparecido cuando me trajeron la comida: pechuga de pollo a la parrilla, zanahorias y arroz. Apenas comí; estaba subiéndome la tensión, y la tele parpadeaba silenciosamente al fondo puesto que le había bajado el volumen. La enfermera regresó a las dos de la tarde y me anunció que tenía otra visita, de modo que me puse otra vez la mascarilla con el filtro de partículas de aire de alto rendimiento y la seguí hasta la clínica.

Esta vez entré en la cabina A, y era Benton quien estaba esperándome al otro lado. Cuando le miré a los ojos, me sonrió y los dos cogimos nuestros respectivos auriculares. Me sentí tan sorprendida y aliviada al verle que al principio

tartamudeé.

—Espero que vengas a rescatarme —dije.

—Evito enfrentarme a los médicos. Fuiste tú quien me enseñaste a hacerlo.

—Creía que estabas en Georgia.

—Ya he vuelto. Fui a echar un vistazo a una tienda de bebidas alcohólicas en la que acuchillaron a dos personas, e hice un reconocimiento general del terreno. Pero ya estoy aquí.

—¿Y?

—Crimen organizado —dijo enarcando una ceja.

—No estaba pensando en Georgia.

—Dime en qué estás pensando. Parece que estoy perdiendo la habilidad de adivinar los pensamientos. A todo esto, hoy estás especialmente guapa, permíteme que te lo diga —añadió, refiriéndose a mi mascarilla.

—Si no salgo pronto de aquí, me voy a volver loca —dije—. Tengo que ir al Centro de Prevención y Control de Enfermedades.

—Lucy me ha dicho que te has comunicado con «muerteadoc».

El brillo juguetón que tenía en los ojos había desaparecido.

—Sólo hasta cierto punto, y no he tenido mucha suerte —respondí en tono airado.

Me ponía furiosa comunicarme con aquel asesino, porque era precisamente lo que él deseaba. Una de las cosas que me había propuesto en la vida era no dar satisfacción a gente como él.

—No te rindas —dijo Benton.

—Ha hecho alusiones a temas médicos como enfermedades y gérmenes —le informé—. ¿No te parece preocupante en vista de lo que está ocurriendo?

—No cabe duda de que está al corriente de las noticias.

Era lo mismo que había dicho Janet.

—Pero ¿y si hay algo más? —pregunté—. Parece que la mujer a la que desmembró tiene la misma enfermedad que la víctima de Tangier.

—Pero eso aún tienes que comprobarlo.

—¿Sabes una cosa? No estoy haciendo suposiciones ni llegando a conclusiones de forma precipitada. —Estaba poniéndome de muy malhumor—. Comprobaré que se trata de la misma enfermedad en cuanto pueda, pero creo que mientras tanto deberíamos guiarnos por el sentido común.

—No estoy muy seguro de entender lo que estás diciendo —dijo sin apartar los ojos de los míos en ningún momento.

—Lo que estoy diciendo es que cabe la posibilidad de que nos encontremos en medio de una guerra biológica y de que el asesino sea una especie de Unabomber que utiliza una enfermedad contagiosa.

—Dios no lo quiera.

—Pero a ti también se te ha pasado por la cabeza. No me digas que la

relación entre una enfermedad mortal y un desmembramiento te parece fortuita.

Le miré a la cara con detenimiento y me di cuenta de que tenía dolor de cabeza. En tales ocasiones siempre se le marcaba en la frente una vena que parecía una cuerda azulada.

—¿Estás segura de que te sientes bien?—preguntó.

—Sí. Estoy más preocupada por ti.

—¿Y qué me dices de la enfermedad? ¿No corres ningún riesgo?

Se estaba enfadando conmigo, como hacía siempre que pensaba que yo estaba en peligro.

—Me han vuelto a vacunar.

—Te han vacunado contra la viruela —puntualizó él—. Pero ¿y si no se trata de esa enfermedad?

—Entonces tenemos un gravísimo problema. Janet ha venido a verme.

—Lo sé —respondió por el auricular—. Lo siento. Lo que menos necesitabas ahora era...

—No, Benton —le interrumpí—. Teníais que decírmelo. Nunca hay un buen momento para dar una noticia así. ¿Qué crees que va a ocurrir?

Pero no quería decírmelo.

—¿Entonces tú también piensas que esto va a acabar con ella?—pregunté desesperada.

—Dudo que la echen. Lo que suele ocurrir es que dejan de ascenderte y te asignan tareas horribles, como trabajos sobre el terreno en lugares muy apartados. Ella y Janet terminarán a miles de kilómetros la una de la otra, y una de las dos o ambas acabarán dejándolo.

—¿Y eso es mejor que el despido?—exclamé, dolida e indignada.

—Esperaremos a ver qué ocurre para actuar en consecuencia, Kay. —Me miró fijamente y añadió—: Voy a despedir a Ring de la UAMSM.

—Ten cuidado con lo que hagas por mí.

—Ya está hecho —respondió.

El coronel Fujitsubo no pasó por mi habitación hasta el día siguiente a primera hora de la mañana.

Apareció sonriendo y subió la persiana para que entrara la luz del sol, que era tan deslumbrante que me hizo daño en los ojos.

—Buenos días. Por el momento todo va bien —anunció—. Estoy muy contento de ver que no te nos pones enferma, Kay.

—Entonces ya puedo marcharme —dije, dispuesta a saltar de la cama inmediatamente.

—No tan rápido. —Estaba echando un vistazo a mi gráfica—. Sé lo difícil que es esto para ti, pero no me quedaré tranquilo si te vas tan pronto. Aguanta un

poquito más; si todo va bien, podrás irte pasado mañana.

Cuando se marchó, me entraron ganas de llorar. No sabía cómo iba a poder soportar una hora más de cuarentena. Abatida, me incorporé sin destapar me y miré por la ventana. El cielo estaba azulísimo y tenía unos jirones de nubes bajo la pálida sombra de la luna de la mañana. Una suave brisa mecía los árboles sin hojas que se veían desde la habitación. Pensé en mi casa de Richmond, en las plantas que tenía que poner en macetas y en el trabajo que se me estaba acumulando sobre el escritorio. Quería dar un paseo aprovechando que hacía frío. Quería preparar brécol y sopa de cebada. Quería espaguetis con *ricotta*, *frittata*, música y vino.

Pasé la mitad del día compadeciéndome y sin hacer otra cosa que ver la televisión y dormir. La enfermera del turno siguiente vino con el teléfono y me dijo que había una llamada para mí. Esperé a que me la pasaran y agarré el auricular como si fuera la cosa más emocionante que me hubiera pasado en la vida.

—Soy yo —dijo Lucy.

—¡Gracias a Dios! —exclamé emocionada de oír su voz.

—La abuela te manda recuerdos. Se rumorea que has ganado el premio al mal paciente.

—Los rumores son ciertos. Tengo todo el trabajo en el despacho. Ojalá me lo trajeran aquí.

—Tienes que guardar reposo para que no te bajen las defensas —me advirtió. Al oír esto, volví a preocuparme por Wingo.

—¿Cómo es que no has utilizado el portátil? —preguntó entonces.

Había decidido ir al grano, pero yo guardé silencio.

—Tía Kay, con nosotros no va a hablar. Sólo va a hablar contigo.

—Entonces que uno de vosotros se haga pasar por mí —repliqué.

—Ni lo sueñes. Si advierte que ocurre algo, ya no habrá forma de encontrarle. Ese tipo es tan listo que da miedo.

Di la callada por respuesta. Lucy se apresuró a romper el silencio.

—¿Qué quieres? —preguntó con vehemencia—. ¿Que me haga pasar por una médica forense licenciada en derecho que ya ha examinado al menos a una de las víctimas de ese asesino? Imposible.

—No quiero comunicarme con él por Internet, Lucy —le expliqué—. Las personas como él se lo pasan en grande haciendo esas cosas. Eso es lo que quieren, llamar la atención. Es posible que cuanto más participe en su juego, más fuerte se sienta. ¿Te ha parado a pensar en eso?

—Sí, pero ahora párate tú a pensar en esto: tanto si ha desmembrado a una persona como si ha desmembrado a veinte, va a seguir haciendo de las suyas. La gente como él no lo deja por las buenas. Además no tenemos ni idea, ni una sola pista, de dónde demonios se encuentra.

—No es de eso de lo que tengo miedo —empecé a decirle.

—Es normal que tengas miedo.

—Lo que pasa es que no quiero hacer nada que pueda empeorar la situación —insistí.

Éste era el riesgo que siempre se corría cuando uno se mostraba creativo o emprendedor en una investigación. El comportamiento del autor de los hechos nunca era previsible. Quizá fuera simplemente una sospecha, una vibración intuitiva que notaba en mi fuero interno, pero tenía la sensación de que aquel asesino era diferente y de que sus móviles escapaban a nuestra comprensión. Me temía que sabía perfectamente lo que estábamos haciendo y que estaba divirtiéndose.

—Ahora hálame de ti —dije—. Janet ha venido a verme.

—Prefiero no hablar de ello. —Una furia fría tino su tono de voz—. Tengo cosas mejores a las que dedicar mi tiempo.

—Hagas lo que hagas, te apoyaré, Lucy.

—Eso es algo que nunca he puesto en duda. Y si hay algo de lo que nadie debería dudar es de lo siguiente: Carrie va a pudrirse en la cárcel y luego en el infierno, cueste lo que cueste.

La enfermera había vuelto a entrar en la habitación para llevarse el teléfono.

—No lo entiendo —dije en tono de queja cuando colgué—. Tengo una tarjeta para llamar, si es eso lo que les preocupa.

Ella sonrió.

—Órdenes del médico. Quiere que descanse, y sabe que no lo hará si se pasa todo el día pegada al teléfono.

—Estoy descansando —repliqué, pero ya se había ido.

Me pregunté por qué me dejaba quedarme con el ordenador y sospeché que Lucy u otra persona habrían hablado con él. Cuando me conecté a AOL, tuve la sensación de que estaban conspirando contra mí. En cuanto entré en el canal M.F. apareció «muerteadoc», pero esta vez no lo hizo mediante un mensaje privado, sino como un miembro al que podría ver y oír cualquier persona que decidiera entrar en el canal.

Muerteadoc: dónde estabas.

Scarpetta: ¿Quién eres?

Muerteadoc: ya te lo he dicho.

Scarpetta: Tú no eres yo.

Muerteadoc: les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos y curar todo tipo de enfermedad y todo tipo de dolencia manifestaciones patofisiológicas virus como el del sida nuestra lucha darviniana contra ellos o son ellos malos o lo somos nosotros.

Scarpetta: Explicame lo que quieres decir.

Muerteadoc: hay doce.

Pero no tenía ninguna intención de explicármelo, al menos por el momento. El sistema me avisó de que había salido del canal. Esperé dentro un rato para ver si volvía y me pregunté a qué se habría referido al decir «doce». Apreté un botón del tablero situado junto a la cabecera para llamar a mi enfermera. Empezaba a sentirme culpable: no sabía si estaba esperando fuera de la habitación o si se ponía y quitaba el traje azul cara vez que entraba y salía. En cualquier caso no sería agradable, y además estaba mi actitud.

—Oiga —dije cuando apareció—. ¿No tendrán una Biblia por casualidad?

Titubeó, como si nunca hubiera oído hablar de una cosa semejante.

—Vaya, pues no sabría decírselo.

—¿Podría comprobarlo?

—¿Se siente usted bien? —me preguntó, mirándome con suspicacia.

—Perfectamente bien.

—Tienen una biblioteca. Quizá tengan una en alguna parte. Lo siento, no soy muy religiosa —dijo cuando ya se iba.

Regresó al cabo de una media hora con una Biblia encuadernada en negro. Era la edición de letra roja de Cambridge y, según me dijo, la había cogido prestada de un despacho. Al abrirla encontré en la primera página un nombre escrito con letra caligráfica y una fecha que indicaba que se la habían regalado a su propietario en una ocasión especial, hacía casi diez años. Cuando empecé a pasar las páginas, me di cuenta de que hacía meses que no iba a misa. Envidiaba a la gente que tenía una fe tan fuerte que guardaba una Biblia en el lugar de trabajo.

—¿Está segura de que se siente bien? —preguntó la enfermera, que se encontraba junto a la puerta y no se decidía a marcharse.

—No me ha dicho cómo se llama —dije.

—Sally.

—Es usted muy amable y se lo agradezco de veras. A nadie le hace gracia trabajar el día de Acción de Gracias.

Al parecer mis palabras le produjeron una gran alegría y le dieron la confianza suficiente como para decirme:

—No es mi intención fisgonear, pero he oído sin poderlo evitar lo que la gente está comentando. En esa isla de Virginia de la que procede el cadáver en el que está trabajando usted, ¿lo único que hacen es pescar cangrejo?

—Poco más o menos.

—Cangrejo azul.

—Y cangrejo de caparazón blando.

—¿Y hay alguien que se haya parado a pensar en eso?

Sabía a lo que se refería y, en efecto, yo me había parado a pensar en ello.

Tenía motivos para estar preocupada por mí y por Benton.

—Esos cangrejos los envían a todo el país, ¿verdad? —prosiguió.

Hice un gesto de asentimiento.

—¿Y si lo que esa señora tenía se transmite con el agua o la comida? —Sus ojos brillaban detrás de la capucha—. No he visto el cadáver, pero he oído hablar de él. Da auténtico pánico.

—Lo sé —dije—. Espero que podamos obtener pronto una respuesta a esa pregunta.

—A todo esto, hay pavo para comer. No se haga ilusiones.

Desconectó el tubo de aire y dejó de hablar. Luego abrió la puerta, hizo un pequeño movimiento con la mano para despedirse y se fue. Volví al índice de la Biblia y me puse a buscar el pasaje que «muerteadoc» me había citado. Tuve que consultar varias palabras para dar con él. Era el primer versículo del capítulo 10 del evangelio según san Mateo, el cual rezaba en su totalidad: « Y cuando hubo llamado a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos y para curar toda enfermedad y toda dolencia» .

En el siguiente versículo se identificaba a los discípulos por sus nombres, tras lo cual Jesucristo los enviaba a buscar las ovejas perdidas y a proclamar que el Reino de los Cielos estaba cerca. Los mandaba a curar enfermos, purificar leprosos, resucitar muertos y expulsar demonios. Mientras leía, me pregunté si el asesino que se llamaba a sí mismo «muerteadoc» creería realmente en algo, si «doce» se referiría a los discípulos o si estaría jugando, simplemente.

Me levanté y me puse a andar de un lado a otro. Miré por la ventana y vi que ya estaba oscureciendo. Como ahora anochece temprano, había tomado la costumbre de mirar a los trabajadores cuando salían a coger el coche; les salía vaho por la boca, y el aparcamiento estaba prácticamente vacío debido a las bajas forzosas.

Una mujer que mantenía abierta la puerta de un Honda estaba charlando con otra; se encogían de hombros y gesticulaban con vehemencia, como si estuvieran tratando de resolver los grandes problemas de la vida. Estuve observándolas entre las persianas hasta que se alejaron.

Me acosté temprano para evadirme, pero volví a dormir mal; daba vueltas y cada pocas horas cambiaba la colcha de sitio. Por detrás de mis párpados pasaban imágenes flotando, proyectadas como películas antiguas, sin montar y ordenadas de forma ilógica. Veía a dos mujeres hablando junto a un buzón. Una de ellas tenía un lunar en una mejilla, que de pronto se convertía en una erupción que le cubría toda la cara mientras se tapaba los ojos con una mano. Luego aparecían unas palmeras agitadas por un viento huracanado procedente del mar; unas palmas arrancadas que salían volando; un tronco desnudo y una mesa ensangrentada con una fila de manos y pies.

Me incorporé sudando y aguardé a que me cesaran los espasmos musculares.

Era como si sufriera una especie de alteración eléctrica en el organismo y corriera peligro de tener un ataque cardíaco o una apoplejía. Empecé a respirar hondo y con lentitud, y puse la mente en blanco. Me quedé quieta. Cuando se hubo borrado la imagen, llamé a la enfermera.

Al ver la expresión que tenía en la cara, no puso ningún reparo a que llamara por teléfono y trajo el aparato inmediatamente. Cuando se hubo marchado llamé a Pete.

—¿Sigues en la cárcel? —me preguntó.

—Creo que ha matado a su conejillo de Indias —dije.

—Oye, oye, ¿por qué no empiezas por el principio?

—Me refiero a «muerteadoc». Creo que la mujer a la que disparó y desmembró era su conejillo de Indias, una persona a la que conocía y a la que podía ver cuando quería.

—He de reconocer que no tengo ni idea de qué demonios estás hablando, Doc.

Por su tono de voz se notaba que estaba preocupado por mi estado de ánimo.

—Así tiene sentido que no pudiera mirarle a la cara. Su forma de actuar es coherente.

—Ahora sí que no me entero de nada.

—Si uno quisiera asesinar a gente con un virus —le expliqué—, en primer lugar tendría que encontrar la forma de hacerlo. La vía de transmisión, por ejemplo. ¿Es un alimento, una bebida, polvo? En el caso de la viruela, la vía de transmisión es el aire; el virus se propaga mediante gotitas o líquidos procedentes de heridas. La enfermedad puede llevarla una persona encima o en la ropa.

—Antes de seguir, aclárame una cosa —dijo—. ¿De dónde sacó esta persona el virus? No es algo que se pueda encargar por correo.

—No lo sé. Que yo sepa, sólo hay dos lugares en el mundo donde guardan muestras de viruela: el Centro de Prevención y Control de Enfermedades, y un laboratorio de Moscú.

—De modo que podría tratarse de una conspiración rusa —dijo Pete con ironía.

—Pongamos por caso que el asesino está resentido por algo o incluso que sufre una especie de delirio según el cual es voluntad divina que se propague de nuevo una de las peores enfermedades que este planeta ha conocido jamás. Ha de hallar una forma de infectar a la gente al azar y tener la seguridad de que surte efecto.

—De modo que necesita un conejillo de Indias —dijo Pete.

—Eso es. Supongamos que tiene una vecina, una pariente, una persona mayor que no está bien de salud. Es posible incluso que cuide de ella. ¿Qué mejor forma de experimentar el virus que hacerlo en esa persona? Si surte efecto, la mata y lo organiza todo de forma que parezca que la muerte se debe a

otras causas. Al fin y al cabo, si tiene relación con la víctima no puede permitir que se sepa de ninguna manera que ha muerto de viruela, puesto que podríamos averiguar quién es. Así que le pega un tiro en la cabeza y la desmiembra para que pensemos que se trata de otra víctima del asesino múltiple.

—¿Y qué relación guarda todo esto con la señora de Tangier?

—Estuvo expuesta a la acción del virus —me limité a decir.

—¿Cómo? ¿Fueron a entregarle algo a su domicilio? ¿Le mandaron algo por correo? ¿Se transmitió por aire? ¿Se lo inyectaron cuando estaba dormida?

—No sé cómo.

—¿Crees que « muerteadoc » vive en Tangier? —preguntó a continuación.

—No, no lo creo —respondí—. Pienso que escogió la isla de Tangier porque es el lugar perfecto para comenzar una epidemia. Es pequeña e independiente. Además es fácil de poner en cuarentena, lo cual significa que el asesino no tiene intención de aniquilar de golpe a toda la sociedad. Va a intentar hacerlo poco a poco, como si quisiera cortarnos en pedacitos.

—Como hizo con la anciana.

—Quiere algo —dije—. Lo de Tangier lo ha hecho para llamar la atención.

—No te lo tomes a mal, Doc, pero espero que estés completamente equivocada.

—Me voy a Atlanta mañana. ¿Por qué no hablas con Vander y le preguntas si ha tenido suerte con la huella del pulgar?

—Por el momento no la ha tenido. Parece que no hay ninguna huella de la víctima en la base de datos. Si hay alguna noticia, te llamaré al busca.

—¡Joder! —exclamé, porque la enfermera también se lo había llevado.

El resto del día se me hizo interminable, y Fujitsubo no vino a despedirse de mí hasta después de la cena. Aunque el hecho de darme de alta significaba que no estaba contagiada ni podía contagiar a nadie, vino vestido con un traje azul y lo conectó a un tubo de aire.

—Deberías quedarte más tiempo —dijo nada más llegar, haciendo que se me encogiera el corazón de miedo—. La incubación dura entre doce y trece días por término medio, pero puede llegar a durar veintinueve. Lo que quiero decir es que todavía cabe la posibilidad de que te pongas enferma.

—Me hago cargo —dije.

—El efecto de la vacuna dependerá de la etapa en la que te encontraras cuando te la puse. —Asentí con la cabeza.

—No tendría tanta prisa por irme si en lugar de mandarme al CCE te encargaras tú del caso.

—Kay, no puedo hacerlo. —Su voz sonaba amortiguada debido al plástico—. Sabes perfectamente que esto no tiene nada que ver con lo que a mí me apetezca hacer. Me es tan imposible quitarle un caso al CCE como a ti ocuparte de un caso que no es de tu jurisdicción. He hablado con ellos. Están muy preocupados por la

posibilidad de que haya un brote, y van a empezar a hacer pruebas en cuanto llegues con las muestras.

—Me temo que es una acción terrorista.

—Mientras no haya pruebas, y espero que no llegue a haberlas, aquí no podemos hacer nada más por ti. —Lo sentía de verdad—. Ve a Atlanta, a ver qué te dicen. Ellos también están trabajando con un equipo reducido. No podía haber ocurrido en peor momento.

—O en el más oportuno —añadí—. Si fueras un desalmado que planea cometer una serie de crímenes con un virus, ¿qué mejor momento para hacerlo que cuando los departamentos federales de sanidad están bajo mínimos? Este problema de las bajas forzadas empezó hace ya bastante tiempo y no parece que vaya a acabar pronto.

El coronel Fujitsubo guardó silencio.

—John —proseguí—, tú me ayudaste con la autopsia. ¿Has visto alguna vez una enfermedad así?

—Sólo en los libros de texto —respondió sombríamente.

—¿Cómo es posible que la viruela reaparezca de repente por sí sola?

—Si es que se trata de viruela...

—En cualquier caso, es virulenta y mortal —dije tratando de convencerle.

Pero él no podía hacer nada más. Pasé el resto de la noche deambulando por los canales de AOL y mirando el correo electrónico cada hora para ver si había llegado algo. «Muerteadoc» permaneció en silencio hasta las seis de la madrugada, en que entró en el canal M.F. Cuando su nombre apareció en la pantalla, me dio un vuelco el corazón y empezó a afluir la adrenalina, como ocurría siempre que «muerteadoc» se dirigía a mí. Estaba conectado. Ahora todo dependía de mí: podía cogerle, pero para eso tenía que ponerle la zancadilla.

Muerteadoc: el domingo fui a la iglesia seguro que tú no fuiste.

Scarpetta: ¿Cuál fue el tema de la homilía? Muerteadoc: el sermón Scarpetta: Tú no eres católico. Muerteadoc: cuidado con los hombres Scarpetta: Mateo 10. Dime a qué te refieres. Muerteadoc: para decir que lo siente Scarpetta: ¿Quién es él? ¿Y qué hizo? Muerteadoc: beberéis de la copa de la que yo bebo.

Se fue antes de que pudiera responderle, de modo que me puse a consultar la Biblia. El versículo que había citado en esta ocasión pertenecía al evangelio según san Marcos y una vez más era Jesucristo quien lo decía, lo cual me hizo pensar que «muerteadoc» no era judío. Tampoco era católico, a tenor de los comentarios que había hecho sobre la Iglesia. Yo no era teóloga, pero me parecía que beberéis de la copa era una referencia a la crucifixión de Jesucristo. ¿Significaba eso que «muerteadoc» había sido crucificado y que yo también acabaría siéndolo?

Como sólo me faltaban unas pocas horas para marcharme, Sally se mostraba ahora más generosa con el teléfono. Llamé al busca de Lucy, quien respondió a mi llamada casi al instante.

—He estado hablando con él —le dije—. ¿Estáis al tanto?

—Sí, claro. Tiene que estar más rato conectado —respondió mi sobrina—. Hay muchas líneas interurbanas y tenemos que disponer de los datos de todas las compañías de teléfonos para localizarle y atraparle. La última llamada que has recibido era de Dallas.

—¿Lo dices en serio? —exclamé consternada.

—Dallas no es el lugar desde el que ha hecho la llamada, sino el lugar por el que se la han desviado. No hemos averiguado más porque se ha desconectado. Sigue probando. Parece que ese tío es una especie de fanático religioso.

Más tarde, cuando el sol ya se elevaba entre las nubes, cogí un taxi y me marché del instituto. No tenía nada excepto la ropa que llevaba puesta, que había sido esterilizada en la autoclave o con gas. Iba con prisa y llevaba con gran cuidado una gran caja de cartón blanco en la que se leía: ARTÍCULOS PERECEDEROS. ¡URGENTE! ¡URGENTE!; IMPORTANTE: MANTÉNGASE EN POSICIÓN VERTICAL y otros grandes avisos de color azul escritos con letras de molde.

Como si fuera un puzzle chino, mi paquete consistía en varias cajas metidas unas dentro de otras. Éstas contenían envases para organismos vivos, los cuales contenían a su vez los tubos con el hígado, el bazo y la médula espinal de Lila Pruitt protegidos con cubiertas de cartón duro y un envoltorio ondulado de burbujas. Todo ello iba envuelto en nieve carbónica y llevaba pegatinas que rezaban SUSTANCIA INFECCIOSA y PELIGRO, para prevenir a cualquier persona que traspasara la primera capa de protección. Evidentemente, no podía perder de vista el cargamento que llevaba. Además de ser un peligro probado, podía servir de prueba en caso de que la muerte de la señora Pruitt resultara ser un homicidio. En el aeropuerto internacional de Baltimore-Washington, encontré un teléfono público y llamé a Rose.

—El IIMEIEEU tiene mi maletín médico y mi microscopio —le dije sin perder tiempo—. Mira a ver qué puedes hacer para que nos lo envíen y nos llegue mañana. Estoy en el aeropuerto de Baltimore-Washington y me dirijo al CCE.

—He intentado localizarla con el busca —me dijo.

—A ver si también me lo devuelven. —Estaba intentando recordar qué más me faltaba—. Y el teléfono también.

—Ha recibido un informe que tal vez le resulte interesante. Los pelos de animal que aparecieron en el torso son de conejo y de mono.

—Qué raro —fue lo único que se me ocurrió decir.

—Lamento tener que darle esta noticia. Los medios de comunicación han estado llamando para preguntar por el caso de Carrie Grethen. Por lo visto se ha

producido otra filtración.

—¡Joder! —exclamé. Estaba pensando en Ring.

—¿Qué quiere que haga?

Consulté el reloj.

—Rose, tengo que ir a ver si consigo que me dejen subir al avión. No me han permitido pasar por los rayos X y sé lo que va a ocurrir cuando trate de embarcar con esto que llevo.

Ocurrió exactamente lo que me figuraba. Cuando entré en la cabina, una auxiliar de vuelo se fijó en la caja y sonrió.

—Traiga —dijo alzando las manos—. Permítame que lo ponga con el resto del equipaje.

—No puedo separarme de ella —respondí.

—No va a haber ni en el portaequipajes ni debajo del asiento, señora.

Su sonrisa ya era forzada, y la cola de pasajeros era cada vez más larga.

—¿Podríamos hablar de esto sin obstruir el paso? —pregunté al tiempo que entraba en la cocina.

La auxiliar de vuelo estaba justo a mi lado, casi pegada a mí.

—Señora, este vuelo tiene exceso de pasajeros. No tenemos nada de espacio.

—Tome —dije mostrándole mis documentos.

Eché un vistazo a la hoja de márgenes rojos del certificado de artículos peligrosos y, al llegar a la mitad de la columna en la que se indicaba que transportaba «sustancias infecciosas perjudiciales para el ser humano», se quedó de piedra. Presa de los nervios, recorrió la cocina con la mirada y me hizo acercarme a los servicios.

—Según el reglamento, sólo una persona cualificada puede manipular artículos peligrosos como éstos —le expliqué de manera razonable—, de modo que no puedo separarme de ella.

—¿Qué contiene? —me pregunté en voz baja, con los ojos desorbitados.

—Muestras de autopsia.

—¡Virgen Santísima!

Agarró inmediatamente la lista de asientos y poco después me acompañó a una fila vacía que había en primera clase, cerca del fondo.

—Póngala en el asiento de al lado. ¿No se derramará nada? —preguntó.

—La protegeré con mi vida.

—Aquí van a quedar muchos asientos libres, a menos que haya mucha gente que quiera cambiar de clase. Pero no se preocupe, los conduciré a otra parte —me aseguró, moviendo los brazos como si tuviera un volante en las manos.

Nadie se acercó a mí ni a mi compartimiento. Tomé café durante el vuelo, que resultó muy tranquilo. Me sentía desnuda sin busca ni teléfono, pero estaba encantada de estar sola. En el aeropuerto de Atlanta tomé innumerables escaleras y corredores mecánicos y, tras recorrer una distancia que me pareció

kilométrica, logré salir al exterior y coger un taxi.

Tras salir de la 85 Norte tomamos la calle Druid Hills y enseguida empezamos a pasar por delante de casas de empeño y establecimientos de coches de alquiler, y más adelante por delante de enormes selvas de kudzus y zumaques venenosos, y de pequeños centros comerciales. El Centro de Prevención y Control de Enfermedades se encontraba en medio de los aparcamientos de la Universidad de Emory, delante de la Sociedad Americana contra el Cáncer. Era un edificio de cinco plantas de ladrillo color canela guarnecido de gris. Me presenté ante un mostrador en el que había unos guardias y un circuito cerrado de televisión y dije:

—Tengo que llevar esta caja al laboratorio Bio Nivel 4; he quedado en el vestíbulo con el doctor Bret Martin.

—Tendrá que ir acompañada, señora —dijo uno de los guardias.

—Mejor —dije mientras él cogía el teléfono—. Siempre me pierdo.

Le seguí hasta la parte de atrás del edificio, donde las instalaciones eran nuevas y se hallaban bajo una intensa vigilancia. Había cámaras por todas partes, el cristal era a prueba de balas y los pasillos consistían en pasarelas con suelo de rejilla. Pasamos por los laboratorios para el tratamiento de la gripe y de bacterias y por la zona de hormigón y ladrillo rojo del sida y de la rabia.

—Esto es impresionante —comenté. Hacía años que no pasaba por aquí.

—Pues sí, sí que lo es. Cuentan con todas las medidas de seguridad que uno pueda imaginar. Hay cámaras y detectores de movimientos en todas las entradas y salidas. Se hierva y quema toda la basura y se utilizan filtros de aire para eliminar todo lo que entre... salvo a los científicos. —Se echó a reír y abrió una puerta con una tarjeta perforada—. Bueno, ¿qué malas noticias nos trae?

—He venido precisamente para averiguarlo —respondí.

Ya habíamos llegado al vestíbulo. En realidad el Bio Nivel 4 sólo consistía en una enorme cubierta de flujo laminar con gruesas paredes de acero y hormigón. Era un edificio dentro de otro edificio, y sus ventanas estaban tapadas con persianas. Los laboratorios se hallaban detrás de gruesos tabiques de cristal, y los únicos científicos de traje azul que estaban trabajando aquel día de baja forzosa eran los que tenían el suficiente interés en lo que estaban haciendo como para ir al laboratorio fueran cuales fuesen las circunstancias.

—Éstos del gobierno... —estaba diciendo el guardia al tiempo que meneaba la cabeza—. ¿Qué se piensan? ¿Que las enfermedades como el Ebola van a esperar a que solucionen lo del presupuesto? —preguntó sin dejar de menear la cabeza.

Continuamos avanzando y pasamos por delante de unas salas de control que estaban a oscuras y unos laboratorios en los que no había nadie, y más adelante por un pasillo en el que había unas jaulas de conejos vacías y por delante de unas salas para primates de gran tamaño. Un mono me miró asomado a unos barrotes

desde detrás de un cristal, con unos ojos tan humanos que me asusté. Recordé entonces lo que me había contado Rose. «Muerteadoc» había dejado pelos de mono y conejo en una víctima que yo sabía que había tocado. Quizá trabajara en un lugar como el Centro de Prevención.

—Tiran basura a la gente —dijo el guardia sin dejar de andar—. Lo mismo que hacen los defensores de los derechos de los animales. No deja de tener su lógica, ¿no le parece?

Cada vez estaba más angustiada.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A donde me ha dicho el buen doctor que la lleve, señora —respondió el guardia. Ahora estábamos en una pasarela de diferente altura y nos dirigíamos a otra parte del edificio.

Pasamos por una puerta junto a la que había unas cámaras frigoríficas Reveo para temperaturas muy bajas, que parecían ordenadores del tamaño de grandes fotocopiadoras. Aunque estaban cerradas con llave, el pasillo era un mal sitio para dejarlas. Un hombre corpulento con una bata de laboratorio me estaba esperando. Tenía el pelo rubio y fino como el de un niño pequeño y estaba sudando.

—Soy Bret Martin —dijo tendiéndome la mano—. Gracias —añadió, haciendo una seña al guardia para indicarle que ya podía irse.

Le di la caja de cartón.

—Aquí es donde guardamos las muestras de viruela —dijo señalando las cámaras frigoríficas al tiempo que ponía la caja sobre una de ellas—. Están a setenta grados bajo cero. ¿Qué quiere que le diga? —Se encogió de hombros—. Se encuentran en el pasillo porque no tenemos espacio en la zona de máxima contención. No deja de ser una casualidad que me dé esto a mí, aunque no creo que se trate de la misma enfermedad.

—¿Todo lo que hay aquí es viruela? —pregunté, mirando con asombro.

—Todo no, y la que hay no va a durar mucho, por primera vez en este planeta hemos tomado la decisión de eliminar una especie.

—Qué ironía —dije—. La especie de la que está hablando ha eliminado a millones de personas.

—¿Así que usted opina que deberíamos coger este foco de infección y pasarlo por la autoclave?

Por la expresión de su cara me di cuenta de que pensaba algo que ya había oído en otras ocasiones. La vida era mucho más complicada que como yo la describía, y sólo las personas como él percibían sus matices más sutiles.

—No estoy diciendo que debamos destruir nada —repliqué—. En absoluto. En realidad, probablemente no debamos hacerlo debido a eso —añadí, mirando la caja que acababa de darle—. El que metamos la viruela en la autoclave no significa ni mucho menos que vaya a desaparecer. Creo que es como cualquier

otra arma.

—Yo también. Me encantaría saber dónde tienen escondidas los rusos actualmente las muestras de viruela y si han vendido alguna a algún país del Oriente Medio o a Corea del Norte.

—¿Va a hacer reacciones en cadena de polimerasa con todo esto? —pregunté.

—Sí.

—¿Inmediatamente?

—En cuanto podamos.

—Por favor —dije—. Es urgente.

—Ésa es la razón por la que me encuentro aquí en este momento —respondió—. El gobierno considera que no soy necesario. Debería estar en mi casa.

—Tengo unas fotografías que el IIMEIEEU tuvo la gentileza de revelar cuando yo estaba en el Trullo —dije con un dejo de ironía.

—Me gustaría verlas.

Subimos al ascensor y salimos en la tercera planta. Me condujo a una sala de reuniones donde el personal del laboratorio se reunía para idear estrategias contra los espantosos azotes que tenía que combatir, los cuales no siempre eran capaces de identificar.

Por lo general en aquella sala se reunían bacteriólogos, epidemiólogos y la gente encargada de las cuarentenas, las comunicaciones, los patógenos especiales y las reacciones en cadena de polimerasa. Pero ahora estaba vacía; no había nadie excepto nosotros.

—En este momento soy la única persona a su disposición —me explicó el doctor Martin.

Saqué del bolso un grueso sobre y le mostré las fotografías. Él se puso a mirarlas y permaneció un momento con la vista clavada en las imágenes en color del torso y del cadáver de Lila Pruitt, como si se hubiera quedado anonadado.

—Dios santo... —exclamó—. Creo que deberíamos investigar inmediatamente las vías de transpiración. Hay que ver a todas las personas que hayan podido estar en contacto con el virus. Lo digo en serio: hay que darse prisa.

—Eso creo que podemos hacerlo en Tangier —dije.

—Está más claro que el agua que no se trata ni de sarampión ni de varicela —dijo—. Pero también está claro que es una enfermedad eruptiva.

Entonces miró las fotografías de las manos y los pies con los ojos muy abiertos.

—¡Uf! —Las examinó sin pestañear y con el reflejo de la luz en las gafas—. ¿Qué demonios es esto?

—Se llama a sí mismo «muerteadoc» —le expliqué—. Me mandó unos

archivos gráficos por AOL, de forma anónima, por supuesto. El FBI está intentando dar con él.

—¿Y a esta víctima de aquí la desmembró?

Asentí con la cabeza.

—También tiene manifestaciones parecidas a la de la víctima de Tangier.

El doctor Martin estaba mirando las vesículas del torso.

—Eso parece hasta el momento.

—¿Sabe una cosa? La viruela del mono lleva años preocupándome —dijo—. Hemos realizado un sinfín de estudios en África occidental, desde Zaire hasta Sierra Leona, donde se han dado casos de este virus y de viruela menor. Pero hasta el momento no hemos dado con el virus de la viruela. El temor que tengo es que un día de éstos alguna enfermedad eruptiva del reino animal va a hallar la manera de infectar a la gente.

Me acordé una vez más de la conversación telefónica que había mantenido con Rose acerca del asesinato y de los pelos de animales.

—Lo único que tiene que pasar es que el microorganismo salga al aire, por así decirlo, y encuentre a un huésped propenso.

Volvió a fijarse en las fotografías de Lila Pruitt en las que aparecía su cadáver desfigurado tendido sobre una cama sucia.

—Es evidente que estuvo expuesta a un número de virus lo bastante grande como para causarle una enfermedad devastadora —comentó. Estaba tan absorto que daba la impresión de estar hablando consigo mismo.

—Doctor Martin, ¿cogen los monos la viruela del mono o son sólo los portadores? —pregunté.

—La cogen y la contagian cuando hay contacto animal, como ocurre en la selva tropical de África. En el planeta se conocen nueve virus virulentos que causen enfermedades eruptivas, pero sólo dos se transmiten a los humanos: el virus *variola* o viruela, que gracias a Dios ha desaparecido, y el *molluscum contagiosum*.

—En el torso han aparecido unos residuos pegados que han sido identificados como pelo de mono.

Se volvió para mirarme y frunció el entrecejo.

—¿Cómo?

—Y pelo de conejo también. Me pregunto si no habrá alguien por ahí haciendo sus propios experimentos de laboratorio.

El doctor se levantó de la mesa.

—Vamos a empezar a investigar ahora mismo. ¿Dónde puedo localizarla?

—En Richmond. —Le di mi tarjeta y salimos de la sala de reuniones—. ¿Podría llamar alguien a un taxi?

—Por supuesto. Uno de los guardias de recepción. Lo siento, pero en el centro no hay ningún oficinista.

Como tenía la caja en las manos, apretó el botón del ascensor con el codo.

—Esto es una pesadilla. Tenemos salmonela en Orlando por un zumo de naranja no pasteurizado; otro posible brote de gran alcance de *escherichia coli* O-uno-cinco-siete-H-siete, causado probablemente por comer carne de vaca picada cruda; botulismo en Rhode Island y una enfermedad respiratoria en una residencia de ancianos. Y luego el Congreso quiere recortarnos el presupuesto.

—Qué me va usted a contar a mí...

Nos detuvimos en todas las plantas para que subiera más gente. El doctor Martin seguía hablando.

—Fíjese. En una estación invernal de Iowa hay un posible caso de shigella porque la lluvia ha inundado los pozos privados. A ver quién es el listo que consigue que intervenga el Departamento de Protección Medioambiental.

—Eso se llama misión imposible —comentó irónicamente alguien cuando volvieron a abrirse las puertas.

—Si es que aún existe —bromeó el doctor Martin—. Recibimos catorce mil llamadas al año y sólo disponemos de dos operadoras. A decir verdad, en este momento no tenemos ninguna. Coge el teléfono cualquier persona que pasa por ahí, yo incluido.

—Por favor, no se entretenga con esto —dije cuando llegamos al vestíbulo.

—No se preocupe —respondió dándome a entender que se hacía cargo—. En cuanto llegue a casa voy a llamar a tres personas para que se ocupen de ello.

Llamé por teléfono y tuve que esperar media hora en el vestíbulo a que llegara el taxi. Hice el trayecto en silencio, contemplando plazas de mármol y granito pulido, complejos deportivos que me hicieron pensar en los Juegos Olímpicos, y edificios de cristal y metal plateado. Atlanta era una ciudad en lo que todo aspiraba a llegar más alto. Sus suntuosas fuentes parecían un símbolo de generosidad y ausencia de miedo. Me sentía un poco mareada, tenía escalofríos y estaba extrañamente cansada puesto que buena parte de la semana había estado guardando cama. Cuando llegué a la puerta de aerolíneas Delta, ya me había empezado a doler la espalda. No conseguía entrar en calor ni pensar con claridad. Sabía que tenía fiebre.

Empecé a sentirme enferma antes de llegar a Richmond. Cuando Pete me vio en la puerta del aeropuerto, puso cara de auténtico miedo.

—Dios mío, Doc —exclamó—. Tienes un aspecto fatal.

—Es que me siento fatal.

—¿Traes maletas?

—No. ¿Y tú? ¿Traes noticias?

—Pues sí —respondió—. Una pequeña noticia que te va a poner de muy mala leche. Anoche Ring arrestó a Keith Pleasants.

—¿Por qué? —pregunté entre toses.

—Por intentar escaparse. Según parece, cuando salió del vertedero después del trabajo, Ring se puso a seguirle y trató de hacerle parar por exceso de velocidad. Por lo visto, Pleasants se negó a detenerse, de modo que ahora está en la cárcel con una fianza de cinco mil dólares, aunque parezca mentira. No va a poder ir a ninguna parte durante una temporada.

—A eso se le llama hostigamiento. —Me soné la nariz y añadí—: Ring está molestándole a él, está molestando a Lucy y está molestándome a mí.

—Y que lo digas. Quizá deberías haberte quedado en Maryland guardando cama —dijo cuando entramos en el ascensor—. No te lo tomes a mal, pero ¿no iré a coger y o también eso, verdad?

A Pete le aterraba cualquier cosa que no pudiera ver, tanto si era una radiación como si era un virus.

—No sé qué tengo —le expliqué—. Puede que sea gripe.

—La última vez que pillé la gripe estuve dos semanas fuera de combate. —Caminó más despacio para no tener que esperarme—. Además has estado en contacto con otras cosas.

—Entonces ni te acerques ni me toques ni me beses —dije con sequedad.

—Descuida, oye.

Continuamos la conversación cuando salimos a la calle. Hacía una tarde fría.

—Mira, voy a coger un taxi —dije. Estaba tan enfadada con él que tenía ganas de llorar.

—No sé si me parece bien —respondió Pete. Tenía cara de miedo y estaba nervioso.

Hice una señal con la mano, y mientras lo hacía tragué saliva y me tapé la cara. Un taxi Blue Bird viró hacia donde yo estaba.

—Tienes miedo de coger la gripe, como Rose. ¡Todo el mundo tiene miedo de cogerla! —exclamé furiosa—. ¿Sabes una cosa? No tengo casi dinero. Esto es horrible... Mira mi traje. ¿Crees que la autoclave plancha cualquier cosa y deja un olor agradable? Y de las medias será mejor no hablar. No tengo ni abrigo ni guantes, llego aquí y ¿a cuántos grados resulta que estamos? —Abrí bruscamente la puerta del taxi y añadí—: ¡A uno bajo cero!

Cuando entré, Pete me miró fijamente y me dio un billete de veinte dólares con cuidado de no rozarme con los dedos.

—¿Necesitas algo de la tienda? —preguntó cuando el taxi ya estaba alejándose.

Tenía un nudo en la garganta y los ojos bañados en lágrimas. Saqué unos pañuelos de papel del bolso, me soné la nariz y lloré en silencio.

—No es mi intención molestarla, señora —dijo el taxista, un hombre corpulento de edad avanzada—. Pero ¿adónde vamos?

—A Windsor Farms. Ya le indicaré el camino cuando lleguemos —dije entre

hipidos.

—Eso de reñir... —Meneó la cabeza y añadió—: ¿Verdad que es un asco? Me acuerdo de una vez que mi esposa y yo nos pusimos a discutir en una de esas fiestas del pescado en las que se puede comer todo lo que a uno le apetezca. Al final ella cogió el coche y yo me fui andando. Ocho kilómetros tuve que andar. Y por los barrios peligrosos de la ciudad.

Estaba asintiendo con la cabeza y observándome por el espejo retrovisor. Creía que Pete y yo habíamos tenido una pelea de enamorados.

—¿De modo que está casada con un poli? —dijo entonces—. Le he visto llegar al aeropuerto. No hay ni un solo coche camuflado de policía circulando por ahí que pueda engañar a un servidor —afirmó golpeándose el pecho con el pulgar.

Tenía un dolor de cabeza atroz y me escocía la cara. Me recosté en el asiento y cerré los ojos mientras él me hablaba de la época en que había vivido en Filadelfia y me decía que esperaba que no nevara mucho aquel invierno. La fiebre me dio sueño y me quedé dormida. Cuando me desperté, no sabía dónde me encontraba.

—Señora, señora... Ya hemos llegado —estaba diciéndome el taxista en voz alta para espabilarme—. ¿Adónde vamos ahora?

Acababa de tomar Canterbury y se había detenido delante de un stop.

—Por ahí. Doble a la derecha y siga por Dover —respondí.

Le indiqué cómo llegar a mi barrio y su cara empezó a reflejar un creciente desconcierto cuando pasamos por delante de las fincas de estilo tudor y georgiano que había detrás de las tapias de la zona más rica de la ciudad. Al detenerse delante de la puerta se quedó mirando la piedra con que estaba construida mi casa y el terreno arbolado que la circundaba; cuando me apeé del taxi, me escrutó con la mirada.

—No se preocupe —me respondió cuando le di el billete de veinte dólares y le dije que se quedara con el cambio—. Yo he visto de todo, señora, pero nunca he dicho nada.

Se pasó la mano por la boca como si fuera una cremallera y me guiñó un ojo. Se pensaba que era la esposa de un hombre rico y que tenía una tempestuosa aventura amorosa con un detective de policía.

—Es una buena norma de conducta —respondí tosiendo.

Aunque la alarma antirrobo me recibió con su habitual pitido de aviso, al llegar a casa sentí un alivio como no había sentido nunca en la vida. Sin perder más tiempo, me quité la ropa esterilizada y me di inmediatamente una ducha caliente, inhalando el vapor y tratando de eliminar los estertores que tenía en los pulmones. Cuando estaba arrebujándome con un grueso albornoz de felpa, sonó el teléfono. Eran las cuatro en punto de la tarde.

—¿Doctora Scarpetta?

Era Fielding.

—Acabo de llegar a casa —dije.

—Por la voz que tiene, no parece que esté bien.

—No lo estoy.

—Pues la noticia que tengo que darle no va a contribuir a que mejore —dijo

—. En Tangier hay otros dos posibles casos.

—Oh, no... —exclamé.

—Una mujer y su hija. Tienen cuarenta grados de fiebre y sarpullidos. El CCE ha desplegado un equipo con aisladores para camas.

—¿Cómo está Wingo? —pregunté.

Se quedó un momento callado, como si estuviera perplejo.

—Bien. ¿Por qué?

—Me ayudó a examinar el torso —le recordé.

—Ah, sí. Bueno, está como siempre.

Me senté aliviada y cerré los ojos.

—¿Alguna novedad respecto a las muestras que ha llevado a Atlanta?

—Espero que estén haciendo análisis con la poca gente que hayan podido reunir.

—Entonces todavía no sabemos de qué se trata.

—Jack todo apunta a la viruela —respondí—. Eso es lo que parece por el momento.

—Yo nunca la he visto. ¿Y usted?

—No la había visto hasta ahora. Puede que la lepra sea peor. Morir de una enfermedad es espantoso, pero si además uno acaba desfigurado es una crueldad. —Volví a toser. Tenía mucha sed—. Ya hablaremos mañana y decidiremos qué vamos a hacer.

—No me parece que deba usted ir a ninguna parte.

—Tienes toda la razón, pero no me queda más remedio.

Colgué y traté de localizar al doctor Bret Martin en el Centro de Prevención y Control de Enfermedades de Atlanta, pero me salió un contestador y él no respondió a mi llamada. También le dejé un recado al coronel Fujitsubo, pero tampoco respondió a mi llamada, por lo que me imaginé que estaría en casa, como la mayoría de sus colegas. La guerra de los presupuestos proseguía con toda su fuerza.

—¡Mierda! —exclamé mientras ponía a calentar una tetera llena de agua y buscaba té en una alacena—. ¡Mierda, mierda, mierda!

A Benton lo llamé poco antes de las cinco. Al menos en Quantico había gente que seguía trabajando.

—Gracias a Dios que todavía hay alguien que responde al teléfono —le solté a su secretaria.

—Aún no han decidido si soy innecesaria o no —respondió.

—¿Está en su despacho?—pregunté.

Benton se puso al teléfono; parecía tan alegre y lleno de energía que enseguida me puso los nervios de punta.

—No tienes derecho a estar tan animado —dije.

—Tienes gripe.

—No sé qué tengo.

—Ése es el problema, ¿no?

Estaba preocupado y se había puesto de malhumor.

—No lo sé. Hasta el momento todo son suposiciones.

—No es mi intención ser alarmista...

—Entonces no lo seas —barboté.

—Kay —dijo con voz firme—. Tienes que hacer frente a esta situación. ¿Y si no es gripe lo que tienes?

No dije nada; era incapaz de considerar tal posibilidad.

—Por favor —insistió—. No le restes importancia. No aparentes que no es nada, como haces con la mayoría de las cosas en la vida.

—Me estás poniendo furiosa —le espeté—. Llego al aeropuerto y me encuentro con que Pete no quiere que entre en su coche, de modo que cojo un taxi y el taxista se piensa que tenemos una aventura y que el ricachón de mi marido no sabe nada. Y mientras tanto yo tengo una fiebre y unos dolores horribles, y lo único que quiero es llegar a casa.

—¿Que el taxista piensa que tenéis una aventura?

—Mira, déjalo.

—¿Cómo sabes que tienes la gripe y no otra cosa?

—No tengo sarpullidos. ¿Es eso lo que querías oír?

Se produjo un prolongado silencio. Luego dijo:

—¿Y si te salen?

—Entonces es probable que me muera, Benton. —Volví a toser—. Seguramente no volverás a tocarme, y si todo sigue su curso yo no querré que me veas. Resulta más fácil preocuparse por los merodeadores, los asesinos múltiples y las personas a las que puedes eliminar de un tiro. Pero lo que a mí siempre me ha dado miedo es lo que no puedes ver. Te pillan un día soleado en un lugar público y se te mete en el cuerpo con la limonada. Me han vacunado contra la hepatitis B, pero ésto no es más que un asesino de los muchísimos que hay. Luego están la tuberculosis, el sida, el Hanta, el Ebola y también éste. Dios... —Respiré hondo y añadí—: Todo empezó con el torso, pero yo no sabía nada.

—Me han contado lo de los dos nuevos casos —dijo. Su tono de voz era ahora dulce y tranquilo—. Puedo estar ahí dentro de dos horas. ¿Quieres verme?

—En este preciso momento no quiero ver a nadie.

—Da igual. Salgo ahora mismo.

—Benton —dije—. No lo hagas.

Pero ya se había decidido. Aparcó su ronco BMW delante de mi casa cuando faltaba poco para la medianoche. Salí a recibirle a la puerta, pero no nos tocamos.

—Vamos a sentarnos ante la chimenea —dijo.

Así lo hicimos, y él tuvo el detalle de prepararme otra taza de café descafeinado. Yo me senté en el sofá y él en una silla. Las llamas alimentadas por el gas envolvían el tronco artificial de la chimenea; yo había disminuido la intensidad de las luces.

—No dudo de tu teoría —me dijo tras beber pausadamente un poco de coñac.

—Puede que mañana sepamos más.

Tenía la mirada clavada en el fuego. Sentía escalofríos y estaba sudando.

—En este momento me da igual ese maldito asunto.

Me miró intensamente.

—Pues no debería —dije secándome la frente con una manga.

—Te digo que me da igual.

Guardé silencio. Tenía la mirada clavada en mí.

—Quien me importa eres tú —afirmó.

Yo seguía sin responder.

—Kay... —dijo agarrándome el brazo.

—No me toques, Benton. —Cerré los ojos—. No lo hagas. No quiero que tú también te pongas enfermo.

—¿Ves cómo te es más cómodo estar enferma? Así no puedo tocarte. Y mientras, la noble doctora se preocupa más por mi bienestar que por el suyo.

No dije nada; había decidido no llorar.

—Te es más cómodo. Quieres estar enferma para que nadie se pueda acercar a ti. Pete se niega incluso a llevarte a casa, y yo no puedo ponerte las manos encima; Lucy no puede verte, y Janet tiene que hablarte con un cristal por medio.

—¿Qué quieres decir? —pregunté mirándole.

—Que tu enfermedad es funcional.

—Vaya, eso debiste de estudiarlo en la universidad. O quizás hiciste un curso de postgrado de psicología o algo por el estilo.

—No te burles de mí.

—Nunca me he burlado de ti.

Volví la cara hacia la chimenea con los ojos fuertemente cerrados. Sabía que le había hecho daño.

—Kay. No te me mueras.

No dije nada.

—Que no se te ocurra. —Le temblaba la voz—. ¡Que no se te ocurra!

—No vas a librarte tan fácilmente... —dije levantándome—. Vamos a la cama.

Durmió en la habitación en la que solía quedarse Lucy, y yo me pasé casi toda la noche despierta, tosiendo y tratando de encontrar una posición cómoda, lo cual me resultó sencillamente imposible. A la mañana siguiente, Benton se levantó a las seis y media, y el café ya estaba saliendo cuando entré en la cocina. Al mirar por la ventana vi cómo la luz se filtraba por entre los árboles, y supe que hacía un frío helador por lo abarquilladas que estaban las hojas de los rododendros.

—Estoy preparando el desayuno —anunció Benton—. ¿Qué quieres?

—No me apetece nada.

Estaba débil, y al toser tenía la sensación de que se me desgarraban los pulmones.

—Es evidente que has empeorado. —La preocupación se reflejó por un instante en sus ojos—. Deberías ir al médico.

—Para eso ya estoy yo. Además es demasiado pronto para ir a ver a uno.

Me tomé una aspirina, un descongestionante y mil miligramos de vitamina C. Luego me comí un bollo, pero cuando ya empezaba a sentirme casi como un ser humano, llamó Rose y me dejó destrozada.

—¿Doctora Scarpetta? La mujer de Tangier ha muerto esta mañana.

—Dios mío... —Estaba sentada a la mesa de la cocina, mesándome el pelo—. ¿Y su hija?

—Está grave. O al menos lo estaba hace unas horas.

—¿Y el cadáver?

Benton estaba detrás de mí, haciéndome un masaje en los hombros y en el cuello.

—No lo han movido todavía. Nadie sabe muy bien lo que hay que hacer, y tanto el centro forense de Baltimore como el CCE están intentando localizarla.

—¿Quién del CCE? —pregunté.

—Un tal doctor Martin.

—Primero tengo que hablar con él, Rose. Mientras tanto llama a Baltimore y diles que no envíen el cadáver al depósito de cadáveres bajo ningún concepto hasta que yo hable con ellos. ¿Cuál es el número del doctor Martin?

Me lo dio y marqué inmediatamente. Respondió enseguida; parecía alterado.

—Hemos hecho reacciones en cadena de polimerasa con las muestras que nos trajó. Tienen tres moléculas catalizadoras; dos de ellas coinciden con las de la viruela; la otra no.

—¿Entonces es viruela o no lo es?

—Hemos comparado su secuencia genómica con las de todos los virus causantes de enfermedades eruptivas que hay en los laboratorios de consulta del mundo y no coincide con ninguna. Doctora Scarpetta, creo que lo que tiene es un virus mutante.

—Lo cual significa que la vacuna contra la viruela no va a surtir efecto —dije

sintiendo que se me caía el alma a los pies.

—Lo único que podemos hacer es realizar experimentos en el laboratorio de animales. Esto supone que vamos a tener que esperar por lo menos una semana para saber de qué se trata y poder empezar siquiera a plantearnos por lo menos la posibilidad de una nueva vacuna. Por razones prácticas lo llamamos viruela, pero en realidad no sabemos qué demonios es. Permítame que le recuerde que llevamos trabajando en la vacuna contra el sida desde 1986 y que seguimos como al principio.

—Hay que poner la isla de Tangier en cuarentena inmediatamente. ¡Tenemos que contenerlo! —exclamé. Me encontraba al borde de un ataque de pánico.

—Nos hacemos cargo, créame. En este momento estamos formando un equipo y vamos a movilizar a la guardia costera.

Colgué el teléfono y me volví angustiada hacia Benton:

—Tengo que irme. Hay un brote de algo que no conoce nadie. Ya ha matado al menos a dos personas, puede que a tres. O a cuatro.

Él me siguió por el pasillo mientras yo continuaba hablando.

—Es viruela, pero no lo es. Tenemos que averiguar cómo se transmite. ¿Conocía Lila Pruitt a la mujer que acaba de morir? ¿Tuvo algún tipo de contacto con ella o lo tuvo con la hija? ¿Vivían cerca? ¿Y el abastecimiento de agua? Un depósito... Recuerdo que había uno. Era azul.

Estaba vistiéndome. Benton se encontraba en la puerta, pálido e inexpresivo.

—Entonces vas a volver —dijo.

—Antes tengo que ir a Richmond —respondí, mirándolo.

—Ya te llevo yo —dijo.

Benton me dejó en el centro de la ciudad y me dijo que iba a la oficina del FBI de Richmond y que ya hablaría conmigo más tarde. Los tacones de mis zapatos sonaron con fuerza en el pasillo mientras daba los buenos días a los empleados del centro forense. Rose estaba al teléfono cuando entré en el despacho. Al ver mi escritorio desde su puerta me quedé anonadada: había cientos de informes y certificados de defunción a los que tenía que poner el visto bueno y echar una firma, y la bandeja de asuntos pendientes estaba repleta de cartas y recados de teléfono.

—Pero ¿qué es esto? —exclamé cuando colgó—. Ni que hubiera estado un año ausente.

—Pues lo parece.

Rose estaba frotándose las manos con una loción. Entonces me fijé en que al borde de mi escritorio había un pequeño pulverizador aroma terapéutico Vita para la cara y un paquete de correos abierto a su lado. También había uno sobre la mesa de Rose junto a su frasco de vaselina de protección intensiva. Miré primero su pulverizador de Vita y luego el mío; mi subconsciente estaba procesando lo que estaba viendo, antes que mi entendimiento. Tuve la impresión de que la realidad se volvía del revés y me agarré al marco de la puerta. Rose se puso en pie y, dejando que la silla saliera rodando hacia atrás, rodeó la mesa y se lanzó hacia mí.

—¡Doctora Scarpetta!

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté con la vista clavada en el pulverizador.

—No es más que una muestra. —Tenía cara de desconcierto—. Han llegado varias por correo.

—¿La has utilizado?

Me miró con cara de auténtica preocupación y respondió:

—Bueno, acaban de llegar. Aún no lo he probado.

—¡No lo toques! —le ordené con severidad—. ¿Quién más tiene uno?

—Pues, no sé. ¿Qué ocurre? ¿Pasa algo malo? —preguntó levantando la voz.

Cogí unos guantes de mi despacho, agarré el pulverizador de su mesa y lo metí en tres bolsas.

—¡Todo el mundo a la sala de reuniones ahora mismo!

Fui corriendo a las oficinas y di el mismo aviso. A los pocos minutos ya se había reunido el personal del centro al completo, incluidos los médicos, que no habían podido quitarse el uniforme de laboratorio. Algunos se habían quedado sin aliento, y todo el mundo estaba mirándome fijamente con cara de nerviosismo y cansancio.

Levanté la bolsa transparente para pruebas en la que había metido el pulverizador de Vita y, recorriendo la sala con la mirada, pregunté:

—¿Quién tiene un pulverizador como éste?

Alzaron la mano cuatro personas.

—¿Quién lo ha utilizado? —pregunté a continuación—. Es absolutamente necesario que sepa quién lo ha utilizado.

Cleta, una secretaria que trabajaba en oficinas, puso cara de miedo.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—¿Te lo has echado a la cara? —inquirí.

—Se lo he echado a mis plantas —respondió.

—Mételas en bolsas y quémalas —le ordené—. ¿Dónde está Wingo?

—En la facultad de medicina.

—No lo sé a ciencia cierta —les dije a todos—, y ruego a Dios que esté equivocada, pero es posible que se trate de una manipulación de producto. Por favor, que no cunda el pánico, pero que no toque nadie ese pulverizador bajo ningún concepto. ¿Sabemos exactamente cómo lo han traído?

Fue Cleta quien respondió.

—Esta mañana yo he sido la primera en llegar. En el buzón había informes de la policía, como siempre, pero también estaban los pulverizadores. Han venido en paquetes de correos en forma de tubo. Había once. Lo sé porque los he contado para ver si había bastantes para todos.

—De modo que no los ha traído el cartero. Los han echado al buzón de la puerta principal.

—No sé quién los ha traído, pero parecía que los habían mandado por correo.

—Por favor, traedme todos los tubos que tengáis todavía.

Me dijeron que nadie los había usado; los cogieron todos y los llevaron a mi despacho. Me puse unos guantes de algodón y unas gafas y examiné el tubo de correos que me habían mandado a mí. Tenía franqueo de correo ordinario y se trataba claramente de una muestra de fábrica. Me pareció sumamente extraño que pudieran enviar algo así a una persona en concreto. Miré dentro del tubo y encontré un vale para el pulverizador. Lo puse a la luz y observé que tenía en los bordes unas irregularidades imperceptibles, como si lo hubieran cortado con unas

tijeras y no con una máquina.

—¿Rose? —exclamé.

Entró en mi oficina.

—El tubo que tienes... —dije—, ¿a quién iba dirigido?

—A nadie en concreto —respondió con cara de preocupación.

—Entonces el único que ha llegado con nombre es el mío.

—Creo que sí. Esto es horrible.

—Sí, sí que lo es. —Cogí el tubo de correos—. Fíjate. Las letras son del mismo tamaño y el matasello está en el mismo marbete que la dirección. Es la primera vez que veo algo así.

—Es como si lo hubieran hecho con un ordenador —dijo con creciente asombro.

—Voy al laboratorio del ADN. —Me levanté—. Llama al IIMEIEEU ahora mismo y dile al coronel Fujitsubo que tenemos que fijar una hora para celebrar una reunión por vídeo con él, el CCE y Quantico.

—¿Desde dónde quiere hacerla? —preguntó cuando yo salía apresuradamente por la puerta.

—Desde aquí no. A ver qué dice Dentón.

Salí a la calle, pasé corriendo por el aparcamiento y crucé la calle Catorce. Entré en el edificio Seaboard, que era adonde habían trasladado el laboratorio del ADN junto con otros laboratorios de medicina forense unos años antes. Fui al despacho de los guardias de seguridad y llamé a la jefa de sección, la doctora Douglas Wheat, que a pesar de ser mujer tenía nombre masculino.

—Necesito un sistema de aire cerrado y un extractor —le dije.

—Pasa.

Un largo pasillo inclinado que siempre estaba reluciente conducía a una serie de laboratorios separados por tabiques de cristal dentro de los cuales había científicos armados con pipetas, geles y sondas radioactivas intentando arrancar sus identidades a los códigos genéticos. La doctora Wheat, que batallaba con el papeleo casi tanto como yo, estaba sentada detrás de su mesa, escribiendo algo con su ordenador. Era una mujer de cuarenta años, simpática y con un gran atractivo.

—¿En qué lío te has metido esta vez? —me preguntó sonriéndome y mirando la bolsa que llevaba—. Me da miedo preguntártelo.

—Una posible manipulación de producto —respondí—. Tengo que rociar un poco sobre un portaobjetos, pero no tiene que entrar en contacto con el aire ni conmigo ni con nadie.

—¿De qué se trata?

Se había levantado y tenía una expresión sombría.

—Tal vez de un virus.

—¿Como el de la isla de Tangier?

—Me temo que sí.

—¿No crees que sería más prudente llevarlo al CCE y dejar que...?

—Sí, Douglas, sería más prudente —le expliqué pacientemente. Tosí una vez más y añadí—: Pero no disponemos de tiempo. Tengo que saberlo lo antes posible. Desconocemos cuántas muestras de éstas pueden hallarse en poder de los consumidores.

Como las pruebas que se analizaban allí eran de sangre, el laboratorio de ADN tenía una serie de extractores provistos de sistemas cerrados de aire y rodeados de bioprotectores de cristal. Me condujo a uno que había al fondo de la habitación y nos pusimos mascarillas y guantes. Tras darme una bata de laboratorio, puso en marcha un ventilador que aspiraba el aire y lo metía en el extractor, donde pasaba por filtros de partículas de aire de alto rendimiento.

Puse bajo el extractor un portaobjetos limpio y lo rocié con el pulverizador.

—Ahora hay que bañar esto en una solución de lejía del diez por ciento —dije cuando hube acabado—. Luego lo meteremos en tres bolsas y lo enviaremos a Atlanta junto con los otros diez.

—Ahora mismo la traigo —dijo Douglas echando a andar.

El portaobjetos no tardó nada en secarse. Le eché una gota de colorante Nicolaou y lo tapé con un cubreobjetos. Cuando Douglas regresó con la solución de lejía, yo ya estaba mirándolo por el microscopio. Douglas bañó la rociada de Vita varias veces mientras yo notaba cómo mis temores se confundían y formaban un espantoso nubarrón y sentía en el cuello las pulsaciones de la sangre. Entonces vi los cuerpos de Guarneri a los que tanto temía.

Douglas comprendió lo que ocurría cuando alcé la vista para mirarla y vio la expresión de mi cara.

—Malas noticias —dijo.

—Malas noticias.

Apagué el microscopio y arrojé la mascarilla y los guantes al cubo de los desechos biológicamente peligrosos.

Los pulverizadores de Vita que habían llegado al centro fueron enviados a Atlanta por avión y se difundió un aviso preliminar por todo el país a todas aquellas personas que pudieran haber recibido una muestra semejante por correo. El fabricante había retirado el producto del mercado inmediatamente y las compañías aéreas habían dejado de incluir el pulverizador entre los artículos de las bolsas de viaje que daban a los pasajeros de primera clase y de clase preferente durante los vuelos al extranjero. La propagación de la enfermedad, caso de que «muerteadoc» hubiera manipulado el contenido de cientos o miles de pulverizadores, podía llegar a extremos escalofriantes. Cabía la posibilidad de que nos encontráramos una vez más ante una epidemia de ámbito mundial.

La reunión se celebró a la una del mediodía en las oficinas del FBI de la calle Staples Mills. Las banderas del estado y de la nación soportaban en lo alto de unos largos mástiles el embate de un fuerte viento que arrancaba las marrones hojas de los árboles y hacía que la tarde pareciese mucho más fría de lo que en realidad era.

El edificio de ladrillo, nuevo, tenía una sala de reuniones provista de un equipo audiovisual que nos permitía ver a personas que se encontraban en puntos lejanos mientras hablábamos con ellas. Una agente estaba sentada a la cabecera de la mesa delante de un tablero de mandos. Benton y yo tomamos asiento y acercarnos los micrófonos. Encima de nosotros, en las paredes, había monitores de vídeo.

—¿A quién más estamos esperando? —preguntó Benton cuando entró en la sala el AER, esto es, el agente especial responsable, con un montón de documentos en las manos.

—Miles —respondió el AER. Se refería a mi jefe, el comisario de sanidad—. Y la guardia costera. —Eché un vistazo a sus documentos y añadió—: El jefe regional de Crisfield, Maryland. Van a traerlo en helicóptero. No creo que tarde más de media hora en uno de esos cacharros.

Apenas hubo dicho esto pudimos oír a lo lejos el débil tableteo de unas hélices. Al cabo de unos minutos pasó por encima de nosotros un Jayhawk haciendo un enorme estruendo y aterrizó en la pista para helicópteros que había detrás del edificio. No recordaba que hubiera aterrizado nunca un helicóptero de rescate de la guardia costera en nuestra ciudad, ni siquiera que la hubiera sobrevolado a tan poca altura; la imagen debía de haber sido espectacular para la gente que estuviera en la carretera. Martínez estaba quitándose la chaqueta cuando entró en la sala. Me fijé en los pantalones de uniforme y el jersey azul marino de comando que llevaba y en los mapas que traía enrollados en tubos, y tuve la sensación de que la situación se agravaba.

Mientras la agente que estaba sentada a la cabecera de la mesa estaba moviendo unos mandos, llegó el comisario Miles y se sentó a mi lado. Era un hombre mayor con una mata de pelo canoso más rebelde que el de la mayoría del personal que estaba a su mando. Aquel día tenía mechones levantados en todas las direcciones. Se puso unas gruesas gafas negras con expresión seria y severa y empezó a tomar notas. Entonces me dijo:

—Tienes cara de estar algo indispuesta.

—Es normal en esta época —respondí.

—Si lo hubiera sabido, no me habría sentado a tu lado. —Lo decía en serio.

—Ya he pasado la etapa del contagio —le expliqué, pero había dejado de prestarme atención.

Los monitores se estaban encendiendo por toda la sala; en uno de ellos reconocí la cara del coronel Fujitsubo. Luego, tras una serie de parpadeos,

apareció Bret Martin en otra y nos miró fijamente.

—Cámaras encendidas —dijo la agente a cargo del tablero de mandos—. Micrófonos encendidos. ¿Puede alguien hacer una prueba?

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno —dijo el AER por el micrófono.

—¿Qué tal el volumen?

—Aquí bien —respondió Fujitsubo desde Frederick, Maryland.

—Aquí también —dijo Martin desde Atlanta.

—Pueden empezar cuando quieran —anunció la agente del tablero de mandos mirándonos a todos.

—Un breve resumen para asegurarnos de que estamos todos al corriente —dije—. Tenemos un brote de un virus que, según parece, está relacionado con la viruela. Por ahora sólo se ha detectado en la isla de Tangier, a treinta kilómetros de la costa de Virginia. Hasta el momento se han registrado dos muertes y un enfermo. Es probable que también estuviera infectada una reciente víctima de homicidio. Se sospecha que la vía de transmisión son unas muestras de loción facial aroma-terapéutica Vita contaminadas de forma deliberada.

—Eso no se ha comprobado todavía.

Era el comisario Miles quien había hablado.

—Las muestras estarán aquí en cualquier momento —dijo Martin desde Atlanta—. Iniciaremos los análisis inmediatamente; esperamos tener una respuesta antes de mañana por la tarde. Mientras tanto, hemos prohibido el envío de las muestras hasta que sepamos exactamente qué es lo que tenemos entre manos.

—Pueden hacer reacciones en cadena de polimerasa para ver si se trata del mismo virus —dijo el comisario Miles mirando las pantallas de vídeo.

El doctor Martin hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, podemos hacerlo.

El comisario Miles nos miró a todos.

—¿Cuál es la situación entonces? ¿Tenemos a un desequilibrado suelto, a una especie de asesino del Tylenol que ha decidido utilizar una enfermedad? ¿Cómo sabemos si esos pequeños pulverizadores no están ya por todas partes?

—Creo que el asesino está tomándoselo con calma. —Benton había empezado a hacer lo que mejor se le daba—. Empezó matando a una persona. Cuando vio que obtenía resultados, pasó a un isla diminuta. Como también ha obtenido resultados, ahora ha atacado un centro del departamento de sanidad situado en el centro de una ciudad. —Se volvió hacia mí y añadió—: Si no lo detenemos o elaboramos una vacuna, pasará a la siguiente fase. Otro motivo por el que sospecho que el asesino se encuentra en la zona es que, por lo visto, los pulverizadores han sido entregados personalmente y con un franqueo falso de correo en los paquetes para que parezca que los ha repartido el cartero.

—Entonces usted cree que se trata de una manipulación de producto.

—Opino que se trata de una acción terrorista.

—¿Con qué propósito?

—Todavía no lo sabemos —respondió Benton.

—Pero esto es mucho peor que el asesino del Tylenol o que Unabomber —dije—. El mal que ellos causan se restringe a la persona que toma el comprimido o abre el paquete. Pero en el caso del virus, el mal se extiende más allá de la primera víctima.

—Doctor Martin, ¿qué puede decirnos de este virus en particular? —preguntó el comisario Miles.

El doctor nos miró con ojos inexpresivos desde su pantalla y respondió:

—Tradicionalmente empleamos cuatro métodos para analizar la viruela. La microscopía electrónica, con la que hemos obtenido una imagen directa del virus.

—¿La viruela? —exclamó el comisario Miles casi gritando—. ¿Está usted seguro de eso?

—Espere, déjeme acabar —dijo el doctor Martin—. También hemos comprobado la identidad antigénica utilizando gel de agar-agar. Sin embargo, el análisis del cultivo de membrana corioalantoidea de embrión y de otros cultivos de tejido nos va a costar dos o tres días, de manera que aún no disponemos de resultados, aunque sí tenemos el de las reacciones en cadena, el cual confirma que es un virus relacionado con la viruela. El problema es que no sabemos cuál. Es muy extraño: se trata de un virus desconocido en la actualidad, no es la viruela del mono ni la menor extraída de éste, ni tampoco las clásicas viruelas menor y mayor, aunque parece que está relacionada con ellas.

—Doctora Scarpetta —dijo el coronel Fujitsubo—, ¿puede decirme todo lo que sabe sobre el contenido de ese pulverizador de loción facial?

—Agua destilada y fragancia. No trae una lista de ingredientes, aunque los pulverizadores de este tipo no suelen traerla —respondí.

El coronel estaba tomando notas.

—¿Aséptico? —preguntó, mirándonos nuevamente por el monitor.

—Eso espero, puesto que en el modo de empleo se recomienda pulverizarlo sobre la cara y las lentillas —le respondí.

—Me pregunto entonces cuánto tiempo podemos prever que se conservarán esos pulverizadores contaminados —prosiguió el coronel Fujitsubo vía satélite—. El virus de la viruela no es muy estable en condiciones húmedas.

—Eso es importante —comentó el doctor Martin, ajustándose el auricular—. El virus aguanta muy bien en condiciones secas y con una temperatura normal puede sobrevivir desde varios meses hasta un año. Es sensible a la luz del sol, pero dentro de un pulverizador eso no supone un problema. El calor no le va bien, lo cual significa, desgraciadamente, que ésta es su mejor época del año.

—Entonces es posible que muchos no surtan efecto —dije—, aunque dependerá de lo que la gente haga cuando los reciba.

—Es posible —respondió el doctor Martín.

Benton dijo:

—Está claro que el criminal al que estamos buscando sabe de enfermedades infecciosas.

—No podría ser de otra manera —recalcó el coronel Fujitsubo—. El virus tiene que ser cultivado y propagado; si se trata realmente de terrorismo, el autor del crimen ha de estar muy familiarizado con las técnicas básicas de laboratorio. Sabe cómo protegerse para manipular un virus como éste. Partimos del supuesto de que sólo hay una persona implicada, ¿no?

—Yo opino que sí, pero la respuesta es que no lo sabemos —contestó Benton.

—Se llama a sí mismo « muerteadoc » . —Dije.

—¿Como el doctor Muerte? —preguntó el coronel Fujitsubo, frunciendo el entrecejo—. ¿Con eso quiere decirnos que es médico?

Una vez más resultaba difícil dar una respuesta, pero la pregunta más molesta era también la más difícil de hacer.

—Doctor Martín —dijo. Martínez se recostó silenciosamente en su silla sin dejar de prestar atención—, al parecer sólo hay aislados víricos en su centro y en un laboratorio ruso. ¿Tiene alguna idea de cómo han podido conseguir éste?

—¡Exacto! —exclamó Benton—. Por desagradable que pueda resultar, tenemos que examinar su lista de empleados. ¿Ha habido expulsiones o despidos recientemente? ¿Ha dejado alguien el trabajo durante los últimos meses o años?

—Las muestras del virus de la viruela de que disponemos están tan controladas e inventariadas como el plutonio —respondió el doctor Martín con seguridad—. Las he revisado yo personalmente y puedo asegurarles que no se ha tocado nada. No falta ni una. Además no es posible entrar en una de las cámaras frigoríficas sin autorización y sin saber la clave de la alarma.

Tras un momento de silencio, Benton dijo:

—Creo que sería una buena idea que nos proporcionara una lista de las personas que han recibido dicha autorización durante los últimos cinco años. En principio, y basándome en la experiencia, el perfil que he trazado de este individuo es el de un hombre blanco posiblemente de cuarenta y pocos años. Lo más probable es que viva solo, pero si no es así o si sale con alguien, tiene vedada una parte de su casa, su laboratorio...

—Entonces es probable que se trate de un antiguo empleado de laboratorio —dijo el agente especial encargado del caso.

—O alguien de esas características —respondió Benton—. Alguien con formación, preparado. Es una persona introvertida; para decir esto me baso en varias cosas, de las cuales no es la menos importante su tendencia a escribir en minúscula. Su rechazo a utilizar puntuación indica que se considera distinto a las demás personas y que para él no rigen las mismas normas. No es hablador y puede que sus colegas lo consideren reservado o tímido. Dispone de tiempo y, lo

que es más importante, considera que el sistema lo ha tratado mal. Cree que la autoridad suprema del país, que nuestro gobierno, le debe una disculpa. En mi opinión, ésta es la clave para comprender el móvil del autor del crimen.

—Entonces se trata de una venganza —dije—. Así de sencillo.

—Nunca es tan sencillo. Ojalá lo fuera —me indicó Benton—. Pero creo que la venganza es la clave; de ahí que sea importante que todos los departamentos gubernamentales que se ocupan de enfermedades infecciosas nos faciliten los expedientes de todos los empleados que durante los últimos meses o años hayan sido amonestados, despedidos, expulsados, dados de baja o cualquier cosa por el estilo.

El coronel Fujitsubo carraspeó.

—Bien, hablemos entonces de logística.

Había llegado el momento de que la guardia costera presentara un plan. Martínez se levantó de la silla y sujetó unos grandes mapas a unos tableros. El ángulo de las cámaras fue modificado para que los invitados que no se encontraban en la sala pudieran verlos.

—¿Puede sacar los mapas en pantalla? —preguntó Martínez a la agente del tablero de mandos.

—Ya los tengo —respondió ésta—. ¿Qué tal? —añadió volviéndose hacia los monitores.

—Bien.

—No sé... ¿Podría acercar un poco la imagen?

Mientras la agente aproximaba la cámara, Martínez sacó un puntero láser y dirigió su brillante punto de color rosa a la línea de la bahía de Chesapeake que dividía a Virginia de Maryland y cruzaba la isla de Smith, al norte de la isla de Tangier.

—Tenemos una serie de islas al norte, en dirección a la bahía Fishing y el río Nanticoke, en Maryland. Ésa es la isla Smith, ésa South Marsh y ésa Bloodsworth. —El punto rosa iba saltando de una a otra—. Aquí abajo está Crisfield, que se encuentra a veintiocho kilómetros de Tangier. —Nos miró y añadió—: Muchos pescadores llevan sus cangrejos a Crisfield. Y muchos habitantes de Tangier tienen parientes allí, lo cual me causa una gran preocupación.

—A mí lo que me preocupa es que los habitantes de Tangier no vayan a cooperar —dijo el comisario Miles—. La cuarentena va a dejarles sin su única fuente de ingresos.

—Sí, señor —dijo Martínez al tiempo que consultaba su reloj—. Estamos dejándoles sin ella en este preciso momento. Para rodear la isla contamos con lanchas y barcos procedentes de lugares tan lejanos como Elizabeth City.

—De modo que a partir de este momento no va a salir nadie de la isla —dijo Fujitsubo. Su cara seguía reinando sobre todos nosotros desde la pantalla de vídeo.

—En efecto.

—Bien.

—¿Y si la gente se resiste? —quise saber. Era una pregunta obvia—. ¿Qué va a hacer con ella? No puede detenerlos y correr el riesgo de exponerse al virus.

Martínez titubeó. Alzó la vista hacia la pantalla de vídeo y preguntó a Fujitsubo:

—Coronel, ¿podría responder usted a esta pregunta?

—En realidad ya hemos hablado de este asunto largo y tendido —nos informó el coronel—. He hablado con el secretario de Transportes, el vicealmirante Perry, y con el secretario de Defensa, por supuesto. En resumen, se han aligerado los trámites para obtener la autorización de la Casa Blanca.

—¿Autorización para qué?

Había sido el comisario Miles quien había formulado la pregunta.

—Para tirar a matar si falla todo lo demás —nos dijo Martínez a todos los presentes.

—Dios mío... —murmuró Benton.

Tenía la vista clavada en aquellos dioses del día del juicio final. No daba crédito a lo que estaba oyendo.

—No queda otro remedio —dijo el coronel Fujitsubo—. Si cunde el pánico y la gente empieza a huir de la isla y no atiende a los avisos de la guardia costera, llevará la viruela a tierra firme. Repito, la llevará. Esto no es una suposición, sino una realidad. Se trata de una población que no ha sido vacunada desde hace treinta años, o cuya inmunización se llevó a cabo hace tanto tiempo que ya no resulta eficaz. Por otra parte, la enfermedad puede haberse mutado hasta tal punto que la vacuna de la que disponemos en el presente ya no sirva de protección. En resumidas cuentas, las perspectivas no son halagüeñas.

No sabía si tenía el estómago revuelto porque me encontraba mal o por lo que acababa de oír. Pensé en aquel pueblo pesquero deteriorado por la intemperie, con sus lápidas inclinadas y sus tranquilos y rústicos habitantes que sólo querían que se les dejara en paz. Respondían al poder superior de Dios y de las tormentas, y no eran por tanto la clase de gente que obedeciera a cualquiera.

—Tiene que haber otra manera —dije.

Pero no la había.

—La viruela tiene fama de ser una enfermedad infecciosa sumamente contagiosa. Hay que contener este brote —afirmó Fujitsubo, pese a que era una obviedad—. Tenemos que preocuparnos por las moscas domésticas que rondan a los pacientes y por los cangrejos que vayan a mandar a tierra firme. ¿Existirá la posibilidad de que los mosquitos transmitan el virus, como en el caso del *tanapox*? Como aún no hemos identificado del todo la enfermedad, ni siquiera sabemos por qué cosas tenemos que preocuparnos.

El doctor Martín me miró.

—Ya hemos enviado varios equipos con enfermeras, médicos y aisladores

para camas al objeto de que esa gente no tenga que ir al hospital y pueda quedarse en casa.

—¿Y qué me dice de los cadáveres y la contaminación?—le pregunté.

—Según las leyes de Estados Unidos, esto constituye una emergencia sanitaria de primer orden.

—Me hago cargo, pero vaya al grano —dije con impaciencia, porque se me estaba poniendo burocrático.

—Habrá que quemarlo todo excepto a los pacientes. Los cadáveres serán incinerados. La casa de la señora Pruitt va a ser incendiada.

Fujitsubo trató de tranquilizarnos.

—El IIMEIEEU ya ha enviado un equipo. Vamos a hablar con los ciudadanos para hacerles comprender la situación.

Pensé en Davy Crockett y en su hijo, en los vecinos y en el pánico que sentirían al ver cómo unos científicos con trajes espaciales invadían su isla y empezaban a quemar sus casas.

—¿Sabemos a ciencia cierta que la vacuna de la viruela no va a surtir efecto? —preguntó Benton.

—A ciencia cierta no —respondió el doctor Martin—. Los análisis con animales de laboratorio pueden tardar unos días o varias semanas. Pero que la vacuna proteja a un animal no significa que vaya a servirle a un ser humano.

—Dado que han alterado el ADN del virus, yo no abrigaría la ilusión de que el virus de la vacuna vaya a resultar eficaz —avisó el coronel Fujitsubo.

—Yo no soy médico ni nada por el estilo —dijo Martínez—, pero me pregunto si de todos modos no sería conveniente vacunar a todo el mundo. Puede que dé resultado.

—Es demasiado peligroso —respondió el doctor Martin—. Si no se trata de la viruela, ¿por qué vamos a exponer deliberadamente a la población a la acción del virus y arriesgarnos de ese modo a que algunas personas contraigan la enfermedad? Además, cuando fabriquemos la nueva vacuna, no creo que sea aconsejable volver a la isla al cabo de unas semanas y vacunar a la gente de nuevo con un virus diferente.

—Por decirlo de otra manera —añadió el coronel—, no podemos utilizar a la población de Tangier como animales de laboratorio. Si los aislamos en la isla y les llevamos una vacuna lo antes posible, podremos contener este brote. Lo bueno de la viruela es que es un virus estúpido: mata a su huésped tan rápidamente que, si evitas que se extienda a otras zonas, acaba extinguiéndose.

—Estupendo. Así que se destruye una isla entera y mientras tanto nosotros nos dedicamos a mirar tan tranquilos cómo arde —me dijo el comisario Miles con enojo—. ¡Es increíble, joder! —Dio un puñetazo sobre la mesa y exclamó—: ¡No es posible que esto esté sucediendo en Virginia! —Se levantó de su silla—. Caballeros, me gustaría saber qué vamos a hacer si empieza a haber

pacientes en otras zonas del estado. Al fin y al cabo, si para algo me nombró comisario de sanidad el gobernador fue para cuidar de la salud de Virginia. — Tenía la cara de un color rojo oscuro y estaba sudando—. ¿Ahora resulta que vamos a empezar a quemar nuestras ciudades y pueblos como si fuéramos yanquis?

—Si el virus se extiende —dijo Fujitsubo—, está claro que tendremos que utilizar los hospitales y habilitar salas tal como hicimos en otras épocas. El CCE y el IIMEIEEU ya están poniendo sobre aviso al personal médico de todas las poblaciones y va a trabajar con él codo con codo.

—Somos conscientes de que el personal de hospital corre un riesgo enorme —añadió el doctor Martin—. Desde luego sería estupendo si el Congreso pusiera fin a esas malditas bajas forzosas; así no estaríamos atados de pies y manos.

—Créame: el Congreso y el presidente están al corriente.

—El senador Nagle me ha asegurado que las bajas acabarán mañana por la mañana.

—Siempre están seguros de todo y repiten lo mismo.

La hinchazón y el picor que sentía donde me habían vuelto a vacunar me recordaban una y otra vez que probablemente me habían inoculado un virus para nada. Estuve quejándome a Benton desde que salimos de la sala de reuniones hasta que llegamos al aparcamiento.

—Han vuelto a exponerme a la acción del virus. Estoy enferma, lo cual significa que probablemente esté inmunosuprimida. Lo que me faltaba.

—¿Cómo sabes que no lo tienes? —preguntó con tiento.

—No lo sé.

—Entonces puedes contagiarlo.

—No, no puedo. La primera señal de que se puede contagiar son los sarpullidos, y me miro cada día. Si viera la menor seña de un sarpullido, volvería a aislarme. No me acercaría a menos de cien metros de ti o de cualquier otra persona, Benton —dije, enfadándome estúpidamente porque había insinuado que corría el riesgo de contagiar a cualquiera incluso un simple resfriado.

Mientras abría las puertas del coche me lanzó una mirada y comprendí que estaba mucho más afectado de lo que daba a entender.

—¿Qué quieres que haga, Kay?

—Llévame a casa para que pueda coger mi coche —respondí.

Oscurció rápidamente mientras recorría kilómetros y kilómetros de frondosos pinares. Los campos estaban en barbecho, aunque aún había borra de algodón pegada a los secos tallos, y el cielo estaba húmedo y frío como una tarta

derretida. Al llegar a casa después de la reunión, había encontrado un recado de Rose en el contestador. Keith Pleasants había llamado desde la cárcel a las dos de la tarde para pedir desesperadamente que fuera a verle, y Wingo se había ido a casa porque tenía gripe.

A lo largo de los años había estado muchas veces en el viejo palacio de justicia del condado de Sussex, así que sus incomodidades y su pintoresquismo de antes de la guerra habían acabado por gustarme. Había sido construido en 1825 por el maestro de obras de Thomas Jefferson, era un edificio rojo con columnas y adornos blancos y había sobrevivido a la guerra de Secesión, pese a que los yanquis se las habían arreglado para destruir antes todos sus archivos. Pensé en los fríos días que había pasado en sus jardines acompañada por detectives, a la espera de que me llamaran a declarar, y me acordé de los casos que había llevado ante aquellos tribunales. Ahora tales diligencias se llevaban a cabo en el nuevo y espacioso edificio de al lado; cuando pasé por delante de él para dirigirme a la parte de atrás, me sentí triste. Las construcciones como aquella eran un monumento a la creciente delincuencia; echaba de menos la tranquila época en que me había trasladado a Virginia y me había sentido sobrecogida ante sus viejos ladrillos y ante la vieja e interminable guerra que simbolizaban. En aquel entonces fumaba. Me figuré que guardaba una idea romántica del pasado, que es lo que suele hacer la mayoría de la gente. Pero echaba de menos el tabaco, las largas esperas y el mal tiempo fuera de aquel palacio de justicia, que apenas tenía calefacción. El cambio me hacía sentir vieja.

La jefatura de policía era también de ladrillo rojo y tenía los mismos adornos blancos. El aparcamiento y la cárcel estaban circundados por una valla rematada con alambre de espino, dentro de la cual había dos reclusos vestidos con un mono naranja que estaban secando un coche de policía camuflado que acababan de lavar y abrillantar. Me miraron disimuladamente; aparqué y uno de ellos golpeó al otro con una gamuza.

—¿Qué pasa, tía? —me dijo uno de ellos entre dientes cuando pasé por delante.

—Buenas tardes —respondí, mirándolos a los dos.

Como no tenían interés en la gente a la que no podían intimidar, miraron hacia otra parte. Abrí la puerta principal. La cárcel era tan modesta por dentro que casi resultaba deprimente, y además desentonaba enormemente con su entorno, como suele ocurrir con todos los edificios públicos del mundo. Dentro había máquinas de Coca-Cola y bocadillos, y las paredes estaban cubiertas de avisos de busca y captura; en una de ellas había un retrato de un agente que había sido asesinado al acudir a una llamada. Me detuve ante la mesa del oficial de guardia, donde una joven estaba trajinando papeles y mordisqueando un bolígrafo.

—Perdone —dije—, vengo a ver a Keith Pleasants.

—¿Está usted en su lista de visitas?

Bizqueaba por culpa de las lentillas y llevaba unos correctores de color rosa en los dientes.

—Supongo que sí, porque ha sido él quien me ha pedido que venga.

Pasó las hojas de una carpeta de tapas blandas hasta llegar a la que estaba buscando.

—¿Cómo se llama?

Se lo dije y ella movió el dedo por la hoja.

—Aquí está. —Se levantó de su silla—. Acompáñeme.

Rodeó el escritorio y abrió una puerta con una ventanilla enrejada. Dentro había una estrecha habitación en la que se tomaban las huellas dactilares y las fotografías para las fichas. Detrás de un destaralado escritorio de metal había un fornido agente de policía, y detrás de él otra pesada puerta enrejada por la que llegaban los ruidos de la cárcel.

—Tiene que dejar su bolso aquí —me dijo el agente. Se volvió hacia su radio y preguntó—: ¿Puedes venir aquí?

—Diez cuatro. Voy para allá —respondió una mujer.

Dejé el bolso sobre el escritorio y metí las manos en los bolsillos del abrigo. Iban a registrarme, algo que no me gustaba.

—Aquí tenemos un cuarto para las reuniones con los abogados —me comentó el agente, moviendo bruscamente el pulgar como si estuviera haciendo dedo—. Pero algunos de estos animales escuchan todo lo que se dice, así que si eso le supone un problema, vaya arriba. Tenemos una sala allí.

—Creo que estaré mejor arriba —dije en el momento en que aparecía una agente de policía fuerte y con el pelo blanco y corto que llevaba un detector de metales de mano.

—Levante los brazos —me ordenó—. ¿Lleva algo de metal en los bolsillos?

—No —respondí al tiempo que el detector gruñía como un gato mecánico.

Me lo pasó de abajo arriba primero por un lado y luego por el otro. Pero el aparato seguía sonando.

—A ver, quítese el abrigo.

Lo puse sobre el escritorio y ella volvió a probar. El detector continuaba haciendo su alarmante ruido. La agente frunció el entrecejo y siguió probando.

—¿Lleva joyas? —preguntó.

Hice un gesto de negación, y de pronto me acordé de que llevaba un sujetador de aros. Pero no tenía intención de hacérselo saber. Ella dejó el detector y empezó a cachearme mientras el otro agente permanecía sentado detrás del escritorio, mirándonos con la boca medio abierta como si estuviera viendo una película porno.

—De acuerdo —dijo la agente cuando hubo comprobado que era inofensiva—. Sígame.

Para subir arriba tuvimos que pasar por la zona de la cárcel en la que se encontraban las mujeres. La agente abrió una pesada puerta de metal haciendo ruido con las llaves; cuando hubimos pasado, la puerta se cerró estrepitosamente. Las reclusas eran jóvenes y rudas, iban vestidas con un uniforme de tela vaquera y ocupaban unas celdas equipadas con un lavabo, una cama y un retrete de color blanco en las que apenas cabía un animal. Algunas mataban el tiempo haciendo solitarios. Tenían la ropa colgada de los barrotes, cerca de unos cubos de basura que habían llenado con los restos de la cena. El olor a comida pasada me revolvió el estómago.

—Hola, guapa.

—Pero ¿qué tenemos aquí?

—Una señora elegante. Mira, mira, mira...

—Vaya, vaya, vaya...

Cuando pasamos por delante de ellas, varias trataron de tocarme sacando las manos entre los barrotes; una se puso a hacer ruidos de beso, y otras prorrumpieron en desagradables chillidos que debían de ser risas.

—Déjala aquí. Sólo un cuartito de hora. Vamos, ven con mamaíta.

—Necesito cigarrillos.

—Cierra la boca, Wanda. Tú siempre necesitas algo.

—Callaos todas —ordenó la agente en un tono monótono y aburrido mientras abría otra puerta.

Subí detrás de ella y noté que estaba temblando. El cuarto al que me llevó estaba lleno de cosas desordenadas, como si hubiera tenido una función en el pasado. Había unos tableros de corcho apoyados contra la pared, una carretilla en un rincón y, esparcidos por todas partes, papeles que parecían impresos y boletines. Me senté en una silla plegable detrás de una mesa de madera rayada de nombres y ordinaries escritos con bolígrafo.

—Póngase cómoda, que ahora mismo sube —me dijo la agente antes de dejarme sola.

Me di cuenta de que tenía los caramelos para la tos y los pañuelos de papel en el bolso y el abrigo, los cuales había dejado abajo, así que estuve sorbiéndome por la nariz y con los ojos cerrados hasta que oí pasos. Cuando el agente hizo pasar a Keith Pleasants al cuarto, casi no pude reconocerle. Estaba pálido y desmejorado, el holgado uniforme que llevaba le hacía aún más delgado y las manos, que tenía esposadas por delante, las movía con torpeza. Los ojos se le llenaron de lágrimas al mirarme, y cuando intentó sonreír le temblaron los labios.

—Quédate ahí bien sentadito —le ordenó el agente—. Que no te oiga dar problemas aquí arriba. ¿Comprendido? Si no, vuelvo y se acaba la visita.

Pleasants cogió una silla y estuvo a punto de caerse.

—¿Es realmente necesario que esté esposado? —pregunté al agente—. Está aquí por una infracción de tráfico.

—Señora, se encuentra fuera de la zona de seguridad. Por eso está esposado. Volveré dentro de veinte minutos —dijo antes de marcharse.

—Nunca he estado en una situación como ésta. ¿Le importa si fumo?

Pleasants se sentó y se rio con un nerviosismo rayano en la histeria.

—En absoluto.

Le temblaban tanto las manos que tuvo que encenderle el cigarrillo.

—Parece que no hay ceniceros. Igual no se puede fumar aquí arriba. — Estaba inquieto y lanzaba miradas de un lado a otro—. Me han metido en una celda con un tío que es camello y tiene un montón de tatuajes. No me deja en paz. Como cree que soy marica, no para de meterse conmigo y de llamarme cosas. —Aspiró una gran bocanada de humo y cerró momentáneamente los ojos —. No estaba escapándome de nadie —añadió, mirándome a los ojos.

Me fijé en un vaso de plástico que había en el suelo y lo cogí para que lo usara de cenicero.

—Gracias —dijo.

—Keith, cuénteme lo que ocurrió.

—Volvía a casa del vertedero como siempre y de pronto apareció detrás de mí un coche camuflado con la sirena y las luces encendidas. Así que me paré inmediatamente y resultó que era ese cabrón de detective que está sacándome de quicio.

—Ring...

La furia empezó a apoderarse de mí. Pleasants asintió con la cabeza.

—Me dijo que llevaba más de un kilómetro siguiéndome y que no había obedecido a las luces. Pero eso es una mentira como una catedral, se lo aseguro. —Tenía los ojos brillantes—. Me ha puesto tan nervioso últimamente que ya ni sé si estaba detrás de mí, joder.

—¿Dijo algo más cuando le hizo parar? —pregunté.

—Sí, señora, sí que me dijo más cosas. Me dijo que mis problemas no habían hecho más que empezar. Ésas fueron las palabras exactas que empleó.

—¿Por qué quería verme?

Creía saberlo, pero prefería que me lo dijera él.

—Estoy metido en un buen lío, doctora Scarpetta. —Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas—. Mi madre ya es muy mayor y no tiene a nadie que cuide de ella más que a mí, y ahora resulta que la gente piensa que soy un asesino. ¡Pero si no he matado ni una mosca en mi vida! Ahora la gente me rehuye en el trabajo.

—¿Está su madre obligada a guardar cama? —pregunté.

—No, doctora. Pero ya anda cerca de los setenta años y tiene enfisema por culpa de esto. —Volvió a dar una chupada al cigarrillo—. Ya no puede conducir.

—¿Quién está cuidando de ella en este momento?

Keith hizo un gesto de negación y se enjugó las lágrimas.

Tenía las piernas cruzadas y movía un pie de tal manera que parecía que se lo iba a dislocar.

—¿No tiene a nadie que le lleve comida? —quise saber.

—Sólo a mí —respondió con voz entrecortada.

Volví a mirar en derredor, esta vez para buscar algo con lo que escribir, y encontré un lápiz de color púrpura y una toalla de papel marrón.

—Déme su dirección y número de teléfono —dije—. Le prometo que irá a verla alguien para asegurarse de que está bien.

Me dio los datos con una profunda sensación de alivio y yo los apunté.

—La he llamado porque no sabía a quién recurrir —siguió diciendo—. ¿No hay alguien que pueda hacer algo para sacarme de aquí?

—Tengo entendido que le han puesto una fianza de cinco mil dólares.

—¡De eso se trata! Unas diez veces más de lo que se suele poner, según el tipo que hay en mi celda. No tengo ni el dinero ni la manera de conseguirlo, lo cual significa que voy a tener que quedarme aquí hasta que me lleven a juicio, y para eso puede que falten semanas o incluso meses.

Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas. Estaba aterrado.

—Keith, ¿utiliza Internet? —pregunté.

—¿Que si utilizo qué?

—El ordenador.

—En el vertedero. ¿No se acuerda del sistema por satélite del que le hablé?

—Entonces sí que utiliza Internet.

No parecía que supiera de qué estaba hablando.

—Correo electrónico... —insistí.

—Utilizamos el sistema indicador de posición por satélite. —Tenía cara de desconcierto—. Por cierto, ¿se acuerda del camión del que se cayó el cadáver? Estoy prácticamente seguro de que era el de Colé y que el contenedor pertenecía a una obra. Recogen basura en varias obras que hay al sur de Richmond. Una obra es un buen sitio para deshacerse de algo. Si vas en coche cuando ya han cerrado, ¿quién te va a ver?

—¿Le ha contado esto al detective Ring? —pregunté.

El odio le hizo mudar el semblante.

—A él no le cuento nada. He dejado de hacerlo. Todo lo que ha hecho ha sido para liarme.

—¿Por qué cree que quiere liarle?

—Tiene que arrestar a alguien por este asunto. Quiere convertirse en un héroe. —De pronto había empezado a hablar con evasivas—. Dice que nadie sabe por dónde se anda. —Titubeó y luego dijo—: Ni siquiera usted.

—¿Y qué más le ha dicho? —pregunté, notando cómo iba transformándome en una fría y dura piedra, como solía ocurrirme cuando el enojo daba paso a una rabia definida.

—¿Sabe qué? Cuando estaba enseñándole la casa, no paraba de hablar. Le encanta hablar.

Cogió la colilla del cigarrillo y la puso torpemente de pie sobre la mesa para que se apagara sin quemar el vaso de plástico.

—Me dijo que usted tiene una sobrina que es todo un lince —prosiguió—, pero que pinta en el FBI tanto como usted en un centro forense, porque... Bueno.

—Continúe —dijo con voz serena.

—Porque no le van los hombres. Supongo que piensa lo mismo de usted.

—Muy interesante.

—Se rio al contármelo y dijo que, como las trataba mucho, sabía por experiencia personal que ninguna de las dos salía con nadie. Luego me advirtió que prestara atención y que me fijase en lo que les ocurre a los pervertidos, porque a mí pronto me iba a pasar lo mismo.

—Espere un momento. —Le interrumpí—. ¿Ring llegó realmente a amenazarle porque es homosexual o porque piensa que lo es?

—Mi mamá no lo sabe. —Agachó la cabeza y añadió—:

Pero hay gente que sí. He estado en bares. De hecho, conozco a Wingo.

Confíe en que no de forma íntima.

—Estoy preocupado por mamá. —Las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos—. Está muy afectada por lo que está pasándome y eso no es nada bueno para su salud.

—Mire, voy a ir a verla personalmente antes de volver a casa —dije tosiendo una vez más.

Una lágrima se deslizó por su mejilla, pero él se la secó bruscamente con el dorso de sus manos esposadas.

—Y voy a hacer otra cosa —dijo al tiempo que oía pasos en la escalera—. Voy a ver lo que puedo hacer por usted. No creo que haya matado a nadie, Keith. Voy a pagar su fianza y a asegurarme de que tenga un abogado.

Keith se quedó con la boca abierta sin dar crédito a lo que acababa de oír. En ese momento los guardias irrumpieron en el cuarto.

—¿Lo dice en serio? —exclamó, poniéndose en pie con dificultad y mirándome con los ojos desorbitados.

—Si me jura que está diciéndome la verdad.

—¡Oh, sí, doctora!

—Vamos, anda... —dijo un guardia—. Todos decís lo mismo.

—Tendrá que ser mañana —le indiqué a Pleasants—. El juez ya debe de haberse ido a casa.

—Vamos. Para abajo.

Un guardia le agarró de un brazo, pero Keith aún me dijo una cosa:

—A mamá le gusta la leche chocolateada y el jarabe Hershey. Pocas cosas más le sientan ya bien.

Cuando se hubo ido, me llevaron nuevamente por las escaleras y por la zona para mujeres. Esta vez las reclusas se mostraron hoscas, como si yo hubiera dejado de ser un motivo de diversión. Cuando estaba pensando que alguien debía de haberles dicho quién era, me dieron la espalda y una escupió.

El jefe de policía Rob Roy era una leyenda en el condado de Sussex y ganaba las elecciones todos los años sin oposición. Había estado en mi depósito de cadáveres muchas veces, y yo lo consideraba uno de los mejores agentes de policía que conocía. Lo encontré a las seis y media en el Virginia Diner, sentado a la mesa de los vecinos, que era literalmente donde se reunían. Ésta se encontraba en una gran sala, con manteles de cuadros rojos y sillas blancas. Rob estaba comiéndose un sándwich de jamón frito y tomándose un café solo; tenía la radio portátil de pie sobre la mesa y no paraba de hablar.

—Eso no lo puedo hacer, no señor. Porque ¿luego qué pasa? Pues que siguen vendiendo crack, eso es lo que pasa —estaba diciéndole a un hombre flaco y de piel curtida que llevaba una gorra de John Deere.

—Déjalos.

—¿Que los deje? —Rob cogió la taza de café. Estaba tan delgado, fuerte y calvo como siempre—. ¿Lo dices en serio?

—Pues claro que lo digo en serio, cojones.

—¿Les importa si les interrumpo? —pregunté acercando una silla.

Rob se quedó boquiabierto y por un momento me miró como si no diera crédito a sus ojos.

—Pero ¿se puede saber qué haces tú por estos lares?

—Buscarte.

—Bueno, yo me voy.

El hombre se tocó la gorra en señal de despedida y se levantó para marcharse.

—No me digas que has venido aquí por una cuestión de trabajo —dijo el jefe de policía.

—¿Por qué otra razón iba a venir?

Al ver de qué humor estaba se puso serio.

—¿Algo de lo que no esté enterado?

—Lo estás —respondí.

—Bien, ¿entonces qué? ¿Qué quieres comer? Te recomiendo el sándwich de pollo frito —dijo cuando apareció la camarera.

—Té caliente —respondí, preguntándome si volvería a comer algún día.

—No tienes cara de estar muy bien.

—Estoy hecha una mierda.

—Hay un brote de virus.

—Si yo te contara... —dije.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó, inclinándose hacia mí para prestarme toda su atención.

—Voy a pagar la fianza de Keith Pleasants —respondí—. Evidentemente, no podré hacerlo hasta mañana, por desgracia. Pero creo que es preciso que sepas, Rob, que se trata de un hombre inocente al que han metido en un lío. Le están persiguiendo porque el detective Percy Ring ha organizado una caza de brujas y quiere hacerse famoso.

Roy puso cara de perplejidad.

—¿Desde cuándo defiendes a reclusos?

—Desde el momento en que sé que son inocentes —respondí—. Este hombre tiene tanto de asesino múltiple como tú o como yo. Ni siquiera intentó escapar de la policía y lo más probable es que ni siquiera excediera la velocidad permitida. Ring está hostigándolo y está mintiendo. Fíjate en lo elevada que es la fianza que le han puesto por cometer una infracción de tráfico.

Rob guardó silencio y siguió escuchándome.

—Keith Pleasants tiene una madre anciana y achacosa que no tiene quién la cuide. Está a punto de perder su trabajo. Ya sé que el tío de Ring es el secretario de Seguridad Pública y también que fue jefe de policía —añadí—. Y también sé cómo son estas cosas, Rob. Necesito que me ayudes en este asunto. Hay que pararle los pies a Ring.

Roy apartó su plato en el momento en que le llamaban por radio.

—¿Estás convencida de lo que dices?

—Por supuesto.

—Aquí cincuenta y uno —dijo por radio mientras se colocaba bien el cinturón y el revólver.

—¿Alguna noticia sobre el robo? —preguntó una voz.

—Seguimos esperando.

Cortó la comunicación y me dijo:

—¿Estás segura de que ese joven no ha cometido ningún crimen?

Volví a asentir.

—Completamente segura. El asesino que desmembró a esa señora se comunica conmigo por Internet. Keith Pleasants ni siquiera sabe qué es eso. Está pasando algo muy gordo que en este momento no puedo explicarte, pero, créeme, no tiene nada que ver con ese joven.

—¿Y estás segura de lo de Ring? Lo digo porque tienes que estarlo si quieres que intervenga.

Tenia los ojos clavados en mí.

—¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo?

Arrojó la servilleta sobre la mesa y afirmó:

—Estas cosas me sacan de quicio. —Echó la silla bruscamente hacia atrás—. No me hace ninguna gracia que una persona inocente esté metida en mi cárcel y un policía ande por ahí haciéndonos quedar en mal lugar a los demás.

—¿Conoces a Kitchen, el propietario del vertedero de basuras?

—Sí, claro que lo conozco. Vamos al refugio de caza —respondió sacando la cartera.

—Alguien tiene que hablar con él para que Keith no pierda su trabajo. Tenemos que hacer bien las cosas —dije.

—Descuida.

Dejó el dinero sobre la mesa y salió airadamente por la puerta dando zancadas. Yo me quedé a acabarme el té y me puse a mirar unos expositores en los que había caramelos rayados, salsa para barbacoa y frutos secos de todos los tipos. Me dolía la cabeza y tenía escozores en la piel. Encontré un supermercado en la 460 y entré a comprar leche chocolateada, jarabe Hershey, verdura fresca y sopa.

Me puse a recorrer pasillos y de pronto me encontré con que tenía el carrito lleno de cosas: desde papel higiénico hasta fiambres.

Luego saqué un plano y la dirección que me había dado Keith Pleasants. La casa de su madre no se encontraba lejos; cuando llegué estaba dormida.

—Vaya por Dios —dije desde el porche—. No era mi intención despertarla.

—¿Quién es? —preguntó al abrir la puerta mientras miraba la oscuridad de la noche.

—La doctora Scarpetta. No tiene por qué...

—¿Qué clase de doctora?

La señora Pleasants tenía la espalda encorvada, la piel apergaminada y la cara arrugada como papel plisado. Sus largos y canosos cabellos flotaban como la gasa; al verla, me acordé del vertedero de basuras y de la anciana a la que «muerteadoc» había asesinado.

—Puede pasar —dijo empujando la puerta bruscamente; tenía cara de estar asustada—. ¿Está bien Keith?

—Vengo de verle y está bien —le aseguré—. Le traigo unas cosas del supermercado. —Tenía las bolsas en las manos.

—Ese chico... —dijo ella meneando la cabeza e indicándome que pasara a su pequeña y ordenada casa—. ¿Qué haría sin él? Es lo único que me queda en este mundo. ¿Sabe? Cuando nació, dije: «Keith, sólo te tengo a ti».

Tenia miedo y estaba disgustada, pero no quería que yo lo supiera.

—¿Sabe dónde está?—pregunté amablemente.

Entramos en la cocina, donde había un viejo frigorífico ancho y bajo y una cocina de gas. En lugar de responderme se puso a guardar lo que había comprado, pero cogía las latas con torpeza, y el apio y las zanahorias se le cayeron al suelo.

—Traiga, y a le ayudo —dije ofreciéndome.

—No ha hecho nada malo. —Empezó a llorar y añadió—: Lo sé. Pero ese policía no le deja en paz, está siempre viniendo por aquí y aporreando la puerta.

Se había quedado de pie en medio de la cocina, secándose las lágrimas con las manos.

—Keith me ha dicho que le gusta la leche chocolateada. Voy a prepararle un poco. Ya verá qué bien le sienta.

Cogí un vaso y una cuchara del escurrerplatos.

—Mañana estará en casa —dije—. Y no creo que vuelva a tener noticias del detective Ring.

La señora Pleasants me miró fijamente como si fuera un milagro.

—Sólo quería asegurarme de que dispone de todo lo necesario hasta que vuelva su hijo —proseguí, dándole el vaso de leche chocolateada, ni muy clara ni muy oscura.

—Estoy intentando adivinar quién es usted —dijo finalmente—. Esto está riquísimo. No hay nada mejor en el mundo. —Bebió un trago y sonrió sin prisas.

Le expliqué rápidamente por qué conocía a Keith y a qué me dedicaba, pero ella no me comprendió. Creía que estaba siendo amable con él y que me ganaba la vida expidiendo certificados médicos. De vuelta a casa, puse compactos a mucho volumen para no quedarme dormida. Conduje rodeada de una profunda oscuridad, y durante largos tramos no vi ni una sola luz excepto la de las estrellas. Cogí el teléfono. Me respondió la madre de Wingo, y aunque me dijo que estaba en la cama enfermo lo llamó.

—Wingo, estoy preocupada por ti —dije conmovida.

—Me siento fatal. —Y así lo parecía a juzgar por su voz—. Supongo que en el caso de la gripe todas las precauciones son pocas.

—Estás inmunosuprimido. He hablado con el doctor Riley y me ha dicho que tu nivel de células CD4 es bajo. —Quería que afrontara la realidad—. Describeme los síntomas que tienes.

—Me duele la cabeza de una forma espantosa, y el cuello y la espalda también. La última vez que me tomé la temperatura tenía cuarenta grados. Y tengo sed continuamente.

Cada cosa que me decía encendía una alarma en mi cabeza, pues los síntomas que estaba describiéndome respondían a las primeras fases de la viruela. Lo que me sorprendía era que no se hubiera puesto enfermo antes si se había contagiado al examinar el torso, sobre todo teniendo en cuenta la situación

de peligro en que se encontraba.

—¿No habrás tocado uno de esos pulverizadores que nos han mandado al centro?

—¿Qué pulverizadores?

—Los de Vita.

No sabía a qué me refería; entonces me acordé de que había estado ausente del centro la mayor parte del día y le expliqué lo que había sucedido.

—Dios mío... —exclamó de repente. El miedo nos atenazó a los dos—. Llegó uno por correo. Mamá lo dejó sobre la encimera de la cocina.

—¿Cuándo? —pregunté alarmada.

—No lo sé. Hará unos días. No sé. Era una cosa curiosísima. Imagínese, una lición que huele bien para refrescarse la cara.

Con éste eran doce los pulverizadores que «muerteadoc» había enviado a mis empleados, como «doce» había sido el mensaje que me había mandado. Si me incluía a mí misma, era el mismo número de personas que trabajaban a tiempo completo en el centro forense. ¿Cómo era posible que supiera una trivialidad como el número de empleados de mi plantilla de personal e incluso los nombres y direcciones de algunos de ellos si vivía lejos y se mantenía en el anonimato?

Me aterraba hacer la siguiente pregunta porque me imaginaba cuál era la respuesta.

—Wingo, ¿lo tocaste de algún modo?

—Lo probé, sólo para ver cómo era. —Le temblaba fuertemente la voz y tenía dificultades para hablar debido a los accesos de tos—. Estaba en la encimera, de modo que lo cogí. Sólo lo probé una vez. Oía a rosas.

—¿Lo ha probado alguien más en tu casa?

—No lo sé.

—Quiero que te asegures de que nadie toca ese pulverizador. ¿Me entiendes?

—Sí.

Estaba sollozando.

—Voy a mandar a alguien a que lo recoja; tú cuidate y cuida también de tu familia, ¿de acuerdo?

Estaba llorando tanto que no podía responder.

Cuando llegué a casa, ya pasaban unos minutos de la medianoche. Me sentía tan indispuesta que no sabía por dónde empezar. Llamé a Pete, a Benton y al coronel Fujitsubo. Les conté a todos lo que ocurría y les dije que había que mandar inmediatamente un equipo a casa de Wingo y su familia. Ellos me respondieron también con malas noticias. La niña de Tangier que se había puesto enferma había muerto y ahora se había contagiado un pescador. Fui a mirar el correo electrónico, deprimida y fatigada. Ahí estaba «muerteadoc», tan despreciable y mezquino como siempre. Me alegré. Había enviado el mensaje

cuando Keith Pleasants ya se encontraba en la cárcel:

«Espejo espejo de la pared dónde has estado» .

—Cabrón —le grité.

Aquel día había sido insoportable. Todo había sido insoportable: tenía dolores, sentía mareos y estaba completamente harta, de modo que no debería haber entrado en aquel canal; debería haberlo dejado para otra ocasión. Pero le esperé como quien va a batirse en duelo; hice notar mi presencia y aguardé impacientemente a que apareciera el monstruo. Lo hizo.

Muerteadoc: trabajo y esfuerzo.

Scarpetta: ¡Qué quieres!

Muerteadoc: estamos enfadados esta noche.

Scarpetta: Sí, si lo estamos.

Muerteadoc: qué te importan unos pescadores ignorantes y sus ignorantes familias y esos ineptos que trabajan para ti.

Scarpetta: Ya basta. Dime qué quieres y acabemos de una vez.

Muerteadoc: ya es demasiado tarde el mal ya está hecho se hizo mucho antes de que empezara todo esto.

Scarpetta: ¿Lo hiciste tú?

No contestó. Sin embargo, ocurrió algo extraño, pues aunque dejó de responder a las preguntas que le hacía no salió del canal. Pensé en la Brigada Diecinueve y rogué que estuvieran escuchando y que le siguieran de línea en línea hasta dar con su guarida. Pasó media hora. Cuando por fin me desconecté, llamaron al teléfono.

—¡Eres un genio! —Lucy estaba tan eufórica que me hizo daño en el oído—. ¿Cómo demonios te las has apañado para retenerle tanto tiempo?

—¿De qué estás hablando? —pregunté asombrada.

—Hasta ahora lleva once minutos. Te mereces un premio.

—Pero si sólo habré hablado con él unos dos minutos. —Traté de refrescarme la frente con el dorso de la mano—. No sé de qué me estás hablando.

Pero a ella le daba igual.

—¡Hemos cogido a ese hijo de puta! —Estaba loca de alegría—. Está en un camping de Maryland. Unos agentes de Salisbury ya se han puesto en camino. Janet y yo vamos a ir en avión.

Antes de que me levantara de la cama a la mañana siguiente, la Organización Mundial de la Salud había lanzado otro aviso internacional, esta vez contra la loción facial aromática Vita. La OMS trató de tranquilizar a la gente diciendo que el virus sería eliminado, que estábamos trabajando día y noche en la elaboración de la vacuna y que no tardaríamos en conseguirla. Pero de todos modos cundió el pánico.

El virus, al que la prensa había llamado la «viruela imitante», salió en las portadas del *Newsweek* y el *Time*, el Senado iba a formar una subcomisión y la Casa Blanca estaba contemplando la posibilidad de tomar medidas excepcionales. Vita se distribuía desde Nueva York, pero en realidad el fabricante era francés. Lo más preocupante era que «muerteadoc» estaba cumpliendo su amenaza. Aunque en Francia todavía no se había registrado ningún caso de la enfermedad, las relaciones económicas y diplomáticas se volvieron tensas, hasta el punto de que una fábrica de gran tamaño fue obligada a cerrar y los dos países se cruzaron acusaciones sobre quién había manipulado el producto.

Los pescadores habían intentado huir de la isla de Tangier en sus barcos, de modo que la guardia costera había tenido que pedir nuevos refuerzos a puestos tan lejanos como el de Florida. Yo no estaba al corriente de todos los detalles, pero a juzgar por lo que había oído, la situación entre las fuerzas de orden público y los habitantes de la isla había llegado a un punto muerto: habían empezado a bramar los vientos invernales, de modo que los barcos habían echado el ancla y ya no iban a ir a ninguna parte.

Mientras tanto, el CCE había enviado a la casa de Wingo un equipo de aislamiento integrado por médicos y enfermeras y ya se había corrido la voz. Los titulares de la prensa eran alarmantes y la gente estaba evacuando la ciudad, la cual iba a ser difícil de poner en cuarentena, por no decir imposible. Nunca en mi vida había estado tan abatida y enferma como aquella mañana de viernes a primera hora, enfundada en mi albornoz y bebiendo té caliente.

La fiebre me había llegado a los treinta y nueve grados y el Robitussin sólo me había hecho vomitar. Me dolían los músculos del cuello y la espalda como si hubiera estado jugando a fútbol americano contra un equipo armado con garrotes. Pero no podía acostarme; tenía demasiadas cosas que hacer. Llamé a un fiador y recibí la mala noticia de que la única manera de sacar a Keith Pleasants de la cárcel era ir a Richmond y abonar la fianza personalmente, así que salí a coger el coche, pero diez minutos después tuve que dar media vuelta porque me había dejado el talonario encima de la mesa.

—Dios mío, ayúdame por favor —murmuré mientras pisaba el acelerador.

Los neumáticos chirriaron. Crucé mi barrio a una velocidad excesiva y, volando por las esquinas, salí de Windsor Arms en un abrir y cerrar de ojos. Me preguntaba qué habría ocurrido en Maryland durante la noche. Estaba preocupada por Lucy, para quien cada acontecimiento era una aventura; quería

utilizar armas, hacer persecuciones a pie y volar en helicópteros y aviones. Tenía miedo de que segaran en flor aquel espíritu suyo, pues conocía la vida demasiado bien y sabía cómo acababa. También me preguntaba si habrían capturado a «muerteadoc», aunque me imaginaba que, de ser así, me lo habrían hecho saber.

No me había hecho falta un fiador en mi vida. Vince Peeler, que era la persona que iba a ver, trabajaba en un establecimiento de reparación de calzado de la calle Broad, junto a una fila de tiendas abandonadas que no tenían nada en los escaparates excepto pintadas y polvo. Era un hombre frágil y de baja estatura, con el pelo negro y engominado y un delantal de cuero. Estaba sentado detrás de una máquina de coser Singer de tamaño industrial, cosiendo una suela nueva a un zapato. Cuando cerré la puerta, me lanzó una mirada penetrante como las que lanzan las personas que saben distinguir un problema cuando lo ven.

—¿Es usted la doctora Scarpetta? —preguntó sin dejar de coser.

—Sí.

Saqué el talonario y un bolígrafo sin el menor deseo de mostrarme amable y preguntándome a cuánta gente violenta habría ayudado aquel hombre a volver a la calle.

—Son quinientos treinta dólares —dijo—. Si desea pagar con tarjeta de crédito, añada el tres por ciento.

Se levantó y se acercó al estropeado mostrador de su establecimiento, en el que se amontonaban los zapatos y las cajas de betún Kiwi. Noté que me miraba de arriba abajo.

—Qué curioso, pensaba que sería mucho mayor —comentó—. Uno lee sobre la gente en el periódico y a veces se lleva impresiones totalmente equivocadas.

—Que le suelten hoy —le ordené mientras arrancaba el talón y se lo daba.

—Sí, claro.

Apartó rápidamente la vista y miró su reloj.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo? —respondió retóricamente.

—Sí —dije—. ¿Cuándo van a soltarlo?

Chasqueó los dedos.

—Así de rápido.

—Bien —dije al tiempo que me sonaba la nariz—. Voy a mirar a ver si lo sueltan así de rápido. —Yo también chasqueé los dedos—. Porque si no es así, ¿sabe qué? Pues que también soy abogada, y como estoy de un humor de perros vendré a por usted. ¿Ha quedado claro?

Me sonrió y tragó saliva.

—¿Qué clase de abogado? —preguntó entonces.

—Será mejor que no lo sepa —dije al salir.

Llegué al centro forense unos quince minutos más tarde. En el momento en

que me sentaba detrás de mi escritorio, sonó mi busca y llamaron al teléfono. Pero antes de que pudiera hacer nada, apareció Rose de repente, muy nerviosa.

—Todo el mundo está buscándola.

—Como siempre —dije con el entrecejo fruncido, mirando al número que mostraba mi busca—. ¿Qué demonios es esto?

—Pete Marino no tardará en llegar —prosiguió—. Van a mandar un helicóptero a la pista de aterrizaje de la facultad de medicina. El IIMEIEEU también se dirige en este momento hacia aquí en helicóptero. Han comunicado al centro forense de Baltimore que de este asunto se va a ocupar un equipo especial y que al cadáver se le va a practicar la autopsia en Frederick.

La miré directamente a los ojos. Parecía como si se me hubiera helado la sangre.

—¿El cadáver?

—Por lo visto el FBI ha localizado una llamada en un camping.

—Eso ya lo sé. —Se me había acabado la paciencia—. Es un camping de Maryland.

—Crean que han encontrado la caravana del asesino. No conozco bien los detalles, pero dentro hay algo que podría ser un laboratorio. Y también un cadáver.

No podía creerme lo que estaba oyendo.

—¿El cadáver de quién?

—Crean que es el suyo. Un posible suicidio. Se ha pegado un tiro. —Me miró por encima de las gafas e hizo un gesto de negación con la cabeza—. Debería estar en la cama con un tazón de mi caldo de pollo en la mano.

Pete me recogió delante del edificio; un viento racheado barría el centro de la ciudad y azotaba las banderas del estado que había en lo alto de los edificios. Enseguida me di cuenta de que estaba enfadado, pues arrancó apenas hube cerrado la puerta, y luego no dijo nada.

—Gracias —dije mientras quitaba el envoltorio a una pastilla para la tos.

—Sigues enferma.

Tomó la calle Franklin.

—Tienes toda la razón. Gracias por preguntar.

—No sé por qué estoy haciendo esto —dijo. No llevaba uniforme—. Lo que menos me apetece ahora es meterme en un laboratorio de mierda donde alguien está haciendo un virus.

—Tendrás una protección especial —le expliqué.

—Probablemente debería tenerla ahora mismo por estar cerca de ti.

—Tengo la gripe y ya no hay peligro de contagio. Fíate de mí. Sé cómo son estas cosas. Y no te enfades conmigo porque no voy a tolerarlo.

—Espero por tu bien que sea gripe lo que tienes.

—Si fuera algo peor, tendría sarpullidos y más fiebre.

—Ya, pero si estás enferma, ¿no hay más probabilidades de que cojas otra cosa? No sé por qué quieres hacer este viaje. Yo desde luego no quiero hacerlo, cojones. Y no me hace ninguna gracia que me obliguen.

—Entonces déjame aquí y lárgate —dije—. No se te ocurra empezar ahora a quejarte, cuando el mundo entero está a punto de irse a la mierda.

—¿Cómo está Wingo? —preguntó en un tono más conciliador.

—Si quieres que te diga la verdad, estoy muerta de miedo por él —respondí.

Cruzamos la Facultad de Medicina de Virginia y entramos en una pista de aterrizaje situada detrás de una valla, que era adonde llegaban los pacientes y órganos cuando los transportaban por vía aérea al hospital. El HIMEIEEU no había llegado todavía, pero un momento después pudimos oír el potente Blackhawk. La gente que iba en coche y caminaba por las aceras se detuvo a mirar. Varios conductores se salieron de la carretera para ver cómo la magnífica máquina oscurecía el cielo y descendía estrepitosamente, azotando hierba y basura.

Se abrió la puerta y Pete y yo subimos al interior, donde los científicos del HIMEIEEU ya ocupaban los asientos de la tripulación. Estábamos rodeados por el material de rescate; cerca había otro aislador portátil aplastado como un acordeón. Me dieron un casco con un micrófono; me lo puse y me abroché el arnés de cinco puntos. Luego ayudé a ponerse el suyo a Pete, que se había sentado remilgadamente en una butaca plegable que no había sido construida para personas de su tamaño.

—Espero que los periodistas no se enteren de esto —dijo alguien cuando se cerró la pesada puerta.

Conecté el cable de mi micrófono a un enchufe que había en el techo.

—Se enterarán. Es probable que ya estén al corriente.

A «muerteadoc» le gustaba ser el centro de atención. Yo no me creía que hubiera podido dejar este mundo silenciosamente o sin pedir disculpas como si fuera un presidente. No, la suerte aún nos tenía reservada una sorpresa, aunque yo prefería no imaginarme lo que podía ser. El viaje al parque nacional de la isla James duraba menos de un hora, pero se vio complicado porque el camping estaba cubierto por un espeso pinar. No había dónde aterrizar.

Los pilotos nos dejaron en el puesto de la guardia costera de Crisfield, en un embarcadero llamado la cala de Somer, en el que los veleros y los yates amarrados para el invierno se mecían sobre las agitadas aguas azul marino del río Little Annessex. Entramos en el ordenado puesto de ladrillo y nos pusimos los trajes de protección para aguas frías y los chalecos salvavidas mientras el jefe Martínez nos ponía al corriente de la situación.

—En este momento tenemos muchos problemas que resolver —nos dijo andando de un lado a otro por la moqueta de la sala de comunicaciones, que era donde nos habíamos reunido todos—. Para empezar, los habitantes de Tangier

tienen parientes aquí y nos hemos visto obligados a apostar guardas armados en las carreteras de salida de la ciudad porque ahora el CCE tiene miedo de que los habitantes de Crisfield se vayan.

—Aquí no se ha puesto enfermo nadie —dijo Pete, que estaba forcejeando con los bajos del pantalón para ponérselos sobre las botas.

—Cierto, pero no me extrañaría que algunas personas se escabulleran de Tangier y vinieran aquí cuando comenzó este asunto. En resumidas cuentas, no esperen que les traten con mucha cordialidad por estos pagos.

—¿Quién está en el camping? —preguntó un científico del IIMEIEEU.

—En este momento, los agentes del FBI que encontraron el cadáver.

—¿Y los demás campistas? —preguntó Pete.

—Lo que me han contado es que cuando llegaron los agentes encontraron unos doce campistas, y sólo uno con conexión telefónica, el de la plaza dieciséis. Llamaron a la puerta, pero como no respondió nadie, se asomaron a la ventana y vieron un cadáver en el suelo.

—¿Los agentes no entraron? —pregunté.

—No. Se dieron cuenta de que podía ser el autor de los crímenes, tuvieron miedo de contagiarse y no entraron. Pero me temo que uno de los guardas del parque nacional sí que entró.

—¿Por qué? —quise saber.

—Ya sabe lo que dicen: que la zorra perdió la cola por curiosa. Al parecer, uno de los agentes fue a la pista de aterrizaje que han utilizado ustedes a recoger a otros dos agentes o algo así. Al ver que no había nadie mirando, el guarda entró, pero salió acto seguido como alma que lleva el diablo y dijo que dentro había una especie de monstruo que parecía salido de una historia de Stephen King. Parece mentira... —Se encogió de hombros y puso los ojos en blanco.

Miré al equipo del IIMEIEEU.

—Nos lo llevaremos —anunció un joven cuyas insignias del ejército lo identificaban como capitán—. A todo esto, me llamo Clark y éste es mi equipo —me dijo—. Cuidarán bien de él, le pondrán en cuarentena y no le quitarán ojo de encima.

—Plaza dieciséis... —dijo Pete—. ¿Sabemos algo sobre la persona que la alquiló?

—Todavía no disponemos de esa información —respondió Martínez—. ¿Está todo el mundo listo? —preguntó, lanzándonos una mirada escrutadora. Ya era hora de partir.

La guardia costera nos llevó en dos botes salvavidas Boston porque el lugar al que íbamos era poco profundo para una lancha o una patrullera. Martínez pilotaba el mío; iba de pie y tranquilo, como si navegar por aguas encrespadas a setenta y cinco kilómetros por hora fuera algo normal. Yo estaba segura de que iba a caerme al agua en cualquier momento y, como iba sentada a un lado, me

agarraba con fuerza a la borda. Era como estar subida a lomos de un toro mecánico: el aire me entraba con tanta fuerza por la nariz y por la boca que tenía dificultades para respirar.

Pete iba sentado al otro lado del bote y tenía cara de ir a vomitar. Intenté decirle moviendo los labios que se tranquilizara, pero él me miraba inexpresivamente y se agarraba a la embarcación con todas sus fuerzas. Finalmente frenamos en una cala llamada Flat Cat, en la que abundaban el fleo y la retama; cerca del camping había letreros que rezaban PROHIBIDO HACER RUIDO.

Yo no veía nada más que pinos. Luego, cuando nos aproximamos, vimos unos caminos, unos cuartos de baño, un pequeño puesto de guardia y un campista mirando. Martínez nos condujo suavemente hasta el embarcadero; cuando se detuvo el motor, un guarda sujetó el bote a un poste. Desembarcamos con paso vacilante y Pete me dijo:

—Voy a vomitar.

—No, no lo vas a hacer —le respondí agarrándole del brazo.

—No pienso entrar en esa caravana.

Di media vuelta y le miré a la cara. Estaba pálido.

—Tienes razón. Será mejor que no entres —dije—. Eso me corresponde a mí, pero antes hemos de encontrar al guarda.

Pete se alejó a grandes pasos antes de que entrara en el embarcadero el segundo bote. Yo miré entre los árboles hacia la caravana de «muerteadoc»: era bastante vieja y estaba sin el vehículo con el que la habían remolcado. La habían aparcado lo más lejos posible del puesto de guardia, a la sombra de unos pinos tedas. Cuando hubo desembarcado todo el mundo, el equipo del IIMEIEEU repartió los conocidos trajes naranjas, los equipos de respiración y unos acumuladores para cuatro horas de reserva.

—Esto es lo que vamos a hacer. —Era Clark, el jefe del equipo del IIMEIEEU, el que estaba hablando—. Vamos a vestirnos y a sacar el cadáver.

—Me gustaría entrar yo en primer lugar —dije—. Sola.

—De acuerdo. —Hizo un gesto de asentimiento y añadió—: Luego, aunque espero que no haya nada, miraremos si hay algo peligroso dentro, sacaremos el cadáver y nos llevaremos la caravana.

—La caravana es una prueba —le avisé mirándole—. No podemos llevárnosla por las buenas.

Adiviné lo que estaba pensando por la cara que puso. Si el asesino estaba muerto, el caso quedaba cerrado. La caravana constituía un peligro biológico y había que quemarla.

—No —le dije—. No vamos a cerrar este caso tan rápidamente. No podemos hacerlo.

Se volvió hacia la caravana y dio un resoplido en señal de frustración.

—Voy a entrar —dije—. Luego ya les diré lo que podemos hacer.

—De acuerdo. —Levantando la voz una vez más, exclamó—: Vamos, chicos. Que no entre nadie excepto la forense, a menos que se diga lo contrario.

Los científicos del IIMEIEEU nos siguieron por el bosque arrastrando el aislador, que parecía un misterioso furgón de municiones perteneciente a un mundo extraño. El aire era limpio y fresco y las agujas de los pinos crujían bajo nuestros pies como espigas de trigo. Ya estábamos cerca de la caravana. Era una *roulotte* Dutchrnan de unos cinco metros y medio de largo y tenía un toldo de rayas naranjas extendido.

—Es antigua. Tendrá unos ocho años —comentó Pete, que entendía en ese tipo de cosas.

—¿Qué vehículo se necesita para remolcarlo? —pregunté mientras nos poníamos los monos.

—Una furgoneta —respondió—. O una camioneta. No es preciso que tenga muchos caballos. ¿Qué hay que hacer con los monos? ¿Ponémoslos encima de todo lo que llevamos puesto?

—Sí —respondí cerrando las cremalleras—. Lo que me gustaría saber es qué ha ocurrido con el vehículo que utilizaron para remolcar la caravana hasta aquí.

—Buena pregunta —dijo jadeando debido al esfuerzo—. ¿Y dónde está la matrícula?

Acababa de conectar el aire cuando salió de entre los árboles un joven con un uniforme verde y un sombrero de color pardo, que pareció desconcertado al vernos a todos con nuestras capuchas y nuestros trajes naranjas. Saltaba a la vista que tenía miedo.

Se presentó diciendo que era el guarda del turno de noche, pero no se acercó a nosotros.

Pete fue el primero en dirigirle la palabra.

—¿Ha visto alguna vez a alguien en esta caravana?

—No —respondió.

—¿Y los guardas de los otros turnos?

—Nadie recuerda haber visto a nadie; sólo hemos visto luces encendidas alguna noche. Es difícil saber si vivía alguien en ella. Como puede ver, está aparcada bastante lejos del puesto. Desde aquí se puede ir a las duchas o a cualquier otra parte sin que te vean necesariamente.

—¿No hay más campistas aquí? —pregunté en medio de la ráfaga de aire que soplabla dentro de mi capucha.

—Ahora no. Había unas tres personas más cuando encontraron el cadáver, pero les sugerí que se fueran porque había peligro de enfermedad.

—¿No las interrogó antes? —preguntó Pete. Le contrariaba que el joven guarda hubiera ahuyentado a todos nuestros testigos.

—Nadie sabía nada, excepto una persona que creía que se había cruzado con

él —dijo indicando la caravana con la cabeza—. Se lo encontró anteanoche, en el cuarto de baño. Era un tío grande y mugriento, moreno y con barba.

—¿Estaba duchándose? —pregunté.

—No, señora. —Tras un momento de indecisión, añadió—: Estaba meando.

—¿No tiene la caravana cuarto de baño?

—Pues no lo sé. —Volvió a titubear—. Si quiere que le diga la verdad, apenas he estado dentro. Salí en cuanto vi el bicho ése. Me largué a todo correr.

—¿No sabe con qué la remolcaron? —preguntó Pete entonces.

El guarda parecía ahora muy incómodo.

—En esta época del año esto suele estar muy tranquilo y oscuro. No tenía por qué fijarme en el vehículo al que iba enganchado; de hecho, ni siquiera recuerdo que estuviera enganchado a uno.

—Pero tendrá la matrícula —insistió Pete mirándole por la capucha con cara de pocos amigos.

—Claro que sí. —El guarda pareció aliviado y sacó un papel doblado del bolsillo—. Tengo su inscripción aquí mismo. —Lo desdobló—. Ken A. Perley, Norfolk, Virginia.

Entregó el papel a Pete, quien exclamó sarcásticamente:

—Estupendo. Es el nombre del dueño de la tarjeta que robó ese cabrón, así que seguramente el número de matrícula también sea correcto. ¿Cómo pagó?

—Con un cheque bancario.

—¿Y se lo entregó a alguien en persona? —quiso saber Pete.

—No. Hizo la reserva por correo. Nadie vio nada excepto el formulario que tiene en la mano. Como ya le he dicho, no lo hemos visto.

—¿Y el sobre en el que llegó? —preguntó Pete—. ¿Lo han lardado? Lo digo porque es probable que venga el matasellos.

El guarda hizo un gesto de asentimiento, muy nervioso, y miró a los científicos, que estaban pendientes de cada palabra que decía. Luego clavó la vista en la caravana y se humedeció s labios.

—¿Le importa si le pregunto qué hay ahí dentro y qué va ocurrirme por haber entrado? —preguntó con voz entregada. Parecía que iba ponerse a llorar.

—Puede que se haya contagiado de un virus —le informé—. Pero no lo sabemos con seguridad. Todas estas personas van a ocuparse de usted.

—Me han dicho que van a encerrarme en una habitación, no en una celda de aislamiento. —Su miedo se había hecho patente: tenía los ojos desorbitados y hablaba en voz alta—. ¡Quiero saber exactamente qué he podido coger ahí dentro!

—Le meterán en el mismo sitio donde estuve yo la semana pasada —le aseguré—, en una agradable habitación donde atenderán unas amables enfermeras. Pasará unos días en observación. Eso es todo.

—Tómese lo como unas vacaciones. No es para tanto, en serio. No se asuste

porque nos vea con estos trajes —dijo Peter como si supiera algo sobre el tema.

Siguió hablando como si fuera un gran experto en enfermedades infecciosas. Yo los dejé y me acerqué a solas a la caravana. Me quedé un momento parada a unos metros de distancia y miré alrededor. A mi izquierda había unas hectáreas de árboles, y más allá el río donde habíamos amarrado los botes. A la derecha, detrás de otros árboles, se oía el ruido de la autopista. La caravana estaba situada sobre un suave lecho de agujas de pino; lo primero en lo que me fijé fue en la zona raspada del enganche blanco del remolque.

Me acerqué y, tras ponerme en cuclillas, pasé los dedos sobre los profundos arañazos que había en el aluminio sobre el que debería haber estado el número de identificación del vehículo. Luego me fijé en un pedazo de vinilo chamuscado que había cerca del techo y llegué a la conclusión de que habían quemado la segunda matrícula con un soplete de propano. A continuación rodeé la caravana para ir al otro lado.

La puerta no estaba cerrada con llave; en realidad se hallaba entreabierta pues la habían forzado con alguna herramienta. Aunque estaba nerviosa, se me despejó la mente y centré toda mi atención en lo que estaba haciendo, como solía hacer cuando los indicios ponían de manifiesto una versión de los hechos distinta de la que los testigos defendían. Subí por la escalera de metal, entré y me quedé quieta para mirar el interior de la caravana, que quizá no tuviera ningún significado para la mayoría, pero que para mí constituía la confirmación de una pesadilla. Aquélla era la fábrica de «muerteado».

En primer lugar, la calefacción estaba al máximo. La apagué, pero entonces saltó entre mis pies un animalillo blanco de aspecto penoso y me asusté. Di un respingo y contuve la respiración mientras el animal chocaba estúpidamente contra una pared y se quedaba sentado en el suelo temblando y jadeando. El lastimoso conejo de laboratorio tenía varias partes del cuerpo afeitadas, desolladuras de origen infeccioso y unos espantosos sarpullidos de color oscuro. Vi su jaula de alambre; tenía la puerta abierta de par en par y parecía que la habían tirado de una mesa.

—Ven aquí.

Me puse en cuclillas y extendí una mano. El conejo me miró moviendo nerviosamente sus largas orejas. Tenía los ojos ribeteados de rosa. Fui acercándome a él con cautela. No podía dejarle fuera: era un foco vivo de infección.

—Ven, pequeñito —le dije al monstruo—. Prometo no hacerte daño.

Lo cogí suavemente con las manos y noté las bruscas palpitaciones de su corazón y la fuerza con que estaba temblando. Lo volví a meter en su jaula y me dirigí a la parte trasera de la caravana. Pasé por una pequeña puerta y vi el cadáver, que ocupaba casi todo el dormitorio. El hombre estaba boca abajo sobre una alfombra de felpa de color dorado manchada de sangre. Tenía el pelo

castaño y rizado. Cuando le di la vuelta, observé que ya se le había pasado la rigidez. Me recordó a un leñador. Llevaba un pantalón y una guerrera de marinero mugrientos y tenía las manos enormes, las uñas sucias y la barba y el bigote despeinados.

Lo desvestí de cintura para arriba para ver cómo se había distribuido la lividez cadavérica: la cara y el pecho tenían un color púrpura rojizo y las zonas en que el cuerpo había estado en contacto con el suelo estaban pálidas. No vi ninguna señal que me indicara que lo hubiesen movido después de morir. Había recibido un tiro en el pecho a corta distancia, disparado posiblemente con una escopeta Remington de dos cañones situada a un lado, cerca de su mano izquierda.

Los perdigones se habían dispersado poco y habían abierto un agujero de gran tamaño con bordes dentados en el centro del pecho. En la ropa y la piel había quedado adherido relleno de plástico blanco procedente de la escopeta, lo cual indicaba una vez más que no se trataba de una herida de contacto. Medí el arma y sus brazos y comprobé que la víctima no había podido llegar al gatillo. No vi nada que indicara que hubiese improvisado algo para tal fin. Le miré los bolsillos, pero no encontré ninguna cartera ni documento de identidad, únicamente una navaja. La hoja estaba arañada y torcida.

Decidí no pasar más tiempo con el cadáver y salí al exterior. El equipo del HIMEIEEU estaba intranquilo, como si tuviera que ir a algún sitio y temiera perder el avión. Cuando bajé por las escaleras, me miraron fijamente. Pete estaba esperando más atrás, medio oculto entre los árboles, con los brazos cruzados. El guarda se encontraba a su lado.

—Este vehículo está completamente contaminado —anuncié—. Dentro hay un hombre de raza blanca sin identificación. Necesito que me ayude alguien a sacar el cadáver. Hay que aislarlo —añadí, mirando al capitán.

—Nos lo llevamos —dijo.

Hice un gesto de asentimiento.

—Pueden hacer la autopsia en su instituto; quizá sea conveniente que llamen a alguien del centro forense de Baltimore para que esté presente. Lo de la caravana es un problema distinto. Hay que llevarla a algún sitio donde se pueda trabajar en ella sin peligro. Hay que recoger pruebas y descontaminarlas. Pero, francamente, esto ya queda fuera de mi alcance. A menos que tengan una sala de contención que pueda albergar algo así de grande, quizá sea mejor enviarla a Utah.

—¿A Dugway?

—Sí —respondí—. Es posible que el coronel Fujitsubo pueda prestarnos ayuda.

El Polígono de Pruebas de Dugway era el centro de experimentación más grande que tenía el ejército para las armas defensivas biológicas y químicas. A diferencia del HIMEIEEU, que se encontraba en medio de la América urbana,

Dugway disponía de los inmensos terrenos del desierto del Gran Lago Salado para realizar pruebas con láser, bombas inteligentes, bombas de humo y mecanismos de iluminación. Pero, más importante aún, tenía la única sala de pruebas de Estados Unidos que permitía tratar un vehículo del tamaño de un tanque del ejército.

El capitán se quedó un momento pensativo, mirándonos alternativamente a la caravana y a mí mientras tomaba una decisión y elaboraba un plan.

—Frank, coge el teléfono. Tenemos que mover esto lo antes posible —le dijo a uno de los científicos—. El coronel tiene que arreglar lo del transporte con las Fuerzas Aéreas; dile que nos manden algo rápido, que no quiero tener esto aquí fuera toda la noche. Y necesitamos un camión con plataforma de carga.

—Con todo el pescado que transportan en esta zona, seguro que podemos conseguir uno por aquí cerca —dijo Pete—. Ya me ocupo yo.

—Bien —prosiguió el capitán—. Que alguien me traiga tres bolsas para el cadáver y el aislador. —Luego se volvió hacia mí y me dijo—: Seguramente necesitará que le echen una mano.

—Y que lo diga —respondí, y echamos a andar hacia la caravana.

Abrí la torcida puerta de aluminio y él entró detrás de mí. Fuimos directamente a la parte de atrás sin perder el tiempo. Por la cara que puso Clark, comprendí que nunca había visto nada parecido, aunque, gracias a la capucha y al equipo de respiración, al menos no tenía que soportar el hedor de la carne humana en descomposición. Se arrodilló a un lado y yo al otro; el cuerpo pesaba, y el espacio era muy reducido.

—¿Hace calor aquí dentro o soy yo? —dijo en voz alta mientras forcejeábamos con los gomosos miembros del cadáver.

—Han subido la temperatura al máximo. —Estaba ya sin aliento—. Lo han hecho para acelerar la contaminación vírica, la descomposición. Es una forma habitual de dificultar la investigación del lugar de los hechos. A ver, vamos a meterlo en la bolsa. No hay mucho sitio, pero creo que podemos hacerlo.

Empezarnos a introducirlo en la segunda bolsa con las manos y los trajes resbaladizos debido a la sangre. Nos costó casi treinta minutos meter el cadáver en el aislador; cuando lo sacamos de la caravana, los músculos me temblaban, el corazón me latía con fuerza y estaba sudando a mares. Una vez fuera nos regaron de arriba abajo con un producto químico junto con el aislador, el cual fue transportado a continuación a Crisfield en un camión. Seguidamente, el equipo se puso a trabajar en la caravana.

Había que envolverlo todo excepto las ruedas en una pesada tela de vinilo azul con un filtro de partículas de aire de alto rendimiento. Me despojé del traje con gran alivio y me retiré al puesto de los guardas, que estaba abrigado y bien iluminado. Me limpié la cara y las manos. Tenía los nervios crispados y habría dado cualquier cosa por acostarme, meterme una buena dosis de NyQuil y

quedarme dormida.

—Menudo cirio... —exclamó Pete entrando en el puesto junto con una fuerte ráfaga de aire frío.

—Cierra la puerta, por favor —dije temblando.

—¿Se puede saber qué te ha puesto de tan malhumor?

Se había sentado al otro lado de la habitación.

—La vida.

—No puedo creerme que hayas venido a este jodido sitio estando enferma. Me parece que te has vuelto loca.

—Gracias por tus palabras de apoyo.

—Oye, esto tampoco es que sea un placer para mí. He de ponerme a interrogar gente, pero estoy sin coche y no puedo moverme.

Tenia cara de estar nervioso.

—¿Qué vas a hacer?

—Buscar algo. He oído que Lucy y Janet están por aquí cerca y tienen coche.

—¿Dónde?

Hice ademán de ponerme en pie.

—No te alteres. Están buscando gente a la que interrogar, que es lo que yo debería estar haciendo. ¡Qué ganas tengo de fumar! Llevo prácticamente todo el día sin tocar un cigarrillo.

—Aquí dentro no —le indiqué, señalando un cartel.

—La gente está muñéndose de viruela y tú te pones a quejarte del tabaco, hay que joderse...

Saqué el frasco de Motrin y me tomé tres comprimidos sin agua.

—Y bien, ¿qué van a hacer ahora estos soldaditos del espacio? —preguntó.

—Unos se van a quedar en la zona buscando gente que haya podido estar expuesta a la acción del virus en Tangier o en el camping. Van a trabajar por turnos con otros miembros del equipo. Supongo que tú también tendrás que estar en contacto con ellos por si das con alguien que haya podido estar expuesto.

—¿Cómo? ¿Voy a tener que pasarme toda la semana vestido con un traje naranja? —Bostezó e hizo un chasquido con el cuello—. Son un coñazo. Dan un calor de cojones, menos en la capucha —dijo, pese a que en el fondo estaba orgulloso de haber llevado uno.

—No, no vas tener que llevar un traje de plástico.

—¿Y qué ocurre si me entero de que alguien al que he interrogado ha estado expuesto al virus?

—No le beses y ya está.

—No creo que sea un asunto divertido —dijo mirándome fijamente.

—Es de todo menos divertido.

—¿Y el muerto? ¿Van a incinerarlo a pesar de que no sabemos quién es?

—Van a hacerle la autopsia por la mañana —respondí—. Me imagino que guardarán el cadáver todo el tiempo que puedan.

—Esta historia es muy extraña. —Pete se frotó la cara con las manos—. ¿Y dices que dentro había un ordenador?

—Sí, un portátil. Pero no tenía ni impresora ni escáner. Sospecho que se trata de un escondite y que la persona en cuestión tiene la impresora y el escáner en casa.

—¿Y el teléfono?

Me quedé un momento pensando.

—No recuerdo haber visto ninguno.

—Bueno, el cable telefónico va de la caravana hasta la oficina. A ver si podemos averiguar alguna cosa, por ejemplo el titular de las facturas. Voy a informar a Benton de lo que hemos encontrado.

—Si la línea de teléfono sólo se ha utilizado para hablar por AOL —dijo Lucy al tiempo que entraba en el puesto y cerraba la puerta—, no habrá ninguna factura de teléfono. La única factura será la de AOL, y se la seguirán mandando a Perley, el hombre al que le birlaron la tarjeta de crédito.

Tenía cara de estar alerta, aunque iba algo desarreglada con los vaqueros y la chaqueta de cuero. Tras sentarse a mi lado, me examinó el blanco de los ojos y me palpó las glándulas del cuello.

—Saca la lengua —me dijo con seriedad.

—¡Ya basta!

La aparté tosiendo y riendo al mismo tiempo.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor. ¿Dónde está Janet? —pregunté.

—Por ahí, hablando. ¿Qué clase de ordenador hay dentro de la caravana?

—No me he parado a mirarlo con detenimiento —respondí—. No me he fijado en los detalles.

—¿Estaba encendido?

—No lo sé. No he mirado.

—Tengo que entrar.

—¿Qué quieres hacer?

—Creo que tengo que ir contigo.

—¿Ya te dejarán? —preguntó Pete.

—¿A quién demonios te refieres?

—A los pesados para los que trabajas —respondió.

—Me han dado el caso a mí y cuentan con que lo resuelva.

Lucy no quitaba los ojos de las ventanas y la puerta. Estaba infectada y acabaría sucumbiendo por la influencia de la policía. Debajo de la chaqueta tenía una pistola de nueve milímetros Sig Sauer en una funda de cuero con cartuchos de reserva, y probablemente llevaba unas nudilleras de metal en el bolsillo.

Cuando abrieron la puerta, se puso tensa. Se trataba de otro guarda, quien entró en el puesto apresuradamente con el pelo todavía húmedo de la ducha y cara de estar nervioso y agitado.

—¿Puedo ayudarles en algo?—nos preguntó mientras se quitaba la chaqueta.

—Pues sí—dijo Pete, levantándose de la silla—. ¿Qué clase de coche tiene?

Cuando llegamos, el camión con plataforma de carga ya estaba esperando. La caravana se encontraba encima de ella envuelta en la tela de vinilo, brillando con una extraña luz difusa de color azul bajo las estrellas y la luna, y enganchada todavía a una camioneta. Estábamos aparcando cerca de un camino sin asfaltar, en la linde de un campo, cuando un avión enorme pasó sobre nuestras cabezas a una altura alarmantemente baja y produciendo un estruendo más fuerte que el de un reactor para vuelos comerciales.

—Pero ¿qué leches es eso? —exclamó Pete mientras abría la puerta del Jeep del guardia.

—Creo que es el avión que nos va a llevar a Utah —dijo Lucy desde el asiento trasero, donde estábamos sentadas ella y yo.

El guarda estaba mirando por el parabrisas con cara de incredulidad, como si hubiera llegado el momento de ascender al cielo.

—¡Joder! ¡Pero si nos están invadiendo!

Lo primero que bajaron fue un vehículo todo terreno envuelto en cartón ondulado y colocado sobre una pesada plataforma de madera. Cuando aterrizó sobre la tupida hierba seca del campo, sonó como una explosión, tras lo cual fue arrastrado por los paracaídas que había inflado el viento. Luego la tela de nailon verde se desmadejó sobre el todo terreno y empezaron a florecer en el cielo otras mochilas. El cargamento fue cayendo al suelo seguido por los paracaidistas, que oscilaban dos o tres veces antes de aterrizar ágilmente con los pies y despojarse de los arneses. Seguidamente recogieron la ondeante tela de nailon, y el ruido de su C-17 fue alejándose en dirección a la luna.

El Equipo de Control de Combate de las Fuerzas Aéreas de Charleston, Carolina del Sur, había llegado exactamente a las doce y trece minutos de la noche. Nos quedamos sentados en el Jeep y observamos fascinados cómo los aviadores empezaban a examinar la compactibilidad del terreno, ya que lo que estaba a punto de aterrizar en él pesaba lo suficiente como para destruir el asfaltado de una pista de aterrizaje normal. Los miembros del equipo de control

tomaron medidas, fijaron los límites del terreno y pusieron dieciséis luces de aterrizaje con telemando para aeropuertos mientras una mujer vestida con un uniforme de camuflaje desenvolvía el todo terreno, ponía en marcha su ruidoso motor diesel y lo bajaba de la plataforma para quitarlo de en medio.

—Tengo que encontrar algún garito por aquí cerca —dijo Pete sin dejar de contemplar el espectáculo—. ¿Cómo demonios van a aterrizar con un avión militar de gran tamaño en un campo tan pequeño?

—Algo puedo decirte al respecto —le respondió Lucy, quien siempre tenía alguna explicación que dar cuando se trataba de un problema técnico—. Por lo visto, el C—17 está diseñado para aterrizar en pistas extraordinariamente pequeñas y de uso no autorizado, como ésta, o en el lecho seco de un lago. En Corea llegaron a utilizar autopistas.

—¡Ya estamos! —exclamó Pete con su sarcasmo habitual.

—Lo único que podría meterse en un lugar tan pequeño como éste es un C—130 —prosiguió Lucy—. El C—17 puede dar marcha atrás. ¿A que es alucinante?

—Es imposible que un carguero pueda hacer todo eso —afirmó Pete.

—Pues esta criatura sí que puede —dijo Lucy, como si quisiera adoptarla.

Pete empezó a mirar a su alrededor.

—Tengo tanta hambre que me comería un neumático. Daría el sueldo de un mes por una cerveza. Voy a bajar la ventanilla para fumar.

Tuve la impresión de que el guarda no quería que nadie fumara en su Jeep, que tan bien cuidado tenía, pero estaba demasiado atemorizado como para decir nada.

—Pete, vamos fuera —dije—. Nos sentará bien un poco de aire fresco.

Bajamos del vehículo y Pete encendió un Marlboro y lo chupó como si fuera leche materna. Los miembros del IIMEIEEU responsables del camión y de su escalofriante cargamento seguían vestidos con los trajes de protección y alejados de todo el mundo.

Estaban todos juntos sobre las roderas del camino sin asfaltar, observando cómo trabajaban los aviadores en el campo, que debía de medir varias hectáreas y que posiblemente sirviera de campo de deportes durante los meses más calurosos.

Cuando estaban a punto de dar las dos de la madrugada, llegó un Plymouth de camuflaje de color oscuro. Lucy se acercó trotando a él, y vi cómo se asomaba a la ventanilla del conductor y hablaba con Janet. Luego el coche se alejó.

—Ya estoy aquí —dijo con voz queda, tocándome el brazo.

—¿Va todo bien? —pregunté, consciente de lo difícil que debía de resultarles la vida que llevaban juntas.

—Por el momento está todo bajo control —respondió.

—Agente 007, ha sido usted muy amable al venir a ayudarnos hoy —le dijo Pete, fumando como si tuviera las horas contadas.

—¿Sabes una cosa? Ser irrespetuoso con los agentes federales constituye delito —respondió ella—. Sobre todo si quien lo comete forma parte de la minoría de origen italiano.

—Espero que tú también formes parte de una minoría. No quiero encontrarme por ahí con otras como tú.

Encendió una cerilla; en aquel momento se oyó a lo lejos el ruido de un avión.

—Janet va a quedarse aquí —le anunció Lucy—, lo cual significa que vais a trabajar juntos en este caso. Está prohibido fumar en el coche, y si intentas ligártela eres hombre muerto.

—¡Chist...! —les dije a los dos.

El reactor volvía por el norte en medio de un gran estrépito. Miramos al cielo en silencio y de pronto se encendieron las luces. Formaban una fulgurante línea de puntos: verdes para la zona de aproximación, blancas para la zona de seguridad y rojas para indicar que se acababa la pista de aterrizaje. Pensé en lo extraño que le resultaría todo aquello a cualquier persona que tuviese la mala suerte de pasar en coche por allí en el momento en que descendiera el avión. Mientras bajaba pude ver su oscura sombra y las parpadeantes luces de sus alas. El ruido era ensordecedor. El C-17 se dirigía directamente hacia donde estábamos nosotros; se abrió el tren de aterrizaje, y de la caja de las ruedas se derramó una luz verde esmeralda.

Yo tenía la paralizante sensación de que iba a presenciar un accidente: aquella monstruosa máquina gris mate con puntas de ala verticales y forma achaparrada iba a incrustarse en el suelo. Pasó por encima mismo de nuestras cabezas, sonando como un huracán, y tuvimos que taparnos los oídos con los dedos. A continuación tocó tierra con sus enormes ruedas, lanzando al aire hierba y suciedad, abriendo rodadas en la pista y escupiendo gruesos pedazos de tierra con sus ciento treinta toneladas de aluminio y acero. Tras levantar los alerones y conectar el inversor de empuje, el reactor se detuvo en medio de fuertes chirridos al final del campo, pese a que en éste no había sitio ni para jugar al fútbol.

Los pilotos metieron la marcha atrás y empezaron a retroceder ruidosamente por la hierba en dirección al lugar en el que nos encontrábamos, para así disponer de espacio suficiente para despegar. Cuando llegó con la cola al borde del camino sin asfaltar, el C-17 se detuvo. El tubo del reactor estaba levantado, de manera que no apuntaba hacia nosotros. La parte trasera se abrió como la boca de un tiburón; bajaron una rampa de metal y apareció el compartimiento de carga completamente abierto, iluminado y despidiendo un brillo de metal pulido.

Estuvimos un rato observando cómo trabajaban el jefe de carga y la tripulación. Se habían puesto el equipo para guerras químicas: capucha oscura, gafas protectoras y guantes negros que daban bastante miedo, sobre todo por la

noche. Bajaron rápidamente la camioneta y la caravana de la plataforma del camión, las desengancharon y con el Jeep remolcaron la caravana al interior del C-17.

—Vamos —dijo Lucy tirándome del brazo—, no vayamos a perder el avión.

Salimos al campo y, tras subir por la rampa mecánica en medio de una vibración y un ruido increíbles, avanzamos entre las anillas y los rodillos que había ensamblados en la plana superficie de metal del suelo. Había kilómetros de cables y en el techo se veía material aislante al descubierto. El avión parecía lo bastante grande como para transportar varios helicópteros, autobuses de la Cruz Roja y tanques, y además contaba con unos cincuenta asientos plegables. Sin embargo, aquel día la tripulación la integraban únicamente el jefe de carga, los paracaidistas y una teniente llamada Laurel, quien supuse que se encontraba allí por nosotras.

Era una mujer joven y atractiva, morena y con el pelo corto. Nos estrechó la mano y nos sonrió como una amable auxiliar de vuelo.

—Están de suerte —nos dijo—. En primer lugar, no van a viajar aquí abajo, porque vamos a ir con los pilotos. Y en segundo lugar, tengo café.

—¡Qué maravilla! —exclamé en medio del ruido que hacían los miembros de la tripulación, que en aquel momento estaban sujetando la caravana y el Jeep al suelo con cadenas y telas metálicas.

En la escalera que subía del compartimiento de carga habían pintado el nombre del avión, *Metal Pesado*, que resultaba muy apropiado. La cabina de los pilotos era enorme y disponía de un sistema de control de vuelo electrónico y de unas pantallas instaladas a la altura de los ojos, como las que utilizan los pilotos de los cazas. El avión se dirigía con palancas en lugar de con volantes en forma de horquilla y tenía unos mandos de aspecto verdaderamente intimidante.

Trepé a una silla giratoria que había entre dos pilotos vestidos con monos verdes, los cuales estaban demasiado ocupados como para prestarnos atención.

—Si desean hablar pueden hacerlo con los auriculares, pero, por favor, no lo hagan cuando estén hablando los pilotos —nos dijo la teniente Laurel—. No tienen que ponérselos, aunque aquí dentro hace mucho ruido.

Yo estaba poniéndome el arnés de cinco puntos y fijándome en las máscaras de oxígeno que había colgadas al lado de cada asiento.

—Yo voy a estar aquí abajo, pero de vez en cuando subiré para ver cómo están —prosiguió la teniente—. El viaje a Utah es de unas tres horas. El aterrizaje no será muy brusco, porque tienen una pista tan larga que hasta podría aterrizar un trasbordador espacial. Al menos eso es lo que dicen, aunque ya saben qué fanfarrones son en el ejército.

Dicho aquello, la teniente Laurel bajó al compartimiento de carga. Los pilotos habían empezado a hablar, pero utilizaban una jerga y unos códigos que me resultaban incomprensibles. Asombrosamente, comenzamos el despegue cuando

sólo había pasado media hora desde el aterrizaje.

—Entramos en pista —dijo un piloto—. ¿Carga? —Me imaginé que se refería al jefe de carga—. ¿Todo sujeto?

—Sí, señor —oí que decía una voz por los auriculares.

—¿Tenemos ya esa lista completa?

—Sí, señor.

—Vale. En marcha.

El avión se lanzó hacia delante, dando sacudidas sobre el campo con una fuerza cada vez mayor. Aquel despegue no se parecía a ninguno de los que yo había hecho. El carguero avanzó a más de ciento sesenta kilómetros por hora en medio de un gran estrépito y alzó el vuelo describiendo un ángulo de elevación tan acentuado que quedé aplastada contra el respaldo del asiento. De pronto el cielo se sembró de estrellas, y las luces de Maryland se transformaron en una red parpadeante.

—Vamos a unos doscientos nudos —dijo un piloto—. Puesto de mando aeronave 30601. Suban alerones. Orden cumplida.

Lancé una mirada a Lucy, que se encontraba detrás del copiloto intentando ver qué estaba haciendo y prestando atención a todo lo que decía, probablemente para grabarlo en su memoria. La teniente Laurel regresó con unas tazas de café, pero nada me hubiera mantenido despierta en aquel momento. Me quedé dormida a diez mil metros de altura, cuando el reactor volaba rumbo al oeste a unos novecientos cincuenta kilómetros por hora. Me desperté en el momento en que nos hablaban desde la torre de control.

Estábamos descendiendo sobre Salt Lake City, aunque Lucy no habría aterrizado nunca, concentrada como estaba en lo que se decía en la cabina. Me sorprendió mirándola, pero no quería distraerse. En mi vida había conocido a una persona como ella; tenía una curiosidad insaciable por todo lo que se pudiera montar, desarmar y programar. En general le interesaban todas las cosas a las que pudiera obligar a hacer algo que ella deseara. Las personas eran prácticamente lo único que no podía desentrañar.

La torre de control Clover nos mandó a la de Dugway; poco después empezamos a recibir instrucciones para realizar el aterrizaje. A pesar de lo que nos habían dicho sobre la longitud de la pista, cuando el reactor empezó a frenar sobre los cientos de luces parpadeantes del alquitranado y el aire golpeó los picos de seguridad, tuve la sensación de que íbamos a salir despedidos de nuestros asientos. La parada fue tan brusca que fui incapaz de imaginarme cómo sería físicamente posible y me pregunté si los pilotos habrían hecho prácticas.

—¡Ahí queda eso! —exclamó uno de ellos alegremente.

La base de Dugway tenía el tamaño de Rhode Island y una población de dos mil habitantes. Sin embargo, a las cinco y media de la madrugada, que fue cuando aterrizamos, no pudimos ver nada. La teniente Laurel nos dejó con un soldado, quien nos invitó a subir a un camión y nos llevó a un lugar donde podríamos descansar y asearnos. Pero no había tiempo para dormir. El avión iba a salir aquel mismo día y nosotras teníamos que irnos en él.

Lucy y yo teníamos una reserva en el hotel Antelope, enfrente del centro social. Se trataba de una habitación de dos camas situada en la planta baja, con muebles de roble de poco peso y el suelo totalmente enmoquetado, todo ello de color azul. Desde allí se veían los barracones que había al otro lado del césped, donde los más madrugadores ya habían empezado a encender las luces.

—No sé para qué vamos a ducharnos si tenemos que ponernos la misma ropa sucia —comentó Lucy, estirándose sobre su cama.

—Tienes toda la razón —dije mientras me quitaba los zapatos—. ¿Te importa si apago esta lámpara?

—Me harías un favor.

La habitación quedó a oscuras y de pronto me sentí ridícula.

—Esto es como una de esas fiestas en las que los invitados se quedan a dormir en la casa del anfitrión.

—Sí, un verdadero asco de fiesta.

—¿Te acuerdas de cuando te quedabas a dormir en casa de pequeña? —pregunté—. A veces nos pasábamos despiertas la mitad de la noche. Tú te negabas a irte a la cama y siempre querías que te contara otro cuento. Me dejabas agotada.

—Yo lo recuerdo al revés. Yo quería dormir y tú no me dejabas en paz.

—Eso es mentira.

—Es que me adorabas.

—No es verdad. Me resultaba insoportable estar en la misma habitación que tú —dije—, pero me dabas lástima y quería ser amable contigo.

Una almohada surcó la oscuridad y me golpeó la cabeza. La tiré por donde había venido. Entonces Lucy se lanzó de su cama a la mía, pero cuando llegó a ésta no supo qué hacer, porque ya no tenía diez años y yo no era Janet. Se puso en pie, volvió a su cama y ahuecó ruidosamente las almohadas para apoyarse sobre ellas.

—Parece que estás mucho mejor.

—Estoy mejor, pero no mucho. Sobreviviré.

—Tía Kay, ¿qué vas a hacer con Benton? Parece como si ya no pensaras en él.

—Oh sí, sí que pienso en él —respondí—. Lo que pasa es que últimamente las cosas se han escapado un poco de las manos, por no decir algo peor.

—Ésa es la excusa que siempre pone la gente. Si lo sabré yo... Me he pasado toda la vida oyéndosela a mi madre.

—Pero a mí no —puntalicé.

—A eso me refiero. ¿Qué vas a hacer con él? Podrías casaros.

El mero hecho de pensar en ello me molestaba.

—No creo que pueda hacer eso, Lucy.

—¿Por qué no?

—Porque tengo unas costumbres demasiado arraigadas; estoy muy metida en mis asuntos y ahora no puedo dejarlos. Tengo muchas responsabilidades.

—También necesitas tener una vida propia.

—Creo que ya la tengo —respondí—, aunque puede que no sea lo que todo mundo piensa que debería ser.

—Tú siempre me has dado consejos —dijo—. Quizás ahora me toque a mí dártelos a ti. Pues bien, creo que no deberías casarte.

—¿Por qué? —pregunté. El consejo me producía más curiosidad que sorpresa.

—Creo que aún no has asumido la muerte de Mark y mientras no lo hagas no debes casarte. No lo harás con todo tu ser, ¿entiendes?

Me puse triste y me alegré de que la habitación estuviera a oscuras y Lucy no pudiera verme. Por primera vez en mi vida, le hablé como a una amiga en la que confiaba.

—Le echo de menos y es probable que nunca deje de hacerlo —dije—. Supongo que fue mi primer amor.

—Sé perfectamente a lo que te refieres —prosiguió mi sobrina—. Me preocupa que si ocurre algo nunca encuentre a otra persona. Pero no quiero pasarme el resto de la vida sin lo que tengo ahora. No quiero vivir sin una persona con la que puedo hablar de cualquier cosa, una persona que se preocupa por mí y que es buena. —Titubeó antes de poner finalmente el dedo en la llaga—: Una persona que no se pone celosa ni te utiliza.

—Lucy —dije—. Ring no va a volver a llevar una placa en su vida, pero sólo

tú puedes quitar a Carrie el poder que ejerce sobre ti.

—Carrie no ejerce ningún poder sobre mí—afirmó malhumorada.

—Claro que lo ejerce. No creas que no lo comprendo. Yo también estoy furiosa con ella.

Lucy se quedó un momento callada.

—Tía Kay, ¿qué va a ocurrirme?—dijo entonces con voz queda.

—No lo sé, Lucy—respondí—. No tengo la respuesta, pero te prometo que voy a estar a tu lado en todo momento.

El tortuoso camino que la había conducido hasta Carrie acabó llevándonos a la madre de Lucy, es decir, a mi hermana. Vagué por las sierras y los riachuelos de mi infancia y le hablé a Lucy con franqueza de mis años de matrimonio con su ex tío Tony. Le hablé de la sensación que me producía tener la edad que tenía y saber que probablemente nunca tendría hijos. Ya empezaba a clarear y era hora de empezar el día. A las nueve estaba esperándonos en el vestíbulo el conductor del jefe de la base, un soldado tan joven que no necesitaba afeitarse.

—Tenemos que esperar a una persona que llegó justo después que ustedes—nos dijo mientras se ponía sus Ray-Bans—. Es un agente del FBI, de Washington.

Esto parecía impresionarle mucho. Evidentemente no tenía ni idea de quién era Lucy. Cuando le pregunté de qué trabajaba en el FBI, no cambió de expresión.

—Es un científico o algo así. Un pez gordo—respondió sin dejar de observar a Lucy, que llamaba la atención incluso después de pasarse toda la noche en vela.

El científico era Nick Galthvey, jefe de la Brigada de Desastres del FBI y experto forense de gran reputación. Yo lo conocía desde hacía años. Cuando entró en el vestíbulo, nos dimos un abrazo y Lucy le estrechó la mano.

—Es un placer, agente especial Farinelli. Créame, he oído hablar mucho de usted—le dijo—. De modo que Kay y yo vamos a hacer el trabajo sucio mientras usted se dedica a jugar con el ordenador.

—Sí, señor—respondió ella dulcemente.

—¿Hay algún sitio por aquí cerca donde podamos desayunar?—preguntó Gallwey al soldado, que estaba hecho un lío y había perdido repentinamente su desenvoltura.

Subimos al Suburban del jefe de la base y nos pusimos en camino bajo un cielo infinito. Nos rodeaban unas lejanas y despobladas cadenas montañosas con flora de las zonas altas del desierto como la salvia, el pino enano o el abeto, plantas mal desarrolladas por la falta de lluvia. En la Casa de los Mustangs, que era como llamaban a la base, el tráfico más cercano circulaba a sesenta y cinco kilómetros de distancia. Allí había depósitos de municiones en los que se guardaban armas de la Segunda Guerra Mundial, y el espacio aéreo era enorme y de acceso restringido. Vimos huellas de sal de aguas de otras épocas, y también un antilope y un águila.

La Stark Road, carretera de nombre apropiado pues significaba «austera», nos condujo al polígono de pruebas, que se encontraba a unos quince kilómetros de la zona residencial de la base. Antes de llegar nos paramos en el restaurante Ditto a comer unos sándwiches de huevo y a tomar café. Luego continuamos hasta el polígono, que consistía en un grupo de edificios modernos de gran tamaño circundados por una valla de alambre espinoso.

Había carteles de aviso por todas partes en los que se advertía que estaba prohibida la entrada a las personas no autorizadas y que en caso necesario se haría uso de la fuerza y se tiraría a matar. Los códigos que mostraban los edificios indicaban qué había en su interior. Reconocí el símbolo del gas mostaza, el de los agentes que afectaban al sistema nervioso y el del Ebola, el ántrax y el Hanta. El soldado nos dijo que los muros eran de hormigón y de medio metro de grosor, y que detrás de ellos había cámaras frigoríficas a prueba de explosiones. El procedimiento que había que seguir para entrar no era muy diferente al que yo había conocido en otros sitios: unos guardias nos llevaron por las instalaciones de contención tóxica, y luego Lucy y yo fuimos al vestuario de mujeres y Gallwey al de hombres.

Nos desnudamos y nos pusimos el uniforme de la casa, verde como los del ejército, y encima un traje de camuflaje con capucha y gafas de protección, junto con unas botas y unos gruesos guantes de goma de color negro. Al igual que los trajes azules del CCE y el IIMEIEEU, éstos iban conectados a unos tubos de aire que había en la sala, que en este caso era de acero inoxidable del suelo al techo. Se trataba de un sistema completamente cerrado provisto de filtros dobles de carbono en el que un vehículo contaminado, como un tanque, podía ser bombardeado con vapores y productos químicos.

Es posible que en aquel lugar incluso se pudiera descontaminar y guardar pruebas, aunque era difícil saberlo. Ninguno de nosotros había trabajado hasta entonces en un caso semejante. Empezamos abriendo la puerta de la caravana y disponiendo las luces de manera que el interior quedara iluminado. Resultaba extraño moverse porque el suelo de acero se deformaba y hacía ruido como si fuera la hoja de una sierra. Encima de nosotros estaba la sala de control, dentro de la cual había un científico del ejército observando por un cristal todo lo que hacíamos.

Una vez más fui la primera en entrar, pues quería examinar a fondo el lugar del crimen. Mientras Gallwey fotografiaba las marcas de herramientas que había en la puerta y buscaba huellas digitales, yo subí y me puse a inspeccionar el interior del vehículo como si fuera la primera vez que entraba. El pequeño salón, en el que lo normal habría sido que hubiese un sofá y una mesa, había sido vaciado y transformado en un laboratorio equipado con un material moderno y caro, aunque no estaba nuevo.

El conejo seguía vivo; le di de comer y puse su jaula sobre una encimera de

madera contrachapada construida con esmero y pintada de negro. Debajo había un frigorífico donde encontré Vero y células fibroblásticas pulmonares embrionarias, esto es, cultivos de tejido de los que se suelen utilizar para alimentar los virus de las enfermedades eruptivas de la misma manera que se utilizan los fertilizantes para alimentar ciertas plantas. Para mantener estos cultivos, el chiflado granjero de aquel laboratorio móvil disponía de un buen abastecimiento de medio de cultivo mínimo Eagle, complementado con suero de feto de ternero. Esto y el conejo me indicaron que «muerteadoc» se dedicaba a algo más que a mantener a su virus: cuando había sucedido el desastre, aún estaba propagándolo.

Había guardado el virus en un frigorífico de nitrógeno líquido que no había que tener enchufado pues bastaba con rellenarlo cada pocos meses. Se parecía a un termo de acero inoxidable con capacidad para treinta y cinco litros. Desenrosqué la tapa y saqué siete criotubos tan antiguos que en lugar de ser de plástico eran de cristal. Los códigos con los que se tenía que identificar la enfermedad no se parecían a nada que yo hubiera visto antes, aunque encontré la fecha, «1978», el lugar, «Birmingham, Inglaterra», y unas abreviaturas diminutas escritas cuidadosamente en minúscula con tinta negra. Volví a colocar en su lugar los tubos de aquel horror viviente y seguí rebuscando. Encontré veinte muestras de loción facial Vita y jeringas de tuberculina, que sin duda el asesino había utilizado para introducir la enfermedad en los pulverizadores.

Naturalmente había pipetas, matraces de goma, platillos de Petri y frascos con tapones de rosca en los que estaba creciendo el virus. El medio de cultivo era de color rosa. Si hubiera empezado a volverse amarillo claro, el pH habría indicado la presencia de productos desechables o acidez, es decir, que las células cargadas con el virus no habían sido bañadas en su medio de cultivo de tejido rico en nutrientes desde hacía mucho tiempo.

Me acordaba lo suficiente de mis estudios de medicina y de mis prácticas de patología como para saber que, cuando se cultivaba un virus, había que alimentar las células. Esto se hace con el medio de cultivo rosa, que ha de ser aspirado con una pipeta cada cierto número de días, cuando los nutrientes han sido reemplazados por desechos. Que el medio siguiera estando rosa significaba que lo habían hecho recientemente, al menos durante los cuatro días anteriores. «Muerteadoc» era meticuloso. Había cultivado la muerte con amor y con esmero. Sin embargo, en el suelo había dos frascos rotos, que podía haber tirado el conejo infectado al saltar por allí tras salirse accidentalmente de la jaula. Tenía la sensación de que no se trataba de un suicidio sino de una catástrofe imprevista, la cual había obligado a «muerteadoc» a huir.

Seguí recorriendo lentamente la caravana y entré en la cocina. Vi un tazón y un tenedor fregados y colocados pulcramente sobre un trapo junto al fregadero para que se secaran. En los armarios, que también estaban en orden, encontré

filas de tarros de especias sin mezclar, cajas de cereales y arroz, y latas de sopa de verdura. En el frigorífico había leche desnatada, zumo de manzana, cebollas y zanahorias, pero nada de carne. Cerré la puerta con creciente perplejidad. ¿Quién era «muerteadoc»? ¿Qué hacía en su caravana día tras día aparte de fabricar sus bombas víricas? ¿Veía la televisión? ¿Leía?

Empecé a buscar ropa en los cajones, pero no tuve suerte. Si aquel hombre había pasado allí mucho tiempo, ¿por qué la única ropa que tenía era la que llevaba puesta? ¿Por qué no había fotografías ni recuerdos personales en la caravana? ¿Y los libros? ¿Por qué no tenía catálogos para hacer pedidos de células o comprar cultivos de tejidos o material de consulta sobre enfermedades infecciosas? Y lo que era aún más sorprendente, ¿dónde estaba el vehículo con el que habían remolcado la caravana? ¿Quién se lo había llevado y cuándo?

En el dormitorio estuve más tiempo. La moqueta estaba negra de sangre, la misma cuyo rastro habíamos dejado en otras habitaciones al llevarnos el cadáver. Me detuve a cambiar el acumulador, que tenía una duración de cuatro horas. No podía oler ni oír nada excepto el aire que circulaba por mi traje. La habitación, al igual que el resto de la caravana, no presentaba ninguna peculiaridad. Aparté la colcha de flores y observé que alguien había dormido en la cama, porque la almohada y las sábanas estaban arrugadas por un lado. Encontré una cana y la cogí con unas pinzas mientras me acordaba de que el pelo del muerto era negro y más largo.

En la pared había una lámina barata de una playa. La descolgué para ver si era posible averiguar dónde la habían enmarcado. Luego me senté en un canapé que había al otro lado de la cama, debajo de la ventana. Estaba tapado con una tela de vinilo verde vivo y tenía encima un cacto, el cual debía de ser la única cosa viva de la caravana aparte de lo que había en la jaula, la incubadora y el frigorífico. Revolví la tierra con un dedo y observé que no estaba demasiado seca. A continuación lo dejé en el suelo y abrí el canapé.

A juzgar por las telarañas y el polvo, no lo habían abierto desde hacía años. Me puse a rebuscar, pero sólo encontré un gato de goma, un sombrero azul descolorido y una pipa mordisqueada hecha con una mazorca de maíz. No parecía que la persona que vivía ahora en la caravana fuera el dueño de aquellos objetos ni que se hubiera fijado en ellos. Mientras me preguntaba si la caravana habría sido utilizada o si habría pertenecido a su familia, me puse de rodillas y, apoyándome en el suelo con las manos, anduve a gatas hasta que encontré el cartucho y el taco, que también metí en la bolsa de las pruebas.

Cuando volví al laboratorio, Lucy estaba sentada delante del ordenador portátil.

—Contraseña para guardar pantalla —dijo al micrófono, que se activaba con la voz.

—Esperaba que tuvieras que hacer algo difícil —comenté.

Ya estaba reinicializando y entrando en DOS. Conociéndola, sabía que tardaría minutos en quitar la contraseña, algo que ya le había visto hacer antes.

—Kay —oí que decía la voz de Gallwey dentro de mi capucha—. He encontrado algo interesante aquí fuera.

Bajé por la escalera con cuidado para que no se enredara el tubo del aire. Gallwey estaba delante de la caravana, acuclillado junto al enganche del remolque, donde habían borrado el número de identificación del vehículo. Había pulido el metal con una lija de grano fino hasta dejarlo como un espejo y ahora estaba aplicando una solución de ácido clorhídrico y cloruro de cobre para disolver el metal rayado y sacar a la luz el número. El asesino creía haberlo limado del todo, pero el estampado era muy profundo.

—La gente no se da cuenta de lo difíciles que son de borrar estas cosas —comentó. Su voz resonó en mis oídos.

—A no ser que se trate de un ladrón de coches profesional —respondí.

—Bueno, la persona que hizo esto no realizó un buen trabajo. —Ahora estaba sacando fotos—. Creo que ya está.

—Espero que la caravana esté matriculada —dije.

—Quién sabe. Puede que tengamos suerte.

—¿Y las huellas?

La puerta y el aluminio que la rodeaba estaban manchados de polvo negro.

—Hay algunas, pero a saber de quién son —respondió al tiempo que se levantaba y se erguía—. Dentro de un momento voy a examinar el interior.

Mientras tanto, Lucy estaba estudiando a fondo el ordenador pero, al igual que me ocurría a mí, no conseguía sacar nada que pudiera revelarnos la identidad de «muerteadoc». Lo que sí encontró fueron los archivos en los que «muerteadoc» había guardado las conversaciones que habíamos mantenido por Internet.

Sentí un escalofrío al verlas en la pantalla y me pregunté cuántas veces las habría releído. En el ordenador también había unas detalladas notas de laboratorio sobre la propagación de las células del virus, lo cual era interesante. Al parecer el trabajo había dado comienzo hacía muy poco, en otoño, menos de dos meses antes de que apareciera el torso.

A última hora de la tarde ya habíamos hecho todo lo que podíamos hacer, pero no habíamos descubierto nada sorprendente. Mientras rociaban la caravana con formalina, nos tomamos una ducha química. Decidí no quitarme el uniforme verde porque no quería llevar mi traje después de lo que había tenido que soportar.

—Tienes una pinta estupenda con esa ropa —comentó Lucy cuando salimos del vestuario—. Quizá deberías ponerte unas perlas para adornarla un poco.

—A veces te pareces a Pete —respondí.

Los días fueron transcurriendo. Llegó el fin de semana y, para cuando quise darme cuenta, éste también había pasado. Sin embargo, seguía sin haber novedades, lo cual resultaba desquiciante. Se me había pasado el cumpleaños de mi madre. Ni siquiera me había acordado de él.

—¿Cómo? ¿Ahora resulta que tienes Alzheimer? —me dijo cruelmente por teléfono—. Ni pasas por aquí ni te molestas en llamar. Yo no es que sea ya una jovencita.

Se puso a llorar y a mí me entraron ganas de hacer lo mismo.

—Iré en Navidad. —Era lo que decía todos los años—. Ya se me ocurrirá algo. Llevaré a Lucy. Lo prometo. Ya no queda tanto.

Fui al centro, muerta de cansancio y sin inspiración. Lucy estaba en lo cierto. El asesino sólo había utilizado la línea de teléfono del camping para marcar el número de AOL, lo que al final volvía a remitirnos a la tarjeta de crédito que le había robado a Perley. « Muerteadoc » había dejado de llamar. Yo había acabado mirando de forma obsesiva si se ponía en contacto conmigo, y a veces me sorprendía a mí misma esperando en el canal cuando ni siquiera sabía con seguridad si el FBI estaba vigilando.

Aún no se había conseguido identificar el virus congelado que había encontrado en el frigorífico de nitrógeno de la caravana. Continuaban los intentos por descifrar su ADN; los científicos del CCE sabían por qué el virus era diferente, pero desconocían qué era, y hasta el momento los monos vacunados seguían siendo propensos a cogerlo. No parecía que se hubiera puesto enfermo nadie más; el pueblo pesquero seguía en cuarentena y su economía estaba yéndose a pique. En cuanto a Richmond, Wingo era la única persona enferma. Su esbelto cuerpo y su dulce cara estaban cubiertos de pústulas. No me permitía verle, pese a todos mis intentos.

Yo estaba destrozada y me resultaba difícil concentrarme en otros casos, ya que éste no se terminaba. Sabíamos que el cadáver de la caravana no podía ser el de « muerteadoc ». Las huellas digitales habían resultado ser las de un vagabundo con un largo historial de arrestos por robo y delitos relacionados con drogas, y dos acusaciones de agresión e intento de violación. Cuando había forzado la puerta de la caravana con su navaja estaba en libertad condicional, y nadie dudaba de que su muerte, que había sido causada por un tiro de escopeta, había sido un homicidio.

Llegué a mi despacho a las ocho y cuarto. Cuando Rose me oyó entrar, apareció por la puerta de su despacho.

—Espero que haya descansado un poco —dijo, más preocupada que nunca por mí.

—Sí, sí he descansado. Gracias. —Sonreí, pero su inquietud me hacía sentirme culpable y abochornada, como si fuera una mala persona—. ¿Alguna novedad?

—Ninguna sobre Tangier. —Se le reflejaba la angustia en los ojos—. Intente no pensar en ello, doctora Scarpetta. Esta mañana nos han llegado cinco casos. Mire cómo tiene el escritorio, si es que puede encontrarlo. Además, como usted no ha estado aquí para dictar, llevo dos semanas de retraso con la correspondencia y los microfilmes.

—Lo sé, lo sé, Rose —dije sin brusquedad—. Lo primero es lo primero. Vuelve a intentar que te pongan con Phyllis. Y si siguen diciéndote que está enferma, pide un número donde podamos localizarla. Llevo días llamando a su casa, pero no responde nadie.

—Si consigo localizarla, ¿quiere que le pase con ella?

—Por descontado —respondí.

Rose consiguió hablar con Phyllis Crowder al cabo de quince minutos, cuando yo estaba a punto de ir a la reunión de personal.

—¿Dónde demonios andas? ¿Qué tal estás? —pregunté.

—Esta puñetera gripe... —dijo—. No la cojas.

—Ya la he cogido, y aún no me he librado de ella. Te he llamado a Richmond.

—Es que estoy en casa de mi madre, en Newport News. Como trabajo cuatro días a la semana, vengo aquí a pasar los otros tres. Lo hago desde hace años.

No lo sabía, pero nunca habíamos tenido mucho trato.

—Phyllis, lamento tener que molestarte si no estás bien, pero necesito que me ayudes en una cosa. En 1978 se produjo un accidente en el laboratorio de Birmingham en el que tú trabajaste. He buscado toda la información posible al respecto, pero lo único que sé es que había una fotografía médica trabajando sin protección en un laboratorio de viruela y que...

—Sí, sí —dijo interrumpiéndome—. Lo sé todo sobre ese asunto. Por lo visto la fotografía estuvo expuesta al virus porque había un conducto de ventilador sin aislar y murió. El virólogo se suicidó. El caso lo cita siempre la gente que aboga por la destrucción de todas las muestras congeladas.

—¿Trabajabas tú en aquel laboratorio cuando ocurrió el accidente?

—Afortunadamente, no. Sucedió unos años después de que me marchara. Yo ya estaba en Estados Unidos entonces.

Aquello era decepcionante. Phyllis sufrió un acceso de tos y prácticamente tuvo que dejar de hablar.

—Lo siento... —Volvió a toser y añadió—: Éstas son las ocasiones en las que una detesta vivir sola.

—¿No tienes a nadie que pase a verte?

—No.

—¿Y la comida?

—Me las apaño.

—¿Quieres que te lleve algo?—pregunté.

—Ni se te ocurra.

—Yo te ayudo a ti si tú me ayudas a mí —añadí—. ¿Tienes algún archivo de Birmingham? ¿Algo relacionado con el trabajo que se estaba realizando en el laboratorio cuando tú estabas allí? ¿Algo que puedas consultar?

—Seguro que tengo algo en algún rincón de la casa —respondió.

—Si lo encuentras te llevo un poco de guisado.

Cinco minutos más tarde salía del centro e iba corriendo hasta mi coche. Fui a casa y saqué del frigorífico varias raciones de guisado casero. Luego, cuando iba por la autopista 64 en dirección este, llené el depósito de gasolina. Llamé a Pete por el teléfono del coche y le conté lo que ocurría.

—Esta vez sí que has perdido la razón —exclamó—. ¿Que vas a hacer un viaje de ciento cincuenta kilómetros para llevarle comida a alguien? ¿Y por qué nos has llamado a Domino's para que le lleven una pizza a casa?

—No se trata de eso. Tengo razones para hacer el viaje, créeme. —Me puse las gafas de sol—. Es posible que averigüe algo allí. Puede que tenga algo que nos sirva.

—Avísame si descubres algo —dijo—. Llevas el busca, ¿verdad?

—Verdad.

A aquella hora del día no había mucho tráfico, pero evité rebasar los ciento diez para que no me multaran por exceso de velocidad. A la media hora ya estaba pasando por Williamsburg, y veinte minutos después llegué a Newport News siguiendo las indicaciones que me había dado Phyllis. El barrio se llamaba Brandon Heights y sus habitantes pertenecían a diferentes clases económicas. Conforme me acercaba al río James las casas fueron haciéndose más grandes. Phyllis vivía en una modesta casa de dos pisos. La había pintado recientemente de blanco cáscara de huevo y conservaba el jardín en buen estado.

Aparqué detrás de una camioneta, cogí el guisado y me colgué el bolso y el maletín del hombro. Cuando Phyllis salió a la puerta, tenía un aspecto espantoso. Estaba pálida y tenía los ojos hinchados debido a la fiebre. Iba vestida con una bata de franela y unas zapatillas de cuero con pinta de haber pertenecido antes a un hombre.

—Eres la amabilidad en persona —me dijo al abrirme la puerta—. O eso o estás loca.

—Depende de a quién se lo preguntes.

Entré en la casa y me detuve a mirar las fotografías enmarcadas que había colgadas de las planchas de madera del oscuro recibidor. La mayoría eran de personas de excursión o pescando, y habían sido tomadas hacía mucho tiempo. Me llamó la atención una en la que aparecía un anciano sonriendo, con una pipa de maíz en la boca, un sombrero azul claro y un gato en las manos.

—Es mi padre —me explicó Phyllis—. Ahí es donde vivían mis padres y los

padres de mi madre. Son éstos de ahí. —Me los señaló—. Cuando el negocio que tenía mi padre en Inglaterra empezó a ir mal, vinieron aquí a vivir con la familia de mi madre.

—¿Y tú? —pregunté.

—Yo me quedé. Estaba en la escuela.

La miré; dudaba que fuera tan mayor como quería hacerme creer.

—Siempre quieres que piense que eres un dinosaurio en comparación conmigo —comenté—, pero estoy segura de que no es así.

—A lo mejor lo que ocurre simplemente es que a ti no se te nota la edad como a mí —dijo clavando sus febriles y oscuros ojos en los míos.

—¿Vive todavía algún miembro de tu familia? —pregunté mientras observaba las fotografías.

—Mis abuelos murieron hará unos diez años y mi padre hace cinco. A partir de entonces empecé a venir aquí todos los fines de semana para cuidar a mi madre. Aguantó todo lo que pudo.

—Debió de ser difícil con lo ocupada que estás siempre con el trabajo —comenté mientras miraba una vieja fotografía en la que aparecía en una barca riendo y sosteniendo una trucha arco iris.

—¿Quieres pasar y sentarte? —preguntó—. Voy a dejar esto en la cocina.

—No, no, dime dónde está. Así ahorrarás fuerzas —insistí.

Me condujo por un comedor que tenía aspecto de no haber sido utilizado desde hacía años, pues habían quitado la araña; del techo colgaban unos cables sobre una mesa polvorienta, y las cortinas habían sido reemplazadas por persianas. Cuando llegamos a la cocina, que era grande y anticuada, a mí ya se me había puesto la piel de gallina. Al poner el guisado sobre la encimera, me resultó difícil conservar la calma.

—¿Té? —preguntó.

Apenas tosía ya. Aunque fuera cierto que estaba enferma, ésta no era la razón por la que no había acudido al trabajo.

—No, no quiero nada.

Me sonrió, pero cuando nos sentamos a la mesa de la cocina me miró con ojos penetrantes. Yo trataba desesperadamente de pensar qué podía hacer. Lo que sospechaba no podía ser cierto. ¿O acaso debía haberlo descubierto antes? La conocía desde hacía más de quince años; habíamos trabajado juntas en numerosos casos y compartido información, y nos habíamos apoyado la una a la otra como mujeres. En los viejos tiempos habíamos tomado café y fumado juntas. Me parecía una mujer simpática y brillante y nunca había notado en ella nada siniestro. Sin embargo, me hacía cargo de que éste era la clase de comentario que solía hacer la gente cuando se descubría que el vecino de la casa de al lado era un asesino múltiple, un pederasta o un violador.

—Háblame de Birmingham —le dije.

—De acuerdo.

—Se ha encontrado la muestra congelada de la enfermedad —dije—. Los tubos tienen etiquetas de Birmingham con fecha de 1978. Lo que me pregunto es si se realizarían en el laboratorio investigaciones sobre variedades mutantes de la viruela. ¿Sabes tú algo de eso?

—No estaba allí en 1978 —afirmó, interrumpiéndome.

—Pues yo creo que sí, Phyllis.

—Da igual.

Se levantó a poner el té. Yo no dije nada y esperé a que volviera a sentarse.

—Estoy enferma, y a estas alturas tú también deberías estarlo —dijo. Yo sabía que no se refería a la gripe.

—Me sorprende que no crearas tu propia vacuna antes de comenzar con todo este asunto —comenté—. Me parece un poco temerario de tu parte, siendo como eres una persona tan meticulosa.

—No la habría necesitado si ese cabrón no hubiera entrado en la caravana y no lo hubiese echado todo a perder —masculló—. ¡Ese cerdo asqueroso...! —exclamó temblando de ira.

—Cuando estabas hablando conmigo por Internet —añadí—. Fue entonces cuando te quedaste conectada; él empezó a forzar la puerta de la caravana, de modo que le pegaste un tiro y saliste huyendo en tu camioneta. Supongo que sólo ibas a la isla James durante tus largos fines de semana. Allí podías introducir tu encantadora enfermedad en los nuevos tubos y alimentar a tus queridas criaturas.

Mientras hablaba empecé a notar cómo la furia se iba apoderando de mí. Sin embargo, a ella no parecía importarle; al contrario, estaba disfrutando.

—Después de todos los años que llevas en la medicina, ¿las personas no son para ti más que platinas y platillos de Petri? ¿Qué ocurre con sus caras, Phyllis? He visto a las personas a las que les has hecho esto. —Me incliné hacia ella—. Una anciana que murió sola en su sucia cama, sin nadie que pudiera oír la siquiera cuando gritaba para pedir agua. Y ahora Wingo, que no me deja que le mire, un chico que es un pedazo de pan y que se está muriendo... ¡Tú lo conoces! ¡Ha estado en tu laboratorio! ¿Qué te ha hecho?

Pero le traía sin cuidado. A ella también le consumía la ira.

—Dejaste el pulverizador de Vita de Lila Pruitt en uno de los cajones que usaba para vender recetas por veinticinco centavos. Corrígeme si me equivoco —dije con mordacidad—. Pensó que se habían equivocado con su correo y que lo habían echado en el buzón de un vecino. Qué bien que te manden una cosita así gratis, se dijo, y entonces se roció la cara. Lo tenía sobre la mesilla del dormitorio y, cada vez que tenía dolores, se rociaba con él.

Phyllis guardó silencio. Le brillaban los ojos.

—Probablemente repartirías todas tus pequeñas bombas en la isla de Tangier a la vez y luego irías a dejar la mía y las de los empleados de mi centro. ¿Qué

tenías pensado hacer a continuación? ¿Infectar a todo el mundo?

—Quizá —se limitó a decir.

—¿Por qué?

—A mí me lo hicieron antes. Es un ajuste de cuentas.

—¿Quién te ha hecho algo a ti que sea remotamente parecido a esto?

—Estaba en Birmingham cuando ocurrió. Me refiero al accidente. Se insinuó que yo tenía parte de culpa y me obligaron a marcharme. Fue algo completamente injusto y para mí supuso un verdadero revés, porque era joven y estaba totalmente sola. Tenía miedo. Mis padres me habían dejado para irse a Estados Unidos y vivir en esta casa. Les gustaba vivir en el campo, ir de excursión, pescar...

Estuvo un buen rato ausente, como si se encontrara allí, en aquella época.

—No estaba muy bien considerada, pese a que había trabajado de firme. Conseguí otro trabajo en Londres, en un puesto tres categorías inferior al otro. —Clavó los ojos en mí y añadió—: Fue injusto. Fue el virólogo quien causó el accidente. Pero como aquel día yo estaba allí, y luego él se suicidó oportunamente, fue fácil acusarme a mí de todo. Además, en el fondo no era más que una chiquilla.

—De modo que robaste el virus antes de marcharte —dije.

Sonrió fríamente.

—¿Y lo has conservado durante todos estos años?

—No es difícil si todos los lugares en los que trabajas tienen frigoríficos de nitrógeno y siempre te ofreces amablemente a llevar el control de existencias —respondió orgullosamente—. Lo guardé.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? —Había levantado la voz—. Era yo la que estaba trabajando en él cuando ocurrió el accidente. Era mío, así que antes de irme cogí una muestra de él y de los otros virus con los que estaba experimentando. ¿Por qué iban a quedárselo ellos? No eran lo bastante inteligentes como para hacer lo que yo estaba haciendo.

—Pero no es viruela, o no exactamente viruela —dije.

—Bueno, es aún peor, ¿no? —Los labios le temblaban de la emoción que le producía recordar aquella época—. Inserté el ADN de la viruela del mono en el genoma de la viruela.

Cada vez estaba más nerviosa. Cuando cogió la servilleta y se sonó la nariz, le temblaban las manos.

—Luego, cuando comenzó el nuevo año académico y eligieron al jefe de departamento, me postergaron —prosiguió con los ojos llenos de lágrimas de rabia.

—Phyllis, eso no es justo...

—¡Cierra la boca! —gritó—. Con todo lo que le he dado a esa puta facultad...

Soy la persona con más experiencia. Todos, tú incluida, habéis aprendido a dar los primeros pasos gracias a mí y ahora resulta que le dan el puesto a un hombre porque no soy doctora. Sólo tengo la tesis —masculló.

—Se lo han dado a un patólogo que estudió en Harvard y que tiene todos los méritos para el puesto —dije terminantemente—. Además, da igual. Lo que has hecho no tiene excusa. ¿Has guardado el virus todos estos años para hacer esto?

La tetera estaba silbando estridentemente. Me levanté y apagué el fuego.

—No es la única enfermedad exótica que tengo en mis archivos de investigación. He estado reuniendo enfermedades, —dijo—. De hecho pensaba que quizás algún día podría realizar un trabajo importante. Estudiaría los virus más temidos del mundo y averiguaría algo sobre el sistema inmunológico humano que podría salvarnos de desastres como el sida. Pensaba que podía ganar el premio Nobel. —Se había calmado de forma extraña, como si estuviera satisfecha consigo misma—. Pero no diría que en Birmingham ya tenía pensado provocar algún día una epidemia.

—Bueno, no la has provocado —repliqué.

Me miró con los ojos entornados y expresión perversa.

—No se ha puesto enfermo nadie excepto las personas que al parecer han utilizado la loción facial —le expliqué—. Yo he estado con las víctimas en varias ocasiones y he estado expuesta a la acción del virus, pero me encuentro bien. El virus que creaste no tiene futuro porque sólo afecta a la primera persona pero no se reproduce. No hay infección secundaria. No es epidémico. Lo que has creado es pánico, enfermedad y muerte en unas cuantas víctimas inocentes. Y por si fuera poco, has trastornado la industria pesquera de una isla llena de gente que probablemente ni siquiera sabe qué es el premio Nobel.

Me apoyé sobre el respaldo de la silla y la miré con atención, pero a ella no parecía importarle todo lo que le había dicho.

—¿Por qué me mandaste fotografías y mensajes? —le pregunté en tono apremiante—. Las fotografías las hiciste en el comedor, sobre esa mesa. ¿Quién fue tu conejillo de Indias? ¿Tu vieja y desvalida madre? Le rociaste el virus para ver si le causaba efecto, ¿verdad? Luego, al ver que sí se lo causaba, le pegaste un tiro en la cabeza. La desmembraste con una sierra para autopsias, de modo que nadie asociara su muerte con los pulverizadores cuyo contenido ibas a manipular.

—Te crees muy lista —dijo ella, « muerteadoc ».

—Asesinaste a tu propia madre y la tapaste con una sábana porque no podías soportar mirarle a la cara mientras la despedazabas.

En aquel momento sonó mi busca y, mientras ella apartaba la vista, lo saqué y vi el número de Pete. Cogí el teléfono sin dejar de mirarla.

—Sí —dije cuando respondió.

—Hemos dado en el blanco con la caravana —me anunció—. Gracias a ella

hemos obtenido los datos de un fabricante y luego una dirección de Newport News. He pensado que querrías saberlo. Los agentes llegarán allí en cualquier momento.

—Ojalá el FBI hubiera dado en el blanco un poquito antes —respondí—. Saldré a la puerta a recibirles.

—¿Cómo dices?

Desconecté el teléfono.

—Me comuniqué contigo porque sabía que prestarías atención y porque quería que intentaras resolver el caso y que por una vez fracasaras —dijo Phyllis en un tono más agudo—. La famosa doctora, la famosa jefe...

—Eras mi colega y mi amiga —dije.

—¡Pero no te soporto! —Tenía la cara congestionada y respiraba trabajosamente de tan furiosa como estaba—. ¡Nunca te he aguantado! El sistema siempre te ha tratado mejor, y además todo el mundo te hace caso. La gran doctora Scarpetta, la leyenda... Pero ya ves. Fijate en quién ha ganado. Al final he sido más lista que tú, ¿a que sí?

No estaba dispuesta a responderle.

—Te he engañado, ¿verdad? —Me miró fijamente y luego cogió un bote de aspirinas y sacó dos de una sacudida—. Te he llevado hasta los umbrales de la muerte y te he hecho esperar en el ciberespacio. ¡Te he tenido esperándome! —exclamó triunfalmente.

En aquel momento oí que llamaban a la puerta con algo metálico. Eché la silla hacia atrás.

—¿Qué van a hacer? ¿Pegarme un tiro? Quizá deberías hacerlo tú. Seguro que tienes un arma en uno de esos bolsos que llevas. —Estaba poniéndose histérica—. Yo tengo una en esa habitación y voy a ir cogerla ahora mismo.

Se levantó mientras continuaban los golpes en la puerta. Entonces se oyó una voz que decía:

—FBI, abran.

La agarré del brazo.

—Nadie va a pegarte un tiro, Phyllis.

—¡Suéltame!

La llevé hacia la puerta.

—¡Suéltame!

—Tu castigo va a ser morir como murieron tus víctimas —dije tirando de ella.

—¡No! —gritó en el momento en que abrían bruscamente la puerta. Ésta golpeó contra la pared y varias fotografías cayeron al suelo.

Dos agentes del FBI entraron en la casa con las pistolas desenfundadas. Una de ellas era Janet. Esposaron a la doctora Phyllis Crowder, que había sufrido un colapso y había caído al suelo. Una ambulancia la transportó al Hospital General

Sentara Norfolk, donde murió veintiún días más tarde, atada a la cama y cubierta de pústulas fulminantes. Tenía cuarenta y cuatro años.

## Epílogo

Fui incapaz de tomar la decisión inmediatamente, de modo que la aplacé hasta Nochevieja, que es cuando en teoría la gente se anima a cambiar, tomar resoluciones y hacer promesas que sabe que nunca va a cumplir. La nieve golpeaba suavemente el tejado de pizarra de mi casa, y Benton y yo estábamos sentados en el suelo delante de la chimenea, bebiendo champán.

—Benton —dije—. Tengo que ir a un sitio.

Puso cara de perplejidad, como si pensase que me refería a aquella noche, y respondió:

—Ahora no hay muchos abiertos, Kay.

—No. Estoy hablando de hacer un viaje, quizás en febrero. Un viaje a Londres.

Se quedó un momento callado, porque sabía en qué estaba pensando. Entonces puso el vaso sobre la chimenea y me cogió de la mano.

—Esperaba que lo hicieras —dijo—. Por difícil que te resulte, tienes que hacerlo. Así podrás pasar la página y tener tranquilidad de ánimo.

—No sé si me es posible tener tranquilidad de ánimo.

Aparté la mano y me eché el pelo hacia atrás. Para él también era difícil. Tenía que serlo.

—Debes de echarle de menos —dije—. Nunca hablas de ello, pero era como un hermano. Me acuerdo de las veces que hacíamos cosas juntos los tres: cocinábamos, veíamos películas y hablábamos de casos y de la última mala pasada que nos había jugado el gobierno, como las bajas forzosas, los impuestos o los recortes presupuestarios.

Esbozó una sonrisa y clavó la mirada en el fuego.

—Entonces yo pensaba en la suerte que tenía el muy jodido por estar contigo y me preguntaba cómo sería. Bueno, ahora lo sé y estaba en lo cierto. Tenía una suerte bárbara. Aparte de ti, probablemente sea la única persona con la que he llegado a hablar de verdad. Resulta hasta cierto punto extraño. Mark era una de las personas más egocéntricas que he conocido jamás, una de esas criaturas

bellas... Era un narcisista, pero buena persona e inteligente. Es imposible no echar de menos a alguien así.

Benton llevaba un jersey blanco de lana y un pantalón de algodón color crema. A la luz del fuego estaba casi resplandeciente.

—Como salgas esta noche, desapareces —comenté.

Me miró frunciendo el entrecejo en señal de desconcierto.

—Mira que ir vestido así con lo que está nevando... Como te caigas en una zanja no te encontrarán hasta la primavera. Deberías haberte puesto algo oscuro esta noche, para contrastar.

—¿Pongo la cafetera, Kay?

—Has hecho como esa gente que quiere un cuatro por cuatro para el invierno y va y se lo compra blanco. Ya me dirás qué sentido tiene eso si vas a conducirlo por una carretera blanca con el cielo blanco y un montón de cositas blancas cayendo por todas partes.

—¿De qué estás hablando? —preguntó mirándome a los ojos.

—No lo sé.

Saqué la botella de champán del cubo y volví a llenar las copas, dejando que cayeran gotas de agua. Le llevaba ventaja, porque por cada una que se había bebido él, yo me había bebido dos. El lector de compactos estaba cargado de éxitos de los años setenta y por los altavoces de las paredes sonaba *Three Dog Night*. Era una de esas escasas ocasiones en que podía emborracharme. No dejaba de pensar en ello y de representármelo mentalmente. No me había dado cuenta hasta que había entrado en aquella habitación con los cables colgados del techo y había visto el lugar en que había puesto en fila las manos y los pies cortados y ensangrentados. La verdad no se me había grabado en la mente hasta aquel momento. No podía perdonármelo.

—Benton —dije con voz queda—. Debería haberme imaginado que era ella. Debería habérmelo imaginado antes de llegar a su casa, entrar y ver las fotografías y esa habitación. Una parte de mí lo sabía, pero yo no le prestaba atención.

No respondí, lo que interpreté como una nueva crítica.

—Debería haberme imaginado que era ella —musité—. Entonces quizá no hubiera muerto nadie.

—Siempre resulta fácil decir «debería» cuando ya ha pasado todo —dijo con voz dulce pero firme—. Los vecinos de los Gacy, los Bundy y los Dahmer de este mundo son siempre los últimos en darse cuenta, Kay.

—Pero ellos no saben lo que yo sé, Benton. —Bebí un trago de champán—. Mató a Wingo.

—Hiciste todo lo que pudiste —me recordó.

—Lo hecho de menos —dije tras exhalar un suspiro de tristeza—. No he ido a visitar su tumba.

—¿Por qué no pasamos al café?—insistió Benton.

—¿Por qué no puedo divagar de vez en cuando?

Quería dejar de pensar. Benton empezó a hacerme un masaje en el cuello; cerré los ojos.

—¿Por qué ha de tener sentido todo lo que digo?—murmuré—. Siempre a vueltas con la precisión y la exactitud. «Corresponderse con», «característico de»... Verbos fríos y afilados como las hojas de acero que utilizo. ¿De qué me van a servir en los tribunales? ¿De qué me van a servir cuando es la carrera profesional y la vida de Lucy lo que está en juego? Y todo por culpa de ese cabrón de Ring. Yo, la testigo pericial, la cariñosa tía... —Una lágrima se deslizó por mi mejilla—. Dios mío, Benton, estoy tan cansada...

Se acercó a mí y, abrazándome, me apoyó sobre su regazo para que pudiera descansar la cabeza.

—Te acompañaré —me dijo con voz queda, acercando los labios a mi pelo.

Fuimos en taxi a la estación Victoria de Londres el 18 de febrero, aniversario de la explosión de la bomba que había reventado un cubo de basura y causado el hundimiento de una entrada de metro, *un pub* y un café. Los cascotes habían volado por los aires y el cristal del tejado había saltado en mil pedazos y había caído al suelo con una fuerza terrible en medio de la metralla. El objetivo del IRA no era Mark. Su muerte no había tenido nada que ver con el hecho de que perteneciera al FBI. Al igual que tantas otras víctimas, se encontraba simplemente en el lugar equivocado en el momento menos oportuno.

La estación estaba atestada de viajeros, los cuales estuvieron a punto de arrollarme cuando nos dirigimos al vestíbulo, donde se encontraban los empleados del ferrocarril despajando billetes tras los mostradores, y los tableros de las paredes que mostraban los horarios y los trenes. Allí se vendían golosinas y flores en los quioscos, y uno podía hacerse una foto de pasaporte o cambiar dinero. Los cubos de basura se encontraban dentro de los McDonald's y los establecimientos semejantes; no vi ninguno en el exterior.

—Ahora éste y a no es un buen sitio para esconder bombas.

Benton se había fijado en lo mismo.

—Siempre se aprende algo —comenté poniéndome a temblar interiormente.

Miré silenciosamente en torno a mí. Había palomas revoloteando sobre nuestras cabezas y trotando en busca de migas de pan. La entrada del hotel Grosvenor se encontraba junto al Victoria Tavern, que era el lugar donde había ocurrido todo. Nadie sabía a ciencia cierta qué estaba haciendo Mark en aquel momento, pero se conjeturaba que cuando había explotado la bomba se hallaba sentado tras una de las pequeñas mesas elevadas en la parte delantera *del pub*.

Sabíamos que estaba esperando la llegada del tren de Brighton porque tenía

que reunirse con alguien. Yo todavía no sabía quién era aquel individuo, pues su identidad no podía ser revelada por razones de seguridad. Eso era lo que me habían dicho. Había muchas cosas que no tenía claras, como la coincidencia temporal y si el enigmático individuo con el que Mark tenía que reunirse también había resultado muerto. Miré detenidamente el tejado de cristal y vigas de acero, el viejo reloj que había en la pared de granito y los soportales. La bomba no había dejado cicatrices permanentes excepto en la gente.

—Brighton no era uno de esos lugares a los que se va en febrero —le comenté a Benton con voz vacilante—. ¿Por qué razón estaría esa persona en un lugar así en esa época del año?

—No sé —respondió él mirando alrededor—. Estaba todo relacionado con el terrorismo. Ya sabes que Mark estaba trabajando en eso, y de ahí que nadie diga gran cosa al respecto.

—Exacto. Eso era en lo que estaba trabajando y eso fue lo que le mató —afirmé—. Y sin embargo, parece como si nadie se haya parado a pensar que existiese un vínculo y que quizá no fuera algo fortuito.

Benton no respondió. Le miré apesadumbrada, como si se me estuviera hundiendo el corazón en la oscuridad de un mar insondable. El ruido de la gente, las palomas y los avisos que daban constantemente por los altavoces se combinó para formar un estrépito mareante. Por un momento lo vi todo negro. Benton me cogió cuando empecé a tambalearme.

—¿Te encuentras bien?

—Quiero saber a quién tenía que ver —dije.

—Vamos, Kay —respondió dulcemente—. Vamos a algún sitio donde puedas sentarte.

—Quiero saber si la bomba explotó porque estaba previsto que cierto tren llegara a cierta hora —insistí—. Quiero saber si es todo una invención.

—¿Invención? —preguntó.

Yo tenía lágrimas en los ojos.

—¿Y si todo esto no es más que una tapadera o una estratagema y él está vivo y escondido? ¿Y si es un testigo protegido con una identidad nueva?

—No lo es. —Benton tenía cara de tristeza. Me cogió de la mano y dijo—: Vamos.

Pero yo no quería moverme de allí.

—He de saber la verdad. He de saber si ocurrió realmente. ¿Con quién iba a reunirse? ¿Dónde está ahora esa persona?

—Déjalo ya.

La gente se abría paso alrededor de nosotros sin prestarnos atención. El ruido de los pasos era como el de la espuma de una ola furiosa, y el acero de los nuevos raíles que estaban poniendo los obreros sonaba estruendosamente.

—No me creo que fuera a reunirse con nadie —dije con voz temblorosa al

tiempo que me enjugaba las lágrimas—. Creo que se trata de una enorme mentira del FBI.

Benton exhaló un suspiro y apartó la mirada.

—No es mentira, Kay.

—¡Entonces quién era! ¡He de saberlo! —exclamé.

La gente había empezado a mirarnos. Benton me sacó de la multitud y me llevó al andén 8, donde el tren de las 11.46 iba a partir en dirección a Denmark Hill y Peckham Rye. Me llevó por una rampa de baldosas blancas y azules y entramos en un cuarto con bancos y taquillas en el que los viajeros podían guardar sus pertenencias o recoger el equipaje que hubieran dejado depositado. Yo estaba sollozando y no conseguía calmarme. Estaba perpleja y furiosa. Fuimos a un rincón donde no había nadie, y Benton me sentó amablemente en un banco.

—Dímelo —le insistí—. Benton, por favor. He de saberlo. No meagas pasar el resto de mi vida sin saber la verdad —añadí con voz entrecortada por culpa de las lágrimas.

Benton me cogió las dos manos y dijo:

—Puedes enterrar este asunto ahora mismo. Mark está muerto. Lo juro. ¿Crees que podría tener esta relación contigo si supiera que Mark está vivo en alguna parte? —exclamó con vehemencia—. ¿Me crees capaz de una cosa semejante?

—¿Qué fue del hombre con el que iba a reunirse? —pregunté porfiadamente.

Benton titubeó.

—Murió. Estaban juntos cuando estalló la bomba.

—¿Entonces por qué su identidad está rodeada de tanto secreto? —exclamé—. ¡No tiene ningún sentido!

Volvió a titubear, esta vez durante más tiempo, y por un momento me miró con una profunda lástima y pareció que iba a ponerse a llorar.

—Kay, no era un hombre. Mark estaba con una mujer.

—Con otra agente.

No lo entendía.

—No.

—¿Qué estás diciéndome?

Había tardado en darme cuenta porque me negaba a hacerlo. Pero, al ver que se quedaba callado, lo comprendí.

—No quería que te enteraras —dijo—. Creía que no tenías por qué saber que se encontraba con otra mujer cuando murió. Estaban saliendo del hotel Grosvenor cuando estalló la bomba. La explosión no tuvo nada que ver con él. Estaba allí por casualidad.

—¿Quién era ella?

Me sentía al mismo tiempo aliviada y asqueada.

—Se llamaba Julie McFee. Era una abogada londinense de treinta y un años. Se conocieron gracias a un caso en el que estaba trabajando él, o quizás a través de otro agente. No estoy seguro, en serio.

Lo miré a los ojos.

—¿Desde cuándo sabías que estaban juntos?

—Desde hacía tiempo. Mark iba a decírtelo; no me correspondía a mí hacerlo. —Me tocó la mejilla y me secó las lágrimas—. No tienes idea de cómo me hace sentirme eso. Como si no hubieras sufrido y a bastante...

—En cierto modo facilita las cosas —dije.

Un adolescente con *un piercing* y una cresta cerró violentamente la puerta de una taquilla. Esperamos a que se fuera con su amiga, que iba vestida de cuero negro.

—En realidad no es nada extraño si tenemos en cuenta la relación que mantenía con él. —Me sentía agotada y apenas podía pensar. Cuando me levanté, añadí—: Era incapaz de comprometerse, de asumir riesgos. No lo habría hecho nunca, ni por mí ni por nadie. Dejaba pasar muchas oportunidades, y eso es lo que me produce más tristeza.

Fuera hacía humedad y soplaba un viento helado, y la fila de taxis que había en torno a la estación era interminable. Paseamos de la mano y nos compramos unas botellas de Hooper's Hooch porque en las calles de Inglaterra se podía beber limonada con alcohol. Por delante del palacio de Buckingham pasaban policías a lomos de caballos moteados, y por el parque de St. James marchaba una banda de guardias con gorros militares ante las cámaras de la gente y bajo árboles que se mecían. El sonido de los tambores fue alejándose mientras regresábamos al hotel Athenaeum de Piccadilly.

—Gracias. —Le abracé suavemente y añadí—: Te quiero, Benton.